



JOSÉ  
DE CORA

*Te llamaré*  
**MUERTO**

*Valle-Inclán  
en la  
Casa do Demo*

*de*

Año 1900. En una casa de la costa gallega dos mujeres sufren el ataque de unas fuerzas que no parecen atender a las leyes físicas. El ruido de cien tormentas antecede al vuelo de los objetos mientras un gorila espalda plateada trata de ejercer con ellas su papel de semental... Y nadie es capaz de explicar qué motiva los sucesos de la Casa del Demonio, porque su terrible secreto hay que buscarlo dieciocho años antes.

Tres peculiares personajes coinciden allí para disputar al arzobispado de Santiago el descubrimiento de lo que sucede. Son el médico y espiritista Manuel Otero Acevedo, el escritor Ramón María del Valle-Inclán y el abogado y periodista Prudencio Landín Tobío.

Así comienza esta novela, a caballo entre lo histórico, lo costumbrista y lo esotérico. Una historia basada en hechos reales que enfrenta supersticiones a vanguardia científica, carne a espíritu, vivos a muertos. Con un Valle-Inclán tan deslumbrante como lo fue en realidad, cargado de ironía, inteligencia y esperpento, José de Cora nos transporta a la Galicia profunda de principios del siglo XX. Donde nadie ni nada es lo que parece.



José de Cora

# **Te llamaré muerto**

**Valle-Inclán y Acevedo en la Casa del Demonio**

**ePub r1.0**

**Titivillus 21.12.2019**

Título original: *Te llamaré muerto*

José de Cora, 2018

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A cien mil millones.



Durante el tránsito del siglo XIX al XX, en la Casa do Demo / del Demonio (Anllóns y Telia-Ponteceso / A Coruña), se registran extraordinarios sucesos que nunca fueron desmentidos ni explicados.

Sus testigos los describen en parte tal como se narra a continuación.

Pero otros hechos permanecen ocultos en archivos compostelanos porque en su día se consideran indecentes y escandalosos.

Esos también se incluyen en estas páginas, aunque sin pruebas que los avalen.

**Esperpento primero que es segundo**

# I La carta

## 11 días antes / Federico Mario Pandolfini

**E**n el remite de la carta sólo figura un nombre, Pandolfini. Es suficiente información para su receptor, pero escasa si cae en manos de la bofia y algún comisario bigotudo trata de localizar en la República Argentina al tal Pandolfini que la escribe. Son manías de antiguos perseguidos, de oscurantistas y de conspiradores conjurados que Pandolfini conserva desde los duros años de la revolución de Arredondo, cuando en Córdoba todos ponen malas caras al general sublevado. En el caso de dar hoy con él, la policía sólo podría reconocerlo como médico de gran prestigio y aficionado al espiritismo, al igual que la mitad de los argentinos finiseculares del XIX. Bueno, y como buscador de potencias mediúmnicas, lo cual sí es algo más raro.

Manuel Otero Acevedo, el destinatario que acaba de recibirla en Santiago de Compostela, rompe el sobre con un abrecartas de hueso y despliega sobre la mesa los diez folios que contiene, doblados en cuarterones.

Sin fecha, ni encabezamiento, ni preámbulo, se inician así:

«Una babosa de intensa y rutilante negrura asciende por la pierna derecha de la mujer y deja tras de sí la huella del abundante espumarajo que expele sin que los aspavientos de ésta, ni sus esfuerzos por sacársela de encima, produzcan el más mínimo inconveniente al avance del animal hacia el muslo femenino. A su lado, un enorme gorila de espalda plateada acosa y manosea a su nieta, una muchacha de diecisiete años, que se refugia sin éxito en el único rincón de la cocina que está libre de muebles, mientras vuelan, caen y se rompen con estrépito los objetos de barro y porcelana que allí se acumulan. Incluso los que se guardan en la alacena salen de ella y se precipitan al suelo cuando se abren de forma espontánea las pequeñas puertas acristaladas que los protegen de la mugre y de las moscas.

»El limaco llega a los calzones de la mujer y se introduce en su sexo con suma suavidad, deslizándose húmedo en él, como penetra a la mínima presión un grasiento embutido en la tripa del cerdo. Ella gime de asco y en ese momento observa que el gorila carece de pene. El simio parece darse cuenta de que la mujer ha descubierto su mutilación. Deja de sobar a su nieta y se vuelve contra ella. Le levanta las faldas, escarba en los calzones y de su vulva le arranca la babosa que a continuación se implanta entre sus patas traseras a modo de verga, una pequeña, húmeda y casi ridícula verga. La niña respira azorada y agradece que el gorila haya mudado de interés, pero ahora cae de hinojos y lucha por



culminar la expulsión de aquello que le produce sucesivas arcadas y que desconoce por completo. Mira hacia el techo para disponer en recto su garganta, y al cabo de otras dos convulsiones, sobreviene el vómito, y con él, el engrudo que lo provoca. Es un manojito de pelos entretreídos por el azar, un enorme gargajo ensalivado. Podría confundirse con una nueva babosa de lomo estriado, o sólo parecerlo, porque, al contrario del animal, esta nueva babaza negra y pilosa cae frente a la niña, resuena contra el suelo como una piedra y una vez allí no se mueve.

»La muchacha alarga la mano para tomar el guijarro, pero no está. Nadie ha podido hacerse con él. Simplemente, ha desaparecido. Quizá tampoco lo ha vomitado y sólo es un deseo.

»El espalda plateada(\*) se yergue sobre sus dos patas traseras en el centro de la cocina. Exhibe orgulloso lo que le cuelga y se golpea el pecho, como acostumbran a hacer estos primates cuando anuncian su ataque, o al enorgullecerse de una victoria ante el resto de individuos(\*\*)».

Otero Acevedo desvía la vista hacia la parte inferior del siguiente folio, a donde le remiten los asteriscos, y lee:

«(\*)Es digno de ser reseñado que tanto la mujer como la muchacha jamás han abandonado esta aldea de Anllóns, en Ponteceso, y jamás, según confesión de ambas al clérigo de la parroquia, han estado ante un gorila, ni real, ni dibujado, lo cual sólo esconde una mentira, o una transmisión de conocimiento por caminos extraordinarios. En consecuencia, carecen de la información necesaria para distinguir entre esos animales el que pudiese ser un ejemplar de espalda plateada, que, como sabrás, querido amigo, son los machos adultos, el simio más grande que existe y el único en su especie que se apareja con las hembras de su grupo, razón por la cual su miembro no necesita alcanzar tamaños sobresalientes, ya que no han de competir en ese terreno con otros machos. Cuando los jóvenes adquieren la condición de espaldas plateadas, se disgregan del grupo y viven erráticos durante un tiempo hasta que forman otra agrupación de individuos en la que ellos desempeñan los papeles de jefe guerrero, guía en sus desplazamientos y semental, circunstancias todas ellas que ambas mujeres desconocen en absoluto.

»Si logran comunicar esta descripción tan precisa al párroco de Anllóns, llamado Juan Antonio Combarro Díaz, se debe a los esfuerzos de este hombre por documentarse mediante enciclopedias y quién sabe si también, como se rumorea en la propia parroquia, por haber visto el bicho con sus propios ojos».

Y más abajo:

«(\*\*)Como imaginarás, mi primer interés al conocer este relato se centra en detectar el posible fraude, pero he de decirte que tanto la complejidad de lo que se describe, como el perfil psicológico de sus protagonistas, eliminan por

completo cualquier sospecha en ese sentido, aunque a ti te corresponde realizar el último diagnóstico. Apunto la posible confluencia en el mismo caso de varios aspectos que por sí solos merecerían estudio, como son alucinaciones colectivas, histeria de raíces sexuales, sugestión atávica —en el sentido estudiado por Otto Kaestner—, fenómenos que ahora llaman de *hautise* o *poltergeist*, posesión diabólica, telequinesia y tricofagia. Todo ello en medio de una gravísima alteración de los vectores espacio-temporales, lo que nos permite intuir un acontecimiento de extraordinaria rareza que brota ahí, a tu lado. No lo dejes escapar, mi buen amigo. Cuánto daría por poder acompañarte. Un abrazo trasatlántico. Tuyo siempre, Pandolfini».

En el resto de la carta se describen otros aspectos del caso Anllóns que sumen a Acevedo en una irrefrenable inquietud, en la desazón propia del aventurero que se siente cerca de un tesoro enterrado y arde en deseos de iniciar la excavación, aunque sea valiéndose únicamente de un *Ciprianillo* como mapa y de sus uñas como palas.

\* \* \*

«¡Qué barbaridad! ¡Noticias gallegas llegadas desde el Virreinato del Río de la Plata! —piensa Acevedo—. Yo que me encuentro a tiro de tren y caballo de Anllóns; es decir, a menos de que una mula beba tres veces, debo esperar a que Bermúdez, un cura chiflado de Rosario, cruce cuatro palabras con el abad Combarro mientras visita a su familia en íntima pastoral de morriña gastronómica. ¡Angela María!». Y así, al tiempo que en Galicia les vacía las artesas de todos los chorizos, cachuchas y chicharrones que le caben en la valija, o directamente en su bandullo, oye hablar de la Casa do Demo<sup>11</sup> donde ruidos, muertos, gorilas y fantasmas se dan cita en un corro de espantos.

El capellán regresa a su templo rosarino y se lo cuenta, casi como charla intrascendente, a Federico Mario Pandolfini, alias Palito Panzudo, por ser gordo y delgado al mismo tiempo. Y éste, claro, se lo remite sin demora con la escueta firma de su apellido desnudo. Bien entendido que la tardanza sólo es la obligada por los horarios de la Mala Real Inglesa, que con sus barcos remonta el Paraná hasta llegar a Rosario, dejar pasajeros y recoger correo. Un viaje tan cómodo y hermoso que, al contrario de otros, causa tristeza cuando se llega al destino.

¿Te enteraste, Acevedito, de lo que pasa ahí a tu lado? Y no, claro que no se enteró. La noticia recorre veinte mil kilómetros para que su colega, el que pone una vela al cuerpo y otra al alma, descubra lo que tiene al lado.

Acevedo, Acevedito para su íntimo amigo rosarino, es desde hace tiempo una autoridad mundial en fantasmas y espiritismo. Sus libros pasan de mano en mano como joyas escasas y preciosas, tanto en España como en América. Y no hay otro tan joven como él que merezca ya la consideración de maestro en éstos y otros saberes, como los de su especialidad médica, la neurocirugía, un terreno abonado para estudiar también espíritus y apariciones.

Por lo que cuenta Pandolfini —medita Acevedo tras la lectura de los folios—, la visita a Anllóns es ineludible y bien sabe él que no pienso dejar de hacerla.

## II El viaje

### 10 días antes / Petra Simona Carabantes-Blasco de Hüe

**E**n Anllóns A Garga se desplazan las mesas, truenan las vigas, campan los gorilas, se abren las puertas y hasta vuelan las patatas. Y sexo, mucho sexo donde en apariencia nada lo atraiga. Algo sucede en una casa de la aldea que se alteran las leyes comunes. Y al ser así de claro y contundente el relato de tanta descompostura, no cabe más solución que acercarse a verla y desentrañarla. La medicina puede esperar, piensa Acevedo. El informe que le solicita el doctor Rubio y Galí para ser remitido a Chipault en París sólo está a falta de dos añadidos de última hora. De no hacerlo, Palito Panzudo —o sea, Pandolfini—, dirá con razón que está echado a perder, o que hacen mella en su ánimo las proclamas vaticanistas de Alejandro Taboada, quien acaba de despacharse a gusto contra su humilde persona tras recibir el opúsculo *¡Los muertos viven!*, de reciente publicación. Taboada se atreve a decir que es una muestra de la infame propaganda espiritista sobre espacios sidéreos, de envolturas planetarias y demás majaderías del ritual *espirituoso* con el que sorprender la buena fe de las gentes sencillas. O gracietas semejantes.

—Taboada tuvo que quedarse seco tras parir ese chiste del espiritista/espirituoso —le comenta a su amigo Ricardo Morado—. ¡Taboada está a la altura de cualquier letrista picante de El Edén Concert o del Apolo! ¿Qué sabrá este iletrado sobre envolturas planetarias?

—El memo de Taboada repite lo mismo que Victoriano Guisasola cuando me escupe a la jeta que reza todas las noches para cortar los lazos que me vinculan con sectas de perdición. ¡Sectas de perdición! ¡Jamás he estado tan solo! ¡Tú lo sabes, Ricardo! Con todo lo que me dedican, agradecido quedo de que tan ilustres pensadores se ocupen de salvar mi espíritu allankardiano, aunque el fin que les guía no sea precisamente para darle brillo, sino para desgajarlo de mi cuerpo y entregar éste al cuidado de verdugos y dulces manicuras como las del mandarín. ¡Estos católicos van a acabar con los últimos atisbos de raciocinio que me quedan! ¡Se pasan media vida rezándoles a los muertos y a los santos que también lo están; y, cuando alguien se los pone delante de verdad, lo tratan de hereje y de bicho desalmado! Eso sí, Taboada tiene el buen gusto de señalarme a un mismo tiempo como autor del texto maldito y como egresado de la universidad compostelana, y no sé si con ello quiere hacerme el feo a mí, al libro, o al magnífico rector de Santiago.

—Yo no les haría el más mínimo aprecio, Acevedo. Ni al civil Taboada, ni al eclesiástico Guisasola.

—Ni yo se lo hago, pero a veces te enciendes ¡y tiembla el misterio!

\* \* \*

Por dar razón a quienes lo ven en sectas, Otero Acevedo, alias Acevedito, para los más íntimos, y el Voltaire de Pontecesures, para los menos, prefiere realizar el viaje a Anllóns con otra persona. Pero dentro del ámbito municipal de Santiago sólo hay un hombre capaz de dejarlo todo y acompañarle los días que sean necesarios. Y ése no es otro que su amigo Ramón José Simón Valle Peña, aunque el susodicho insiste en rescatar el apellido de un antepasado que une el Valle de su padre a un Inclán de los inclanes asturianos de Pravia, y de cuyo resultado se maravilla por su sonoridad. Ramón de Valle-Inclán, o del Valle-Inclán. No está mal traído.

A Acevedo le gustaría conquistarlo para la misión, aunque mejor le vendría hacerse con los servicios de un médium, o de un sonámbulo clarividente, porque Ramón no se deja hipnotizar ni poniéndole delante tres medallones refulgentes al pecho de otras tantas jovencitas descocadas. En cualquier caso, él es uno de los pocos compostelanos que no se caerá de espaldas si le propone asistir a unas jornadas cinegéticas para la captura de espíritus. El escritor disfruta como pato en estanque si la conversa va de ectoplasmas y apariciones.

Quizá todo sea inútil, pues hace semanas que no lo ve y es posible que esté dominado por uno de esos enredos femeninos a los que tanta afición profesa.

—¿Sabes algo de Valle-Inclán? Sí, de Valle Peña.

—No hace falta ser un sabueso de Gascuña para seguir el rastro que deja por donde pasa, pues es notorio que siempre le acompaña un intenso perfume femenino, aunque lo que yo te pueda decir ahora mismo no será suficiente para tus requerimientos.

—Puedes imaginártelos. Quisiera hablar con él, hoy mejor que mañana.

—¿Lo ves, Acevedo? Mi información no llega a tanto.

—Me conformo con la que tengas. A donde alcance me servirá, pues sé que eres de afilado olfato.

—Por las tardes lee poemas a la oreja de una sobrina del obispo de Tui que el prelado manda hacer meses a Santiago para ser instruida en músicas sacras. Y dicen que antes del quinto soneto, Valle la tiene rendida entre sus brazos, como si los versos fuesen en realidad palabras de ajonjolí. A este paso, Ramón la va a instruir en el cambio de pañales y al obispo le crecerá la familia sin saber ni cómo ni cuándo, aunque sí por dónde.

—Digámoslo sin tapujos. Ramón declama con mucho sentimiento.

Acevedo justifica así el éxito del escritor ante este amigo común del que sólo sabe que es aspirante a tuno por haber pedido el ingreso en la correspondiente de Compostela. A fuer de ser sinceros, también sabe que nace en Becerreá, por habérselo dicho él de viva voz, y que su familia posee allí sendas casas enfrentadas por la inquina de dos hermanos que se aman hasta la muerte. A su información le ayuda el hecho de haber salido sus nombres varias veces en los periódicos, con descripción de heridas, desafíos, querellas y palabras de alacrán cruzadas entre ellos. «Dos hermanos de abolengo pelean en Becerreá (Lugo)», se leía. Y al lado: «Cuba. 2000 españoles contra 23.000 norteamericanos». ¡Carajo, Leónidas resucitado!

—Y dime, por último, ¿dónde desmaya la oreja la moza para que nuestro amigo se la endulce?

—Suelen verse en la capilla de la universidad hasta que llega el director del coro, que es quien desasna a la niña en semicorcheas. Como acuden con tiempo y nadie se imagina que los bancos de la iglesia también están hechos para acoger romances, pasan en ella dulces momentos.

Y no me preguntes de quién lo sé, porque la confidencia no es de Ramón y podría molestarse si sus conquistas van de boca en boca.

—¡La iglesia de la Compañía! ¡Qué magnífico escenario para seducir a la sobrina de un obispo! Menos mal que el prelado Hüe no es jesuita de Loyola, sino de Zahara de los Atunes, y pertenece a la carcunda del cura Santa Cruz, es decir, cáscara amarga, tocino por la noche y tentetioso. Lo que se dice un alma-cangrejo. Si a esa cuerda responde su parentela, la moza ha de ser por fuerza andaluza, lo que le hará disfrutar aún más del gracioso ceceo de Ramón cuando le tintinea tetrástrofos monorrinos al borde del pabellón auditivo.

—Andaluza y jaranera, pues hasta bien entrada la tarde se ve a los tórtolos pasear por la Herradura; eso sí, aya mediante.

Esta última precisión del tuno que le informa, cuyo nombre debe quedar en las sombras por no señalar a quien acusa de amores ocultos y manipulaciones *sanctas*, intranquiliza al armadanzas del incierto viaje. Si Valle dedica las tardes a la oreja de la mozuela y los atardeceres a estirar las piernas, piensa el de Pontecesures que posiblemente el escritor ocupe las noches en indagar el cuerpo de la obispilla y entretenido en esos disfrutes no querrá perder ni un segundo en la investigación del gorila y las patatas voladoras, como es propio imaginar de cualquier conquistador que disponga de una valiosa pieza a punto de entrar en su zurrón.

En fin. Nada pierde acercándose a la Plazuela de la Universidad para exponer al vate enamorado las ocurrencias de Anllóns, ahora que puede dar con él antes de que se acerque a sus dominios la picara andaluza.

\* \* \*

Acevedo llega a Mazarelos por el Tránsito de los Gramáticos, donde vive su amigo Ricardo Morado, único huésped estable de la fonda Penelas con matrícula en la universidad y a quien la dueña, Dosinda Culebras, le prepara todos los días un surtido de cerdo con pan de centeno para que no la deje, pues dice la Culebras que una fonda de Santiago sin un estudiante dentro es como una cuadra sin vacas, que se malogra y se hunde. A Ricardo le encanta el cotejo y ya ha publicado algún soneto satírico bajo el pseudónimo de La Vaca Socrática, pues cursa Filosofía cuando no canta en los bochinchas, que es para lo que ha nacido bien dotado. Para eso, y para escanciar orujos, que le ponen voz de tenor, siendo como es barítono de nacimiento.

El empedrado está húmedo y reluciente, pues, aunque no llueve a ojos vista, estamos en uno de esos días de relente y escarcha, cuando los estudiantes comprueban que sus esclavinas están empapadas sin haberse abierto las nubes y su carne es un anaco de panceta entreverada de frío y agua donde malamente van a penetrar ni el *Codex Emilianensis*, ni el *Escorialensis*, ya que, frente a las tiritonas, prima calentarse.

Acevedo tiene suerte. Ramón camina despacio frente al Instituto General y Técnico en dirección a la capilla. Hace por no llegar con pasitos de araña clueca, tres adelante, un amago de parada y dos atrás, para decir a quienes le vean que no tiene prisa, aunque por dentro se lo llevan los demonios por llegar y refunfuña una de sus particulares y exclusivas imprecaciones:

—¡Así se estrague el Tabernáculo de los Lenceros!

Que suena bien, pero a saber, rectores y catedráticos, qué centollos quiere decir con ello.

Ramón peina su abundante cabellera con raya al medio, más centrada que la de Espronceda, aunque no por ello se libra de que, al verlo, la gente recuerde la estampa del poeta alondralejense, que es una de las palabras menos líricas que existen en lengua castellana. ¿Quiere parecerse a don José y a su bajel pirata? Acevedo cree que no. Lo que le pasa a Valle es que anda a la búsqueda de sí mismo y de momento se despista en las cercanías. Las gracias de su egregia molondra se complementan con un par de pupilas cristalinas y preguntonas, con las lentes ovaladas de sujeción autónoma sobre una nariz recta, pero más desparramada de lo que hubiese deseado; un bigote francés de agujas, y debajo, una perilla Van Dyke bastante desordenada todavía. Todos esos elementos deben desembocar en barbas luengas y aguileñas, como de moro, y lentes quevedos, que es el resultado apetecido de cualquier experimento sensato.

—¡Ramón!

—¡Me llama el insigne galeno y gran tunante don Otero el Acevedo! ¿Necesitáis por ventura a un virtuoso de la mandolina?

—No, te necesito a ti, y, que yo sepa, tu música sólo suena si la lees.

—O si la susurras con timbre de colibrí recolector.

—Sé que la ejecutas a la perfección cerca de tiernas orejas.

—¡Oh, qué buen amigo es éste que te reconoce en tus versos, aunque todavía no los hayas puesto negro sobre blanco, pues ando fatal de ritmo literario por culpa de otras ocupaciones mundanas! ¿Cuál es tu urgencia, entonces? La mía es una paya agitanada que pronto aparecerá por el Tránsito y a la que he de cantarle lo que tú sabes con exacta precisión, con el fin de que se abra en flor como la fruta que en México llaman la pitahaya. ¿Te das cuenta? Pitahaya, tres aes, una i latina y otra griega. El azul, una flauta y el intenso olor al azahar de cidro. Así es mi tocaya, la paya Petra Simona. ¡Una verdadera delicia!

Al escritor le zarandea esta temporada la relación existente entre las vocales, los colores y los instrumentos musicales, de acuerdo con la lectura de la obra publicada por el franchute René Ghil, pero no se lo explica. No ha lugar. Valle le advierte de que cuenta con poco tiempo para dedicarle su atención, de modo que el galeno trata de condensar las razones con las que torcer su voluntad hacia la causa de Ponteceso, y aparcar la joven carne de la gaditana hasta la vuelta de la expedición.

—Hay una casa en Anllóns A Garga donde ocurren los fenómenos más sobrenaturales, indecorosos y mefistofélicos que te puedas imaginar. Me han escrito de Rosario para avisarme de que no me pierda el espectáculo y lo investigue, claro.

—¿Desde la Argentina te avisan sobre lo que ocurre en Anllóns?

—Así es.

—¡Eso ya es milagroso por sí solo! ¿Y qué ocurre? ¿Arden las ropas de forma espontánea como sucedió en Portomeiro?, ¿te acuerdas? Cuando Cesáreo Barco y Sofía Sabina Domínguez, su santa esposa, se creen rodeados por las huestes de Satán y sus hachones incendiarios al ver que las camisas vuelan en chiribitas, mientras toman leche caliente con castañas.

—¡Qué memoria, Ramón! ¡Con nombres y apellidos! No sé cómo se manifiestan esta vez los espíritus, si arden las polainas, o si cantan los cristales; pero sí me han soplado que están ahí, en plena efervescencia, y no como en Portomeiro, por medio de una mano humana. Hay objetos que vuelan y animales en celo que se desprenden de su miembro a voluntad y a la vista de dos

mujeres. Es una completa barahúnda y en consecuencia opino que deberíamos hacer un breve petate y salir a la carrera...

como almas que lleva el Diablo.

—No se podría decir mejor.

—Mira, Otero: yo iría contigo de mil amores al encuentro de la corte infernal, pero me hallo en pleno proceso de doma, acoso y derribo con resultados hasta hoy muy satisfactorios, y cualquier alteración en el avance y desenvolvimiento de esos planes pondría en riesgo la operación, dejaría la miel sobre mis labios y me partiría en dos mi maltrecho corazón, que, como el de todos los escritores, es una válvula achacosa y ventolera. Eso sin contar que está al caer la anunciada visita del egregio René Ghil y faltarle sería tanto como darle la espalda a tu madre cuando te reclama ahogándose en una charca donde tú dominas la flotación y ella no. Vamos, un crimen.

La chica, René Ghil, la madre ahogándose, la charca... Acevedo presiente que Valle le gana el duelo en verborrea. La situación requiere de las dagas mejor afiladas y recurre a ellas.

—Parece mentira que tú, un experimentado enredador de voluntades femeninas, ignores a estas alturas que nada puede motivar más a una jovencita que verse requerida por un caballero andante enfrascado en fantásticas aventuras. ¿Y qué mayor fantasía que enfrentarse a fuerzas fantasmales y de ultratumba que le harán temblar de emoción cuando se las describas? Un estremecimiento que sólo podrá calmar arrojándose a tus brazos para que la acaricies y así desaparezca la inquietud que tu propio relato le ha causado. Tú serás principio y fin de sus palpitaciones, el bálsamo adecuado para la herida por ti abierta, el aceite de Aparicio que todo lo cura.

—¡Ay, Oterito! Me vuelves la chola del revés y ya no anda uno muy católico como para darle a la bola más alimentos de las regiones siderales que los justos y necesarios para malrimar dos sonetos, o vislumbrar el enredo de una comedia con personajes simbólicos y metafísicos.

—No me digas que no ansias estar en Anllóns. Y lo que será más productivo para ti, volver de allí con la cabeza llena de horripilantes sucesos que erizan el vello de quienes los escuchan. Historias que cuentan con el respaldo de haber ocurrido, como la batalla de las Termopilas, o la noche negra de Otumba. ¡Y tú en medio de ellas!

—A ver... ¿Cuántos días perderíamos de picos pardos con los espíritus?

—Cinco, a lo sumo una semana. Te lo juro. Yo tampoco puedo despistarme por más tiempo de la universidad. Me espera un informe para Antony Chipault que me encarga Rubio, y con la tuna también tengo varios compromisos ineludibles; discursos, banquetes... Si finalmente viene Ghil a verte, deja encargo para que te telegrafien. Avisado por la mañana, estarás por la tarde en Santiago, e incluso en Pontevedra. Hoy no hay distancias, Ramón. Es ir y volver, la carrera de un galgo cojo. Una oportunidad así no se nos va a presentar otra vez en la vida. Imagínate que estamos en medio de esa tormenta de acontecimientos. ¡Serás el único escritor que lleve a sus páginas la verdad de unos fenómenos que trasgreden las leyes físicas! ¡Lo que más te gusta! Y si descubrimos que son un fraude, mejor que mejor.

—No sé por qué lo dices. Ni que uno anduviese con las trolas de taberna en tertulia.

—Ni yo tampoco lo sé. Será por animarte.

—¿Y dónde dejo yo mi imaginación?

—Esa te acompañará siempre. ¡Serás invencible!

—Me ablandas el yelmo.

—Eso pretendo. Yo también lo necesito. Mi fama de hipnotizador, de espiritista y fantasmero resiente mi paso por las cátedras de la medicina positiva, pero si Anllóns es un caso de espíritus viajeros, de fantasmas y ectoplasmas, los dejábamos a todos con un palmo de narices. Podría ser la prueba del nueve tan perseguida desde Alian Kardec a Lombroso. ¡Yen Galicia! ¡Galicia, Ramón, Galicia! ¿Te das cuenta de qué tierra han elegido para manifestarse?

—Quizás es Galicia quien los elige a ellos.

—Mucho mejor.

—Vamos a hacer una cosa —Valle cambia el tono de su voz y habla serio y más pausado, como si ya estuviese al otro lado de la trinchera desde la que antes rechaza las tentadoras andanadas—. Ahora me dejas tranquilo toda la tarde para que atienda mi cita. Charlo con ella, la tanteo...

—¡No le digas nada!

—... por supuesto. La tanteo con la discreción de un confesor de monjas de clausura, y esta noche quedamos a cenar en El Mañoso de la Algalia. Entonces sabré qué responderte.

—Me parece una sabia decisión. En la Algalia estaré desde hora temprana a la espera de tu respuesta.

\* \* \*

Sobre los pasos de Acevedo a través del Tránsito de los Gramáticos avanza ahora la frágil figura de Petra Simona Carabantes-Blasco de Hüe, a quien acompaña su aya Presentación, una cotorróna gruesa y embozada en negros que es fiel contrapunto a la juventud de la niña, a su atractivo y a su adamado vestir, pues nada hay en Presentación que llame a ser admirado, aunque dicen que en su juventud los solteros de Zahara beben por ella los vientos y devoran los sembrados. Mas nadie empina lo suficiente, pues soltera permanece al servicio de los Hüe, y va para el medio siglo de esto.

—Separémonos —le ordena Ramón a Acevedo—. Debo entrar en la capilla antes de que llame la atención de su carcelera, esa mujer de ojos abesugados. Sospecho que me lanza babas de meiga chuchona cuando la llevo detrás, en los paseos vespertinos, y si sabe que estoy en la iglesia, me hace rodajas como a los atunes de su pueblo, ¡como a los arroaces de Pontevedra en las corridas acuáticas!

Acevedo avanza y supera Mazarelos hasta lo alto de la plaza. Cuando cree estar lo suficientemente distanciado, se vuelve y observa que Valle se ha sumergido ya en el interior de la iglesia para tomar asiento al lado de la urna sepulcral del arzobispo leonés Francisco Blanco Salcedo, que es donde procede al cortejo. Petra Simona habla con Presentación a pie de escalinata. Sin miedo a error puede decirse que la sobrina del prelado es de lejos la mujer más elegante de Santiago, la más atildada y la mejor compuesta, sin que exista otra que pueda hacerle la competencia, ni en donosura, ni en la suerte de elementos que la jovencita ha logrado reunir sobre su figura, desde el casquete de paja de hechuras italianas rodeado con cintas verdigualdas, a los zapatos de tafilete negro con picado María en las punteras, en la lengüeta y el talón, y el cuero anacarado en el resto, que darán mucho que hablar, tanto en el obispado y en San Martiño Pinario,



como en las galerías acristaladas del Toral, donde balconean las más grandes cotillas guacamayas de la ciudad, que son capaces de chismorrear lo anterior, espiar lo siguiente, engullir lenguas de gato con chocolate y hacer punto de *crochet* a un mismo tiempo; lo que demuestra la falsedad del dicho, comer sopas y sorber, no puede ser, porque sí es.

Hombres y mujeres coinciden en fijarse si la muchacha lleva encajes de Brujas o sedas brocadas, si la toquilla destaca por su tornasol aurora y verde, si el escote es cuadrado, la cola redondeada o las mangas de terciopelo *miroir*. A ese interés les conduce el grisáceo ambiente de la ciudad, pues salvo Valle, que lo abanica cuanto puede con motivos para el escándalo, y el propio Acevedo, que al decir de Compostela reparte consignas masonas, se pasea desnudo tardes enteras en su pensión y persigue muertos con el bastón augural del zahorí; el resto permanece en sus casas para recalentar el potaje del mediodía. Ese es el gran ejercicio culinario que engarza las rúas, la catedral y el Preguntoiro en una nube de permanente olor a cachelos, grelos y cachucha cocida. Y si alguien entra en casa de doña Aurita, la dueña del principal balcón de cotillas en el Toral, que no le extrañe el tufo dominante a álcali volátil, con el que combate síncope, mezclado con el limón del abrótnano macho que compra a Fermín Bescansa, pues dice que le aferra el pelo al cuero cabelludo antes de que le caiga a presadas, como le ocurrió a Serafina Tomeza, que tuvo que encargarse una peluca a Madrid deprisa y corriendo, porque se acuesta con trenza de ochos, le da un paralís y se levanta calva de solemnidad. En fin, si se permite una vulgar exageración.

Petra Simona se pierde por la nave central del templo y su aya da media vuelta hacia el Toral y la Alameda. Precisamente Presentación ha quedado en pasar por casa de doña Aurita a recoger unas magdalenas para la niña, tal como le promete a su tío, el obispo tudense. ¡Qué condenadamente ricos están los bizcochos de doña Aurita y qué fantástico burlador compondría Valle si no le diese por escribir con cálamos abigarrados!

\* \* \*

Lo que realmente sucede tiempo atrás en Portomeiro sólo lo sabe Sabina y el toleirán de su hijo, Manuel. Por el contrario, Cesáreo, el padre, que lo es de oídas, y el clérigo de la parroquia, don Saturio, Saturnino o Saturno, según le venga a la memoria de Acevedo, viven en la inopia durante el alboroto. Tanto es así que el clérigo bendice cada pared de la casa con gruesos hisopazos a un lado y a otro, cuando duerme con la familia una noche de otoño a fin de comprobar hasta qué extremo restallan los coletazos de Satanás, si se le ven los cuernos o si gasta rabo rojo. Uno de los vecinos de Portomeiro se ofrece para hacer la guardia nocturna con la familia y luego le va con el cuento a Acevedo en Compostela, porque en esa época el de Pontecesures ya es el paño de lágrimas al que acudir si de espíritus o fantasmas se trata, siempre que no sea ninguna de las tres personas del Espíritu Santo, que entonces no se llama a la puerta adecuada.

Los hechos de Portomeiro arrancan el Domingo de Ramos de hace tres años, y aunque lo más notable es ver cómo arden las camisas blancas y cómo a veces salen en vuelo de los cajones y se incendian alcanzadas por un rayo de Júpiter, también es muy sobresaliente comprobar que en las cabezas de los allí reunidos se acumula una tierra húmeda y pegajosa, a semejanza del *kemet* egipcio, sin que al repasar el techo con la mano se tropiece con ningún cenagal del que se desprenda aquella excrecencia de limo, que parece fértil para una siembra de arroz, pero que sobre las pelambreras de los curiosos despliega un hedor fétido e insalubre.

Fuego y limo, elementos del fin del mundo.

Al cura le cae encima un puñado de esa tierra negra nada más traspasar el umbral y a punto está de salir con los pies en polvorosa. Pero sabe que, si lo hace, jamás podrá dirigirse a sus feligreses y ser creído, de modo que se come los arredros y avanza hacia donde le espera el matrimonio, de cuclillas, en el centro de la cocina. Los tres oyen golpes demoledores en los tabiques de madera y caen al suelo unas piedras que ni los ocupantes, ni el recién llegado saben de dónde salen, salvo que sean el anuncio lítico del Armagedón y se desmorone la cúpula celeste a base de guijarros desprendidos.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y su Santo Reino! ¡Ayúdanos, Señor, a que la bestia se apacigüe!

Eso dice cuando echa mano al hisopo para los aspergis, y la respuesta es una piedra de regular tamaño que le alcanza la espalda, aunque, todo hay que decirlo, sin demasiada fuerza. Cuando cae al suelo, el capellán se queda inmóvil. La mira pasmado y el guijarro se retira, arrastrándose hasta desaparecer en la oscuridad de un rincón sobre el que reposa la sella con el agua de ayer, pues hoy ni han salido a por ella, de tanta barahúnda como la que se ha dado cita en Portomeiro.

Aquel prodigio le infunde ánimos, y lejos de rendirse a la piedra andarina, es cuando el sacerdote hisopa a diestro y siniestro. Terminado el riego, sale enfurecido del caserón y se encierra en la iglesia, donde permanece día y medio entre ensalmos y letanías. Jamás dijo que Cesáreo barco y Sofia Sabina estuviesen bebidos cuando cuentan a sus vecinos los padecimientos de su casa en Portomeiro de Val de Dubra.

¡Lo que hubiese dado Acevedo por acercarse y cuánto habría metido el corvejón en caso de hacerlo! Todo aquello no fue más que una representación del joven Manuel, el hijo del matrimonio, que inventa los fantasmas, los fuegos y los pedruscos vivientes para darse notoriedad. Eso dicen después en Portomeiro por no señalarlo con el dedo como un auténtico alienado torpón y descerebrado, pues de ser un infeliz don nadie, quiere convertirse en el dueño de la casa de los fantasmas y que lo vengán a ver sufraguistas inglesas montadas en corceles negros de larga cola para decirles: «Yes, han llegado a la Phantom House». Manuel resulta ser todo un pionero en la afición por viajar.

A su madre la mete en el ajo y la mujer colabora, pero a su padre no, porque le habría roto el costillar con un fungueiro a la primera insinuación del fraude. Pobre chaval. Inventor de fantasmas, vendedor de humo. El recuerdo del fanfarrón Manolito le atormenta y Acevedo intenta convencerse de que Anllóns no puede ser fruto de otro vivales sin luces. No puede ser porque lo dice Federico Mario Pandolfini, Palito Panzudo, su compañero en cientos de noches dedicadas a perseguir difuntos, preferentemente asiáticos por su condición de exóticos; en especial malayos senoi, por su dominio sobre los sueños.

\* \* \*

El presidente de la tuna, el hombre que devuelve la obligación de usar el terciopelo en los ropajes de la agrupación compostelana, tal como era tradición en el XVII, entra a hora temprana en casa de El Mañoso, en Calderería. De hecho, sólo se encuentran allí su dueño, José Rivas, y su madre, doña Sinda, que cocina con fórmulas medidas y sin variaciones, de tal forma que es imposible confundir un huevo frito con puntillas de doña Sinda con otro que lo vierta en la sartén la Xurela,

que es quien los hace en el Santa Comba. Como es jueves, hay callos espesos, que pueden estar precedidos de un caldo de gallina con su hijo, o sea, como saben todos los clientes habituales, caldo con carne del ave y un huevo, en este caso, cocido.

A Rivas le pide sólo un vasete de vino sin bautizar porque espera compañía. El tabernero se lo sirve tan seco y silencioso como siempre, aunque ahora sí que se han abierto las espitas de las nubes y el agua cae en touporroutou sobre las contraventanas de El Mañoso. Más que lluvia, el creyente dirá que son los tambores del Jueves Santo que avisan del avance de los capirotos, y al que no lo sea, le hará revivir el sonido de los granos del maíz al caer sobre el ferrado.

En simpatía, al Rivas le ganan tanto Bernardo Valeiras, que despacha en la plazuela del Instituto, como quien ahora se hace cargo de La Casa de Melchor, el veterano cantinero Antonio Raposo, llamado Misquereres, por lo mucho que atusa y lisonjea a su clientela, aunque hay quien dice que no sonrío de ser simpático o adulador, sino que le queda el gesto dibujado en la boca de un aire que le da, un aire de enmeigado, que, con los de difunto y de gato, son los más pegadizos y los más peligrosos, pues, aunque no maten, te pueden dejar cara de tonto o una risa permanente, como a Misquereres. A él le vino porque asiste a un exorcismo cuando se le arranca el aire a un vecino. Y claro, si no mantienes una entereza de ánimo muy consistente, el aire que se escapa de uno se mete en el otro por cualquier agujero, y ya no digamos si eres un *corpo aberto*.

Si la ocasión cae en jueves o domingo, cual es el caso, el error de no tomar los callos del Mañoso es imperdonable, y como prueba está que pronto se llena el tugurio de ávidos comensales.

Apenas dos sorbos y es Ramón quien aparece por la puerta.

—No te esperaba tan pronto.

—¡Ah! ¿No? ¿Y entonces por qué viniste tan pronto tú? —replica el escritor con la rapidez y el acierto acostumbrados.

—Tienes razón. Casi siempre la tienes.

—¡Vino y callos, carajo! —le grita a Rivas, al tiempo que se desprende de su esclavina de felpa empapada y amazotada como un tabardo militar tras horas de guardia una noche de lluvia como la de hoy. La sacude dos o tres veces y la cuelga frente al fuego.

—¿Prescindes de la gallina? —le advierte su compañero, por si lo suyo fuese un despiste—. ¡Hoy es jueves!

—¡Y caldo, Mañoso, que vengo con ranas en los huesos!

Ramón se seca las manos y luego, con sumo cuidado, trata de hacer lo mismo con sus lentes, labor en la que se esmera en silencio sólo roto por un resoplido prolongado. Acevedo no abre el pico, pues es Valle quien debe venir con información, y éste le deja el turno por delante.

Por fin se los acomoda sobre la nariz y larga un trago de la frasca que ya le ha servido el mañoso Rivas, tan silencioso como antes. Entonces sí se considera en disposición de hablar.

—Anllóns, Anllóns, Anllóns..., «cando te sinto tocar, campana de Anllóns doente, nunha noite de luar...».

—Pondal.

—Sí. Pondal. Es inevitable. Por lo menos para mí resulta inevitable. Quizá tú, argentino de cuna y nacencia, no pienses en el bardo cada vez que escuches ese Anllóns que por allí dicen Aliones, o Cesos...

—También, también. Ten presente que yo soy de Pontecesures, que es Ponteceso alargado. Lo de nacer en Rosario de Santa Fe fue accidental, casi como si a tu madre se le adelanta el parto

yendo de excursión a Francia y naces galo, y no de ría, como los berberechos.

—¡Qué génesis! ¡Galo como René Ghil!

—Pese a ello, no me arrebatara Pondal, como a ti, aunque sí lo suficiente para sentirlo cerca. Pero dejemos al bardo tranquilo y, dime, ¿qué ha pasado el resto de la tarde? Presumo que vienes con alguna respuesta a mis tentaciones.

Valle se reclina en la pared a sus espaldas y mira a su amigo a través de las lentes recién limpiadas, de tal forma que éste puede verle el fondo de sus ojos cristalinos y adivinar que en esa actitud hay algo de su interés.

—Hablamos.

—¿Petra y tú?

—Claro, no pensarás que vengo de entrevistarme con el mismísimo obispo de Tui.

—No pienso nada, de verdad. No tengo ni idea de lo que ha pasado desde que nos despedimos.

Valle toma un nuevo sorbo y hace que su mirada se pierda en la estancia de El Mañoso, en la certeza de que nada cuanto ve le interesa lo más mínimo, pero el gesto le proporciona los segundos necesarios para componer la frase que mejor se adecúa a sus deseos.

—Le dije que tendría que ausentarme para complacer la invitación que me habías hecho, y desde ese momento no cejó en interrogaciones sobre el motivo del viaje, en el por qué de la ausencia, en saber hasta el último detalle qué motivaba una escapada de Santiago cuando más ardientes son nuestros encuentros. Ya sabes cómo reaccionan las mujeres si tratas de competir con el arrebatado de sus corazones. Si el suyo se calcina, los de los demás deben consumirse a la misma temperatura, o algo no avanza al mismo ritmo y puede declararse la guerra.

Acevedo ignora lo que Ramón quiere transmitirle. Si se trata de aplacar la curiosidad de la bella y elegante Petra Simona, devoradora de magdalenas, o de algo más.

—¿Y se declara la batalla campal?

—¿Con Petra? No. ¡Qué va! Petra tiene pocos años, pero toda la madurez de los veinticuatro ancianos del Apocalipsis concentrada en ella sola. Yo podría pensar que era adulta por lo hablado estos días, pero jamás hasta el extremo que hoy me demuestra, como si se hubiese graduado en ciencias de la vida dentro de las almadrabas de Zahara, donde se reúne la flor y la nata de la picaresca, e incluso de la delincuencia más sofisticada, como los sacaúntos y los comprachicos. ¡Válgame Petra en los tribunales si tengo querrela, y que descansen ese día el ilustre Alonso Martínez!

Tanto misterio acaba con la paciencia de Acevedo, así que decide deshacerlo de una vez por todas.

—Entonces, ¿de qué hablasteis?

—Te puedes imaginar; ella presiona, seduce, indaga, amenaza, extorsiona...

—... y averigua.

—Exacto, Acevedo. Averigua. Tuve que adelantarle parte de nuestro misterio para salir con vida de aquel encierro.

Rivas les pone delante los caldos y Ramón se lanza a la cuchara como si con ese trago quisiese escapar del otro por el que atraviesa.

—Bueno, es lógico y natural. Imagino que la muchachita no solo es madura, sino que está sinceramente interesada por ti y no quiere ser engañada mediante cualquier patraña que justifique

tu ausencia de Santiago, de modo que le cuentas tu compromiso de viajar hasta Anllóns, con el fin de..., no sé, ¿qué disculpa le pones?

—... investigar a un fantasma, o a una familia de ellos.

—¡Ramón! ¡El obispo!

—¿Qué? ¿Acaso no se trata de investigar a un fantasma?

—Sí, bueno; no lo sé. Pero hay formas y formas de decirlo sin necesidad de que su señor tío nos señale directamente como discípulos de Satanás. Por ejemplo, podrías haber hablado de un asunto de interés literario..., de un caso que puede valerme de inspiración, de un...

—¡De un cuerno de búfala!

Valle aprovecha las palabras de su amigo para picarle la cresta y pasar al contraataque.

—¡Un asunto de interés literario! ¿Cuántas veces has intentado mentir a una mujer, Oterito? No tienes ni noción de cómo atacan, ni de cómo se revuelven ante una andrómena como la que sugieres. ¡Un asunto de interés literario! ¡Lo digo y me cuelga allí mismo!

—En definitiva, que ya lo sabe. Bien. No pasa nada. Dile que sea discreta, sobre todo en familia, y asunto resuelto.

Valle se acerca tres cucharas seguidas a morrillos y las engulle a gran velocidad, como si le fuesen a retirar el plato contra su voluntad. A continuación, le advierte a su interlocutor que ése tampoco es el final de la historia y ante la perplejidad de Otero Acevedo añade.

—Se le ha metido entre ceja y ceja que quiere venir.

Su amigo no sale de su asombro.

—¿Cómo que venir? Le habrás hecho ver que es un disparate... Que ella es una niña, que su tío nos puede encarcelar por raptó, que desconocemos los peligros... No sé. Eso, que es una descomunal sandez.

—Lo intenté, pero no conoces a Petrita. Es muy insistente.

—No doy crédito a lo que oigo. ¿Me dices que no la disuadiste?

El caldo de Ramón ya ha desaparecido de la taza y él se relame las humedades del bigote. El de Acevedo apenas ha comenzado a descender de nivel.

—Te digo que no admitirá un no por respuesta, porque, si te niegas a llevarla, me obligará a que hagamos el viaje ella y yo en las condiciones que sea. Entonces no podrás impedirlo y la posibilidad de que nos persigan los capas verdes se multiplica por mil.

—Pero ¿qué les has dicho exactamente sobre lo que mueve nuestro interés hacia Anllóns?

—Nada concreto, porque nada sé yo. Pero lo repito; dice que si vamos nosotros viene ella. Nosotros tres, o ella y yo, pues de lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué? ¿Más amenazas?

—Se van a enterar del viaje el obispo de Tui, el abad de Samos y los monaguillos de la Peregrina.

—No sé qué será peor. Que se enteren antes de partir, o que nos hagamos cómplices del raptó de una menor.

—Usted elige.

—Tú ya has elegido por mí. Tal como lo planteas, o dejamos de ir, o cargamos con la mocosa. ¿Y cómo piensa burlar la vigilancia de su familia? ¿O es que la tata también viene?

—Eso es lo más célebre, pues cuenta con la complicidad de doña Presentación, la de los ojos abesugados, que en vez de actuar como despiadada cancerbera, resulta ser una fámula corrupta y

falta de escrúpulos como cualquiera de nosotros. Esta buena mucama dirá al profesor de cánticos y solfeos que la joven se encuentra enferma de cuidado, imposibilitada para gorgoritos y memorizaciones por culpa del chaparrón de hoy. En cuanto a Su Excelencia Reverendísima el obispo tudense, ni su sobrina, ni el arzobispo Martín de Herrera, ni el Maestro Mateo lo esperan por Santiago durante las próximas semanas. Y si hablamos de los otros Hüe, los que residen en Zahara de los Atunes, ni que decir tiene lo poco que le agobian, acostumbrada como está a torearlos desde que cumple los cinco años, y a camelarlos con besos o lágrimas, según sea el objetivo por conseguir. Y ahora que los tiene a más de cincuenta leguas, puedes imaginarte cuán pequeño es su temor a que se presenten desde las Quimbambas.

Sin decirlo, Ramón lo expone de tal forma que sólo cabe una solución. O viene la niña, o los dos se quedan en Santiago y Acevedo debe ir como un perro, solo y meando.

—Hay que ser un insensato para aceptar, pero, después de todo, el viaje es tan disparatado que ni así lo puede ser más.

Y admite la presencia de la bella enamorada.

Saldrán al día siguiente, porque si un retraso evita la contemplación del fenómeno, nada ni nadie consolará a Acevedo. Además, ahora, con Petra Simona en la expedición, otra prioridad es devolverla cuanto antes, sana y salva, a las faldas de Presentación, esa peculiar mujer que se juega el condumio por satisfacer los caprichos de la jovencita a quien protege, si bien en todo ello media una bolsa nada menguada, ya que Petra dispone de dinero que le llega tanto a través del obispo, como desde Andalucía. Esos caudales garantizan la independencia de la última componente que forma la cuadrilla, la corruptora de sirvientas Petra Simona.

Según las previsiones de Acevedo, conviene desplazarse a Coristanco en el primer coche de los Automóviles Compostelanos que parta hacia A Coruña. O bien en el tren correo ascendente. Las opciones determinan la cercanía del punto desde donde enlazar Anllóns a lomos de caballerías y hacerlo antes de que anochezca.

Días atrás acaba de descarrilar el descendente en Ponferrada y se han producido doce muertos entre los viajeros, por lo que la gente se retrae de subir al tren, como pasa siempre; hasta que el olvido devuelve la normalidad al flujo de pasajeros.

\* \* \*

## 9 días antes / Valentín, Tío Zocas

Petra Simona no sólo es bella, sino una muchacha culta, instruida y con una facilidad natural para entablar conversaciones, cualidades que no sorprenden a Acevedo, pues siempre le oye decir a Ramón que la belleza en la mujer sólo es requisito imprescindible cuando no se necesita hablar con ella, pero nadie que no se adorne con las cualidades de la joven, hombre o mujer, puede estar en su compañía más tiempo del necesario para comprobarlo, es decir, que de cuatro segundos sobran tres.

Valiente filósofo. Todo su argumentario sería de recibo si Petra Simona no fuese también guapa, joven, rica, alegre, con don de gentes, y por lo que se intuye desde el introito, tan valiente

como cualquiera de ellos, y desprovista de la mínima mojigatería, lo que les pasma todavía más dado su parentesco con monseñor Hüe, aunque ya se sabe que en casa del herrero abundan los cuchillos de palo. Tan insólita es su desenvoltura liberal como el aspecto con el que se presenta para iniciar el camino, pues ha abandonado hasta el último bordado que pudiese recordar la moda de París, y aparece con unos gruesos pantalones de pana cuya parte final se introduce en sendas botas de potro tan anchas de caña que se lo permiten con holgura. Completa su aspecto masculino una camisa blanca, una chaqueta varias tallas más grande, una manta aportuguesada y un *chape* negro, tipo fedora, de ala discreta, que ella estruja entre sus manos para que pierda cuanto antes el apresto de lo nuevo y sirva para que les tomen por tres jóvenes universitarios en ruta de estudios a través de Bergantiños, lo cual cree Acevedo que será de gran valimiento para sus propósitos.

—Es un placer que nos acompañe, señorita Hüe —le dice en plural mayestático el tuno de Pontecesures que organiza la gira.

—No sea cínico, señor Acevedo. Ya sé que se negaba en redondo a que lo hiciese, pero le demostraré que en mí sólo encontrará colaboración y trabajo para que sus fines, sean cuales sean, lleguen a buen puerto.

—Se lo agradezco.

—Ramón dice de usted que es una eminencia y, si él lo asegura, yo lo doy por cierto. ¡Ah! Olvídense de tratos cortesanos. No pretendo ser una señorita, ni desembocar luego en señora. Petra Simona es un nombre que me casa como el *Magnificat* a maitines, y me gusta, Acevedo.

A él también y se lo dice. Bastan esas palabras para borrar de su cabeza todo tipo de titubeo sobre la conveniencia o no de haberla admitido. Es joven, pero, como le advierte Ramón, su madurez la sobrepasa para convertirla de repente en un instrumento eficaz a sus planes, aun cuando todavía desconoce en qué puede ser útil a la causa.

El viaje en tren es un suspiro. Ninguno de los tres ha dormido más de dos horas aquella noche, ocupados por los preparativos. Valle se apodera de una orejera y presta su hombro a Petra Simona. Los dos se amodorrán en cuanto son colocados los petates sobre las redes. Acevedo aguanta varios minutos, convencido de que necesita ser testigo de todo lo que suceda para poder llevarlo al papel, pero ese sentido de la trascendencia se agota así que es mecido un centenar de veces por el ferrocarril y acaba por ceder al sueño como ellos, recostado contra la orejera gemela a la del escritor.

La máquina realizará cinco paradas antes de llegar a destino, pero deben confiar en el revisor porque el sopor los vence con la fuerza de lo inexorable.

Una pregunta en la estación acerca de contratación de bestias los lleva directamente a la casa de postas de Agros da Condesa, donde un postillón enfaenado en el enganche de los caballos de su carrilana les indica dónde encontrar a Valentín, quien, sin saberlo, es el mulero al que buscan.

La mula más enclenque, un animal de angostas ancas pintado a manchas grises y cetrinas, se la adjudica el mulero Valentín a Ramón sin esperar opiniones, pues dice que Valle mantiene las carnes justas para no llamar a la conmiseración y la lástima. Bendito ojo de buen cubero que es capaz de pesar al escritor en sus estrecheces, pero no distingue en el trío a una dama, que en este caso es más notoria que tres en un burro.

—Al muchachito le daremos este burdégano castrado, que bien le ha de valer para conducirlo a donde le mande.

—¡A Anllóns! ¡Ni un metro más allá! —protesta Valle al comprobar que la montura alforjera se le clava en la rabadilla desde el primer instante en el que se sienta sobre ella.

—¿Te incomoda? —se interesa Acevedo.

—¡Por todos los cojuelos! ¡No necesito conocer en vida los padecimientos del infierno! —brama contra el futuro dolor que presiente, pues por el momento sólo constata que tarde o temprano vendrá.

—¡Hay que comer más, que los hombres cenceños acaban por evaporarse! —le contesta el mulero con acentos que a todas luces son foráneos, como bien suponen los tres desde que le echan la oreja encima—. El culo nos lo ha dado Dios para subirnos encima de las mulas, ¡pero cojones, señores jinetes! ¡Hay que echarle de comer para que se haga almohadilla de carne y no piel de higo paso!

Puestas las bestias en marcha y mientras no se cierra más el bosque de Cercavido obligándoles a guardar fila india, se mueven al diálogo.

—¿Desde dónde cae con sus huesos en Coristanco? —le pregunta Petra Simona, convencida ya de que habla con un paisano.

—¡Desde Huelva! ¿De dónde, si no? Los mejores mulos de España nacen en Gibraleón. Allí los hacemos de caballos árabes y burras andaluzas. Mejor cruce no hay. Para monta, para tiro o para arrastre; se lo aseguro.

—Conozco Gibraleón, de cuando una plaga de langosta que arrasa los campos. Me lleva mi padre en excursión pedagógica —recuerda Petra Simona.

—A mí me lo contaron, pero menda ya había salido de allí y no las juné, ni a las langostas, ni a las calvas que dejaron en todos los campos.

—¿Y trajo estas bestias desde allí?

—Bueno, les voy a decir el secreto del mulero. Las yeguas pueden ser de Betanzos; los burros, coruñeses, y los socios, arrieros maragatos. El caso es que después se les trate con cariño y la voz no tiemble con las órdenes.

Valle, desde lo alto de su montura, se interesa por algo que acaba de oír.

—Antes dijo del burdégano que lo tenía castrado. ¿Acaso no son estériles estas monturas infernales?

—Exacto, lo son; pero eso no quiere decir que no trempen a cada rato. ¡Y más que los fértiles! Preñar no preñan, si es que en eso nos fijamos, pero si no se los cortas a tiempo, no dejan burra sin montar, ni dama sin olisquear. Acaso con tanta afición por chingar tratan de compensar su defecto.

Petra Simona se vuelve de repente para dedicarle a Ramón una mirada cómplice que el mulero no capta, pues bastaría con verla para pensar que ese frágil muchachito y el caballero delgado se tienen más que cariño, amor.

Valentín, al que en Coristanco dan en llamar tío Zocas, librándole así de motes peores, pues es jiboso, de oreja mellada y tez cribada de viruelas, apesta a semen de equino a menos de tres metros. Con éstos y otros títulos, certifica que nunca los ha visto montar a otro macho, sean humanos o asnos, que debe ser cosa del hocico y que, además, él mismo les corta los atributos cuando cumplen los cuatro años, y se los come, porque con perejil y tomate están de convento. La noche del día en el que cocina el guisote de criadillas, el tío Zocas busca hembra donde más baratas las haya porque quien trempa y emburra con ese platillo es él, sea por lo que come, sea



porque se lo cree, sea porque cualquier disculpa es buena si se tienen ganas de jarana. Pobre furcia la que le toque, porque llega tan borrico que ni pasa por la jofaina y aquello que se destapa antes de la coyunda huele a plumas quemadas. De lo que no se libra tío Zocas es del baño de permanganato de potasa en sus partes, porque una cosa es aguantar el husmo a cerdo revenido, y otra, agarrar unas purgaciones que te dejan fuera de combate más de una semana. Y quien dice combate, dice ganancias y comida.

En el reparto que hace el mulero, a Acevedo le da una jaca rebajada que tiene color de castaña pilonga, reluciente y cambiante según reciba el sol en su careto, o directamente en las ancas, que entonces casi deslumbra. Un cuarto animal que atiende cuando le dicen Morocho lleva los petates de los jinetes y el propio Zocas monta un caballo al que llama Petiso, lo que mueve a que Ramón proteste luego de iniciada la marcha.

—Este transportista es un embaucador. Nos endilga las mulas y se reserva para él la jaca. ¡Así le caiga sobre su pie el Tabernáculo de los Lenceros! ¡Y otra cosa! ¡El hombre es feo como un esperpento!

—No impreques, Ramón. Es lógico que sea así —le corrige su amigo—. Le pedimos mulas. Si le hablamos de caballos de entrada, quizá los hubiese sacado de algún establo.

—¡Pues acuérdesse la próxima vez, Acevedo! ¡Hasta Alonso Quijano en su extrema delgadez dispuso de corcel linajudo, por gran vilipendio con el que lo describa Cervantes!

—Desconocía yo que Rocinante fuese linajudo.

—¡Lo era! ¡De los rocines de Campo de Criptana!

Algo debe oír el tío Zocas, porque, cuando Valle finaliza su protesta, dice al viento y sin mirar a nadie:

—Mi Petiso es como Bucéfalo. No consiente que lo monte nadie que no sea yo. Estas bestias lo serán, pero tienen un fondo de humano que les sobresale así que las tratas un poco, ¡me cago en...!

Tío Zocas blasfema contra Dios sin motivo, y contra la Virgen, si algo le disgusta. La blasfemia en él es gradual indicativo de su humor.

Por falta de hábito en cuerdas achalanadas, Acevedo se extraña de que el tío Zocas y su Petiso cierren la comitiva y de que sea el cuadrúpedo de Petra Simona quien abra marcha. Ramón tampoco es ducho en recuas, pero prefiere ahogarse antes que no abrir la boca para dar su parecer, por lo que ilustra a su amigo:

—El burdégano de Petra es el más veterano y hace las funciones de guía. Él y su Petiso van atrás para prevenir que ninguno de nosotros nos despeñemos y el chalán se vea en la obligación de izarnos del barranco con garrucha.

Cuando dejan atrás el pazo de A Vitureira, en Langueirón, la comitiva sortea por dos veces el Anllóns, que se precipita desde el Pedrouzo hasta Santa Baia con la fuerza de una torrentera. Ahora superan, bien por su izquierda, bien por la derecha, varios molinos en una sucesión que arranca desde allí hasta culminar en A Saimia, ya a la altura de la aldea. Algunos están abandonados y de otros se llevaron las piedras para un ingenio más moderno, o para usarlas como mesas en chigres y tugurios.

Dos ratas aguaneras, negras como la noche, saltan a la corriente por miedo a ser pisadas. Enseguida asoman el hocico y desde el río observan el avance de los jinetes, desafiantes y seguras. Luego, al subir nuevas elevaciones del terreno que se enmarcan por los profundos

meandros del río, Valle interpreta que los ángulos de esas curvas pronunciadas son los que dan nombre al Anllóns y no es Acevedo quien se atreva a desmentirlo. «Anllóns es a angulones lo que Torrelodones a Torre de Ladrones».

Tampoco le desmiente otras historias que parecen sacadas de cualquier libro de cuentos, pero que Valle se apropia para adorno de su biografía.

—Después de recibir mis primeras clases de esgrima en Pontevedra, practiqué todas las noches como tirador de florete por las calles más oscuras de la ciudad del Landro. El objetivo era ensartar ratas en mi arma. ¡Hasta cinco de estos roedores llevé en ristre cual pincho moruno! ¡Y alguna se mantuvo viva durante horas!

—¡Ramón! ¡Conmigo contento!

—¿Con el florete?

—No, con la lengua.

Tras los claros que permite la espesa arboleda, se adivina el horizonte, y en él están dibujados los tejados de unas casas que el tío Zocas identifica como el destino contratado. Aunque todavía les queda un buen trecho, los jinetes se asombran de la rapidez con la que se plantan allí.

—¡Alabada sea la Virgen de Linarejo! —exclama Ramón—. Tengo el entablamento que podría servir de papillas para el retoño lactante de una duquesa primeriza.

Petra Simona se vuelve y lo mira, ahora con gesto burlón. ¡El retoño lactante de una duquesa primeriza! ¡Qué cosas se les ocurren a estos escritores! Ella no ha sufrido.

Cabalga mejor que cualquiera de los tres, incluido el tío Zocas, acostumbrada como está a pasar tardes enteras en paseos de cortijo, en ferias y en rocíos.

A cada tramo la vista del destino entra y sale de la arboleda, pero ya saben que pronto podrán descabalgarse y alejarse de la peste que exhala el tío Zocas, de sus cuatro mulas y de Petiso. Sin embargo, es entonces cuando Valentín los desconcierta y manda alto. A la derecha discurre un manantial al que canalizan con hechuras de fuente por medio de unos cuantos metros de tablones, y aunque el destino está a tiro de ballesta, quiere hacer aquí una segunda parada.

—Cuando una recua entra en las aldeas, ni jinetes sangrantes, ni animales sedientos. Ahora que llegan las máquinas de viajar, quieren convencer a la chusma de que esos aparatos cansan menos, y al decirlo anuncian la ruina para los arrieros.

—Bien pensado, tío Zocas. Cuenta con nosotros para tu comedia. Entraremos bien erguidos, sin rasguños a la vista y más frescos que una lechuga.

—Las mulas y yo, por la cuenta que nos trae, les quedamos muy agradecidos. Como pago por ello les secreteo que, si beben de las ocho fuentes siguientes a ésta, se librarán de anemias de por vida. Yo lo hice y funciona. En fin, no con éstas, sino con otras de Carballo, pero es lo mismo.

Atienden el consejo, beben de la primera y se refrescan la nuca, la frente y las mejillas.

Dedicados aún al oreo, el hombre los apremia porque, a la par que anochece, las nubes que suben del mar anuncian lo que ya es inevitable antes de montar de nuevo, cuando un aguacero inmisericorde cae con gruesos goterones sobre los cuatro jinetes y su impedimenta. Sólo Petra Simona, con su sombrero acartonado y alón de voladizo, se defiende de los calderos e impide que su larga cabellera se aborrasque con un viento cada vez más huracanado.

Tío Zocas se pone ahora delante y azuza a su montura para que trote. Todos lo imitan, pero, al descender el monte, el camino se hace de lama y congosto. El peligro de una caída les contrae el estómago y se aceleran sus corazones. Acevedo teme por la muchacha, aunque quien peor se

maneja sobre la silla es Valle. El hombre agarra el cuello de la mula y diríase que la ahoga por la fuerza con la que se confunde con ella.

—¡Voy a parar! —les vocifera mientras llega el eco de algún trueno todavía lejano.

Eso no lo conseguiría ni el mejor de los rejoneadores, porque el animal obedece a órdenes superiores, cuales son seguir al Petiso, pase lo que pase.

—¡Este bicho no me sostiene y ni siquiera puedo encender el cirio bendito contra las chispas!

—¡Sigue, Ramón! —le aconseja y anima Acevedo—. ¡Ya estamos cerca!

Ni lo escucha, pero, en vista de que ninguno de ellos hace por detenerse, se deja ir para no perder la distancia con Petra, de modo que todos llegan a la misma conclusión. Conviene cerrar los párpados, ceñir las jambas y rogar que el cuadrúpedo no dé un mal paso en aquel barrizal con olor a fuego, tormenta y resina.

Para empeorar la marcha, un latigazo de luz y ruido sobrevuela sus cabezas antes de que la fuerza del relámpago caiga contra uno de los grandes pinos que escoltan el descenso a izquierda y derecha. Le ha alcanzado en el medio de su mole y la copa cae tronchada hacia el tramo por el que acaban de pasar. Un suspiro antes y se los lleva a criar malvas. Tío Zocas, que conduce del ramal a la quinta montura, la de los petates, apenas se altera. Ni él, ni los animales. Sin duda es una gran suerte, porque aquellas mulas en estampida, cuando el monte se empina ahora camino de Ponte da Garga, los habrían aplastado contra los peñascos a poco de encabritarse.

Acevedo cree que Ramón lo maldice en silencio por haberle arrancado de sus plácidas tardes en la capilla de la universidad, y que Petra Simona hará lo mismo, con toda la razón, aunque en su caso sólo a ella misma podrá culpar de haber venido.

Pero ahora, cuando dejan ver la chepa del tío Zocas cubierta por su zamarro y las ancas de su jaco, doblan la curva inmediata del camino y allí, al fondo de la última cuesta, se encuentran al mulero descabalgado de su montura, frente al portalón de una casona que se abre generoso para protegerlo de las inclemencias. El chepudo los mira y hace gestos con la mano para animarlos a recorrer ese tramo final cuando él ya afloja las cinchas del Petiso y lo libera de la cabezada.

Han llegado a Anllóns. O para ser más exactos, al lugar y Casa Grande de Cesponzóns.

—No te quejarás, tío Zocas. Entramos en el pueblo con alabanzas a las comodidades del viaje —consigue bromear Acevedo, todavía bajo la lluvia, cuando se ven ya a salvo del monte anubarrado.

—Los señores no me advierten de sus gustos por viajar en seco y hoy tocaba agua —se ríe también el hombre.

—¡No me había divertido tanto desde que estoy en Galicia! —exclama Petra Simona con una sonrisa de felicidad digna de mejor causa.

—¡Me cago en mi padre! ¡Pero si el rapaz es una mujer! —descubre Zocas, asombrado de su propia equivocación.

—Lo es ahora, mulero. Al rapaz le ha caído encima tanta agua que reflora como un tomate con formas de mujer; pero si no aireas el milagro por estos contornos, nosotros hablaremos maravillas de tus servicios.

—¡Una mujer, carajo! ¡Si nos han caído encima hasta centellas!

\* \* \*

La casa que los refugia de la tormenta pertenece a don Dámaso Portela Mancebo-Caspindo y a su esposa, doña Dídica Manteiga Sollóns, terratenientes de media alcurnia y negociantes de ceja alzada, con varios barcos en Corme, donde radican sus oficinas, así como salazones, tabernas, meretrices de temporada, y dos líneas de transporte que llevan el mineral de hierro desde Cerqueda, en Malpica, hasta Sargadelos, en Cervo. También tienen las narices siempre atentas ante la posibilidad de arañar unos céntimos en lo que sea. Todo es bueno para el convento. A ellos y a su socio Belarmino Souto de Neaño no es fácil que nadie de Bergantiños les tosa en cuestión de bolsa, y la casa, sombra de glorias pasadas, da pruebas de su potencia por las cuatro esquinas. Allá escudos, acá troneras; pérgola, palomar y cipreses; no así capilla, que jamás la tuvo y que le impide ser llamada pazo. Fue la Casa Grande de Cesponzóns y lo seguiría siendo, no sólo de título, si doña Dídica, que fue la vinculeira de los Manteiga por falta de competencia, le prestase algo más de atención a las piedras y menos a los picapedreros, pues algunas de sus alcobas, pasillos y camaranchones están como palo de gallina con la excusa de ser muy grande la estancia, que lo es, y estar faltos de criados que en otras épocas se afanaban en sacarles brillo a los clavos de cada jamba. Disculpas de mal pagador, porque con los parneses que atesora hoy el matrimonio podrían vestir de organza a quince doncellas sin merma de caudales, gastar doncel y tener las salas abiertas con el lujo de Versalles sin riesgo de quiebra.

Hay salas que permanecen cerradas a cal y canto, por lo que no se sabe si están vacías como la cueva de Salamanca, o contienen el tesoro perdido de Jerusalén. Creen más en lo segundo porque hay noches en las que el señor desvía desde Corme diligencias de sus líneas para descargar grandes cajas de madera que llegan allí por mar. Las bajan, las introducen y se van.

El tío Zocas conoce al matrimonio de otros viajes y sabe que por dos perras le dejan pasar la noche en los establos, cosa que hace cuando los cielos se abren como hoy y sueltan la carga almacenada en sus nubes de plata sulfurada. Y no duerme en el de las vacas, no, sino donde lo hace la yegua Parda, que es la que monta la señora, tan buena amazona, como andarina. Es decir, que los Portela le dan un trato familiar porque para la señora la Parda es más que algunos primos y sobrinos.

El portalón abovedado donde sacuden las ropas es amplio como el de una venta castellana y su suelo está empedrado de cantos rodados, incómodos para los pies, pero muy resistentes al paso de carros y herraduras. Don Dámaso los observa desde una de las ventanas del patio interior, y cuando su mirada se cruza con la de Petra Simona, cesa el espionaje y baja a saludarlos.

—Mal día para ir a Corme —les dice a guisa de recibimiento mientras enjuga alguna gota que resplandece en su frente aceitunada, porque la lluvia, que todavía es intensa, se cuele bajo el portalón y lo salpica.

—Los señores non van a Corme —se adelanta el mulero en un chapurreo del gallego con acento extremeño, o bien del castúo con acento gallego, que todo puede ser—. Los tres se desapartan del camino de Corme aquí, en Anllóns.

—¡Vaya! —se asombra don Dámaso—. Llevamos siglos sin que nadie se acerque a la aldea y en un solo día recibimos cuatro visitas.

—Yo no me quedo, don Dámaso. No más de esta noche si no amaina la trúbila aguacera. Mañana ahueco el ala y retorno.

—No entrabas en mi cuenta, Valentín —le dice el señor de la Casa Grande al Zocas—. Me refiero a una cuarta persona que llega hoy después del almuerzo, dispuesta a pasar algunos días

entre nosotros.

La información inquieta a los tres viajeros, tanto como le escama a Dámaso Portela esta avalancha de curiosos. «Estos también vienen detrás del ruido ocasionado por Desamparados», piensa el hombre con temor de que así sea. Los tres se cruzan miradas interrogativas hasta que Petra Simona acierta con la frase que le parece menos delatora.

—Seguramente viene como yo, tras las huellas de don Eduardo Pondal, el gran bardo. ¿Sabe si el otro viajero también es universitario?

El señor de Cesponzóns, semicalvo prematuro, ni alto ni bajo, atildado a lo italiano, barbibermejo, de cuidado bigote y aires afectados, entre *dandy* contrastado y pisaverde de baja estofa, le responde en recto y con exactitud.

—Ni lo uno ni lo otro. Ha dicho que es abogado y que le interesa hablar con el párroco Combarro y con Desamparados, la mujer que ocupa la casa de los ruidos.

Tenía que ser. Acevedo sufre un duro desengaño. Se le ha adelantado otro perseguidor de espíritus y fantasmas. Y aunque a Ramón no parece agobiarle, él se lleva un chasco que le borra por completo la alegría de estar bajo cubierto. ¡Ha llegado esta misma tarde! Sólo unas horas antes. ¿Pero quién? Acevedo se mortifica al suponer que se ha demorado la intemerata desde que recibe la carta del flaco Pandolfini. Que se entretiene por culpa de la charla con Ramón y luego con Petra Simona. Pero no, la verdad es que ni Valle ni la muchacha han retrasado ni un minuto el viaje. Si hubo parsimonia, sólo a él se debe y mejor será conocer la identidad del intruso antes que desesperarse por algo que quizá sólo sea una simpática coincidencia.

—Esta afluencia —dice Dámaso Portela— trae consigo un problema de alojamiento, pues el viajero ha ocupado el único lecho en alquiler de Anllóns.

—¿El único? —insiste Acevedo para cerciorarse de las dificultades.

Antes de recibir respuesta y a través de un estrecho pasillo surge en el bobedizo donde se encuentran doña Dídica Manteiga, señora de Portela. Baja por las escaleras que conducen directamente a una galería que sirve de puente ornado con balaustrada de granito entre las dos alas en las que se divide Cesponzóns en torno al patio central.

El lapso entre su aparición y su llegada al grupo transcurre en absoluto silencio y los viajeros lo aprovechan para realizar un rápido, pero concienzudo examen de la dama. Doña Dídica aparenta una treintena de años, aunque en realidad el Registro dice que está a punto de despedir esa década. Bien conservada por tanto en cuerpo y en belleza. Es menuda, pero bien proporcionada, de marcado y avisado talle. En su rostro destacan facciones que evocan atractivos orientales, con pómulos marcados y una breve nariz que realza su hermosura. Desde antes de casarse, los barbarotes de Ponteceso la rebautizan como la Pekinesa, y así la citan cuando ella no está delante, aunque la mujer es conocedora de la chacota y no le disgusta, pues sabe que se lo han puesto por guapa, que no por concubina, en la jerga americana para señalar a criollas e indias de fácil trato como chinitas que se meten en la cama con españoles.

En sus rasgos se atisban los restos de un encanto aminorado pero no extinguido, que enloquece a más de un soltero de los contornos y, por qué no decirlo, también a casados, de entre aquéllos que el padre de la chiquilla invita a los banquetes de Cesponzóns, que empiezan tras la misa de San Fins y nunca se sabe cuándo acaban, porque sólo se levantan si está suficientemente borracho el señor, como es propio de príncipes rusos y de hacendados gallegos.

El nombre de Dídica, explica su mujer, proviene de una antepasada que así aparece en los documentos sobre el señorío de Cesponzóns, aunque la Pekinesa oculta que lo recupera ella de jovencita para escapar del de Angustias, que fue el de su madre y el suyo desde la pila bautismal hasta ese revelador momento.

Cuando doña Dídica llega a la altura del corro, se dirige al tío Zocas y lo abraza con insospechadas confianzas, aunque ella misma se encarga de darles respuesta con un insistente magreo a la joroba, sin separar sus ojos cantoneses de los de Acevedo para indicar que trata de impregnarse con la buena suerte de los chepudos, según es de todos conocido. Ciertamente que para ello debe suspender por segundos la respiración, pues el mulero no pierde con facilidad su bravío de esperma y cuadra, de heces y zupia.

Finalizada la friega, la señora de Cesponzóns se apresura a decirles que conoce lo charlado desde que descabalgan, pues sus primeras palabras son la solución al problema que se plantea.

—Disculpen a mi marido. A veces tiene el pensamiento tan ocupado en la navegación de sus barcos que olvida lo que deja en puerto. ¿Verdad, cariño? En la casa existen dos habitaciones dispuestas para ser ocupadas, pues no dudo que llegaremos a un acuerdo ventajoso para ambas partes. A ustedes, porque solucionan su hospedaje, y a nosotros, porque sin dedicarnos al negocio de alojar forasteros, encontraremos una ganancia en el ofrecimiento. O al menos no perderemos tontamente ni tiempo, ni dinero.

Por brusco o impertinente que pudiese parecer ese discurso, ya sea ante ellos, o ante el rey de Abisinia, no hay otro que lo aventaje en oportunidad. La humedad les penetra hasta la médula de los huesos y los tres reclaman con urgencia el calor de una hoguera tanto o más que unas tazas de caldo, un plato de bolos del pote, un guisote de pescado o cualquier alimento de cuchara que los devuelva a su condición de humanos.

—Habrà ese acuerdo. Estamos ateridos de frío y al borde de un constipado. Si nos indica el camino, la seguiremos encantados.

Doña Dídica da un paso adelante y se acantona entre el hueco de donde emerge y los viajeros, en clara demostración de que faltan extremos por concretar.

—Como ahora es imposible saber las cantidades que comerán durante su estancia, dejaremos esas cuentas para el momento de su marcha. Acordemos sólo lo concerniente al lecho. ¿Les parece bien tres reales por noche?

—¿Por persona y noche? No son éstos los precios de Santiago —le dice Acevedo, asustado por sus pretensiones.

—Pero sí son los de Anllóns. En caso de que les parezcan desproporcionados, la lluvia les acompañará hasta Ponteceso, o quizás hasta más allá, si Demetrio Calvete también ha ocupado sus habitaciones. ¿Tú qué opinas, Dámaso?

—Mujer —interviene el esposo—, sería muy descortés por nuestra parte dejar a estos jinetes al descubierto en pleno trebón. Si ellos lo consideran excesivo, preguntemos qué le ha pedido Xuliana a su cliente y que sea ése nuestro precio.

Doña Dídica espera la intervención de su marido. Los recién llegados están convencidos de ello, porque, sin dejarle acabar, añade sobre sus últimas palabras:

—Eso es lo que han acordado. Tres reales por noche. Comprenderán que si Xuliana, que hace del hospedaje su medio de vida, cobra esa cantidad, no vamos a ser menos nosotros, máxime cuando abrimos a extraños la intimidad de la señorial casa de Cesponzóns.

A los tres se les revuelve el estómago a causa de la mezquina negociación con aquel par de córvidos atracadores, empeñados en apalabrar una cantidad que a todas luces es disparatada, porque si la cobra la posadera Xuliana es debido a que incluye desayuno, almuerzo y cena.

Finalmente es Valle quien lo resuelve de un certero manotazo.

—¡Señora, cobre lo que le parezca justo! Y, si duerme por la noche a pierna suelta, será señal de que el cielo la ha dotado con conciencia de embudo, muy amplia de entrada y muy estrecha de salida.

Pese a lo que cabría esperar tras la impertinencia del escritor, la Pekinesa no se ofende, e incluso esboza una tenue y pudorosa sonrisa de novicia. Su objetivo desde el principio ha sido endilgarles ese precio, y habiéndolo conseguido, el resto le parece nimio, así quisiesen acusarla del asesinato de Prim, o hacerla responsable de la riada de san Policarpo. Ella no va a alterarse, porque ya ha llenado su faltriquera y está satisfecha como una zorra que abandona el gallinero llevándose en sus fauces el pollo más lustroso. Sólo así se consigue llenar las dos arcas repletas de monedas que se esconden en Cesponzóns. Aunque estén trufadas de pesos americanos que se cuelan por alfonsos y de duros sevillanos —la falsa moneda «que de mano en mano va y ninguno se la queda»—, predominan los auténticos y los amadeos de plata. Aquel tesoro del Sésamo únicamente palidece ante fortunas de reyes y piratas.

De doña Dídica cabe añadir que cuando no monta a la Parda, viste ropa lo suficientemente ajustada para que se admire en ella ese magnífico talle que invita a ser medido con la palma de la mano y su holgado escote coronado con una figa de azabache donde se pierden todas las miradas. El mandil, la falda bajera, el corpiño y el peinado son de una elegancia que Valle denominaría excesiva si le preguntasen, aunque lo cierto es que esa vestimenta, su innegable belleza, los aires chinescos y ese descaro en hablar del dinero como haría un tratante de sardinas en plena rula, componen un equipaje personal que sugiere pasión en el amor y crueldad en el combate, dos notables cualidades si no se la tiene enfrente como enemiga. Algo así decían de Isabel I de Inglaterra sus aduladores, más por caerle en gracia que por responder a la realidad.

—¿Dispondremos por ese precio de agua caliente? —indaga Petra Simona.

Los Portela callan a la pregunta y los recién llegados se arrugan por si pretenden cobrársela en cuenta aparte, como la comida. Por eso las palabras de la chica cuelgan en el aire sin que nadie se dé por aludido.

De modo que arroz y gallo muerto, que es menú frecuente cuando la cocinera no desea romperse la cabeza.

—¡Y en Pontevedra se dice Cerponzóns, no Cesponzóns! —remata Valle a modo de corrección toponímica.

\* \* \*

La casa es fría y miserable, sin un atisbo de la elegancia, la gracia o el lujo que lucen sus dueños en su porte. Esa es la impresión que los viajeros reciben al entrar en ella. Quizás otras estancias mejoren este juicio. De las paredes cuelgan negros chorretones de agua putrefacta en hierros oxidados que chocan en los tablones del suelo y se confunden luego con excrementos de rata que pudieron ser huella de sus correrías durante la última noche, o llevar allí desde la caída de Nínive.

Detrás del matrimonio Portela, los viajeros atraviesan las cuatro estancias que se continúan a través de la galería derecha del patio sin que se les adivine destino alguno. Una habitación sólo muestra en una esquina restos de paja seca, como si algún día allí hubiese parido una gata y se hubiesen conservado las secundinas en un manchón central que parece oler desde la distancia a sangre coagulada. En el centro de la siguiente hay el hueso mondo de un jamón que ya no atrae ni a las moscas, pero allí sigue atado a una sogá como recordatorio de lo efímero de la vida, o de la práctica de la justicia mediante horca. Sí, también se aprecia que sus ocupantes no pasan apuros para comer todos los días, pero es tan rácano el lucimiento de sus posibles que más les valiese quemarlo todo y vivir en el lujo de las cuádras inferiores, que allí sí relucen aperos, correaes, cabezadas, arneses, herramientas de muy variados fines y hasta jarcias, obenques y maromas en buen estado para el matalotaje de las embarcaciones amarradas en Corme, o para las que actualmente bajan hasta las Canarias con pasajeros y mercancías.

La mujer parece darse cuenta del contraste que existe entre el lujo que lleva encima y el abandono de aquella ala, por lo que se explica:

—Esta zona de la casa la tenemos semiabandonada. Es tan grande que nos sobran salones y el servicio es pelón. Pero no se inquieten, no pensábamos instalarlos en medio de esta cochambre.

A la izquierda de donde avanzan también se suceden ventanales que dan al patio central de aquel inmenso caserón que tanto podría alojar a los tres de Santiago, como a un regimiento bien pertrechado, siempre y cuando a los huéspedes no les importe compartir ronquidos con el pedo del diablo.

Después de las cuatro amplias estancias, doña Dídica, que abre la marcha, les señala con mano displicente que en el último rincón se inician unas escaleras, oscuras como boca de lobo, y eso que al día aún le queda la última claridad de un *arco da vella* que anuncia el fin de la lluvia y que intenta colarse por entre la suciedad de unos cristales que un día fueron transparentes.

Las escaleras son del mismo estilo de las que acaban de subir en el otro extremo, angostas, muy cerradas y en caracol. «¿Cómo es posible que hayan ascendido para ahora bajar de nuevo?», se pregunta Acevedo en lógica física. «¿Quisieron evitarles el paso por las estancias inferiores? ¿Tienen allí sus salones, o todos los bajos están destinados a cuádras?».

Al cabo de dos vueltas, los peldaños finalizan en una gran estancia diáfana con la misma altura de todo el edificio, unos ocho metros, pero ciega en su parte inferior hacia el patio, como medida de protección frente a los intrusos de las últimas banderías del carlismo gallego. Es una reforma emprendida por el abuelo de la señora, Norberto Manteiga, que siendo niño ve morir a sus padres en el asalto que la partida carlista de Santiago Mardones, el llamado Tormenta Mardones, realiza a Cesponzóns. Desde entonces, el abuelo Manteiga vive obsesionado por la seguridad, los talismanes y los amuletos protectores.

La inmensa pieza está presidida por una enorme chimenea, donde arde un buen fuego. También existe otra lareira en la esquina opuesta con brasas de los últimos troncos. No abundan las chimeneas, y menos las de ese tamaño. La gente prefiere que el humo inunde las casas, impregne las ropas y escape a través de las tejas y las rendijas, pues lo tienen por muy beneficioso y purificador, ya que es la prolongación de un espíritu divino saludable que alcanza todos los rincones. Por eso a doña Dídica no le importa que a veces tire mal la segunda de ellas y el humo se haga notorio en todas las habitaciones, por mucho que a don Dámaso se le irriten las pupilas y lllore.



—No importa —dice entonces la señora—, no saben ustedes el poder del humo contra el *mal da envidia* y algunas enfermedades de los niños. ¡Claro que como aquí no los tenemos...!

Al fuego cuelga de una *gramalleira* un pote con caldo. Hay cinco más de distintos tamaños sobre otras tantas trébedes, y en el banco que han elevado a la altura de la *lareira*, dormita acovachado un hombre del que casi no se distinguen las formas, por ser el rincón de aquella sala donde la luz que refuerzan dos mortecinas lámparas de carburo llega menos intensa. A su lado, sentada, pierde la vista en un zurcido una mujer a la que Valle le otorga una edad de medio siglo, o incluso menos por lo avejentada, y otra más joven, que pela patatas. Tras el banco, ya a nivel del suelo, un camastro que se adivina paraíso de chinches y piojos. Dos gatos atezados y carrilludos, sin señales de molestarse en atrapar ratones, se desperezan lo imprescindible al verlos entrar. En el centro se ha dispuesto una mesa de tablones para treinta o más comensales y las sillas, cada una de distinta fábrica y procedencia, se desparraman al albur cerca y lejos del enorme mueble. Dos armarios, varias alacenas y tres o cuatro artesas completan la dotación de la cocina, comedor, salón, o lo que aquel descomunal espacio sea.

—Caballeros, este fuego dará buena cuenta de la humedad en un suspiro. La *bambina* puede mudarse en cualquier sitio, que nadie se fijará en sus formas. ¿No es cierto, Modesta? —afirma con un descaro impropio de su elegancia la señora de la casa, mientras se lava las manos, que conservan el ácido pringue de la chepa acariciada.

La aludida deja la labor y surge con el cesto de patatas de entre la *lareira* donde dormita el hombre, a quien todos consideran de inmediato como el esposo de la tal Modesta, quién sabe si precipitada y erróneamente.

—Nadie, salvo los gatos. A don Dámaso nunca le interesaron los desnudos femeninos, y a mi esposo —dice al tiempo que señala el bulto sobre el banco—, qué quieren que les diga, apenas pude disfrutarlo desde que contrajimos.

Doña Dídica responde con una risotada burlona a la grosera intervención de Modesta y Dámaso asiente con su silencio, aunque la alusión a su desinterés hacia la jovencita parece disgustarle, especialmente por encontrarse ante desconocidos, pues entre ellos y con la servidumbre sí que se gastan chanzas y pullas sobre gustos y disfrutes.

El hombre tumbado en el astroso banco de la cocina emite un leve sonido gutural que demuestra haberse enterado.

—¡Hggg!

La confianza de Modesta, por gruesa y manifiesta, les ahorra cualquier prevención sobre la verdadera naturaleza de Petra Simona. Pudieron engañar al mulero durante la cabalgada, pero no más allá. La belleza de la andaluza sobrepasa las cuatro prendas masculinas que ni siquiera tenían ese cometido, máxime cuando se desprende del sombrero y deja al aire sus cabellos. Mejor así, piensa Valle. Menos preocupaciones, concluye Acevedo. Aunque...

—Es posible que los dos hombres sean romos como la espada de Bernardo y no encuentren en mi cuerpo nada que les encienda las pájaras —dice Petra Simona con voz firme y erudita, como de secretario ante tribunal o militar en arenga—, pero estoy segura de que el tío Zocas todavía está en activo para combates de la carne, y no pretendo servir de yesca para su fuego.

—¡Abofé! No he pillado nada de lo dicho, pero ¡abofé que me suena a bueno! —exclama el mulero para confirmar las potencias que le concede la chica.

—Por lo tanto, ¿podría indicarme un lugar más discreto para soltar de una vez la tormenta que todavía llevo conmigo?

A disgusto, Dídica ordena a la segunda mujer, de nombre Herminia, que la acompañe al cuarto donde se alojará y donde podrá agarimarse protegida de miradas indiscretas, y no sólo las de varón, pues ella misma no ha perdido ripio de los tres, a su gusto algo enclenque y huesudo uno de ellos, pero jugoso y tiernecito el que llaman Acevedo.

—Si me disculpan los señores, desearía acostarme ya —dice Herminia.

—Hasta mañana, mujer. Si Modesta no te reclama, puedes hacerlo —contesta Dídica a la aprendiz.

—No, que se acueste. La cena está lista —confirma la cocinera.

Por fin pueden los viajeros disfrutar del fuego y observar cómo el agua atrapada en las capas, en las camisas, las esclavinas, las botas, los garlochos o los pantalones forma inmediatamente nubecillas de vapor que escapan a causa del calor de las llamas. Ramón bromea sobre el peligro de cocinarse en agua mientras Petra Simona, que ha regresado con ropa seca, se cepilla el pelo para recogerlo en trenza y formar un gran moño en la nuca. Detrás de ellos, los cuatro habitantes de la casa y el propio tío Zocas observan cómo se atusan sin abrir la boca, recortadas sus siluetas sobre las magníficas lenguas de fuego que cada cierto tiempo son alimentadas por Modesta con ramas enteras de *toxó* y romero, o con troncos de *bidueiro* que se acumulan en desorden a la izquierda del hogar. A gran chimenea, gran fuego. En algo no escatiman estos tacaños ricachones que los acogen a tan alto alquiler.

Agostiño de Tomasa, alias Pallarán, el hombre de Modesta Barizo Pardines, entreabre los ojos para seguir la operación, mientras ella ha comenzado a freír unos torreznos que acompañarán al caldo de la cena. Los siete sientan sus reales en la mesa central, de la que sólo ocupan una cuarta parte. El Pallarán, al que de niño también llaman Tomasiño por su madre, permanece en arrebujó sobre el banco de la *lareira*, a donde su mujer le acerca la taza y los torreznos para obtener de él otro sonido gutural a modo de rebuzno o carraspera.

—¡Hggg!

Acevedo aprovecha las ansias con las que sus compañeros reciben el humeante tazón para indagar sobre el otro viajero.

—Me decían en el portalón que alguien más llega hoy a la aldea después del almuerzo.

—Sí, mucho antes de que empiece a llover —precisa don Dámaso—. Tuvo más suerte que ustedes porque llega seco como el millo de agosto.

—Pero también añaden algo más —escarba Ramón.

—Sólo lo que comenta Plácido Pensado, el mozo de los Ambrois, cuando sube de retirada con noticias del pueblo.

—¿Y qué comenta? —insiste ahora Petra Simona.

—Poca cosa. Que a Xuliana le ha dicho que es de Pontevedra, pero que viene desde Santiago. Nueva sorpresa. El otro visitante responde a sus exactos orígenes. Pontevedrés y llegado de Santiago.

—Ya, pero también saben a qué viene. Nos decían que...

A doña Dídica no parece agradaarle la insistencia en el tema.

—¿Qué les chismorreaste, Dámaso? ¡Nada sabemos de ese hombre, ni nada nos interesa!

Pero Petra Simona no pierde el hilo.

—Sí, que viene a hablar con el párroco sobre la casa de los ruidos.

—Eso dijo Xuliana —admite finalmente el señor de la casa—. ¡Yo qué sé lo que habrá oído sobre la Casa do Demo!

Es la primera vez que Acevedo escucha cómo han bautizado el lugar de los hechos y sin embargo le parece un nombre conocido desde siempre. La Casa do Demo, ¿cómo, si no?

—Hablemos a calzón quitado. Aunque mi amigo Ramón es un gran escritor y admira a Pondal como gallego de primera línea, no son las campanas de San Fins el motivo de nuestra visita, sino lo que acontece en esa casa. Haré las presentaciones completas que antes fueron cortas. Nuestra amiga es Petra Simona Carabantes-Blasco de Hüe, andaluza y estudiante de música en Compostela. Un miembro de su familia ocupa hoy un alto cometido de la Iglesia Católica en Galicia, y por esa circunstancia ha dejado por un tiempo Andalucía. A su lado se sienta Ramón de Valle-Inclán, eminente escritor, autor, entre otras piezas memorables, de un libro de relatos al que llama *Femeninas*, y de otro, *Epitalamio*, que recibe los mejores comentarios. También pone su nombre a artículos en periódicos y a obras de teatro que pronto serán conocidas. Finalmente, yo. Mi nombre es Manuel Otero Acevedo. En breve espero ejercer la Medicina con la mejor de mis intenciones y la más depurada ciencia de mis profesores. También he publicado algún libro de temas, digamos, espirituales. Los tres acudimos a Anllóns en un intento por arrojar algo de luz sobre los curiosos fenómenos que suceden en esa vivienda. Esa es toda nuestra verdad.

Acevedo se abstiene de citar en su currículum varias publicaciones médicas, así como de dar los títulos de los libros, por si no fuesen bien interpretados, ya que decir *Los fantasmas* y *Los espíritus* en Anllóns es como mentar la bicha. A Valle le gustaría ponderarlos, pero no lo hace porque es tiempo para escuchar a los habitantes de Anllóns y no al revés.

La señora de Cesponzóns permanece muy atenta a las explicaciones. Se limpia con el envés de la mano un hilillo de nabiza que le cuelga del labio y toma la palabra para dedicar a los intelectuales un merecido revolcón dialéctico.

—Si tan limpio es el interés que sus cátedras universitarias les inspiran, no entiendo a qué viene presentarse en nuestra casa como admiradores del vate Pondal, mintiéndonos para sonsacar informaciones. Por lo menos, el otro visitante fue sincero. ¿Qué pensaban ustedes? ¿Que nos molestaría hablar de la Casa do Demo? ¿Que somos esa comunidad de rústicos atrasados de la Galicia campesina que los periódicos sacan de sus cajones cada vez que no entienden lo que pasa fuera de sus ridículas ciudades?

El golpe es certero. Se han comportado como unos auténticos señoritos remilgados de Compostela. Pero hay que defenderse a capa y espada. Puesto que Ramón recibe clases de esgrima, es él quien dispone a tiempo de la réplica adecuada.

—Bien podríamos cesar en los reproches unos y otros, pues acabamos de ver, señora mía, que a punto está de zamparse a su marido cuando descubre que ya nos ha adelantado noticias del asunto fantasmal, de modo que nuestras prevenciones estaban bien fundamentadas. A las gentes de Anllóns les molesta que extraños como nosotros vengan hasta aquí para charlar de espectros, de apariciones y de Adonáis. Eso es así, pues a nadie le agrada que lo tomen por adorador del diablo, ni por su esclavo.

Doña Dídica también parece haber sido tocada y por eso se calla y recula.

A todos les asombra cómo es que habiéndose conocido minutos antes, se hablen ya con el desparpajo de la confianza y con reproches de calado. Al tío Zocas se le alumbran los ojillos,

maravillado por los asuntos a los que prestan su atención y de los que él nada puede añadir, pese a estar a su lado, como un camello a su joroba.

—¡Se comadorean tantas cosas! —dice Modesta—. En casa de Xuliana se apuestan cuartillos de vino a favor de que la presencia fantasmal les levanta las enaguas y les arranca los pololos a las dos mujeres. ¿Que quién paga? Nadie paga y todos beben. Dicen y no paran que la bendita de Desamparados trota por toda la casa para impedir, ya saben, que el de la sábana rampante le toque a la nieta por donde mea. Y eso es imposible.

—¿Por qué? —pregunta la curiosa Petra Simona, poniendo ojos de sapo ante la verdulería con la que se despacha la cocinera.

—Pues porque no se conoce, ni aquí ni en Maracaibo, de ningún fantasma que trempe — responde la mujer convencida de la validez de su razonamiento.

A Acevedo le resulta imposible no reaccionar con una sonrisa, la más leve sonrisa para no ofender a Modesta.

—Fantasmas, no; pero del Diablo siempre se ha dicho que gusta de mezclarse con mujeres. El propio *Génesis* ya habla de los ángeles caídos que tuvieron hijos con mortales.

—¡A mí no me mezcle satanismos!

Nuevas risas, ahora menos discretas, más cascabeleras.

—¡Ríanse lo que quieran! ¡Eso es así *per sécula seculorum*! Pero tampoco descuidan otros negocios peores, porque los trasnos gallegos son todo lo argalleiros que pueden y más. ¡Qué quieren que les cuente! ¡Lo dice el libro! ¡Mundo, Demonio y Carne! Hay muchas clases de *demos* y cada uno tiene su habilidad. Por ejemplo, de éste dicen que anda con los muebles; de este otro, que cambia de sitio los cachivaches, y del de más allá, que mueve la ropa de cama arriba o abajo según le dé la ventolera, o le salga del cebollino. De aquél, que tiene la nariz doblada a la izquierda, que es hábil en trasegar *patacas*, y del pequerrecho, que es verde y de lengua centelleante, que abunda en ruidos y que algunos los consigue con vientos de su cuerpo haciéndolos pasar por cualquier agujero suyo, ya me entienden, con preferencia el trasero. Y yo eso sí que me lo creo, porque es potencia que está en el ser de los fantasmas y de los satanes. Está en sus querencias y en sus comportamientos de siempre. Lo que pasa es que alguno se aprovecha de que todo es una zaragallada y quiere meter su broma para reírse de los vecinos. Que si la persigue y le toca el culo. ¡Qué se lo va a tocar! ¡No sería un fantasma! ¡Ni siquiera el mismísimo Satanás!

Acevedo pone la nota erudita al discurso de Modesta.

—¿Ha oído hablar de los súcubos y los incubos? De ellos se dice que mezclan mundo, demonio y carne.

—No sé de quiénes me habla, pero si el demonio baja y quiere una hembra, lo hace de otra forma. ¡Menuda *merda* de demonio sería si tuviese que correr detrás de unas faldas en la Tierra! ¡Eso sí! ¡Mundo, Demonio y Carne! ¡Ya lo dice la doctrina! El más poderoso en el reino de los pecados es el Mundo, el segundo es el Demonio, y luego, sólo de tercero, viene la Carne. Aunque a veces, que me coman ahora mismo los gusanos de la muerte, la Carne manda más que todos juntos, ¡y al carajo! Es verdad. ¡Me cago en el rayo cubano! Pero en terreno de faldas y de bulle-bulle, las que menos mandan en Anllóns son las de Desamparados, que la pobriña ya tuvo lo suyo y no padece más por eso. O las de Vicentiña, que sufre del estómago, pues come, vomita y se acurruca; come, vomita y se acurruca. Y además se le cae el pelo, o algo así, y tiene todas las

trazas de ser un *corpo aberto* en el que se cuelan las ánimas, los ruines y los asombrados. Las que estamos libres de ataduras lo sabemos. Que una cosa son los aparecidos y otra, la legión de diablos. La mentira tiene las patas muy cortas, y cuando me hablan de esas *baballadas*, no me dejo engañar fácilmente. Yo de eso conozco bastante, por desgracia, que ganas nunca tuve de ser sabia, como la *meiga dos Melcos*, que ésa sí tiene tratos con el rabudo, pero la vida te hace pasar por todo y cuando parece que entiendes algo, vas y te mueres. ¡O te matan! ¿No es cierto, Pallarén?

El hombre da su conforme a aquel fárrago con el sonido acostumbrado.

—¡Hggg!

—Cuenta, cuenta sus experiencias —le incita Valle.

Modesta mira hacia doña Dídica en solicitud de permiso. La señora de la casa accede con un mínimo cabeceo y ésta mantiene la tensión mientras recoge los tazones de caldo y regresa con sendas bandejas de torreznos y cachelos, suficientes para calmar el hambre de la Pequeña Armada de Pavía y del Tercio de Dragones Arcabuceros, si es que alguna vez se sentaron juntas ambas fuerzas. Tampoco en comida se muestran rácanos los ricachones. Sólo ahorran en muebles.

Modesta toma una silla y se sienta a cierta distancia de la mesa. Lo hace en señal de respeto hacia los señores de la casa, aunque ante los visitantes ya ha demostrado que se permite peculiares confianzas con el matrimonio desde primeras horas del día, pues una de sus funciones consiste en despertar al señor, que duerme con bigotera de gamuza verde para mantener los pelos en el ángulo apetecido. Llega Modesta, le toca en el hombro y le dice: «¡Arriba esos bigotes!». Las de Modesta son confianzas de respeto, como cabría denominarlas en un manual de comportamiento para señoritos de aldea.

Ahora tiene todo a su gusto y puede darle al pico.

—Lo que les cuento ocurre poco después de casar con Pallarén. Va para los veinte años de aquello. Yo era una rapaza de diecinueve y él, algo mayor. No es mi culpa, pero semanas atrás prende su vista en mis caderas un buscapendientes de la aldea llamado Elisardo, tonto de capirote, aunque fuerte y buen mozo, de cabellos leonados y cuello campanero, con el que jamás intercambié hasta entonces una palabra de amores, salvo haber compartido trabajo en alguna malla y *apañar patacas juntos*, como con veinte más, cuando lo hacían aquí los Portela, o en casa de los Nespereira. Acudíamos todos porque pagaban a peseta la tarde y luego daban vino y galletas con queso, tabaco para los hombres y una estampita de santos para las jóvenes. Algún año, cuando acabamos revolcados en la *pallara* mozos y mozas, ¿se acuerda, doña Dídica?, la señora se une a nosotros y deja que los jornaleros se le pongan encima, o al revés. Yo no se lo afeo. Lo hacemos todos y la señora se suma a la jarana, porque es joven y porque don Dámaso, ya digo, siempre está en Corme con el mástil arriado.

—¡Modesta! ¡Siga con su cuento, que nadie le ha preguntado por el señor! ¡Y además, se arría la bandera, no el mástil!

—¡En el señor es el mástil, que lo sé yo!

—¡Siga, Modesta! ¡No sea meticona!

La confianza de respeto en Modesta alcanza proporciones inimaginables fuera de ese Cesponzóns de los milagros, como comprueban los recién llegados.

—Pues eso hago, señora. Al camándulas de Elisardo, que ya viene dotado de papanaterías desde la cuna, la noticia de que tengo *parrafeos* con éste acaba por dejarlo tararí. Los sesos se le vuelven del revés por completo cuando se entera de que el Pallarén y yo vamos a formar familia.

A consecuencia de su chaladura, durante treinta y tres días exactos, como si fuera la edad de Cristo, nos persigue por los caminos, en la plaza, cuando regresamos a casa de mi madre después de la labor, o una vez acabada la *troula* de alguna romería. Se esconde detrás de los árboles, y al pasar nosotros, se deja caer a plomo sobre el Pallarén, pelea con él durante un avemaría, o hace que pelea con azotes de mosqueo, y escapa de naja por pies. Ni siquiera intenta pegarle como hacen los rivales de mozas, sino que todo es de mentira. Esa era su diversión, o su forma de demostrarme que está enamorado de mí hasta las trancas, aunque yo siempre lo veo *tolliño* y nada más. No sé. Un enamorado hace otras cosas para dejarse ver, pero a Elisardo le da por comportarse como un chimpamonas. Como lo teníamos por chalado, igual que lo tenía todo el pueblo, a mi prometido no le molesta más que lo justo. Di que sí, Pallarén.

—¡Hggg!

—La broma continúa hasta que un día dejamos de verlo y mi Agostiño cae enfermo. La salud se le va del cuerpo a cada hora y en una sola semana pasa de ser el mozo más fornido de todo Bergantiños, a no poder dar un paso detrás de otro. Don Rosendo Abuín, el párroco de San Fins en aquellos años, viene a verlo la tarde del segundo domingo que falta a la misa de precepto. Es su forma de medir la gravedad de los enfermos. Una misa perdida puede deberse a cualquier contratiempo. La segunda es señal de fiebres perniciosas, o de sangre en los pulmones. Y miren por dónde, al Pallarén en presencia del párroco le da por responsabilizar de sus males al simple de Elisardo. Entre babas y resoplidos se lo dice al cura como puede, porque el habla se le escapa a borbotones. Entonces el párroco baja del cielo todos los rescriptos y orapronobis que conoce para negarlo, pero mi hombre insiste en señalar a Elisardo como único culpable de su postración. Lo mantiene por los clavos de Cristo y por quien haga falta. Don Rosendo lo escucha en silencio, le mira al fondo de aquella retina apagada y nos pregunta cuándo comienza a sentir el mal, cuándo se atontolina el Pallarén. Lo sabemos con la certeza del firmamento. Ha sido la mañana de dos lunes atrás, cuando sale de la casa de mi pobre madre, que en gloria esté, donde vivíamos desde el casorio. Le pido que parta un carro de leña para el invierno. Un trabajo duro, sin duda, pero a él no le asusta porque es el hombretón de la parroquia y le divierte llegar a donde otros no llegan. Sin embargo, apenas consigue levantar el hacha y regresa desfallecido desde el *cabozo*. Don Rosendo palidece como la leche. Creí que se caía allí redondo. ¿Y qué le pasa entonces? Recuerda que en ese preciso momento, a la hora en la que el Pallarén se desvanece, él termina de misar y la sacristana Elena de Cons le ayuda con la casulla. En ésas, asoma Elisardo...

—Permíteme que les describa a estos señores cómo se presenta el mozo —le interrumpe don Dámaso—. Es importante para que juzguen al personaje. Aparece por la puerta de la sacristía abateado de pies a cabeza y con las manos entrelazadas por un rosario, como para rezar hasta las postrimerías. Incluso trae al cuello otro de cuentas trabajadas, y uno o dos escapularios, no recuerdo bien, a manera de collares. Un ganso. Se ha puesto una estampita de san Fins en el bolsillo de la chaqueta, un agnuscéi de tela y cera cosido a la solapa y el lazo de la comunión, ya amarillento y arrugado, colgándole del ojal. Parece un auténtico niño tarsicio, pero dentro de un cuerpo de veinticinco años, o por ahí. Continúa tú, Modesta.

—«¿Qué te pasa, rapaz?», me cuenta Elena que le pregunta don Rosendo. El atontado se le acerca y le dice que quiere abonar el precio del aceite para la lámpara del Santísimo, pues necesita de su intercesión. Vamos, hablando en recto, que quiere pedirle a Cristo que le ampare

como casamentero con una rapazuela. La ronda desde hace tiempo y la muchacha, que le ha visto la cara de ceporro, le da largas. Bueno, eso es lo que piensa cualquiera.

—Mucho ha de desearla —interviene de nuevo don Dámaso—. Elisardo siempre está a la cuarta pregunta y la arroba de aceite no es barata. En la familia lo sabemos bien porque mis parientes Alonso Mancebo y Catalina de Torquemada conceden una cuarterola de óleo a la lámpara del Santísimo de la iglesia de Centroña, en Pontedeume, como prueba de su poderío y magnanimidad. ¡Sólo una cuarterola! Así que hagan las cuentas.

—Mi querido Dámaso, siempre tan interesado por el precio de las cosas —dice su mujer.

—Cariño, no hará falta explicar que es el único camino que existe para llegar a rico. Saber lo que cuesta cada presada de harina. Y digo más, ¡media presada y a ser posible, su salvado!

El señor de la casa es atildado y sibilino, miembro del Círculo de conservadores en lo político, y en lo cultural, rendido admirador del catedrático Rufino Lanchetas, gramático y morfológico. En horas de templanza compagina su resistencia a las bromas sobre mástiles y banderas arriadas con erudiciones no siempre bien apreciadas ni por Dídica, ni mucho menos por Modesta. Toda la fortaleza que demuestra en los negocios fuera de casa, la pierde en Cesponzóns, abrumado quizá por el duunvirato de las mujeres.

Desde su oscuro rincón, el amomado Agostiño de Tomasa, alias Pallarén, deja escapar un nuevo gruñido, más profundo que los anteriores y que Modesta sabe interpretar con exactitud.

¡Hggg!

—Sí, eras tú —confirma ella—. Él quería quemarte como el aceite de la lámpara para que murieses seco y arrugado.

—¡Qué magnífica estética deformada por el espejo cóncavo! —exclama Valle sin poder reprimirse.

—¿A qué te refieres, Ramón? ¿A la historia?

—¡Al esperpento!

—¿A qué?

—Nada, nada. Cosas mías.

Don Dámaso se esfuerza por acercar el relato a la comprensión de los viajeros, aunque Ramón, después de participarles lo que en ese momento ocupa sus pensamientos, abanica las manos en el aire para que el señor le deje proseguir a la cocinera con su relato. Sin embargo, es la propia Modesta la que se calla para que Dámaso los ponga en antecedentes. Todo se debe a que Valle ya está de vuelta sobre un apunte histórico que el caballero considera imprescindible exponer.

Requesón con miel y peras muslo de dama.

—Por estas tierras, no sé por las tuyas, está muy extendida la creencia de que la lámpara del Santísimo posee extraordinarios poderes sobre la vida de las personas, como si fuese un objeto de magia similar a las figas, a las varas adivinatorias, las cartas agoreras, las piedras bezoar o los alicornios. Unos capellanes luchan a brazo partido contra la superstición, pero otros dejan hacer. Piensan que si el Santísimo mueve pieza, o deja de moverla, no es asunto que ellos puedan rectificar, pues sería tanto como competir con la Divina Providencia. También influye, claro está, el hecho de que así les salgan gratis los óleos, que de antiguo es uno de los gastos que más gravan el presupuesto de los templos, pues Roma les amenaza con el pecado mortal si permiten que se apague la lámpara por descuido, dejadez o miseria.

Valle interrumpe al señor de Cesponzóns para embobar a todos con sus profundos conocimientos sobre la materia.

—Don Dámaso se refiere a lo dispuesto por Alfonso María de Ligorio cuando escribe: «*Parochus curare tenetur ut Eucharistia conservetur cum lumine die et nocte accenso, et quidem sub culpa gravi*», dicho todo ello genitivo arriba o abajo.

—¡Caramba, Ramón! ¡No te hacía yo tan versado en latines, ni en liturgia católica!

—Lo mismo opina mi profesor de Derecho Canónico, pero por el hecho de vivir en Santiago, di en conocer la historia de Beatriz da Silva y Meneses, fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepción, a quien, para su desgracia, se atribuye la leyenda sobre los poderes maléficos de la lámpara del Santísimo. Y como una cosa lleva a la otra, me interesé tan profundamente por tales abracadabras que pensaba dedicarle una bonita leyenda. Quizá lo haga algún día. ¡Quién podría sospechar que hoy me encontraría de bruces con la historia completa!

Si Ramón sabe de Beatriz, no se debe a su paso por la Facultad de Derecho, sino a su afición por los espacios silenciosos para el dulce canturreo de orejas femeninas, como la capilla de la universidad donde se come a Petra Simona, o como el convento de San Lourenzo de Trasouto, detrás de los jardines de la Herradura, por donde se deja caer una temporada en compañía de una señorita pontevedresa cuyo futuro, ¡oh casualidades!, también parecía ligado al bel canto. La carrera de la soprano se malogra por pronto matrimonio, en concreto antes de emitir el primer gorgorito en las pruebas convocadas por el Teatro-Jardín del Buen Retiro. Lástima, porque la moza gorjeaba bien, en opinión de Valle.

—Todo sea por dar a España nuevos soldados que mueran en las colonias picados por los mosquitos —comenta él con profunda e irónica amargura—. Cantantes, que los dé Andalucía.

Antes o después del amor, Ramón admira en Trasoutos las estatuas orantes de don Francisco de Zúñiga y Guzmán y de su esposa, doña Leonor Manrique de Castro, obra sevillana de los Aprile, dos escultores italianos de nombre Antonio y Giovanni de Aprile, que las realizan en mármol de Carrara. Luego serán trasladadas con todo el retablo a golpe de barco y calcetín desde Sevilla a Carril y a Santiago, lo cual es sencillamente una enormidad. Como también lo fue el trabajo del carpintero Agustín Rodríguez de montar las piezas para que ninguna sobre ni falte. Son estos orantes los marqueses de Ayamonte, parientes de Beatriz da Silva, de la cual, tirando, tirando, el escritor llega al conocimiento de Ligorio y de la lámpara mágica, pues dicen que Leonor en mármol es el vivo retrato de Beatriz en carne. Todo un periplo.

—¿Qué le ocurre entonces a la tal Beatriz da Silva para convertirse en la causa de la creencia? —le solicita Dídica, siempre interesada en magias y talismanes—. Comprenda, señor Valle, que nos ha dejado con la historia incompleta y eso no es propio de los buenos novelistas.

—¡Ah! ¡Es cierto! ¡Jamás lo habría consentido! Se cuenta muy rápido. Vean. Dicen los biógrafos de la monja portuguesa que después de la fundación de la orden y mientras ora ante una lámpara del Santísimo, ve cómo ésta pierde su llama y la vuelve a recuperar en un santiamén, lo cual entronca con la vieja creencia en las lámparas sepulcrales que mantenían la llama eterna por llevar aceite, bórax, azufre y espíritu del vino. El caso es que la Virgen se le presenta triunfante y le anuncia que, así como le ocurre a la lámpara, así le pasará a su orden, que desaparecerá de la Tierra con su muerte y luego volverá a renacer y relumbrar. De todo lo cual y de imaginaciones añadidas, alguno saca base para difundir la creencia de que el aceite chupa la vida.



—Y como Galicia es terreno favorable, aquí arraiga más que en otras partes, ya lo estoy oyendo... —enlaza don Dámaso.

—Yo ahí no me meto —ironiza Valle—. Conozco los suficientes horizontes de este mundo para negar que sea así, pero me faltan muchos más para señalar a quienes nos superan en credulidad. Galicia, pueden estar seguros, no excede los límites normales del fetichismo mundial.

—Bien. Dejémoslo así —retoma el hilo el señor de Cesponzóns—. En lo que se refiere a nuestro caso, don Rosendo rechaza que se mezcle al Santísimo con crímenes, como corresponde a su bonhomía y a su ortodoxia. Prefiere pensar como los de Bergondo, que los dolores de oído se curan con un hisopo mojado en la oleína de esa lámpara. Pero cuidado, sólo con la de Santa María de Babío, pues les gusta fomentar eso que ahora llaman el *tourism*, que, como saben, es viajar de un lado a otro enloquecidamente sin tener necesidad de hacerlo.

Modesta aviva la llama con un *toxo* entero que en un amén arde y crepita.

—Lo que dicen por estas tierras es que la lámpara consume a tu enemigo si se lo pides. Aquél a quien señales seca y pierde la savia, como los árboles viejos que se acartonan y caen. Se conocen casos anteriores al de Agostiño que alimentan la leyenda del aceite, como el de Paco Liste, muy reciente y muy cercano. Este Liste roba en casa de su ama Jacinta Obelleiro sin que ella se entere. La señora desconoce que el ladrón es él cuando le dice que ha dedicado un cuartillo de aceite a la lámpara del Santísimo para que los asaltantes, sean quienes sean, se mueran retorcidos de dolores. Y como ese mismo día se apodera de Liste una terrible migraña que le hace estallar la calva, el hombre cree que es cosa de la lámpara y mata a Joaquina. Sí, la mata como a un pajarito, apretujándola entre sus manos. Y después, más ancho que largo, va a la iglesia y apaga la llama. Se le pasa el dolor, pero lo trincan y lo meten en la cárcel. Yo no creo en nada de eso, pero ahí está Liste y su historia. ¿Por qué se le pasa el dolor?

—¿Y dónde dice que ocurre?

—Aquí al lado, en tierras de Tordoia dentro del partido de Ordes. Exactamente en A Paínza, parroquia de Santiago de Numide. Esa es la iglesia donde se enciende la lámpara.

—No diga más, don Dámaso —interviene Petra Simona—. Nuestro amigo Acevedo está pensando que la próxima excursión tendrá como destino la parroquia de Numide.

—Ni lo dude, señorita.

—Vayan y desmonten si pueden la mentira de todas estas patochadas —recomienda don Dámaso.

—¿Qué sabremos nosotros! —le contradice su mujer, tan entregada a los talismanes como a los conjuros—. Si alguien se muere cuando le ponen una lámpara, puede ser que se lo merezca. Como cuando caen los óleos al suelo, que yo lo tengo por señal de mal agüero.

—¿Qué sindiós! —exclama Acevedo—. ¡La idea de mezclar al Santísimo con planes de asesinato repugna hasta a quienes, como nosotros, mantenemos con la liturgia católica una distancia precautoria!

—Comprende, Manuel, que abundan quienes roban el de las iglesias para regar las ensaladas y que de esa mezcla no ha de resultar nada bueno para sus estómagos..., ¡si no es de oliva refinado! —interviene Ramón, más bromista e irreverente que preciso.

—No sé qué me repugna más, si el asesinato o la ensalada —añade Petra Simona con la nariz y los labios fruncidos, un gesto que en opinión de Valle no le resta un ápice de belleza a la muchacha.

—Si por repugnancia fuese, tampoco existiría la enfermedad, ni la muerte. Pero escuchen a Modesta, escúchenla —sugiere el señor Portela.

Y la mujer reanuda la fantástica historia de su esposo.

—Cuando don Rosendo descubre que el mal del Pallaren se inicia con el encendido de la lámpara encargada por Elisardo, cae genuflexo ante mí y entre lágrimas me dice que no puede hacer nada para impedirlo porque está debido al encargo del muchacho. No podía entenderlo.

El propio sacerdote reconoce la maligna influencia de los óleos en Agostiño y sin embargo la dejará arder por completo para no contrariarle. «¡Apáguela, don Rosendo; apáguela y yo le daré para encender cien lámparas!», le supliqué una y otra vez. El sale corriendo de nuestra casa y durante dos días no volvemos a saber de su sotana, ni de su coronilla. Al tercero de visitarnos, a Agostiño le desaparece la fiebre y deja de convulsionar como un moribundo. Algo ha pasado. La lámpara está caída en el presbiterio de la iglesia y su combustible derramado alrededor. La apagadnos Elena de Cons dice que también ella se lo ha encontrado así por la mañana y no sabe qué hacer hasta hablar con el cura. Si fregar, si recogerlo con una bayeta para rellenar la lámpara, si no tocarlo... Le da miedo y le parece más prudente esperar a que don Rosendo decida. Pero el cura ya no podrá darle más órdenes, ni a ella ni a nadie, porque días después su cuerpo aparece enganchado a unas ramas en el Anllóns.

—¿Se suicida?

—Sí. Aunque tarde, lo decide para favorecernos. Por lo que interpreta el juez, el pobre lucha aquellas últimas horas contra su conciencia. Una parte de él le dice que debe salvar al Pallarén, y otra, que no puede desairar al Santísimo, pues si éste quiere que el hombre enferme, ¿quién es él para contrariarle? Al final de su lucha, don Rosendo, que ya andaba flojo de raciocinio, decide tomar el camino del medio y apartarse. Libraría a Agostiño del tormento, pero él desaparecería de este mundo al no soportar lo que había hecho. ¡Pobre don Rosendo! Después de todo lo que se sacrifica por Anllóns, se equivoca cuando está a punto de ponerle el ramo a la obra. Y ya ven cómo queda mi hombre desde entonces. ¡Un trapo deshilachado!

Agostiño de Tomasa refunfuña de nuevo por entre sus labios belfones, entreabiertos, torcidos y colgantes. Protesta por su calamitoso estado, aunque acepta la descripción que su mujer hace de su desgracia y ésta resume:

—A punto está la lámpara de acabar con el infeliz. Díganme ahora si conozco o no los males del meigallo, de los aires o de los más pequeños *demonchiños*.

—¿Y qué es de Elisardo? —se interesa Ramón por el personaje.

—Desaparece de la aldea —le responde raudo don Dámaso—. Unos dicen que sigue el camino de América; otros, que se va a Madrid o a Portugal. Su familia lo defiende. Mantiene que no se escapa, que no comete ningún delito y que no tiene de qué huir. Después de todo, el cura se suicida y Agostiño enferma por voluntad del Santísimo. Reconocen que es a petición de Elisardo, sí, ¿pero acaso no es Dios quien mata a los primogénitos de los egipcios cuando se lo pide Moisés? ¿No es Dios quien ahoga al ejército de Ramsés en el Mar Rojo? ¿Quién los mata? ¿Moisés o Dios? ¡Que lo detengan en el cielo!

—¡Con la Biblia me salen los canallas de sus padres! —exclama Modesta—. ¡El burro de Elisardo es el nuevo Moisés! ¡Ja! ¡Sólo me faltaba escuchar eso! Bueno, en fin; el caso es que el muy borrego no vuelve, y si tanto me quería, el amor se le pasa en un suspiro.

—Sabe que todo el pueblo le acusará por lo hecho —razona don Dámaso—. Eso lo imposibilita para vivir aquí. Ni un retrasado como él podría aguantar a unos vecinos que desean cortarle el cuello. Elisardo toma el camino de América como hacen tantos perseguidos, aunque a él no lo hostiguen los picoletos, sino su propia conciencia, que es peor. Como a don Rosendo.

—Elisardo es tonto por natura y cabrón por asignatura. Algún día pagará lo que hizo, si no lo ha trinchado ya el acero de un camorrista en cualquier chigre de los que gusta frecuentar —dictamina doña Dídica.

El Pallarán se retuerce en el banco para cambiar de postura y calentarse ahora la espalda.

—¿Le ha visto algún médico? A Agostiño, me refiero —se arriesga a preguntar Petra Simona, impresionada por el relato.

—No, señorita, no. Ni falta que hace. Va para veinte años del colapso y el *anxeliño* no ha vuelto a padecer ni fiebres, ni disneas; ni calambres, ni temblores. Ya puede dejarlo usted tirado en la nieve que ni un catarro le prende en invierno. Se le mueve el vientre como un reloj de campanario y nunca ha perdido el apetito. Don Dámaso y doña Dídica lo saben bien porque desde entonces vivimos de su caridad...

—... y de tu trabajo, Modesta; y de tu trabajo. No te subestimes —le interrumpe la señora.

—Se nota que como se le atasca la muerte el hombre queda atrapado en su apoplejía, sin arrear ni so; sin irse a la tumba, ni volver a la cuna. Y sabe Dios cuánto tiempo va a estar así, con la muerte detenida. ¡Que yo me muero un día de éstos y después quién lo va a cuidar a él!

El rezongo del Pallarán es ahora más intenso y prolongado, casi como el lamento de una bestia herida que agoniza ensartado por la lanza de un sanjorge.

—No te atormentes, Modesta; si algo te pasa, Dios no lo consienta, Agostiño siempre va a tener en nuestra casa un lugar donde vivir.

Las palabras de Dídica son recibidas por la mujer con una mueca de forzado agradecimiento, mientras su hombre se agita en el banco para dar muestras de que le incomoda la conversación. Entonces Petra Simona insiste:

—El doctor Acevedo podría hacer algo por él. Ahí donde lo ven, tan joven y tan descreído, está llamado a ser una eminencia dentro de la medicina —le lisonjea la joven por boca de Ramón, que siempre ha tenido las mejores palabras para la ciencia de su amigo.

—Nada sé de lámparas, ni de las que quitan la salud, ni de las que sanan. Sí he oído que en Valencia arde permanentemente una que enciende el letrado Antonio Aparisi y Guijarro dedicada a la Virgen de los Desamparados —es curioso que así se llame su vecina—, con el fin de que su primo, el eminente don Emilio Castelar, muera dentro de la iglesia. Es decir, muera cuando tenga que morir, no como pretendía Elisardo; pero que lo haga confortado con los Santos Oleos y tras renegar de cualquier agnosticismo. Aparisi era así de tozudo. Los católicos dicen que lo consigue y que don Emilio pasa a mejor vida con el Credo en el pensamiento y un sonoro «¡bien!» en sus labios que a todos deja pasmados. ¡Bien! al Credo y ¡Bien! a la religión. Interpretan que eso significa la exclamación salida de su caletre en la hora postrera. Dicho rápido y en corto, si Modesta acepta, podría examinarlo desde el punto de vista neurológico, que es el de mi corto entendimiento.

Modesta mira hacia el Pallarán y éste ahorra cualquier sonido, limitándose a mover la cabeza en negativo con una rapidez que no deja lugar a dudas. El hombre no quiere que Acevedo lo reconozca ni poco ni mucho.

—Muchas gracias, pero ya ven que se niega. No lo considere un desprecio. No alcanzo a ver qué beneficios tendríamos, salvo darle la tabarra a usted y cubrirnos de vergüenzas a nosotros.

—No tiene por qué disculparse, pero entienda que mi ofrecimiento era obligado.

Doña Dídica quiere reconducir la charleta. Ella conoce a la perfección la historia de Agostiño de Tomasa y juzga más interesante oír el punto de vista de los viajeros.

—Dígannos ustedes ahora, ¿qué esperan encontrar en Anllóns? ¿El asombro de la universidad?

A Ramón, que tiene enfilada a la señora, la pregunta le parece una nueva impertinencia y no se lo calla.

—Señora, si lo supiéramos nos habríamos ahorrado el placer de conocerla.

—¿Qué considerado! ¿No dice su amigo que usted ha escrito un libro llamado *Femenina*? ¡Pues parece desconocer todo lo delicado que nuestra alma encierra y todo el cariño que nuestro cuerpo reclama!

—Mire, usted...

Ramón inicia una nueva frase que Acevedo adivina hiriente, así que opta por interrumpirla a fin de evitar males mayores.

—El señor Valle-Inclán tiene información suficiente sobre damas y basta leerlo para darse cuenta. Sin embargo, carece de la que afecta a la Casa do Demo. ¿Quién es Desamparados?

Tío Zocas ya dormita la cena acodado sobre la mesa y lo único que de él se ve es su giba, que apunta al cielo como un Pico Sacro en miniatura. Petra Simona se acerca a la chimenea y juega a quemar *garabullos* en unas llamas que piden alimento.

—Desamparados, ya la conocerán, es una mujer sin la más mínima importancia, a la que jamás cagó un pájaro, ni puso una yema doble una gallina. Podría no existir y no pasaría nada, como una arena del mar que, si falta, nadie se va a dar cuenta de su ausencia. Una mujer baladí. Pero no crean que pretendo hablar mal de ella. No, no podría, cuando nace aquí el 8 de mayo de nosecuántos..., sí, creo que es ese día, su padre la bautiza con el nombre de la virgen de Valencia. Y todo porque viene en una hojita de *El Mercurio de España*. Nace con mala estrella. Y yo me pregunto, ¿y no podría haberla bautizado Amparo, que es lo que hacen las personas decentes? Pues no, Desamparados le pone y Desamparados le queda para siempre, porque ella, que es tan parada y tan poco resuelta, no lo cambia y pide ser llamada así. ¡Anda que iba a ser yo! Lo cierto es que la mujer responde a lo que su nombre significa, y lo vemos todavía. Nadie de Anllóns se explica cómo puede casarse con José García, pero lo entienden pronto, cuando el hombre arma una gran caja de cartón que trae de Corme, mete dentro cuatro cosas, la ata con una cuerda del ganado y se va a la dársena coruñesa para subir a un barco y hacer las Américas dejándola sola. Como tantas otras, no digo yo que José la trate peor que la mayoría. Ahueca y la deja, sin más. Lo normal. Ahora bien, si le envía o no parné, si allí tiene cien hijos con mucamas, si va de rompe y rasga, si da dinero a los revolucionarios, si le sale un hijo cortatripas, si come o si ayuna..., poco sabemos. Aunque si toca hablar de todo...

—¿No lo digas, mujer! —Dámaso la interrumpe con voz militar.

—¿Por qué no? Las cosas son como son y a nosotros no nos corresponde juzgarlas, ya sean los santos óleos, ya huelan a azufre.

—Aun así...

Acevedo pronto descubre que el tira y afloja entre Dámaso y su mujer es una estratagema suya para atraer la atención de los visitantes, como hicieron con el precio del alojamiento, con la historia del Pallarén y como hacen con todo, tan cómplices como distanciados.

Dámaso mueve la cabeza en señal de consentimiento y Dídica habla. «Haber empezado por ahí», piensa Valle.

—A nosotros nos llegan noticias de que José se mezcla en América con lo más granado del infierno, con masones, ocultistas y espiritistas.

Al escuchar la revelación, a Ramón se le escapa un «vaya, vaya...» y Acevedo se asombra de lo que van encontrando.

—¿Y esas noticias se confirman? —pregunta Petra Simona.

—¡Y tanto! José regresa al cabo de los años con una pizca de dinero, pero si de algo rebosan sus maletas es de libros prohibidos, de manuales para hablar con los muertos, historias de aparecidos, reuniones con el demonio y aquelarres. Sabe Cristo lo que aquel hombre reúne al otro lado del Atlántico. Menos mal que el cura Combarro no lo advierte, porque lo habría mandado de patitas a la hoguera.

—Sorprendente.

—¡Extraordinario!

—¿Y en Anllóns se sabe todo eso?

—¡Claro! Hoy ya lo sabe hasta Combarro.

—Entonces es seguro que le echarán a José las culpas de todo lo que sucede en la casa.

—Procuran no hacerlo, en especial si están delante del párroco.

—¿Por qué?

—Porque José está muerto. Lleva más de un año enterrado en el atrio de San Fins. ¿No lo sabían?

Acevedo hace resumen de su ignorancia, que es completa al respecto.

—Pues así es. José muere hace catorce meses, tras vivir con Desamparados dos o tres años cuando regresa de América. Los dos son unos completos desconocidos, pero, al fin y al cabo, marido y mujer a los ojos de Combarro, y a los de toda la parroquia que ha asistido a su matrimonio, yo qué sé, treinta años atrás o por ahí. Los vecinos que presumen de conocer sus andanzas americanas cacarean durante farras de alcoholes, en tabernas y en cachimanes de madrugada, que el hombre reúne gran fortuna, que preside clubes y sociedades, y que hace amistades de ringo rango, pero luego de mucho trajinar, ha de repartir los caudales entre los doce hijos que allí le dan tres mujeres a las que alterna y compagina. Dos morochas del Perú, una buena y otra mala, y una divorciada de Chile que le chupa hasta el último céntimo. Prepedigna de la Consolación se llama la piraña. Al final, él consiente para que no lo persigan hasta Galicia, ni la chilena chupona, ni sus chamacos, a cada cual más pernicioso y consentido. Con decirle que el mayor se hace sirlero por cuenta ajena y coloca la navaja en el cuello de los viajeros, allá por el puerto de La Chimba, en Antofagasta; mientras, su chulo les vacía maletas y bolsillos. Qué paradoja. Tres mujeres y un montón de hijos con los sacos llenos de monedas en América, y la mujer por la que viaja se queda aquí, pobre, sin marido y sin hijos. Desamparados. Hay nombres que crucifican.

Ese es el caso sobre el que ellos vienen a trabajar. Desamparados Rodríguez Ferreiro da cobijo en su casa a una nieta también desamparada de padres durante los años en los que su

marido hace las Américas. Luego regresa el hombre y ella lo sobrevive. Se queda viuda, al decir del anciano médico don Camilisindo, por culpa de unos agujeros que José tiene en el pulmón y que ya se los trae de América, para que nadie crea que ha sido llegar y palmarla. No, esto es muy sano. Vino porque se moría agujereado.

De repente, en la casa de Desamparados se suceden fenómenos que nadie sabe explicar. Ruidos, desplazamientos de objetos, vuelos sin sentido, agresiones y cosas así. La mujer da en pensar de dónde puede venir el ataque, y cree haber averiguado las causas de la revolución afantasmada que le sube por dentro de las ropas y le escupe salivazos desde el más allá. Va al cura Combarro y confiesa su falta.

—Don Juan Antonio, tiene que decirme las misas de aniversario por José. Como él no era muy creyente y a mí me hace tanta falta el dinero, las demoro cuando se cumple el *cabodano*, pero ya no puedo más.

—¡Mujer, no será para tanto!

—Le digo que alguien está que echa chispas y hay que calmarlo.

—A ver, Desamparados, serénate tú primero y dime qué es eso de las chispas.

Y así, poco a poco, todos se enteran de que están abiertas las puertas de un mundo que no es de éste.

### III Los ataques

#### 8 días antes / Ramón María del Valle-Inclán

**T**ras la lluvia la tierra huele a mar. Los charcos tienen olas y el Anllóns baja con sardinas que saltan de contento porque vuelven al agua *salgada* de donde las sacó un diluvio que ya es historia. No, no son sardinas, sino los espejuelos plateados que la luna deja en las aguas cuando se forman pequeños rápidos al pasar por A Garga.

La noche invita a pasear, como hacen dos *curuxas* en busca de ratones sin que su vuelo llegue a los oídos de los tres viajeros, que también estiran las piernas cerca de Cesponzóns para prolongar aquel día tan extraordinario y que no se vaya con sus sueños. Todo está húmedo y lleno de vida.

—¿Quién visita la Casa do Demo? ¿El demonio, el muerto José, una legión de fantasmas..., un mensajero de Dios?

Petra Simona no espera ni dos metros más allá del portalón para lanzar la más directa de las preguntas que pudiese ser formulada en estos momentos. ¿Que quién está en la Casa do Demo? ¡Ja! Apunta bien la andaluza.

—Vamos a averiguarlo al mismo tiempo. Te lo prometo.

—¿Qué emocionante!

Ramón disfruta con el entusiasmo de su enamorada, pero recuerda que están faltos de una pieza importante para obtener los resultados apetecidos.

—Mañana sin excusa deberíamos buscar a la persona indicada. Si no aparece tendremos graves dificultades. Y ya sabes que yo para eso no te valgo.

—No, ni yo volveré a intentarlo. ¡Eres más duro de mollera que el diamante! Si te quiero es porque también vales lo que él. No sé. Confío en que la propia Desamparados o su nieta estén en condiciones y se presten. En sus circunstancias son las mejores comunicadoras, o cuando menos, unos buenos vectores de entrada.

La muchacha los mira de hito en hito hasta que explota.

—¿Se puede saber de qué habláis? Si es alguna clave, decidlo y me haré cargo.

Ambos comprenden que es absurdo a estas alturas andar con medias verdades y escamotearle un asunto tan principal.

—Hay un aspecto de la misión que ni tiempo tuvimos en exponértelo con detalle.

—Lo imagino. Y supongo que no será solamente uno —contesta Petra Simona.

—Exacto. Más de uno. Manuel te lo explicará mejor.

Valle la abraza y la besa en la frente, ella lo mira burlona y Acevedo obedece el encargo del escritor.

—Nuestro método de entrar en el secreto de las cosas no se parece en absoluto al de otros investigadores. Ni al de los que luchan contra el crimen, ni al de los abogados, los químicos o los filósofos. Ni siquiera los médicos, ni la mayoría de los científicos actúan como nosotros, pero eso no quiere decir que algún día nos imiten y el mundo avance con mayor celeridad. De hecho, tampoco nos interesan los mismos misterios, aunque en definitiva todos se reducen a uno, es decir, ¿por qué sucede lo que ha sucedido?

—De momento, mis queridos amigos, no me he enterado de la misa la media. Esto no es hablar como manda doña Claridades, querido Acevedo.

Petra Simona demanda luz y los hombres le ofrecen negrura.

—Tranquila. Ahora lo entenderás. Defendemos que el misterio no existe. Sólo es la distancia que media entre el momento en el que te preguntas por qué suceden las cosas y el momento en el que lo respondes. Lo mismo da un crimen que la aurora boreal; un fallo cardíaco, o la reacción de dos productos químicos al encontrarse. Nuestra pregunta es ¿por qué sobre la cabeza de Desamparados sobrevuelan día y noche espíritus malignos, juguetones o perdidos? No hay preguntas sin respuesta. Distinto es que la conozcamos, o que tengan que pasar siglos hasta que alguien dé con ella. A partir de entonces comprendemos que la solución era sencilla, pero estaba escondida. Para ver hoy la aorta y descubrir dónde se ha roto, los médicos cortamos al enfermo con un bisturí, pero hubo un tiempo en el que hacerlo era peligroso, pues lo creían brujería. Para penetrar en la Casa do Demo necesitamos cortar la lona que cubre el mundo visible, porque la respuesta está en el invisible. ¿Lo captas ahora?

Petra Simona no duda un segundo en decir que sí, aunque sólo sea para conseguir que Acevedo avance.

—Está bien, digamos que lo entiendo, pero explicadme, ¿para qué no sirve Ramón?

—A las personas que son capaces de traspasar esas fronteras, a aquéllas que pueden darnos información del mundo invisible, las llamamos médium. Tienen ese don. Lo habrás oído. Mi buena amiga Eusapia Palladino me permite conocer ese mundo de su mano, aunque siempre existe un componente de espectáculo que a algunos les lleva a pensar que todo es un fraude, como los trucos de los magos. Como no podemos esperar que en cada esquina existan médium tan asombrosos, también contamos con los sonámbulos y los hipnotizados. En este último caso, es posible que ciertas personas consigan comportarse de manera parecida a los médium. Las experiencias con mi amigo Tomás Sánchez Escribano sobre el sonambulismo clarividente son muy ilustrativas. Y pese a que existen compañías norteamericanas que se anuncian para vender cursos de hipnosis como si fuesen novelas de *Fantomas*, no todos reunimos las condiciones idóneas para realizar ese viaje. Por ejemplo, Ramón, que está tan interesado como el que más, demuestra en repetidas ocasiones que Dios no le llama por el camino del médium. ¡Ja, ja, ja! Perdón por el chascarrillo. Y dado que yo soy el único de los dos que sabe hipnotizar..., la consecuencia cae de cajón, necesitamos la concurrencia de un tercero.

—Quizá yo...

Petra Simona lo dice sonriente, como si el viaje del que hablan fuese el de vuelta a Santiago, o una excursión a Corme Porto, un viaje a lomos de un penco o en tren.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¡No! ¡Eso sí que no! —Acevedo muda las risas por una antología de negativas al darse cuenta de lo que la chica sugiere—. Ya estuvimos locos de remate dejándote



venir, pero convertirte en la médium de la expedición ¡sería el método más corto para acabar en la cárcel!

—¡Ahora con remilgos! ¡Los grandes investigadores tiemblan de miedo por hipnotizar a una jovencita! ¡Claro! ¡Y después dicen que esas técnicas se utilizarán por todo el mundo dentro de unos años, que si estamos a un paso de lograrlo, que si ellos son la avanzadilla de la humanidad! ¡Pues será de una humanidad en pañales que todavía mantiene a la mujer al margen de la experimentación! ¿Oyeron hablar de María Salomea Sklodowska, más conocida como María Curie? ¡Pues yo sí!

La voz de Petra Simona es clara y diáfana en la inmensidad de la noche. Acevedo le pide que la baje de tono, pero Ramón la besa en los labios con más eficacia todavía.

—¡Calla, por favor! Si te escuchan los Portela, mañana tenemos la brigadilla de la Guardia Civil para buscarnos antes de despertar.

—Besas mejor que en Santiago, como de aquí a Lima.

—Es el campo, querida. Por si no te habías dado cuenta —le dice Valle algo engolado—, soy un aristócrata rústico.

Petra Simona insiste en su planteamiento. Ahora en sordina, para atender la anterior petición de silencio.

—Yo sólo sugiero que probemos. Algo zumba a mi alrededor para decirme que tengo alma de médium, o de sonámbula clarividente, o de como queráis llamarlo. Y si fuese así, ¿qué debo hacer? ¿Ocultarlo toda mi vida? Si he recibido ese don es señal de que estaba destinada a utilizarlo ahora, esta noche mejor que mañana. No voy a tener muchas más oportunidades a lo largo de mi vida. ¡O sí! ¿Qué más da? Lo cierto es que buscáis algo que puede estar muy cerca. Así de sencillo. Hagamos por hipnotizarme. Nada perdemos. Si no resulta, mañana habrá una segunda oportunidad con otra persona, pero creo que merece la pena intentarlo. Sería la confirmación de que yo tenía que estar en Anllóns y de que nada es casual. Es más, si os negáis, habréis caído del pedestal en el que os tengo desde que os conozco. ¡Hala!

—Yo no quiero estar en ningún pedestal —dice Valle—, sino en tus brazos.

—Bueno, bueno. No nos precipitemos. Es cierto que parte de la razón está del lado de la traviesa andaluza —reconoce Acevedo, ganado en su propio campo.

Y en efecto, la joven derrumba una y otra vez las prevenciones de sus mayores, que son, como ella dice, viejos atavismos impropios de unos hombres de ciencia.

Y si los creen superados, la juventud de Petra Simona se los devuelve contra la fuerza ancestral de los mojigatos y las conciencias escrupulosas, para deshacerse como la sal en el agua. La actitud rebelde de la joven los pone delante de sus propias contradicciones y ambos acaban por ceder. Valle con mayor resistencia, pero a la postre, cede. ¡Sea, pues!

—Ven, siéntate —le ordena el médico mirándole fijamente al entrecejo, lugar de donde no apartará la vista desde entonces—. ¡Y yo que me creía maestro, no paso de alumno! ¡Y mediocre! ¡En fin!

Su voz de confesionario se hace cada vez más cálida y pausada, y sin nada que lo anuncie, Acevedo comienza el proceso de sugestión.

—Después de estudiar un buen número de métodos para la hipnosis de entre los cientos que existen, elijo uno de los más desdeñados por las sociedades espiritistas, quizá por la enorme publicidad que se hace de él, pues la popularidad suele estar reñida con el genio, aunque no

siempre se cumple este principio, como demuestran Beethoven, Lope y tantos otros. Me refiero al de Xénophon LaMotte Sage, que a su vez es uno de los más sencillos y eficaces. No requiere la participación del hipnotizado, ni especiales esfuerzos por su parte. Basta que te relajes y dejes tu mente en libertad, que me escuches y que fijes tu vista en un objeto, como este reloj con leontina que refleja la preciosa luna que el firmamento regala a la noche tras habernos empapado con una gruesa lluvia dispuesta a no detenerse ni siquiera bajo el refugio que encontramos. El hipnotismo es un sueño artificial porque los párpados, los tuyos ahora mismo, pesan como las campanas de la catedral de Sevilla y se cierran sin excusa, muy especialmente bajo el dominio de las tinieblas, cuando todo invita al descanso, relajada como estás, después de madrugar con el sol de Santiago, de cabalgar cien montes, de prestar atención a mil historias y de saber que tu sueño puede llevarte a los arcanos más alejados de los mortales, como ya hicieron en la India, en Egipto y en la Mesopotamia siglos antes de la era cristiana. El sueño es tan humano como la risa o el olfato. Entrás en uno tranquilo o cataléptico para llegar luego al sonambúlico, y si fuese oportuno, al letárgico. Donde tú estás, el reposo es natural, plácido y muy parecido al que alcanzas todas las noches, por eso tu ánimo debe esperar a que ocurra lo que haya de venir con la serenidad de un arenal solitario y la cadencia ordenada de pequeñas olas que rompen con sosiego en la orilla. Tus párpados son de plomo y caen sin remedio al ritmo de los cortinones del gran teatro de la ópera cuando la acción se detiene porque nada ocurre ya en el escenario, los músicos abandonan el foso, la atención se paraliza y la voluntad del durmiente me pertenece. Podría ordenarte las mayores extravagancias y tú las ejecutarías sin rechistar; podrías matar o morir, te lanzaría a la catalepsia sin nada que se oponga a mis deseos, porque estás dormida y en manos de mi única disciplina...

Acevedo se vuelve hacia Valle y le informa.

—Es increíble, Ramón. Apenas ha necesitado escucharme un periquete. Es el caso más notable que he conocido, excepción hecha de Eusapia. La italiana es médium en sí misma y Petra Simona es la perfecta hipnotizada.

—Lo he visto con mis propios ojos —le contesta su amigo—, y si no fuese porque se trata de ella, te haría un monumento al mejor narcótico del mundo. Pero discúlpame. Ahora que la compruebo en trance, sólo deseo que recobre la conciencia cuanto antes. ¡Y que lo haga sana y salva, para que mis huesos no sean objeto de las varas eclesiales!

—No sufras. El obispo de Tui no te molerá a palos. Verás.

Acevedo se dirige de nuevo a la muchacha con una tonalidad queda, pero firme y autoritaria:

—Petra Simona, la noche ha traído aquilones del mar que enfrían la campa donde nos encontramos, debemos abrigarnos para no sufrir consecuencias desagradables. Un viento polar convierte en escarcha las ciénagas de la lluvia.

La mujer se abraza protegiéndose los hombros de un frío que sólo existe en su pensamiento. Nada le defiende de las bajas temperaturas e incluso tiritita y le castañean los dientes. Ramón la observa maravillado de su facilidad para vivir el trance invernal; él, que jamás ha dejado su mente *in albis* ni para volar entre las almas errantes, ni para dormir a pierna suelta por vía de la almohada.

—Haz algo, que la chica se va a congelar con un carámbano en cada oreja.

Acevedo regresa a su voz dulce, pausada y determinante.

—¡Vaya! ¡El tiempo mejora! Ha pasado el temporal. De hecho, cesa el viento, el sol se enseñorea en la campa y como por ensalmo sube la temperatura. Ahora deberías comer cuanto

antes esas cerezas que tienes en la mano, pues llevas con ellas desde ayer y podrían pudrirse. Ya sabes que no te gusta la fruta reblandecida, ni que se pase de madura.

La hipnotizada extiende su mano izquierda y con el pulgar y el índice de la derecha realiza los gestos de tomar una cereza que supuestamente reposa en la palma contraria. La lleva a la boca, la mordisquea con deleite y escupe lo que ellos suponen que es el hueso.

—Magnífico.

—Veamos cómo se maneja en los terrenos fronterizos.

—¿Qué vas a hacer? —se inquieta Valle.

—Nada de peligro. Voy a indagar sobre algunos conocimientos que difícilmente estén a su alcance, como puede ser la agonía de un personaje. Eso nos ilustrará sobre la facilidad con la que Petra Simona se desenvuelve en la frontera entre vivos y muertos.

Valle se restriega la cara antes de contestarle.

—Te refieres con tanta naturalidad a los muertos que me asustas. Creo que jamás me acostumbraré a estos paseos astrales a los que sois tan aficionados los gallegos.

—¡Mira quién habló!

—No me hagas caso. Procede como consideres y que el Colegio Catedralicio se apiade de nosotros e impida que el prelado tudense, monseñor Hüe, llegue a conocer un día a qué regiones de la laguna Estigia condujo don Ramón María del Valle-Inclán a su inocente sobrina Petra Simona. Y todo, una noche de plenilunio en la patria de Pondal, con la inestimable colaboración de don Manuel Otero Acevedo, otro que huele a azufre desde Pontecesures a Ponteceso. Amén.

—Eso es. Despreocúpate ahora, porque con haberla traído hasta aquí nos basta para que nos echen el guante los mangas verdes de la Santa Hermandad.

Ramón saca humor de flaqueza.

—¡El verdor lo pone hoy la Guardia Civil, que es la que detiene!

Acevedo vuelve a fijarse en Petra Simona, que come cerezas y escupe huesos con obediencia franciscana desde que comienza la sesión espantado el frío.

—Petra —le reclama su atención—, has comido suficiente fruta. Se muere una personalidad política y debes acercarte para saber cuáles son sus últimas palabras. Es preciso que estés muy atenta. ¿Entiendes lo que te pido?

—Sí, no es difícil —dice ella frontándose las manos, como si las limpiase de la fruta.

—Bien. Debes ir al palacio de Buenavista, en Madrid. No te importe si no has estado nunca. Hay espíritus encargados de guiarte...

—Ya he llegado.

—¡Magnífico! Ahora estamos en el gabinete del general Prim. Hace tres días que lo han tiroteado y desde entonces agoniza en su cama. ¿Lo ves?

—Estoy con él.

—¿Está su esposa, Francisca Agüero?

—No, no está.

—¿Quién hay en la habitación? ¿Está solo?

—Veo una única persona. Sé que es gallego por su acento. Poco a poco se desvela su identidad. Sí, ya lo sé; es su ministro de Gracia y Justicia.

—¿Eugenio Montero Ríos?

—Sí, creo que sí.

—¿Ellos te ven?

—¡Nooo! —Petra se alarma de la pregunta que acaba de hacerle Acevedo. Para ella misma, aunque novata, es inconcebible esa posibilidad y le riñe, o casi, por habérsela hecho.

—¿Acaba con él la septicemia? ¿Lo han apuñalado en palacio?

—No lo sé. Me informan los espíritus que ha recibido varios tiros en la calle del Turco.

—Sí, pero ahora son las ocho y media de la tarde del día 30 de diciembre de 1870. El general va a morir dentro de muy poco, ¿qué ocurre?

—Es muy triste, es una escena muy triste que me hace llorar. Estoy a su lado y creo que lloraré.

La chica comienza a derramar gruesos lagrimones. Valle piensa que Acevedo debería despertarla para ahorrarle la angustia. Mira al hipnotizador suplicándose, pero aquél le pide calma y silencio con las manos. Cree que están cerca del objetivo y no va a obedecerle. Incluso podría ser contraproducente.

—¿Lo han intentado estrangular en las últimas horas? —prosigue el interrogatorio.

—No, no lo he visto. Perdón. Ahora observo algo. Es el cuello. Lo tiene irritado, enrojecido, como si le hubiesen apretado alrededor con un cinturón.

—¿Intenta hablar?

—Sí, le dice a su ministro que se acerque.

—Permanece atenta para escucharle.

—No me hace falta. Estoy a su lado. Tan cerca de él como él mismo. ¡Espera! Ahora habla.

Acevedo cesa en sus preguntas para no interrumpir la escena. Petra Simona se enjuga el llanto. Es conmovedor cómo ha pasado de la más absoluta indiferencia a sentir una inmensa pena por el sufrimiento del conde de Reus, fallecido trece años antes de nacer ella. Ha sido muy temerario por parte de Acevedo, pero el resultado no puede ser más espectacular.

—Se ha muerto. El general se ha muerto y el ministro Montero Ríos abandona la habitación.

—¿Qué ha dicho? ¿Le has oído?

—Sí.

—¿Y?

—Le pide: «¡Gran Justicia, hacedme justicia!».

No sabe por qué ha elegido la muerte de Prim para la experiencia. Quizá porque es un asesinato que sigue sin resolverse treinta años después de cometido. La historia está mal escrita. Petra Simona no miente. No puede. En sus anotaciones, como en docenas de libros, se repite que durante este postrer hálito de vida, a Prim le acompaña Paquita Agüero y que en sus últimas palabras el general dice: «El rey viene, y yo me voy», que son las que él esperaba oír.

Ramón le apremia con la mirada. Quiere que regrese a la plena consciencia. Y él también. Después del vuelo, nada más se puede pedir a la moza.

—Ha salido todo a pedir de boca. Ahora vamos a despertarnos muy lentamente. Las ventanas dejan entrar la claridad de la tarde. Cuando oigas el chasquido de mis dedos estarás totalmente despierta y nos saludaremos.

Lo hace y Petra Simona abre los ojos de golpe. Su regreso al presente se certifica con una primera frase alejada de cualquier misterio.

—¿No pensaréis quedaros aquí toda la noche como unos pasmarotes? Por un momento creí que me caía dormida. Vamos a acostarnos, que mañana nos espera un día de muchas emociones.

\* \* \*

## 7 días antes / Prudencio Landín Tobío

Hipnotizar o ser hipnotizado. El mundo entero vive la pasión que médicos, magos y espiritistas se encargan de divulgar en el convencimiento de que durante el nuevo siglo todo será distinto porque los histéricos serán dormidos y quienes tengan ese poder pasarán consulta a los males de la tierra. Por cierto, ¿todas las manos son capaces de inducir al sueño? No, por supuesto. ¡Qué vulgaridad! Ya han examinado las de aquéllos que duermen y se elaboran graves teorías al respecto. Acevedo se ríe de ellas, pero qué puede hacer él frente a los faranduleros que se suben a los escenarios envueltos en capas rojinegras, frente a los que venden por correo métodos infalibles para dormir al prójimo, frente a los que clasifican las manos en hábiles e inhábiles. Los que poseen verdaderas facultades hipnóticas las tienen semejantes, defiende el embustero que quiere sacar ganancia en río revuelto. Venga y le diré si usted es hipnotizador en potencia. Y todo por dos pesetas. Los de manos pequeñas y gordas, cuyos dedos sean flexibles y el pulgar corto, es inútil que quieran hacer uso del hipnotismo, añade el sacacuartos con aires de axioma universal. El verdadero hipnotizador siempre las tiene bien formadas, largas y cuadradas, con las palmas duras y elásticas, y las puntas de los dedos cuadradas o cónicas; aunque mejor es una combinación de ambas formas; las del índice y el meñique, redondas, y las del corazón y el anular, cuadradas. ¡Eureka! ¡Han descubierto la quiromancia del dedo gordo! Hay manos que anuncian el éxito en todo lo que emprenda su dueño. Lo que atribuimos a golpes de suerte es debido en realidad a las extensas facultades hipnóticas que suelen llamarse «magnetismo personal». Cuando un individuo se resuelve a ejecutar algo que piensa, tiene una tendencia instintiva a cerrar la mano. Y cuanto mayor es el deseo, más la cierra. El pulgar sujeta a los demás dedos como una abrazadera, y según se concentra con más intensidad la querencia en el cerebro, más se acerca involuntariamente la mano a la cabeza para servirla de soporte.

Por favor, qué sarta de estupideces. En algo está de acuerdo Acevedo. Él cierra la mano para darse ánimos, pero nada más. No puede caer en esa trampa porque ha escrito ya demasiados artículos contra las damas encopetadas que acuden a domicilios de sonámbulas para amarrar al novio de turno con lo que llaman el *cariño loco*, una especie de fluido que los atrapa y los inmoviliza al lado de sus posesivas amantes. Ellas dicen *ligar* y los maridos, si los tienen, reconocen ser cornudos ante la magia del *cariño loco*. El jugador de Bolsa no da un paso sin echar una ojeada a los espíritus y todos están pendientes de las varitas adivinatorias y los péndulos exploradores, que son capaces de descubrir dónde oculta su tesoro el último califa de Córdoba. En Madrid lo sobrenatural ha desbancado a las gallinejas. Ya no se habla de ellas, ni de los entresijos o zarajos, sino de barajas, trípodes, sortilegios, pócimas, amuletos y ligaduras. Se

habla del velador volador, de anudamientos, del levantamiento de figuritas, de filtros, enclavamientos y talismanes. Los hay que atraviesan con cientos de alfileres el corazón de una ternera, muerta con anterioridad por fortuna para la joven vaca, y creen que así logran la brujería; o se hacen con el cordón de la mortaja del abuelo que baja a la tumba con hábito de la Orden Tercera y lo pasan por la cintura de una chiquilla para que los ame sin resistencia. O lo que es más peligroso, obtienen hojas de perejil americano, también llamado cicuta, o en Galicia *perixel dos sapos*, si quien mata es de Ribadavia. Otros darían fortunones a cambio de pieles de serpiente, de mierda de rata, de huesos de difunto o de cualquier sustancia que al enunciarla revuelva el estómago. Eso sin contar los reparadores de doncellas y las doñas virgueras que devuelven la pureza por medio de unas bolitas de pan y sangre que se rompen con el roce y transforman, ¡oh milagro!, una puta redomada en una cándida paloma. Estos, al menos, dice Acevedo, son como los fabricantes de pelucas, pues disimulan una falta y siento por ellos simpatía. Pero al resto los vitupera sin mesura. Su miedo, al firmar títulos como *Los espíritus* o *Los fantmas*, es que alguien lo llegue a confundir con los charlatanes. Y él es médico de carrera.

En Cesponzóns, Valle y Acevedo ocupan un cuartucho inmediato a la cocina con una bacía de barbero para lavarse. Sería muy pretencioso decir que comparten cama. A cualquier cosa llaman chocolate las patronas. Duermen sobre dos arcones cruzados y unas pajas deshilachadas que separan sus cuerpos de las durezas. Dos mantas y otros tantos sacos completan lo imprescindible para el reposo, que, según promesa de doña Dídica, mejorarán las condiciones del hospedaje, pues hoy se ha visto sorprendida por su llegada en plena tormenta, aunque ninguno de ellos comprende que para preparar un lecho en condiciones de uso haga falta una semana de avisos. Todo se debe a que hoy trasladarán hasta allí un par de jergones que guardan en una de aquellas estancias con aspecto de mazmorra.

Petra Simona, más favorecida que los hombres, dispone de un camastro con sábanas para ella sola en el cuchitril inmediato. A los tres les interrumpen el sueño reparador unos ruidos que provienen del ala izquierda y que son el inequívoco resultado de retumbar un hombre contra las nalgas de una mujer, porque, a cada envite contra la cama y la pared, le responde un suspiro profundo y satisfactorio de marcado origen femenino, o eso parece.

No lo comentan, pero los viajeros establecen en sus duermevelas parecidas especulaciones sobre los protagonistas de los empujones. O no es cierto que Dámaso sea tan inútil para el amor, o Agostiño resucita de noche de su muermo lamparero, o una tercera persona visita a estas horas Cesponzóns para chocar contra una de las tres mujeres que la habitan, Dídica, Modesta o Herminia.

Sin que entonces lo descubran, se equivocan los tres.

El ruido cesa y logran conciliar hasta que alguien, poco después del amanecer, aporrea la puerta tras la que se mal acomodan Valle y Acevedo. Este último cree incluso que acaban de tumbarse, lo cual no es cierto en absoluto, porque el sol ya se ha hecho con toda la estancia y deja a la vista más fealdades de las que anoche pueden apreciar. Los huesos doloridos de apretujarse contra la dureza de sus tablas se niegan a reconocer que haya existido el descanso preceptivo.

—¿Quién es?

—¡Modesta, señor!

—¿Qué ocurre?

—Ha venido la pareja de la Guardia Civil, señor. Buscan a don Ramón del Valle y Peña.

Ramón da un respingo y se incorpora para quedar sentado sobre los listones con aspiración a piltra.

—¡Válgame el Tabernáculo de los Lenceros! ¡Es imposible!

—¿El qué?

—Que los del duque de Ahumada oyesen ayer nuestros planes.

—Por supuesto que no, tranquilo. Tiene que ser otra cosa.

Modesta, que ha dejado la oreja de servicio, ofrece una explicación desde el otro lado de la puerta.

—Son portadores de un telegrama para el señor Valle.

—¡Un telegrama y acabo de llegar! ¡Qué eficacia, Manolito! España entra en la modernidad de la mano de la nunca bien ponderada Benemérita.

Tal como está, con los calzones a la vista, Valle sale al encuentro de los guardias, que toman un cumplido tazón de vino sentados en la gran mesa con doña Dídica, mientras Modesta regresa a la *lareira* para revolver en las *potas*, donde ya se encuentran Agostiño y Herminia; el uno en la misma postración que anoche; la otra, fresca y activa.

—Buenos días. Discúlpeles la confianza, don Ramón, pero los guardias siempre se desayunan en esta casa cuando les coincide un servicio más allá de A Garga —le saluda la mujer.

—Excúsenme a mí los señores guardias, que salga descamisado y con aspecto de velar armas, ya que éstas no son mis formas habituales, pero pretendía acudir cuanto antes y abandono el aposento sin detenerme en el aguamanil.

Sin levantarse de donde se acomoda, el cabo abre uno de los compartimentos de su cartucherín y extrae el telegrama, que alarga al escritor, obviando todo protocolo. Valle lo toma y lo lee de un tirón. Al finalizar, pregunta a Modesta por el tío Zocas.

—¿Ha partido de regreso el gran jefe del ganado mular?

—Anda en ello. Ahora mismo ata las cinchas y prepara las enjalmas, pero comerá algo antes de marchar. Siempre lo hace.

—¡Que me espere! ¡Le he cogido gusto a la hípica y regreso con él!

Luego se vuelve hacia el suboficial del instituto armado y le pregunta:

—Hay un gran misterio en todo esto. Si ayer entramos en Cesponzóns a media tarde y quien me remite el telegrama no sabe dónde me aposento, ¿cómo es que me lo hacen llegar a primera hora de la mañana siguiente?

Los agentes permanecen callados y es don Dámaso quien responde.

—Le contesto a la gallega, señor Valle. Si llega a Anllóns un telegrama a nombre de don Ramón María del Valle y Peña, y la Guardia Civil no sabe dónde ha dormido, ¿serían dignos de permanecer en el cargo los agentes de esa línea?

Los dos guardias sueltan una sonora risotada y apuran las tazas del vino madrugador. Valle sonrío y se despide, pues en aquella destreza para localizarle intuye también algo tenebroso que no es de su agrado.

—Señores, si me perdonan... Ha sido un temprano placer. Enhorabuena por la eficacia. ¡Europa entera debería conocer el episodio!

De vuelta al cuartucho le explica a su amigo.

—René Ghil llega mañana a Pontevedra, pero sólo va a permanecer un día en la ciudad. Tengo que ir. No me lo perdonaría en la vida. Si llevo esta noche allí, volvería a Anllóns un día después.

En estas circunstancias no puedo obligar a Petra Simona a que venga conmigo. Te dejaría sin médium y, por otra parte, recorrer Galicia en mi compañía es el mejor sistema para que el obispo de Tuy se entere de la trastada. De modo que te la confío. Prometo volver en el vuelo de un vencejo. Por fortuna el tío Zocas remolonea su madrugara y podremos salir juntos en unos minutos. Éxito en vuestras averiguaciones, Manuel. Dame un abrazo, que ya deseo estar de vuelta.

—No mientas. Ansias conocer a René Ghil y es comprensible, si tan enfrascado andas con su lectura.

Cuando los dos jinetes, el caballo Petiso y las cuatro mulas inician el camino de vuelta por donde ayer galoparon a la desesperada, se cruzan en el portalón con don Dámaso y con su socio, Belarmino Souto de Neaño, que por lo visto llega a Cesponzóns después de que se hayan acostado y pasa la noche en la Casa Grande.

—Valentín, ¿por qué le llaman Tío Zocas?

—Porque en Agros da Condesa soy el único que no las usa.

La rectoral de San Fins se levanta casi contigua a la iglesia, aunque en un plano inferior. A ella se accede desde el templo por unas escaleritas al fondo del atrio, a dos mil pasos de la casa de los Portela, que se construye a la entrada del pueblo.

—¿El párroco Juan Antonio Combarro Díaz vive aquí?

—En esta rectoral vive, sí señor —contesta la sacristana, Elena de Cons—. Pero no está. Los sábados misa también en Ponteceso, bueno, en San Tirso de Cospindo, aunque volverá pronto. Ese señor también espera por él.

Ninguno de los dos se ha fijado en la presencia de un hombre que se sienta sobre el murete y que parece tomar apuntes en una libreta.

—Ahí tenemos al otro viajero que llegó ayer, seguro.

—Vamos a presentarnos —sugiere ella.

—Sí, es lo mejor.

A medida que se acercan, crece en Acevedo la sensación de que se trata de alguien conocido, aunque ni siquiera a dos palmos es capaz de identificarlo.

—O mucho me equivoco, o viene usted de Pontevedra —le dice por todo saludo.

—O mucho me equivoco yo, o usted es Manuel Otero Acevedo, la eminencia médica de Pontecesures, el general de los tunos santiagueses y el mayor alborotador de sotanas al norte del Miño.

—Y pronto, también al sur —añade Petra Simona con la seguridad de que les hará reír a los dos, como así sucede.

—Es un auténtico placer estrechar su mano. Como puede usted imaginar, hace tiempo que en Galicia no se puede dar un paso sin que alguien le hable del gran Otero Acevedo. Pero nos sacaremos el antifaz. Mi nombre es Prudencio Landín Tobío y...

—¡Prudencio Landín! —exclama Acevedo—. Con razón me acercaba hacia usted en el convencimiento de que era una cara familiar. ¿Quién no conoce a los Landín en cualquier lugar de Pontevedra?

—En fin, usted mismo no demasiado, como acaba de demostrar, si bien estamos ya más cerca del Mandeo que del Lérez.

Los tres vuelven a reír, lo cual es señal de buena sintonía.



—Perdone, soy un pésimo fisionomista.

—Pues será lo único en lo que usted es pésimo, porque su fama le precede.

La joven cree oportuno intervenir.

—Bien, señores; ya que ustedes no necesitan presentaciones, sólo resta por decir al señor Landín que mi nombre es Petra Simona Carabantes, y para contrarrestar tanto dominio pontevedrés, sepa que nací en tierras gaditanas.

—Como el obispo de Tui —apunta con acierto Landín.

—Exacto —se apresura a intervenir el médico—. Lástima que la joven y monseñor Húe no guarden ningún parentesco.

—No, ninguno —se chotea la bambina, como la llama doña Dídica.

—Sabemos qué le trae a Anllóns, señor Landín —se sincera Acevedo.

—¡Vaya! ¿Y por qué será que yo también creo conocer el motivo que les mueve a ustedes?

—Sin duda porque es el mismo —diagnostica con acierto la chica—. Media Pontevedra se ha dado cita en Anllóns, y eso que Ramón acaba de marchar hacia la Peregrina.

—¿De qué Ramón hablan, si no es un secreto?

—De don Ramón del Valle y Peña, también conocido como Valle-Inclán.

Landín estalla en una enorme carcajada.

—¡Tiene razón en lo que dice! ¡Media Pontevedra en Anllóns! Así que Valle también se ha dejado arrastrar por los misterios de la parroquia. La historia le encaja como anillo al dedo y sin duda la leeremos pronto en algún cuento fantástico.

—Quizá no tan fantástico.

—Tiene razón, Valle siempre deambula por el filo de los dos mundos.

—De usted también leeremos algo, me atrevo a asegurar.

—Yo soy abogado de oficio y periodista de devoción. La sangre tira. Llevaré el caso a mis lectores lo mejor que pueda, pero Ramón es otra cosa.

Acevedo le propone a Landín unir sus fuerzas, y aunque la alianza supone compartir secretos, otra estrategia es impensable. A cambio, Landín les asegura línea directa con varios periódicos, y eso siempre es un arma a su favor.

Chocan las manos en señal de acuerdo cuando Combarro llega en un carro tirado por un lustroso percherón. El animal trabaja para la compañía de electricidad cuando no transporta curas, que es la mayoría del tiempo. En compensación, el sacerdote misa cuando lo llaman, bendice inauguraciones y administra sacramentos entre los ingenieros.

Juan Antonio Combarro Díaz es un hombre de sesenta y cuatro años bien llevados. Se le adivina de buena salud, fuerzas cumplidas y excelente apetito. A golpe de vista, Acevedo ejerce de médico en silencio y le diagnostica largo tiempo al frente de la parroquia si nada malo se le cruza en su camino, como le ocurre a su antecesor don Rosendo Abuín.

Se acerca el mediodía, y hechas las presentaciones, Combarro les ofrece la parva para cortar el cólera del hambre mañanera, lo que es aceptado por todos, convencidos de que al cura le agrada poder servírsela en su coqueta rectoral. El párroco los conduce hasta una galería de impronta nívea situada en la primera altura y que se abre a la huerta de la casa, una pequeña parte de las tierras que pertenecieron al antiguo iglesario de San Fins. Allí crece una escogida selección de frutales ahilados en un doble paseo que se cierra unos cien metros más allá. El conjunto forma tres líneas de árboles bordeadas por crecidos agapantos de faldas abombadas como meninas

velazqueñas y adelfas de savia venenosa, cuyo peligro ignora el cura. De vez en cuando, las líneas se interrumpen porque están salpicadas con varios huecos donde sólo permanece el tocón seco de un ejemplar nunca sustituido. Allí tiene dos o tres manzanos, con reinetas bien visibles, y otros con tabardillas. Más allá hay perales que los visitantes intuyen de San Xoán, aunque sus frutos están verdes; otros de agua o leridanas, árboles que dan peras del Buen Cristiano y alguno más de los llamados ahora Conferencia, por haber sido presentados en la anual de peras británicas, correspondiente a 1895. Las más maduras son mordidas por dos o tres avispas que las han dejado casi con el rabo y la piel. Hay *pexegos*, un anciano ciruelo con las ramas principales enroscadas en curvas imposibles; pavías paraguayas, tres o cuatro limoneros que ahora mismo están cargados, y para cerrar las tres líneas, un frente con dos naranjos en los extremos, dos toronjos en el centro de los paseos y otro, un poco más bajo, al que Combarro llama pomelo y que los preside a todos, convirtiéndose así en el protagonista principal de la huerta. Siempre que lo visita Cándido Maseda, el párroco de Xornes, le discute que los toronjos y el pomelo son la misma cosa, y que si este árbol central queda de menor estatura no es por ser pomelo y los otros no, sino porque bajo él hay una roca que le impide desarrollar las raíces. Combarro repite una y otra vez que allí no hay rocas, y de esa forma pasan las tardes de funeral de aniversario, entre la primera partida al cinquillo con los otros curas, y la última.

Combarro observa que Acevedo les presta atención a los árboles y lo ilustra a sus anchas, ahora que no está su colega delante para desmentir cuanto dice.

—El pomelo vino de América. De Florida exactamente. Se da a las mil maravillas. Si no tengo uno para desayunar, siento durante todo el día que he dejado de hacer algo importante. Un amigo mío dice que es toronjo, pero yo se lo rebato por darle a la húmeda. Ya sabe usted cómo somos algunos curas, que por llevar la razón nos olvidamos del *ego te absolvo*.

El cura Combarro baja y regresa con vasos y un aguardiente de Betanzos que cada cierto tiempo le renueva en su bodega el funerario de Carballo, un tipo muy simpático siempre que lo pillas fuera de sus pompas profesionales. Les explica que los sábados, como él va a Ponteceso para misar, su ama aprovecha para escapar de visita a su familia en Rebordáns, por lo que él se queda solo hasta el lunes. También ha cortado unas cuantas rebanadas de pan, para el que quiera acompañar la parva de algo sólido, que el aguardiente a palo seco es malo si el estómago está en ayunas.

—Ustedes quieren que yo les cuente lo que pasa en la casa de los ruidos, en la Casa do Demo, por mal nombre.

El sacerdote les sirve un dedo de ese aguardiente de hierbas que define brigantino y casero. Al advertir que les acompaña una jovencita, se levanta hacia un aparador y añade a la mesa un plato con un montón de galletas anisadas con almendras, hechas también con buena mano, por lo que ella comprueba al mordisquear la primera.

—Sí, Anllóns nos atrae por distintos motivos —le dice Landín como contestación a sus palabras.

—No me los revelen si no quieren, me da igual los que sean. Los imagino gente de paz.

Están de suerte. El cura Combarro no parece un hombre reservado, ni al que le cueste compartir lo que ha vivido en aquella casa.

—Como comprenderán, yo no era la misma persona hace unas semanas, al iniciarse todo esto. Ni siquiera al enterarme, cuando me visita Desamparados y me lo cuenta. No era un secreto de

confesión, pero casi. ¿Cómo voy yo a airear las confidencias de una mujer angustiada, sean producto de Satanás o de sus íntimas fantasías? Es algo que va contra nuestra propia esencia, contra la columna vertebral del sacerdocio. Pero claro, Combarro propone y Dios dispone. El caso se nos va de las manos, se mete por medio la prensa, me preguntan y tuve que decir que sí, que había cosas inexplicables y chocantes. Hechos que desafían las leyes físicas por mí conocidas. ¡Ay, amigo mío! ¡Esa es mi perdición! Yo no sé si por deseos de cargarse al cura de turno, que soy yo; o por ganas de qué trapisonda, pero, desde entonces, gentes que ni siquiera han pisado Anllóns en su vida, ni tratan a Desamparados, ni tienen más conocimiento de lo ocurrido que cuatro frases mal leídas en el periodicucho de su pueblo, comienzan a responsabilizarme de lo que titulan como cuentos de viejas. Que si soy un falsario, que si me mueve la vanagloria, que si pretendo sacar plata con el asunto. ¡Dinero! ¿Se dan cuenta? ¡Mentiroso, embaucador, timador, fariseo! ¡Lo peor de cada cloaca que se les viene a la cabeza! Muchos hacen todo lo posible para que sus opiniones sobre mí lleguen a todos los vecinos de Anllóns. Claro que quienes frecuentan la iglesia me conocen y saben que sería incapaz de hacer un teatrillo con la pobre Desamparados. Y de los que no vienen a la iglesia, qué decir. Esos ya no hablan bien de mí aunque les dé de comer en sus agonías, como procuro hacer con todos los miembros de mi parroquia, pues aunque ellos no se sientan dentro de la iglesia, mi obligación es tenerlos por iguales, como en la mesa celeste, donde tanto seremos Tomé como Bafomet. Con lo anterior quiero decir que, si ahora les recibo, si hablo con la prensa y les brindo todas mis explicaciones, es porque no quiero que nadie me vea, ni a mí, ni a los vecinos de Anllóns, como falsos e incultos cavernícolas, sino como unos ciudadanos del siglo. Pronto estaremos en el XX del cristianismo y compartimos la esperanza mundial de que traiga muchos avances para la humanidad. Sabemos que nos ha pasado esto. Lo que sea. Como quieran llamarle los entendidos. Demonios, almas en pena o magnetismo descontrolado. Me da igual. No es la mejor noticia, pero tampoco tiene por qué ser la peor. Jesucristo habló con el Diablo en el desierto y jamás trató de negarlo. Ni que se le había presentado con gran poder, ni que era el verdadero demonio Murmur. Así que nosotros debemos actuar de la misma forma y disponernos a averiguar de qué materia está compuesta esa maldad, como él nos enseña desde los años de Carracuca.

Combarro finaliza su proemio y se siente satisfecho. Ha dicho lo que quería decir. Ahora apura el vasito de la parva y redobla fuerzas. El parón le sirve para echar un ojo al fraile del tiempo de Agapito Borrás que cuelga frente a él y que su madre le regala cuando recibe el curato. El fraile le dice que han pasado los aguaceros y que no lloverá en días.

—¿Cómo ha reaccionado el Arzobispado? —pregunta Acevedo, consciente de que es el nudo gordiano de la cuestión desde el punto de vista del párroco.

—¿Santiago? Bien. Como era de esperar. Comprenda que para Santiago, que es como decir Roma, les resulta muy difícil pronunciarse, porque no se trata sólo de hacerle caso a un curita de aldea. Tienen que saberlo todo y estar convencidos de sus conclusiones, porque van a hablar, como quien dice, *ex cathedra*. Yo a veces lo pienso y también me entran sudores. ¡Menuda responsabilidad!

—Pero en concreto —ahonda Landín—, ¿qué medidas toman? Si es que deciden algo.

—No las conozco. Tampoco me dicen si van a ir más allá de solicitarme un informe que ya he remitido. Ahora espero la llegada del canónigo maestrescuela encargado de redactar la

inquisitoria. Antes de que esto se cumplimente en profundidad y conveniencia, Santiago no dirá ni jota ni pelota. Y quién sabe si después tampoco.

—Es natural —corroboraba Landín—. En cualquier caso, usted no es Santiago y no necesita complimentar tantos trámites para hablar, ¿no es cierto? De modo que nos tiene en ascuas. ¿Le importa que tome algunos apuntes?

—Escriba lo que le parezca y pregunte si algo no lo trasmito con claridad suficiente, porque de mi boca sólo saldrá el fiel relato de unos hechos vividos en primera persona, y como ignoro qué saben y qué no, daré por sentado que se acercan por primera vez al caso de Anllóns. Aquí vive Desamparados con su nieta Vicenta o, mejor dicho, con la nieta de su hermana, ya fallecida. Hace cosa de dos meses, las dos mujeres son testigos de prodigios sin explicación que suceden dentro y fuera de su casa, situada en el aba del Canto Branco, en el barrio de A Gándara. Vean, allí.

Combarro señala un punto a espaldas de la galería donde se ven varias casas diseminadas que se disponen una detrás de otra en una pequeña elevación del terreno.

—En ese lugar, las dos mujeres y los vecinos comprueban cómo caen piedras de no se sabe qué agujeros, como si un niño invisible hubiese tomado esa casa como objetivo de sus travesuras, unos entretenimientos inocentes, aunque peligrosos si los guijarros alcanzan a alguien en la cabeza, cosa que no sucede. A Xaquín de Marciana se le ocurre entonces señalar las piedras con una marca en forma de cruz y seguirles la pista. Así comprueban que unas desaparecen y caen de nuevo ante su infinito asombro. Otros vecinos se atreven a partirlas. Pintan de nuevo sus dos partes con una cruz y realizan el mismo recorrido una y otra vez. Mientras esto ocurre, yo permanezco al margen de los acontecimientos porque ni Desamparados ni nadie me dice palabra de la aberración.

—¿Cuánto tiempo se prolonga este episodio de los pedruscos? —pregunta Landín como haría en estrados, enfundado en toga.

—Quizás una o dos semanas. Algo así, aunque tampoco se puede decir que mientras bailan los pedernales no se registren también los otros fenómenos. Eso es difícil de determinar con total exactitud. Quizás ustedes o el canónigo logren llegar al concreto.

Petra Simona quiere precisar un aspecto del relato y vuelve sobre él.

—¿Me confirma que ninguno de los vecinos presentes advierte la manipulación de las piedras por una fuerza exterior y visible?

—Efectivamente, todo ocurre en medio del mayor misterio, como el truco de un mago.

—Intuyo que muchos lo achacarían a la acción de un bromista, de algún conocido que quiere tomarles el pelo y que es muy habilidoso para conseguirlo.

—Sí, sí. Eso es lo primero en que piensan, no se crea. E incluso establecen turnos de custodia. Aunque por lo que llega a mis oídos, no son rigurosos, ni constantes, de forma que el fenómeno se repite y nadie es capaz de asegurar que se ha vigilado sin interrupción. Al mismo tiempo, mientras los chinarrros suben y bajan fuera del control que ordena la naturaleza, Desamparados comienza a sentir sobre su cara las bofetadas de una mano tan invisible como las que mueven los cantos. Una y otra vez sufre el impacto de lo que ella define como los cinco dedos y la palma derecha de un varón. ¿Por qué varón? Por la dureza de su piel. ¿Por qué derecha? Porque el bofetón le cae en sus mofletes izquierdos y entonces deduce con buen criterio que, si fuese el golpe de un zurdo, le impactaría a ella en la carrillada derecha. Imaginen. De no ser así, el fantasma tendría que situarse

a sus espaldas y entonces notaría que los dedos apuntan a la nariz y no hacia la oreja, como es su caso.

—Un fantasma diestro —bromea Petra Simona.

—Y una víctima con facilidad para la deducción. Algo es algo —completa el resumen Landín.

—Y mucho más, señores. Escuchen, hay días en los que la pobre mujer es abofeteada sin parar y quienes le acompañan pueden dar testimonio de los castañazos por el ruido que se ocasiona al chocar la palma con la carne. Ese es su sufrimiento menor, porque en otras ocasiones es atada con sogas o maromas de embarcaciones marineras para ser arrastrada por los suelos sin que nadie pueda ver quién lo hace, desde dónde, y cómo se las arregla para anudarla sin ser detectado.

Las revelaciones de Combarro no aconsejan nuevas chuflas de Petra Simona, que muy al contrario frunce el ceño y arruga su rostro para evidenciar que se identifica con los padecimientos fantasmales de la mujer.

—De un armario cerrado se dispara como el obús de un artillero el pilón desprendido del astil de una romana, cuyas restantes piezas permanecen en el estante, sin moverse. Sólo el pilón emprende ese vuelo. Lo hace a una velocidad que causaría la muerte instantánea a cualquier ánima viviente, en el caso de alcanzarla en su recorrido.

Landín, que utiliza un lápiz de tinta para sus notas, lo humedece con la punta de la lengua y escribe cuatro palabras en su viejo carné antes de opinar.

—Esa es una de las constantes de todo lo que llevamos repasado. Las fuerzas amenazan a Desamparados y a su nieta con agresiones que pueden ser mortales, o causar graves heridas, pero de las que ellas siempre salen indemnes, bien porque las fuerzas las respetan, bien porque quieren prolongar su sufrimiento.

—O porque en realidad son incapaces de hacerles daño más allá de la tortura mental a la que las someten —se atreve a especular Acevedo, más para cerrar el círculo de probabilidades, que por tener mayor querencia hacia esa teoría.

—No me pidan que me pronuncie —suplica Combarro—, mis asignaturas en el seminario de Mondoñedo no incluyeron *casas do demo*, y bien que hoy lo lamento. No obstante, deben saber que algunos de los paisanos de A Gándara sufren ligeras lesiones al caer los pedruscos, los tizones ardiendo, los pedazos de jabón y toda cuanta artillería se despliega en estos ataques. La propia Desamparados padece fuertes dolores cuando le tiran del cabello, cuando es agarrada por la ropa hasta rasgarle varias prendas. También sufre con las bofetadas, como decíamos, y con los escupitajos que festonean en esputos las mangas de sus vestidos. Yo atestiguo que el pilón rebota en la pared para caer luego en el centro del cuarto con gran estruendo. Quienes lo observan tiemblan de pánico, pues nadie duda que podrían haber saltado en mil pedazos como un soldado alcanzado de lleno por un proyectil de buen tamaño. Este viene a caer en medio y todos dan un paso atrás, convencidos de que se han librado de varios huesos rotos, si no de la muerte. La casa es un suma y sigue. Los carbones del fogón flotan hasta el techo, y una vez allí, todos saben que se lanzarán hacia ellos para provocar un incendio, o asustarlos cuando menos. De forma y manera que, si quieren, el daño lo hacen. Las murallas de Jericó tuvieron que derrumbarse por culpa de algún fenómeno similar. Lo juro por Dios y mi conciencia.

—No jure, padre, que es pecado.

—Cuando es por una verdad tan manifiesta como ésta, no. Tengo bula.

Combarro logra que el grupo sonría con su buen humor, y a continuación prosigue el interrogatorio.

—Como párroco conocerá bien a las dos mujeres. ¿En qué consideración las tiene? —le pide Acevedo.

—Las dos son muy buenas cristianas y de intachable fervor religioso. Con eso está dicho todo.

—¿Cómo entra usted en el conocimiento del caso? —pregunta ahora Landín con la punta de la lengua tiznada de tinta lapicera.

—Fue en el pasado febrero y en esta misma casa donde nos encontramos. Un día se acerca Desamparados a la rectoral y me encarga una misa de aniversario por el alma de su marido. Se han cumplido los doce meses desde la muerte de su esposo, José García Pérez, y desea hacerlo para que la ceremonia no se demore ni un día más, por el temor que ella tiene de que esa misa no ofrecida sea el origen de un cúmulo de acontecimientos extraordinarios que le atormentan en su hogar. Me entero entonces de que Desamparados y su nieta Vicenta son víctimas de mil vejaciones, y para que lo comprenda, me describe alguna de ellas con lágrimas de Magdalena que son goterones de sufrimiento. La mujer no consigue su objetivo, porque yo no puedo admitir que sucedan los ataques de los que se queja. Pienso en trastornos de viudas avinagradas, en ruidos nocturnos que se incrementan por la oscuridad, en chiquillos de otras parroquias que golpean las ventanas con ramas. Yo qué sé. En cualquier otra explicación menos que sea una justicia catalana de su marido fallecido para reclamar las misas de aniversario. Imposible, y miren que ésa es la explicación que más podría favorecerme. ¡Bah, bah, bah! ¡Pamplinas! Ella también me pide sigilo sobre aquella visita por lo que pudiese traerle de descrédito, aunque pronto descubro que sus vecinos *estremeiros*, los más cercanos, ya saben; están en el ajo, por lo que la historia es imparable e imposible de contener dentro del secreto de confesión. Se me ocurre entonces que con su beneplácito la acompañen cuatro personas de mi confianza para que pueda pasar una noche tranquila. Yo estaba convencido de que todo acabaría ahí. Pero a la mañana siguiente viene a verme uno de los paisanos encargados de la vigilancia. Está alterado como nunca antes lo había visto y apenas le llegan a la boca las palabras con las que quiere expresar lo sucedido. Sólo se le ocurre recordarme que mi deber es presentarme allí y bendecir cada una de las estancias de aquel edificio.

—Y va.

Combarro hace esfuerzos por medir cada una de sus descripciones. No quiere ni exagerar un ápice, ni quedarse corto en lo que da por seguro.

—Ni aun con esto quise convencerme de que tales fenómenos fuesen ciertos, porque me parecen absurdos y contrarios a todo lo aprendido desde niño, pero como no está en mi naturaleza hacerme de rogar, sí creo que el asunto es de mi competencia y voy como ministro de Dios, bien entendido que a Dios todo le atañe. También iría si en vez de cura fuese frenópata, porque éstos atienden las más variadas extravagancias, y aquí las había a porrillo. Llego el día siguiente a casa de Desamparados bien pertrechado de cuanto ordena la liturgia para casos de posesiones, aunque me niego a reconocer que todo aquello exceda la consideración de patraña, y me mantengo tan escéptico como si de un burro volador me hablasen. Bendigo con abundancia de agua en el acetre cada uno de los rincones de la casa sin notar alteraciones, pero al sacarme el roquete y guardar la estola, compruebo que, en efecto, con suavidad, pero de manera inequívoca, cae una piedra al suelo. Algo me alarma y extremo mi atención ante lo que sucede a partir de entonces. Pronto cae

una segunda piedra y comienzo a creer que el equivocado soy yo. Ahora es el pilón de la romana del que les hablé. Se ha venido abajo frente a mis pies. Y también el puño de un paraguas. Fíjense qué ridiculez. Pero atiendan, que, si lo anterior es pasmoso, nada como ver seis o siete patatas redondeadas que se colocan sobre una losa de la habitación, del mismo modo que lo harían si estuviesen a las órdenes de un sargento para formar filas. Entonces no me queda más remedio que aceptar como verdad el relato de Desamparados y de los que pasan esa noche con ella. ¿Miedo? Sí. Lo tengo porque se teme lo que se desconoce y entonces yo dudo hasta de mi propia fe. Lo digo sin respeto al pecado, pues confesé mi debilidad y ya sé que no atento contra mi credo dejándome arrastrar por un pavor insuperable, o por el Zorrongo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Le conceden unos instantes de pausa y vuelven a preguntar.

—¿Tiene más experiencias directas con los fenómenos?

—Sí. Otro día me veo en la obligación de asistir en ese domicilio a la apertura del testamento de José García Pérez, el hombre de Desamparados, que hasta ese momento estaba pendiente. Y es entonces cuando en un fayado con las ventanas bien cerradas, vuelven a caer en su centro varias patatas que no me sobrecogen como la vez anterior, pero que terminan por decantar mi opinión hacia la parte más oscura de esta historia, cual es la intervención de fuerzas cuyo origen y naturaleza no me corresponde a mí precisar, salvo para decir que mi ciencia no las explica. No quise volver más a aquella vivienda que me inspira grandes temores, especialmente de noche, pues ya saben que la oscuridad todo lo magnifica. Lo que les he contado está repetido ante el arcipreste del partido, el señor párroco de Malpica, don José Queijo, y el notario civil y eclesiástico, con testimonios de personas veraces y formales, como es el caso de Octavio Nespereira, el juez municipal, el fiscal, el farmacéutico Mesías y otras, que presencian los mismos hechos y episodios todavía más célebres.

El párroco está satisfecho con la visita. No son los palurdos ignorantes a los que ha tenido que explicar antes su historia. Gentes que mueven la cabeza en señal de aprobación, pero que se dan la vuelta y al llegar a sus hogares hacen reír a su familia con los cuentos del cura loco que hay en Anllóns porque ellos prefieren expedir certificados de salud mental a quedar de ignorantes. Tampoco son esos paisanos eruditos que predicen el tiempo con las cabañuelas, ni militares de cuchara que dan lecciones a Espartero, ni lechuguinos que enseñan elegancia, ni viajeros que han ido a Madrid y han vuelto diciendo que vieron las pirámides. Gentes sin criterio que aceptan la existencia de los gnomos y luego niegan todo lo que pueda perjudicar sus intereses. A saber cuáles. No, estos señores de Pontevedra son estudiosos y divulgarán por donde vayan que el cura Combarro ni miente de lengua, ni patina de cerebro.

—Todos ven los efectos, pero no su causa. Interesados en conocer el origen de los atropellos, recogen las patatas y las mascan, como método para saborear las potencias sobrenaturales que por fuerza han de residir en su interior. Pero los tubérculos desaparecen, se evaporan, se disgregan, se esfuman, para regresar después partidos en dos. ¡Virgen santa! También los tizones del fuego se levantan y hacen zig-zag en el aire antes de desplomarse en medio del fayado del piso superior, donde estábamos. Hay remolinos por donde se escapan las brujas que zumban como abejas, pero nada se mueve por donde pasan. La ropa apilada en los armarios sale de ellos y se amontona a la virulé con otros trapos que allí hay. Existen tiestos, chuzos y enseres de muy diversas utilidades que salen de sus anaqueles para zurrar a la mujer en la espalda, en las piernas y en la cabeza con

fuego graneado. Sé de un día en el que una maceta consume horas dando grandes basculadas y molestándola a cada poco, como un amante tocón. Desamparados le dice a su nieta que encierre el tiesto en la artesa y la joven así lo hace, pero al rato el mueble se abre y la maceta repite sus disparatadas evoluciones. Y así constantemente. Aquello es el triunfo de las matrices impuras, la coronación de los brujos, el fracaso del bien. Y tanto sucede dentro como fuera de la casa. Me relata Desamparados que una tarde decide peinarse al aire libre para disfrutar los beneficios del viento en el cabello, y aun así nota que le arrojan objetos en las crenchas, que le escupen en la cara y le llenan de guijarros el tazón que lleva consigo para mojar el peine. Aquella fuerza les presta mucha atención a los pelos, tanto a los de ella como a los de la muchacha. También es habitual que encuentren el pote del caldo lleno de piedras y otros engendros que debo callarme por respeto a las mujeres y porque el pudor lo aconseja.

Acevedo quiere intervenir en esta pausa del relato, pero Landín, quizá más habituado al ritmo de preguntas en sede judicial, se le adelanta.

—Hemos hablado poco de la nieta, de Vicenta.

—Vicentiña es una muchacha muy sencilla y muy reservada, como su abuela o incluso más. Quizás en exceso. Sí, es algo huraña. Vive el proceso asombrada, pero sin miedo porque al principio parece estar a salvo de los ataques. Sin embargo, un día la emprenden con ella. También sufre ser atada con cuerdas al cuello, apedreada y zarandeada cuando Desamparados no está presente. Ella grita en solicitud de auxilio. Su abuela la llama, pero sólo le responde con el silencio. Cuando llega, tiene tiempo para observar cómo la niña es bárbaramente atropellada.

—¿Forzada, mancillada?

—Señor, si utilizamos un solo verbo para describir lo que padece Vicentiña, será tanto como decir que el bosque tiene un solo color verde.

—Comprendo —admite Landín.

—A partir de ese día, Vicentiña está murria, triste y recelosa. Más de lo que estaba antes, que ya era en sumo grado retraída, como les digo. Su angustia es máxima cuando ve que una cuerda se desplaza por los aires hasta anudarse a su cuello y estrecharse a él, lo que le impide respirar. Desamparados no evita que la estrangule, aunque quien la ataca no pretende causarle la muerte, sino el mayor de los padecimientos, porque sólo aprieta y no le da la última vuelta de tuerca. Ustedes me entienden, no la acogota.

—De ella nos dicen que es un *carpo abierto*. ¿Qué opina?

—En vista de lo que nos rodea, ¿cómo no aceptar los *carpos abiertos*, los fantasmas y las Santas Compañías? En eso ya creen nuestros paisanos antes de que suceda lo que estamos viendo. Y es todo lo que puedo decirles.

Ahora es cuando Acevedo coloca su difícil intervención.

—Donjuán Antonio, tenemos que agradecerle de corazón lo que nos ha contado; sin embargo, yo le he mentado, y en justa correspondencia, usted no nos ha dicho la verdad.

—No puede ser. Lo anterior es tan cierto como que les estoy viendo.

—No lo pongo en duda, pero si espera a que le explique, me dará la razón. Al conocernos esta mañana no le advierto de que tengo en mi poder cierta información sobre lo sucedido, cuya fuente es usted mismo.

—¿Yo? ¡Es absurdo!



—No se precipite, donjuán Antonio, y piense en un colega suyo residente en Rosario, en la Argentina...

—¡El borracho de Pedro Romano Bermúdez! ¡Sólo puede ser él! Que Dios me perdone, pero me promete guardar silencio. La culpa es mía por haberme confiado. ¿Quién me mandaría dedicarle aquella tarde?

—Sí, desde su punto de vista no fue una buena decisión confiar en él, aunque ¿quién iba a suponer que un amigo suyo en Rosario lo es también mío? A ese hombre, colega de medicinas, le falta tiempo para ponerme sobre la pista de Anllóns, de modo que mi informante es usted mismo.

El cura Combarro se levanta hacia la galería y apoya el brazo en los ventanales, para a su vez hundir en él la cabeza, sin verlos ni ser visto.

—No sé qué le ha podido contar a su amigo, el bueno de Bermúdez...

—El gorila, el espalda plateada...

La aclaración parece tranquilizarle.

—El gorila. Ya, ¿y qué más?

Landín ha dejado de escribir. La mera alusión al animal lo paraliza. Creía haber asistido al mayor desfile de fenómenos y faltaba lo mejor. ¿Qué es eso del gorila? Petra Simona, que tampoco tiene información sobre el espalda plateada, los mira de hito en hito, a la espera de saber de qué labios va a salir la nueva maravilla del caso.

—Poco más.

—¿La babosa?

—Sí, la babosa también, y el doble juego sexual que se sugiere entre los dos animales, siendo el pequeño una de las partes del mayor. En concreto, su pene. Todos estamos crecidos para escuchar según qué cosas, donjuán Antonio.

—No se lo reprocho. Aquí el único imbécil soy yo. Y el único lercho, el borracho de Bermúdez, que Dios me perdone.

—También me habla del vómito de Vicentiña. ¿Hay algo más?

Acevedo entiende que el párroco suspira aliviado al descubrir que su comunicante sólo sabe unas cuantas piezas sueltas del complejo rompecabezas, y recuerda que al hablar con Bermúdez aquella tarde, él mismo tampoco dispone de los detalles de hoy, por lo que es imposible que Pedro Romano los cuente, ni aquí, ni en Rosario.

—No lo sé. Prometí a Santiago que nada trascendería hasta que ellos hubiesen finalizado su inquisitoria y mire cómo estamos.

—¿Se refiere a los aspectos oscuros?

—Sí, claro a lo más escandaloso, porque el resto ya está en boca del mundo, desde Lalín a Pekín.

\* \* \*

La preocupación de Combarro por el hecho de que Acevedo conozca el episodio del gorila se suma a la vergüenza que siente por no poder atender a sus visitantes en la rectoral, debido a la ausencia del ama. Para limar asperezas y confraternizar con el clero, Landín decide invitarlo a almorzar en la fonda de Xuliana, donde ha encontrado acomodo. Es el único lugar de Anllóns donde se puede comer a satisfacción de cardenales purpurados. Naturalmente, el abogado

pontevedrés incluye en la invitación al médico y a la muchacha como pago por compartir esos secretos tan mal guardados sobre el simio, la babosa y el estupendo episodio de ardiente erotismo.

En el camino, Combarro parece dispuesto a destapar para los recién llegados todos los secretos de Anllóns.

—No se lo digan a ninguno de los vecinos, porque les molestará, pero en esta parroquia pasan cosas muy raras que yo no conozco en ninguna otra, aunque la verdad sea dicha, tampoco puedo presumir de haber estado en muchos lugares, ni dentro ni fuera de Galicia.

—¿A qué se refiere? —pregunta Acevedo por si quedase algo por apuntar.

—Después de todo lo hablado esta mañana, recuerdo que, hace tres años, el maestro de la escuela de niños de San Martiño de Cores, llamado Manuel Cotelo, y otro vecino de nombre Miguel Varela Blanco, mueren a consecuencia de la picadura de un animal, y el propio hijo de Cotelo está a punto de seguir a su padre a la tumba, de no mediar una pronta intervención de don Camilisindo. Pues bien, cuando el galeno quiere explicar la muerte de los dos hombres dice que ha sido a causa de la mosca maligna. ¿Ustedes han oído hablar de algo semejante? ¡Una mosca maligna! ¡Con la de ellas que hay!

Landín dispone de cierta información.

—Llaman malignas a las que producen con su picadura las agallas del roble, los bugallales. Pero desconocía que su picadura fuese mortal.

—Y yo. Pues bien, en Ponteceso pasan estas cosas.

Acevedo especula con una posibilidad todavía más inquietante.

—¿Pensó que uno de los múltiples nombres del diablo es el de Señor de las Moscas?

—¡Abrenuncio! ¡No, por Dios! ¿Cómo podría deducir semejante cosa?

—A Belcebú se le llamó el Señor de las Moscas porque sus altares atraen a cientos de estos animales, que revolotean alrededor de los cuerpos *putefractos* a él ofrecidos.

—¿Y qué viniesen hasta aquí las moscas malignas de Belcebú?

—No necesitaron venir. Simplemente estaban en los bugallales.

—¡Calle, por favor! Llegamos a la fonda de Xuliana Santiño y se me revuelve el estómago sólo de pensarlo.

—Perdone, donjuán Antonio, pero quien saca las moscas a relucir es usted. Nosotros no sabíamos de tales muertes.

—Tiene razón. Soy un desconsiderado. Vamos a comer, que el cuerpo ya lo suplica con campanas a rebato.

—La campana de Anllóns, querido párroco.

—Nunca tan exacto.

El grupo deja a sus espaldas San Fins y se encamina hacia la carretera.

La fonda de Santiño está a rebosar, como todos los días. A la afluencia habitual hay que sumar la presencia de dos religiosos desconocidos que acaban de llegar, así como la mesa reservada para su importante huésped, que no sólo le abona tres días por adelantado, sino que le han soplado que mantiene tratos con ministros, sin duda para referirse a los cuatro gallegos que lo son entonces, Eduardo Cobián y Roffignac, Gasset, Bugallal y González Besada, a los que puede añadirse Fernández Villaverde, que, sin serlo, ejerce de cunero por Caldas. En efecto, Landín conoce y trata a los cinco.

Cuando entran y el cura Combarro ve a la pareja de eclesiásticos, comprende de inmediato quiénes son, se disculpa ante sus acompañantes y se dirige a la mesa que ocupan, dejándoles que ellos se sienten en la reservada.

—No me equivoco. Sus Señorías Reverendísimas son los enviados de Santiago que espero desde hace días —les dice con la ceremonia requerida.

El de mayor dignidad es el canónigo doctoral cántabro don Nicanor Cruz y Coronel, hombre enjuto, de mirada enflechada, palabras de alacrán y cejas despobladas, como notas más sobresalientes a poco que se le hable de cerca. El otro es don Basilio Valiña Varela, natural de Pazos de Arenteiro y conocido en Compostela como don Bavavá; secretario asistente de Cruz y Coronel, hombre grueso, de dudoso ascetismo y comprobada concupiscencia, simpático, pero comedido, contrapunto cuasixacto del canónigo en el aspecto y en el carácter, pues ambos componen la imagen de dos máscaras chafadas en vano intento por hacer el paripé de rigores tribunicios.

Cruz y Coronel responde con ajenjos amargos al saludo del sacerdote.

—Bien sabemos quiénes somos, e incluso quién es usted, señor párroco de Anllóns. Lo que no sabemos es quiénes son los dos personajes a los que ofrece compañía, y me da el pàlpito que nada bueno hay en ellos, pues conozco al tercero del bigote y sé que responde al nombre de Manuel Otero Acevedo. Masón, tuno, republicano, espiritista, desnudista, con toda probabilidad anarquista, y con certeza, enemigo acérrimo de la Iglesia, ateo práctico y teórico, e infiel por tanto. De aquellos que al peinarse dejan rastros de azufre en los cepillos, si no los incendian directamente con el fuego de Pedro Botero. Despídase de ellos y arrime una silla a esta mesa, si es que nuestra presencia no ha acabado por borrarle el hambre.

—¡Por Dios! ¿Cómo puede decir eso?

Combarro obedece, se disculpa ante los tres visitantes y regresa al lugar que ocupan los santiagueses, al fondo del comedor, cerca de una ventana que se abre al valle y que es la disputa constante para la San tiño, pues unos clientes porfían por abrirla, y otros, por mantenerla cerrada a cal y canto. *Os quentes e os polares*, según ha dado por clasificarlos la propia posadera.

—Mi nombre es Nicanor Cruz y Coronel. Traigo órdenes de instruir la indagatoria sobre los sucesos y por lo tanto han de pasar por mis manos todos cuantos asuntos se relacionen con el domicilio de doña Desamparados. Y, por cierto, mi primera orden al respecto es prohibir que nadie se refiera a ella como la Casa del Demonio, casa de los ruidos, o con cualquier otro título de papanatas. Hablaremos del domicilio de doña Desam..., o mejor, será sólo la casa de la causa, sin más apellidos.

—Los vecinos la llamarán como lo hacen, o como les venga en gana —le advierte el cura Combarro.

—Si son fieles suyos, usarán el título que usted les mande, porque a partir de ahora es una consigna *de primo cartello* y pienso vigilar su cumplimiento. ¡Ah! Y otra cosa, olvídense de la compañía de ese trío. Aunque supongo que ya les habrá contado largo y tendido sobre Desamparados, ni ellos, ni ningún entrometido que llegue a la aldea, recibirá de usted otra cosa que no sea la buena administración de los sacramentos y palabras de consuelo para afrontar una buena muerte. ¿Entendido? En todo caso, espero que permanezcan ajenos a la parte más escabrosa de lo ocurrido, aquella que acordamos mantener fuera del alcance de los diarios y los figones. ¿Es así?

Juan Antonio Combarro lucha contra la prohibición de mentir a la que está obligado por creencias, y de esa forma, decir lo que menos le comprometa ante el avinagrado canónigo, pero pierde el embate y se decide por la verdad, pues son más fuertes sus convicciones religiosas que sus necesidades temporales, aunque con ello se arriesgue a una severa e inmediata alicantina del chantre.

—Pues... no del todo, reverendo padre.

Al canónigo se le escabecha la mirada, ya de por sí aliñada con ácidos y ponzoñas.

—¿Qué dice?

La voz de don Nicanor Cruz y Coronel suena rotunda en la habitación donde los comensales tragones dividen su atención entre los sucesos de esta mesa y la que ocupan Petra Simona y sus dos acompañantes de trazas urbanas. Unos vigilan a la jovencita vestida de hombre, y otros al párroco y a los dos misteriosos eclesiásticos, según les coincida la vista por la posición de su silla. Y claro, luego comparten información con sus compañeros para conseguir un reportaje a la redonda.

—Algo saben —les informa Combarro en su intento por decir sin hacerlo, por escapar sin mentir.

El canónigo doctoral se desespera y pasa del escabeche al escarlata.

—¿Pero cómo es posible, si acaban de llegar y usted nos aseguró que nadie estaba al tanto de esos peligrosos extremos?

—Y lo mantengo, pero un hombre de la Iglesia, el párroco de una barriada del Rosario de Santa Fe, un clérigo llamado Pedro Romano Bermúdez, está de visita en su Coristanco natal cuando salta el fenomenal suceso y se acerca a Anllóns. Regresa a la Argentina y allí lo primero que hace es retorcer su lengua y contar lo ocurrido, con la desgracia añadida de que su interlocutor resulta ser un médico de aquella ciudad, amigo de Otero Acevedo, que no tarda en escribirle con algunos detalles inadecuados, que tampoco todos, algunas pinceladas del lienzo.

—¡Claro! ¡Esas pinceladas no las conocemos ni nosotros! ¡Ya sé que el canalla Acevedo nace en Rosario, pero la culpa es suya, Combarro! ¡Ha actuado usted con una ligereza propia de seminaristas incipientes! ¡O ni siquiera eso! ¡Una ligereza de simples y majaderos!

—Lo admito, no estuve prudente; pero pensé que un ministro de la Iglesia... La verdad es que a Bermúdez se le veía afición al alcohol y al cerdo. Tenía que haber sospechado de su incontinencia.

—Dejémoslo así. Tiempo habrá para saber si el provisor general adopta alguna medida al respecto, ¿contra usted, contra Bermúdez o contra las compañías trasatlánticas!

—No tema, Combarro —interviene el secretario Bavavá para suavizar la arisca perorata—. El arzobispo tiene muy buenas referencias tuyas y seguramente todo acabará en una pequeña reprimenda. El resultado depende de cómo se materialice la instrucción de don Nicanor.

—Sí, no adelantemos acontecimientos —retoma la palabra Cruz y Coronel tras dar buena cuenta de aquel caldo grasiento y atocinado—. Le informo de la situación. Mi secretario y yo hemos previsto alojarnos en su rectoral y disponer allí una sala de entrevistas..., si no tiene inconveniente en que así sea.

Combarro se apresura a dar conformidad a los deseos del canónigo, aunque bien sabe Dios que lo hace con la tripa encogida, una vez comprobado el desabrido carácter de Cruz y Coronel, que más que un hermano en la fe, parece un turco en Lepanto.

—Será un placer.

—No necesito que lo sea. Bastan dos camas limpias, comida sana y que se nos lave la ropa si es menester. ¡Ah! Aborrezco la manteca y acompaño las dos comidas principales con varios vasos de agua de litines. ¿Tiene?

—No. La verdad es que no. Yo suelo beber un vasito de vino. Tres dedos de unos pellejos que traen por las ferias. Cuatro si tomo carne, para acompañar a la digestión, no por otra cosa.

—Mal hecho. El agua de litines es fuente de salud, pero no se inquiete, tengo en mi poder polvos para tres o cuatro días y cápsulas gelatinosas de Santalino Gayoso contra la cistitis para un mes. En cualquier caso, procure hacerse con más polvos, por si mi estancia se prolonga.

La mera posibilidad de que eso ocurra asquea a Combarro y le hace preguntar:

—¿Cree que va a necesitar tanto tiempo para instruir el expediente?

—No es un expediente. Es una instrucción inquisitoria y durará lo que sea menester. Quiero interrogar a todos los vecinos que estuvieron en contacto con el accidente, por leve que éste haya sido. Tenga en cuenta que debemos remontarnos a los años de la muerte de don Rosendo Abuín, un oscuro episodio del que me da la nariz que cuelga todo lo posterior.

—No gustará. Ni relacionar ambos casos, ni venir al interrogatorio por miedo a quedar señalados.

—¿Le he pedido su opinión sobre los métodos que utiliza la Iglesia para realizar sus indagaciones? ¿A que no? Pues ahórresela.

—Mi intención sólo fue prevenirle de que encontrará malas caras y gente que no quiere hablar. Y de la muerte de don Rosendo, menos. Prefieren dar el caso por cerrado que removerlo.

—En usted confío para que los disuada.

\* \* \*

## 6 días antes / Juan Antonio Combarro Díaz

De todas las indicaciones recibidas por parte de don Nicanor, el párroco Combarro sólo atiende las relativas a su alojamiento, amén de encargar al boticario Mesías los polvos para el agua de litines. A nadie va a prohibir que se refiera a la Casa do Demo como le dé la gana, porque le parece una solemne tontería. A nadie convencerá para que acuda a deponer, y a nadie hablará de la muerte de don Rosendo como antecedente de las aberraciones en Telia. En cuanto a los contactos con Acevedo y los suyos, tratará de no ser visto en su compañía para no provocar el *Dies irae* de Cruz y Coronel, pero nada más. Para una ocasión que tiene de codearse con personas de mundo, ¿qué le importa a él si son republicanos o de la cáscara amarga?

Prueba de su desobediencia al canónigo es la reunión que al día siguiente mantiene con los tres, antes de que visiten a Desamparados en su inquietante casa.

Las honduras por las que deambula el monólogo de Acevedo no son menguadas, especialmente para un hombre de la ortodoxia romana como es el cura Combarro.

—Los cristianos, y muy especialmente los católicos, deberían militar fervorosamente en las filas del espiritismo. Se lo digo sin ningún tipo de afán proselitista, porque yo no me dedico a

hacer adeptos, sino a buscar explicaciones. Si hay causas naturales de por medio, es decir, causas que la ciencia justifica, miel sobre hojuelas y a otra cosa. Los espíritus se reservan para cuando no existe otro camino. Pero, en cualquier caso, la propia Iglesia ha de ser la encargada de fomentarlo entre los creyentes, pues el afán de la investigación es demostrar la existencia de vida después de la muerte. De vida, o de una cierta actividad espiritual en forma no determinada con exactitud, pero que es coincidente con la doctrina vaticana. Si me permite, donjuán Antonio, le voy a leer dos párrafos que salen de la pluma de Teresa de Jesús, santa y sabia española que debería ser proclamada cuanto antes doctora de la Iglesia y que me he permitido arrancar de un libro para llevarlos siempre a mi lado. No me riña por el destrozo y piense en los grandes beneficios propagandísticos que consigo. Pertenecen al capítulo XXXVIII de la *Vida de santa Teresa de Jesús*, libro que, como sabe, escribe ella misma durante tres años, a partir de 1562, y cuya autenticidad se corrobora con la existencia del propio manuscrito, entre otras pruebas tan definitivas como ésta.

Acevedo toma con mucho cuidado dos hojitas guardadas en su cartera y cubiertas por completo con una capa de amarillo grasiento que denota las muchas consultas realizadas. Cuando comprueba que tiene la atención de los tres, comienza la lectura:

—Las hojas pertenecen a una edición no revisada, por lo que incluyen algunas incorrecciones gramaticales si son leídas trescientos años después, pero que no desvirtúan su sentido. Comienzo. «Habíase muerto una monja en casa, había poco más de día y medio, harto sierva de Dios. Al decir una monja una lección de difuntos que a ella se dedica en el coro, yo estaba en pie para ayudarla. A la mitad de la lección, me pareció que salía su alma y que se iba al cielo». ¿Qué les parece? Se reconoce testigo de haber visto un espíritu. ¿Es heterodoxa la santa?

—No, no; por supuesto que no.

—Y añade más adelante: «Otra monja, de entre dieciocho y veinte años, se muere en mi casa. Siempre había sido enferma y muy sierva de Dios, amiga del coro y harto virtuosa. Yo estaba convencida de que no entraría en el purgatorio, porque eran muchas las enfermedades que había pasado y le sobraban méritos. Estando en los momentos previos a que la enterrasen, unas cuatro horas después de morir, la vi salir del mismo lugar e irse al cielo».

—¡Por Dios, señor Acevedo! —se escandaliza el sacerdote—. ¡Nada de eso!

—Y cita otros casos de monjas suyas y de sacerdotes de la Compañía de Jesús «que vi subir al Cielo», como dones que a ella son permitidos. Es decir, permitidos porque son ciertos. ¿Qué diferencia encuentra usted entre lo que escribe la santa y la visión que podemos alcanzar en nuestras sesiones? No, no le obligo a atender contra el dogma, pero piénselo con rectitud de espíritu y contéstese, como hago yo, si la persecución por parte de la Iglesia a los espiritistas sólo se debe a una cuestión de competencia. ¡Persigan ustedes a los mismos que nosotros! ¡A los que niegan la existencia de los espíritus de los muertos, o sea, de la vida eterna, de la salvación de las almas, del cielo y de las regiones sidéricas! ¡Ellos sí son enemigos de la Iglesia, pues atentan contra uno de sus pilares fundamentales! Nosotros, no. Nosotros podremos discrepar sobre lo que entretiene a los espíritus una vez desprendidos del cuerpo; si adoran a Dios, si se reencarnan en una segunda vida, si son espíritus errantes, o sobre cualquier otra cosa, porque en ese terreno he de reconocer, señor Combarro, que nosotros estamos más despistados que ustedes. A la Iglesia le llega y abunda repartirlos entre el cielo, el purgatorio y el infierno. Nosotros seguimos preguntándonos posibilidades. Pregúntese usted también si los sucesos de la Casa do Demo

podrían ocurrir sin la intervención de espíritus. No sé si jesuses o barrabases, no sé si de muertos o de entes eternamente espirituales; si de ángeles o cojuelos, pero sí ajenos a los vivos, con poderes que hoy están lejos de nuestra comprensión, porque son ajenos al conocimiento.

Combarro calla. La intervención de Acevedo ha sido turbadora, no sólo por las dudas que le plantea, sino por incidir en un pasado que lo atormenta desde que llega a sus manos una lámina donde se reproduce el cuadro de Francois Gérard, *Teresa de Avila*. Ha tenido que quemarla, pues la santa le parece tan guapa y femenina que le provoca deseos de poseerla, o cuando menos, de masturbarse mirándola. A cada opción, peor. De poco le vale su estratagema de defensa, pues la pintura de Gérard se le ha quedado para siempre grabada en su memoria y basta que se cite a la santa para que en su imaginación se reproduzca la imagen de aquella mujer de enormes ojos y gruesos labios que mira a un mismo tiempo serena y extasiada al fondo del alma. No le consuela pensar que sólo fue una modelo del pintor, porque su belleza le arrebató y le cuesta batallas librarse de su atractivo carnal, que en su criterio no es el de la modelo, sino el de la santa. Pecados de curas, se dice para no mortificarse más de la cuenta.

Y opta por escapar de la tentación luciferina.

—La Iglesia no tiene por qué perseguir a los descreídos. Hará lo imposible por difundir su verdad, pero no puede forzar a nadie.

—¿Y el canónigo Cruz y Coronel? ¿No le arredra que le vea con nosotros? —le interrumpe Petra Simona.

—¿El canónigo? No sé, creo que ya amusga la oreja para iniciar los interrogatorios. Al menos su secretario ha repartido las citaciones como si fuesen estampitas de san Judas Tadeo. ¿Miedo, dice? Nada teme quien nada malo ha hecho, y si Cruz y Coronel me acusa de lo contrario, serán los instructores, y no yo, quienes deban temer las represalias.

—¡Cura Combarro! —como ya le llama Acevedo—. ¡Cada hora que paso con usted lo siento más cerca! Si esto sigue así, voy a acabar pidiéndole confesión y unos cuantos amenes.

—No le vendrían nada mal, Acevedo; nada mal. Ni la confesión ni los amenes.

—Y amén, que es así sea.

\* \* \*

—Lo que se asustaría Combarro si le cuento en confesión mis batidas nocturnas para cazar muertos, querubines en fuga, almas con veinte siglos de experiencia dentro de ataúdes de granito, o eunucos de la Ciudad Prohibida que hubiesen conservado la potencia sicalíptica. ¡Noches aquellas de *ouija* y sorpresas al calor de la amistad con Pandolfini! —piensa Acevedo cuando relee la carta llegada de Argentina, ahora que ya conoce al párroco de Anllóns.

Queríamos que nos narrasen sus andanzas clandestinas en los gineceos del emperador, repletos de flores que se renuevan día a día; en los serrallos de princesas con nombres imposibles, en los harenes con cientos de concubinas que se besan y mordisquean entre ellas para que no se les sequen los labios de tanto esperar. Descubrimos que su tragedia no es el puterío, como podríamos pensar, sino todo lo contrario, pues las amontonan allí en tal número que muchas se mueren entre cojines sin ser llamadas ni una sola noche para endulzar los sueños del emperador, o de su hijo, el Primer Príncipe, un mocoso barrigudo con sonrisa de berenjena, al que sus hermanos le clavan miradas de cuchillo mientras esperan la ocasión de ensartarlo de verdad con los de acero.

Pretenden así arrebatarse su herencia y sentarse ellos en el trono cuando a Su Majestad Imperial, el padre incierto de toda la camada, le dé por colapsar.

Pandolfini y yo pensábamos que algún eunuco tendría que haber escapado a las férreas disciplinas de los negus cortaescrotos de la dinastía Song, de la Ming, o de las Cinco Dinastías y los Diez Estados, que en eso no reparábamos, pues al gusto de brujulear por los espíritus no hay que oponer graves exigencias, siglo arriba siglo abajo. Pero lo cierto es que no dimos con ningún falso castrado.

Nos animó sobremanera descubrir que Víctor Hugo se había comunicado con su hija Léopoldine, muerta en el Sena, a través de una mesa parlante. Apenas fueron unas frases, pero al escritor le valieron para saber que su amada hija era feliz, allí donde estuviese.

Pero no, no tropezamos con castrados, ni jamás hablamos con un chino, armado de lanza o sin armar. Nos habría servido un simple chino aldeano, un molinero con pasado de pescador en el río Amarillo, un decorador de platos cerámicos o un pastor de cabras. Bueno, pastor, no; que entre ellos son muy escasos quienes pastorean, y de ahí que no haya chino que tolere la lactosa como nosotros, que sí pastoreamos y nos la bebemos aunque ya nos salgan canas debajo de la lengua. Así lo explica el eminente galeno Varela de la Iglesia, y no voy yo a desmentirlo.

Tras semanas de fracasos vectoriales no le pedíamos grandes adornos al espíritu, sólo que hubiese nacido allí y que quisiese darle al pico unas horas con nosotros. No era lógico que ninguno entrase en nuestra cazuela habida cuenta de la gran cantidad de chinos muertos que se deduce de los muchos chinos vivos que hay. Pues no señor; no fuimos capaces y los dos lo lamentamos, aunque sólo hubiese sido para corresponder con la ciencia de la estadística, según la cual uno de cada seis hombres es chino.

Acevedo se pierde en recuerdos chinescos con la facilidad con la que una pipa de kif abre las puertas a la poesía sinfónica. ¡Adormideras! Feliz neblina, humo de opio que ama la China. Es como si la propia carta viniese perfumada de aromas de fakires para envolver en una misma nube a los dos amigos más apreciados de Acevedo. Uno, Palito Panzudo, o sea Pandolfini, en el continente americano, compañero de las primeras inquietudes fuera de la Medicina; y el otro, Valle-Inclán, en Europa, confidente de madurez al que también le une su pasión por los espíritus incorpóreos y por América, donde ha pasado un año que no olvidará en la vida, o eso asegura, reciente todavía su regreso.

Si al final Acevedo y Pandolfini acaban por saber pequeñas intimidades de la Ciudad Prohibida no es por boca de chinos, sino por un francés que se hospeda allí varios meses como pago a las doce recetas para preparar pato lacado que aprende durante su juventud en Quimper, la capital de la Bretaña francesa donde nace. A la pekinesa, con merengue de mango, a la naranja, con salsa de guarapo, confit, magret, rillettes... Las doce las escucha de labios de un náufrago chino enrolado en un barco inglés que hace la ruta de las especias.

No se pueden creer que el emperador hubiese caído en un ridículo tan extraordinario, porque Emilie Ozon, el gabacho viajero, jamás le confiesa que, si sabe guisar patos y laquearlos, es por haber conocido las recetas del chino que cocina para el capitán del barco, un antiguo marinero de una aldeíta de Yantai que se encuentra bajo el poder de emperador, ¡bajo su propio poder! ¡Lo habría matado al instante! ¡Qué vulgaridad!

Pero Ozon era un muerto y los muertos jamás mienten cuando hablan con los vivos. Quizás entre ellos lo hagan para prolongar sus aficiones terrenales, pero si son convocados a una sesión



espiritista, su condición de muertos los lleva a ser sinceros por obligación, a no ser que desconozcan el asunto del que se trata, que entonces sí, lo admiten y se callan, aunque esto último es discutible, por desconocerse si los muertos son autónomos o hechos de la misma pasta. No concibo un muerto ignorante, pero si son autónomos, los hay. Y no se avergüenzan de serlo. No lo sé, te dicen. No lo sé y a otra cosa. Aunque yo creo que hablamos dos idiomas diferentes y el más complicado es el lenguaje de los vivos. El de ellos es plano y sencillo como su estado. Los únicos que nos creemos los archipámpanos de Sevilla somos los vivos; no los muertos, que no se creen nada. Por lo tanto, la historia de Ozon es tal como él la cuenta, con sus recetas de patos y su chulería barriobajera delante del emperador, que da miedo sólo con pensar lo que podría haberle hecho el mandarín, como clavarle estacas entre las uñas de las manos y la carne, a lo que era tan aficionado. Así, con martillo. Pum, pum, pum.

No pasa lo mismo con multitud de indios que conocemos de primera mano, incluso a un yogui bizco que permanece siete años en completa inmovilidad para combatir la tuberculosis ósea que le amenaza desde niño y que acaba matándolo, aunque sea ochenta años más tarde. Bueno, él no supo en vida que su enfermedad se llama así. Se la diagnosticamos Pandolfini y yo después de preguntar a barullo. Pues sí, inmovilidad contra la tuberculosis. La terapia la averigua él tras observarse, sin que nadie se lo recomiende. Ni yo mismo lo haría, porque a aquello no se le puede llamar terapia. Lo que él hizo, sencillamente, fue amojamarse en vida, reducir su consumo vital e impedir al mal que avanzase. En realidad, en aquel cuerpo no avanza nada, ni el mal, ni el bien.

Al lado de los hindús también damos con el aura de cipayos portugueses de lánguidos pensamientos y manos salvajes; jemerres camboyanos que esculpen la Terraza del Rey Leproso en Angkor Thom sin bajar en su vida del andamio; siameses sacrificados a una divinidad silvestre, en su criterio, demasiado sangrienta; o tres efecos cochinchinos que cambian hasta cinco veces de sexo por encontrar siempre mayor disfrute en el que no tienen a mano. Veletas del fornicio, les llamamos en una ocasión, y ellos asintieron con risas cadavéricas tan sonoras que parecían provenir de los catres adamascados donde proseguían dándose placer unos a otros, sin importarles un comino el estado putrefacto de sus cuerpos, o la inconsistencia espiritual de sus flácidos miembros. Con éstos sí que pasamos noches enteras de lindo parolar. No es fácil topa con sátiros empedernidos que lo sean en la otra vida con tanto entusiasmo como ellos.

De un malayo guardo su nombre como si se me hubiese pegado al simpático cervical, Mahatir bin Tampawan Pisang Goreng. Mahatir, de la tribu de los senoi, nos cuenta que, si sueñas con un dragón o monstruo maligno, debes matarlo y se convertirá en tu aliado. O por lo menos, debes decirle que no le tienes miedo y echarlo de tu vida. Y si sueñas con sexo, debes llegar al orgasmo y serás feliz. Aunque beses a tu hermana y la trates como a una esposa. Los senoi no son unos enloquecidos, sino un pueblo dichoso y libre de los trastornos de la psiquis que abundan en las grandes urbes. Los he estudiado y es así.

A Federico Mario se le encienden las pupilas y sus cejas son prolongaciones de un cerebro que borbota de entusiasmo embalado. Entonces se olvida de apuntar lo que el cipayo, el tagalo, el senoi o la muchachita pelirroja de Irlanda nos dice, de modo que al día siguiente ni nos acordamos de lo escuchado, ni tenemos apunte contable de viajes tan sorprendentes. No, no éramos muy disciplinados como coleccionistas de almas, pero la noche nos pertenecía y todos los espejos de Rosario reflejaban nuestra imagen, la de los zangolotinos más ilustrados del mundo en iglesias y lupanares, o incluso, si no fuese excesiva vanagloria, estaría dispuesto a decir que destacamos

más en las primeras, pese a pisarlas poco, que en burdeles. En ese momento nos sentíamos los únicos seres de carne y hueso con amigos sobre la Tierra y amigos en el espacio mundo, en las praderas sidéreas o allá donde viven todos los fallecidos que nos hablan. No, no hay contradicción. Los muertos viven. Todavía no sé con exactitud dónde, pero viven.

Nadie podría decir de nosotros que éramos del montón, unos cusifais, como dicen en lunfardo; ya saben, unos cualquiera. Tampoco lo pregonábamos a los cuatro vientos. Pocos se atreven a semejante desafío. Sabíamos de muchos que penaron tan sólo por sospechas y sin confesar jamás sus conversaciones, de modo que nunca necesitamos repasar por dónde muere el pez.

Acevedo, que es de recio agnosticismo, pero de apego al Dios tradicional, no puede evitar que le cruce la mente un ángel, para proseguir sin parón la ruta de sus recuerdos y deducciones.

—Ahora que lo pienso, es lógico que sea Pandolfini quien me haya escrito sobre Anllóns. Siempre dijimos que la distancia sólo es la disculpa de los incapaces de salvarla por andar con el culo a cuatro manos. Nosotros mismos dimos buena muestra de saber reducirla a una mera convención de la física arcaica. Lástima que ahora me lo diga a través de un medio tan vulgar como es una carta. Tendríamos que haber practicado más nuestros músculos telepáticos y tirar abajo con todo lo existente.

Ya nos lo reprochan en aquellos años nuestros amables contertulios nocturnos, los pobladores de sombras, los muertos.

\* \* \*

## 5 días antes / Nicanor Cruz y Coronel

El amplio comedor de la rectoral se ha transformado con leves cambios en la sala de las deposiciones. La gran mesa de patas garras de león, generosa herencia a la Iglesia de un abogado local, se corre hacia la pared, con una sola silla a cada lado y el crucifijo en el centro, entre ambas. En una, la protegida por el tabique, se sentará Cruz y Coronel, y en la otra, el declarante. También han traído de la iglesia una Biblia Petisco-Torres Amat en edición de lujo y su atril de madera, por si conviene hacerles jurar sobre ella, aunque el canónigo no lo estima obligatorio, sino intimidatorio. En el extremo izquierdo, bien provisto de recado de escribir, aposentará sus reales don Basilio, con la obligación de recoger fielmente lo que cada uno diga.

En el barrio de A Gándara, donde se levanta la casa, se han negado a ir la mayoría de los vecinos, pero en previsión de tormentas han elegido a uno que es *estremeiro* para que lo haga en nombre de todos y así no crea el canónigo que se rebelan. Muy al contrario, lo hacen como medida de ahorro de tiempo para ellos y para el investigador, pues todos saben que declararían lo mismo.

Sin embargo, hay una mujer en el Campo das Brañas de Varela que se mantiene al margen del acuerdo y decide ir por su cuenta. Se trata de su *vecina deporta* Carmiña Barro Cundíns, llamada Carmucha de Liste, o Carmen de Castro, según la hayan conocido antes o después de su matrimonio. Es Carmiña persona temerosa de Dios, con estudios de escuela y solitaria desde su accidentada viudedad, aunque con fama de conocer las vidas y los milagros de toda la aldea. La ideal para colaborar en un objetivo como el que se marca Cruz y Coronel. Por eso, cuando el

canónigo es informado sobre el pacto de los vecinos y la disposición de Carmiña Barro a deponer, manda que sea ella la primera y relega hasta la tarde la presencia de Saladino Sobrado Esmorís, el Altixe, representante de las familias de A Gándara, que tampoco ven con buenos ojos la preferencia hacia Carmen, con lo cual Cruz y Coronel ya no sabe qué pensar, si quieren colaborar o no, si les arde la declaración en la boca, o todo es un juego de envidias y pequeñeces.

—Estos paisanos son tan poco de fiar —le comenta al secretario—, que cuando sueltan una frase, ya saben cómo disculparse, si el juez les demuestra que andan con fullerías.

—Pero a usted no se le escapa un embustero echacuervos así como así —lo adula éste.

—De eso presumo, Basilio; de eso presumo.

Carmiña sube hasta la estancia acomodada para el interrogatorio precedida por el gordecho Bavavá. Los testigos encontrarán la sala vacía, tal como está descrita, y al cabo de unos minutos, hará su entrada con la mayor solemnidad don Nicanor Cruz y Coronel. El secretario se pondrá de pie y obligará a que el declarante también lo haga. Eso les transmitirá la sensación de rigor y seriedad que se requiere y el peligro de incurrir en falso testimonio, como si de un auténtico juicio se tratase; el juicio de la rectoral de Anllóns.

Así sucede cuando se abre la puerta y el canónigo representa con exactitud toda la parafernalia exigida en los delirios jurídicos de don Nicanor. La mujer responde a las primeras preguntas de identificación y domicilio sin titubeos, de forma que el responsable de la inquisitoria se las promete muy felices con la claridad expositiva de Carmiña.

Don Nicanor toma una hoja en la que Bavavá ha copiado cuatro datos suministrados por el párroco y la lee.

—Veo que donjuán Antonio Combarro escribe de usted que es viuda, ¿desde hace mucho? — pregunta el canónigo con ánimo de conocer las circunstancias cercanas del personaje.

—Ya va para los diez años de la desgracia, porque ha de saber que fue un accidente lo que me lo arrebató. Abren un pozo con dinamita en Santo André de Tallo, y luego de la explosión, bajan por el agujero a Montes, un compañero de mi hombre. Va en un cesto con cuerda y roldana. Como después de llegar al fondo no da señales, mi marido, de nombre Andrés Castro, que en gloria esté, pide que lo descendan a él con el mismo sistema, pues piensa que le ha sucedido un percance. Ya entonces nadie quiere hacerlo por temor a lo que resulta cierto. Ni Montes ni él vuelven a subir. Nada de ellos se sabe arriba. Va un tercero más despacio y allí ve a los dos cadáveres, asfixiados por los gases que se han acumulado. Tiene la precaución de gritar que lo icen de inmediato y salva la vida. Les damos tanta pena que nos hacen una suscripción en el pueblo. Nada, cuatro perras para mí y ocho para la otra viuda, que tenía la carga de hijos.

—Lo siento.

—Olvídelo. A las penas, puñaladas.

—Relátame ahora, doña Carmen, cómo descubre que algo raro sucede.

—Fue sorprendente, porque el día anterior escucho unas voces que reclaman auxilio, pero, como se apagan, no les doy mayor importancia. Ya le dije que vivo a pocos metros de Desamparados y a veces, de noche, puedo saber si abre o cierra puertas, si traquetea con el pote o si se le cae algo pesado en la habitación de arriba. Después de las voces, escucho uno de esos ruidos, pero no lo relaciono. Sin embargo, al día siguiente, me cuentan lo de las piedras y me dije: «Ahí está el ruido de ayer». ¿Quiere que le relate lo de las piedras?

—No. Ya sabemos que se caían y todo eso. Prefiero que me diga por qué piensa usted que le sobrevienen estas cosas a Desamparados y no a otra mujer de la aldea.

Carmen se arruga ante la pregunta. Imagina que terminaría por verse en la obligación de abordar esos temas, pero no tan pronto, sin describir antes que ella es una de las que está delante cuando a Xaquín de Marciana le da por pintar los pedruscos para comprobar si suben y bajan, que a su juicio es uno de los hitos trascendentales de la fantasmada, pero no.

—A Desamparados la deja su hombre para irse a América. Claro, eso para una mujer joven es muy duro, máxime para ella, sin otra persona en casa; el gato y su sombra. Por una parte, la soledad ayuda, porque únicamente se sienta a la mesa tu boca, pero por otra consume, porque si estás todo el día sola, la cabeza te da vueltas y acabas por desquiciarte. Yo algo de eso sé. Como le dije, soy viuda de un hombre honesto al que nunca pudieron acusar de apaleamujeres. Nos ayudamos hasta el final, que eso es peor, porque cuando falta lo lloras; no así cuando es un cabrón, que, si falta, lo celebras. Quiero decir que José, el hombre de Desamparados, se marchó y eso, siendo bueno si es malo, es malo siendo bueno. No sé si me explico.

—Señora, aunque no somos hombres del mundo, sabemos de él por trabajo y obligación.

—Perdonen, soy muy torpe.

—Continúe.

—Yo no sé si José le manda dinero, si no le manda, o si le había dejado aquí una fortuna, pero yo estoy más por el medio...

—Disculpe ahora usted —le interrumpe el canónigo—, pero no interpreto lo que quiere decir.

—Que no le mandaba, vamos. No le mandaba porque los vecinos esas cosas las sabemos y se notan a poco que estés atenta, que tampoco es echarle el ojo todo el día. Se distingue por lo que compra, por lo que cultiva y por lo que come. Eso basta para estar en la verdad. Son los meses anteriores a la muerte de don Rosendo Abuín, pues ya sabe, don Nicanor, que en Anllóns muchos regimos el tiempo de esa forma. Tantos días antes de la muerte de don Rosendo, tantos meses después, etc. Fue tan grande la impresión que nos causa la muerte de nuestro párroco bienquerido que medimos el tiempo con él, como hace el calendario con Cristo.

—Señora, existe cierta distancia entre don Rosendo y Nuestro señor —le hace observar el canónigo, al borde de escandalizarse porque se compare al párroco con el crucificado.

—Perdón si cometí alguna irreverencia, pero sólo puede achacarse a nuestra admiración por don Rosendo, que era una bellísima persona. Y no digo que donjuán Antonio no lo sea, ni tanto así. Bueno, el caso es que entonces, en el *lusco fusco* de una tarde, veo que Elisardo sale por la puerta de atrás de la casa de Desamparados. En aquellos años Elisardo es un barragán de pocas luces que cuando no embarca, pesca ranas; pero que levanta muchas faldas, no sólo con sus manos, sino también con las de ellas, que bien contentas las tenía y ninguna le hacía ascos si las saca a bailar, o si quedan en As Brañas para mirarse piernas arriba. Ya sabe. Él les dice: «Estaré en As Brañas de Várela toda la tarde, menudo trabajo me espera, *mociña*». Y ella: «Tengo las vacas sin sacar». Y él: «Mujer, no las hagas sufrir más», y así un día y otro. Entonces ella sube hasta As Brañas, y si los hados son propicios, Elisardo le pone los ojos en blanco dos o tres veces, que eso dicen las que van al memo garrido, un tarado flojo de mente y garboso de cuerpo. Y si la mozueta pincha en hueso, se encuentra a Elisardo tumbado con otra que llega antes, y ninguna se molesta, porque a ninguna le da palabra. Ni ellas la quieren, porque con un hombre tan corto y tan moceador en casa, el disgusto está certificado. Las trotadoras prefieren que siga así,

libre, a disposición de todas, sin compromiso; como estuvo en su día el Pallarén, el mozo más lanzal de los contornos con galones bien ganados en amores, en fuerza y en presencia. Es decir, nada que ver con Elisardo aunque se les compare en un cuarto a oscuras. Al Pallarén, que de nombre es Agostiño de Tomasa, se lo rifan las casaderas de parroquias cercanas, algunas de ellas hijas de potentes familias. Pero ya le digo, aquella anocheada no era en As Brañas y Elisardo se subía los calzones igual que si lo fuese. Sale de casa de Desamparados, que yo lo veo con estos ojos que se van a comer los gusanos, y me digo: «Vaya con Amparo, que todavía gusta a los jóvenes, y vaya con el tonto de Elisardo, que mete su en todos los corrales». Ustedes me perdonarán el lenguaje. Aunque tiene a su capricho las pollitas más sabrosas de todo Anllóns, también se hace un caldo de gallina vieja; y vaya, no sería cosa que a mí me importe, que una ha visto de esto a puñados los años que paso en Carballo, en Coristanco y en Ponteceso. Vi todo lo que no está en los escritos y más; pero sí, la verdad es que lo de Desamparados me da así, como sorpresa en el cuerpo, y me deja con las sienes en constante retumbe. Otro día que saco yo las ovejas, bordeo la chousa de Desamparados y noto que hacia el fondo han rozado unas silvas cambroneras que allí siempre hubo y que hacían de cierre. Pues ahora clavaron ocho palos mal cruzados a manera de cancilla. «Mira tú», me dije, «por aquí ha de entrar el Elisardo», pues a este punto no hay casa que lo domine con la vista, ni siquiera la propia de Desamparados, que queda más arriba, en el *outeiro*. Con todo me vine a casa y se lo cuento a mi marido, al que todavía no le había cotilleado las novedades, no se crea. Pero lo de la *cancela* sí era cosa de comentar, porque ya no son visiones, sino certezas, y hacia ese punto camina Elisardo cuando lo veo la primera noche.

—De modo que en esos años Desamparados se entrega al fornicio con el majadero del pueblo. ¿Pudo confirmar después esta información?

—No, no, no. ¡Ni mucho menos! Permítame que prosiga. Por lo que después descubro, el zagal no busca revolcarse con ella, sino con otra casada de nombre Paca Toribio, que acude al lugar para verse con él.

—Ya veo. ¡La abandonada convierte su domicilio en una casa de citas!

—Usted sabrá, don Nicanor, si lo que le cuento tiene valor o no, pero lo cierto es que descubro a Paquiña y a Elisardo en otras ocasiones con el mismo fin, pues no me hace falta entrar en el dormitorio para saber que la casada y el bobito se daban a la carne entre dos y tres horas todas las semanas. Comprenda, don Nicanor, que la Paca ya no estaba para subir a las Brañas, ni a las Leiras da Queimada, pues si la ven allí le borran la imagen. Elisardo le cobra por hacer lo que con otras es gratis, y así se le ve luego, con paños comprados en Ponteceso que nunca soñó en ponerse, ni cuando vende cornezuelo de centeno a Fidelio, el Caruncheiro, que lo paga muy bien para llevarlo a laboratorios. Esos dineros le ayudan a tener más admiradoras, aunque Paquiña se relame por detrás pensando que era suyo. Más de una vez la vi en la iglesia cómo esperaba a que él entrase para ponerse a buena altura en la fila de las mujeres y pasar todo el santo sacrificio de la misa con la vista puesta en las ancas del mozo, y sabe Dios en qué distraídos pensamientos.

—Doña Carmiña, me habla usted de Brañas, de adulterios, de prostituciones y de cabezas coronadas con tanta ligereza que la aldea parece un enorme lupanar donde todo está permitido y todo tiene cabida. ¿El párroco no toma ninguna medida al respecto?

—Donjuán Antonio, ninguna. Tenga en cuenta que hablamos de años en los que quien rige las almas del pueblo es don Rosendo, y éste, que era como era, escucha los pecados de la gente y se

los perdona a mansalva, así le vengan con que son Caifás.

—Sí, es verdad. ¡Don Rosendo! ¡Un pusilánime!

—No, don Nicanor. Don Rosendo sólo era bueno.

—Pelillos a la mar.

El canónigo se dirige a su secretario.

—¿Ha tomado buena nota de lo depuesto, o necesita que doña Carmen repita algún episodio?

—Todo consta en los papeles, don Nicanor.

—Bien, entonces recapitulemos. Desamparados se hace con unas monedas porque dedica su casa a cobijar los amores ilícitos de la aldea. ¿Conoce más casos? ¿Otras parejas de adúlteros, o de fornicadores, que le hayan dado negocio a la mujer?

—Sí, señor. Antes de la muerte de don Rosendo, sí; después, ya no.

—Hace unos...

—Diecinueve años, si no me falla la memoria.

—¿Sería tan amable de relatar en breve ese nuevo motivo para declarar la aldea como la Sodoma de Galicia?

—Por esas fechas observo que una tarde se acercan con las mismas trazas Desamparados y doña Dídica de Portela, la de la casa grande, la señora más rica de Anllóns, a la que tampoco había visto jamás por Telia. Fijese si estaba yo despistada, que al descubrirlas pienso en un par de conejos que cría Desamparados, que a lo mejor los quiere doña Dídica para un banquete en Cesponzóns. Menuda zarandaja. ¡Ja! Nada de gazapos. Lo que la señora busca es lo mismo que la Paca, un hombre que la tuviese y todo eso, que no voy a molestar a su reverencia con detalles que a lo mejor no son de su agrado.

—En la obligación no hay agrado, ni malestar. Hay deber y su cumplimiento —le replica el canónigo, siempre tan estricto con la letra.

—En fin, lo que le digo, que la mujer viene a lo mismo y que Desamparados desaparece por el camino de la aldea, como siempre. La gran diferencia es que veo subir por la *chousa*... ¿Sabe a quién?

—¡No, por Dios! ¿Cómo voy a saberlo? ¡Es usted la que depone! —se enfurece don Nicanor por la pregunta de Carmiña.

—Pues al mozo que se convertirá en el gran rival de Elisardo y el que le antecede en fama de moceador. ¡Agostiño de Tomasa! ¡El Pallarén! ¡El preferido de todas! ¡Ese es el amante de la Pekinesa! Con la cual, por cierto, todavía vive hoy. Pero, bueno, en muy distintas condiciones; por desgracia para Agostiño.

—Conozco la generosidad de los Portela para con la Iglesia y me cuesta trabajo creer que la señora se mezcle en la satisfacción de sus bajas pasiones con un rústico.

—Pues aunque se rompa los cascos, le digo que fue así.

\* \* \*

Combarro no renuncia a mantener contactos con los de Acevedo, pero su desafío a don Nicanor no llega al extremo de acompañarlos hasta la Casa do Demo, en Telia, donde quieren entrevistarse con Desamparados y Vicentiña, conocerlas, y a la vista del encuentro, decidir por dónde afrontar

las investigaciones, ahora que han de competir con las que de manera oficial emprende el Arzobispado.

Las dos mujeres se encuentran en la parte posterior de la casa. Dedicán la tarde a *debullar* habas y lo hacen en silencio cartujo, abrumadas por los acontecimientos y la incertidumbre. A los visitantes les llama la atención el aspecto de Vicentiña, cubierta su cabeza por un gorro de lana negra en vez de tocarse con uno de los pañuelos tradicionales que les protege los cabellos durante las duras labores de campo a casi todas las mujeres. Vicentiña se presenta como un auténtico estafermo. Diríase que no piensa asistir en su vida a las romerías de Brantuas o Malpica y lucirse ante los mozos. Pero sí lo piensa y lo desea. La pobre muchacha, demacrada y harapienta, es carne de hospital, o como mucho, de andar a la sopa por los conventos, piensa Acevedo, aunque no afina más allá su diagnóstico. Recuerda el párrafo de la carta del Palito Panzudo, donde le narra el episodio del gorila y quiere ver una relación entre ese gorro y el animal. Pero ya están ante la verja de la casa y debe interrumpir sus conjeturas.

—¡Buenas tardes! —dice Landín con ánimo jocundo, sin duda para contrastar la triste realidad con la que se topan.

—Buenas tengan ustedes —contesta Desamparados sin moverse de su banqueta—. ¿Son acaso los llegados de Santiago?

—En efecto —responde a su vez Landín—. Salvo que se refiera a los enviados por el arzobispo.

—Sí, también me han dicho que vendrán curas a vernos, pero intuyo por sus ropas que ustedes no son de sacristía.

Petra Simona se ha quedado absorta con la imagen de Vicentiña. No puede apartar los ojos de su cara, del gorro y de sus miserias. De repente, ella levanta la vista y ambas se cruzan en el aire, hasta que la andaluza la desvía hacia Desamparados.

—Pues pasen, pasen; no nos hagan levantar. Ya ven que tenemos las faldas llenas de fabas. Es el trabajo que hoy toca. Y gracias a Dios que podemos emplear tiempo a lo empírico.

El término empleado por la mujer les sorprende. Desconocen que se trata de una herencia de su marido, que, por chiste, más que por precisión, siempre se refirió al trabajo manual como lo empírico, frente a la inactividad, que es lo teórico.

Las mujeres acumulan las habas en el hueco que hacen en su regazo con los mandiles y las faldas, y si ahora se levantasen, les caerían a la tierra.

—Díganme, ¿cuánta gente ha venido a Anllóns por nuestra culpa?

—A fe que mucha —le contesta Petra Simona—, pero no por su culpa, que ustedes no tienen ninguna, doña Desamparados.

—¡Doña! ¡Ay, qué gracia! No me llamaron doña en la vida y ha tenido que venir el diablo a verme para oírlo.

¡El diablo! La mujer no parece tener dudas a la hora de señalar el origen de sus padecimientos.

Tras las frases iniciales, entran hasta el zaguán y los tres toman asiento donde pueden, para no causar molestias. Vicentiña trasvasa las habas a un cesto de mimbrera y se levanta para entrar en la casa. Su marcha les advierte que no desea entablar conversación con desconocidos. O que le domina la vergüenza hasta el extremo de ocultarse.

Comprueban que Desamparados es mayor de lo que suponían y los tres le sonrían con dulzura para ganar su confianza en ese primer contacto, cuando cualquier impresión desagradable puede tumbar su objetivo.

—La imaginamos muy sorprendida por todo lo que ocurre.

—Sorprendida y cansada. Hay noches en las que es imposible dormir. Retumba la casa y todo es un estrépito, como si demolicen las paredes un ejército de mineros, aunque en realidad ni siquiera se mueven. Es como cuando nos estalla la cabeza de dolor y creemos que alguien nos estruja los sesos. Pues lo mismo. Las dos vivimos dentro de un terremoto sin que la tierra tiemble ni tirite.

—Le confieso que en estos últimos días no he podido quitármela de la cabeza —le dice Petra Simona—, y hay una idea que me obsesiona. Al ser tan continuos en el tiempo y tan desagradables estos fenómenos, ¿por qué no han abandonado la casa?

—Sí, eso es lo que hubiésemos deseado —reconoce la mujer—, pero ¿a dónde nos vamos? ¿Quién nos acoge? Ya sabrán que nos señalan con el dedo y que muchos nos tienen por ser nosotras las causantes de los ruidos... E incluso yo lo he llegado a pensar. Si me pasa a mí y no a los otros, será que me lo merezco.

Acevedo interviene para aminorar ese sentimiento de culpa en la mujer.

—No necesariamente, señora. He conocido casos en los que las personas que los sufren son ajenas y la causa radica en el lugar, en el edificio o en quien la había ocupado antes. En otros, por el contrario, sucede lo que usted teme. Que allá donde van las personas, allá van los ruidos.

—¡Eso! ¡Eso es lo que nos mantiene aquí! ¡Que nos vayamos y los trasnos vengan con nosotros, de forma que perdamos todo! Además, Vicentiña no está bien. Padece del estómago y eso la mantiene triste y retraída. Ella que era una niña avispada como las demás...

Landín, quizá con un sentido más jurídico del interrogatorio, quiere centrar los hechos y el móvil que pudiera causarlos.

—¿Con cuántas personas ha consultado lo que le ocurre?

—Aparte de los vecinos, sólo con el párroco Combarro y el boticario.

—¿No la ha entrevistado ninguna autoridad, un médico, la Guardia Civil...?

—No, señor. Nadie, salvo Mesías, el boticario.

—¿Y eso no le llama la atención?

—No, señor. Cada uno tendrá sus ocupaciones.

—Mire, Desamparados. Es muy importante averiguar si lo que padecen se debe a la casa, a ustedes, o a las anteriores personas que la ocuparon. Nos han informado que su marido marcha a América y durante años la habita en solitario.

—Sí, señor; durante treinta y tantos. Fue muy ingrato. Pero volvió, cuando todo el pueblo decía que me había dejado por otra mujer. Volvió y vino a morir conmigo.

—¿Muere en la casa?

—Sí, señor. En su cama, muy tranquilo y sin dolores.

—¿Le asiste espiritualmente el cura Combarro?

—No. Eso sí que no. Mi marido no creía en las casullas, ni en la Iglesia. Yo, sí; pero él, ya antes de marchar a América, andaba por libre en eso. Si nos casamos en la parroquia fue para no dar que hablar, pero después iba yo sola a misa todos los domingos. Siempre creí que una de las



razones por las que decide marchar a América es para escapar del pueblo y de los chismorreos, pero tampoco lo certifico.

—Sin embargo, usted contrata la misa de aniversario para su marido.

—Sí. En febrero hace un año de su muerte, y como por esas fechas comienzan a suceder las *trangalladas*, di en pensar que fuesen deudas de santos y eso. Entonces se lo comento al cura: «Dígale usted la misa de *cabodano* y que no sea por su falta». Pero la dice y nada. Pues si no son los santos, serán los demonios.

Acevedo destapa la información que reciben de doña Dídica la noche de su llegada.

—Nos han comentado que José, su marido, vuelve de América después de integrarse en sociedades espiritistas, e incluso, en logias masonas. ¿No le comenta nada de todo eso a usted?

—Ya, ya sé, pero nada me dijo, ni tenía por qué hacerlo. Allá sus cosas. Él siempre fue un buen hombre..., los pocos años que vivimos juntos. Sabía que yo era mujer de rosarios y responsos, y jamás me prohíbe que vaya, entre, salga o comulgue, como yo tampoco le reprocho que no haga las novenas a san Fins, ni a san Antón. Ustedes pensarán lo que quieran, pero yo creo que ese comportamiento es uno de los pilares de los matrimonios, que se respeten como sean cada cual, que dos no son uno, sino uno más uno. Eso sí me lo decía él. «Desamparados, recuérdalo siempre; querer es respetarse». Yo lo entendí y me pareció bien. Lo único que sé es que trae una docena de libros a los que rinde mucho aprecio. Yo se los veo alguna vez, porque los esconde en un baúl. Decía que las paredes tienen ojos. ¡Fíjense! ¡Las paredes con ojos! ¡Si el pobre hubiese vivido estos tiempos en los que sus paredes tienen de todo...! Los libros eran de títulos raros y autores extranjeros, tampoco americanos, sino más extranjeros, como de Rusia o por ahí; menos uno del que estaba muy orgulloso porque, siendo americano, era también gallego. Me lo repite varias veces para que yo lo conozca. Los gallegos somos tan importantes porque estamos en todas las partes. ¿A ustedes nunca les dijeron que el demonio tenía que ser de Galicia?

A Acevedo se le para el corazón. ¿Está refiriéndose a una de sus obras? Se han cumplido ya los siete años desde que publica *Los espíritus* y sabe que en América el libro llega a más lectores que en España, algo lógico por otra parte. No se va a quedar con la comezón en la cabeza, así que se lo pregunta aunque les pueda sonar presuntuoso.

—¿Mantiene esos ejemplares con usted?

—Los tengo durante este año, pero cuando empiezan los ruidos y la gente da en llamarnos la Casa do Demo, decido prenderles fuego. No quiero que entren los jueces y los vean para quemarme a mí con ellos, por brujía. Las paredes tienen ojos.

—Como en Barcelona —comenta Acevedo.

—¿Por qué como en Barcelona? —se interesa la mujer.

—Allí quemaron muchos ejemplares parecidos durante 1861. Bueno, allí y en otros muchos sitios.

—Ya sabe que en Galicia solemos decir que el miedo es libre.

—Lo entiendo, señora —se chafa el espiritista de Pontecesures y Rosario—. Pero si le digo algunos títulos o autores, ¿sería capaz de acordarse de haberlos visto?

—Pruebe, señor. Yo para cosas de libros soy muy torpona.

—¿Le dice algo Alian Kardec? Kardec con ka.

—Sí, sí; casi seguro. De ése me acuerdo porque estaba en varias tapas. Kardec, sí, con ka.

—¿El libro de *los espíritus*?

—¡También!

—¿Viaje espírita?

—No, ése no me suena.

—¿Manuel Otero Acevedo? —pregunta el propio Manuel con un hilo de voz.

—¡Ese! ¡Ese es el gallego al que tanto admiraba mi José!

Acevedo permanece impassible, pero a sus amigos se les dibuja una gran sonrisa que extraña a Desamparados y le hace abrir la boca apampada. Por fin es la muchacha quien da explicaciones.

—Señora, tengo el gusto de presentarle a Manuel Otero Acevedo, el autor de los libros que deslumbran a su marido.

Desamparados balbucea incrédula ante lo que escucha, pero, al verlos sonrientes y sin malicia, se levanta de la banqueta y desparrama por el suelo todas las habas que ha acumulado en su falda. Avanza hacia Acevedo sin importarle la siembra producida y lo abraza llorosa.

—¡Lo que habría dado mi José por estar aquí! ¡Pobrecillo, pobrecillo! Lloro de alegría, no se crea.

El abrazo se interrumpe bruscamente. Desde el interior de la casa llega el sonido de lo que podría ser el trueno inicial de una tormenta. Chispas y centellas desencadenadas en el absurdo cielo de aquellas paredes. Los cuatro son testigos de que la tarde sigue soleada, y apenas corre una ligera brisa que ni siquiera mueve las hojas del cerezo. Entre el estruendo se cuele un bramido desesperado de Vicentiña como si hubiese sido alcanzada por el meteoro eléctrico, o por la descarga de un fusil.

—¡Vicentiña! —exclama Desamparados cuando inicia la carrera hacia el interior de la casa seguida por los tres visitantes.

Una vez dentro, el ruido es todavía más acentuado y ensordecedor. Acevedo se detiene para palpar la jamba de la primera puerta que atraviesa y comprueba que no refleja ni la más mínima vibración que debe corresponder a un estrépito como aquél.

La mujer sube a la velocidad que le permiten sus años hasta las habitaciones superiores sin que amaine la bulla. Ya arriba, abre la puerta inmediata y cesan los truenos. Donde parecía trabajar la fragua de Vulcano en plena forja de rayos para Júpiter, ha desaparecido hasta el más mínimo susurro y sólo se aprecia la carrera de los que ascienden por las escaleras.

En el centro de la habitación yace Vicentiña con las laidas subidas hasta la cintura y las vergüenzas al aire, sin otra prenda que la proteja de ser contemplada. Su pierna derecha está doblada bajo la izquierda, que se mantiene recta y con un leve traqueteo, como si acabase de realizar un gran esfuerzo. El corpiño desabrochado y el gorro de lana tirado a un metro de su cabeza, que se muestra en un terrible aspecto de calvas y matojos a trasquilones.

Desamparados se la tapa con el gorro antes de cubrirle el sexo bajándole la falda, como si la vergüenza de mostrar la cabeza fuese mayor que la de la vulva. Luego le recompone las ropas y la levanta hacia su cuerpo arrodillado. Todos los movimientos los realiza con perfecta precisión, a modo de un ritual al que está habituada.

Vicentiña recupera el sentido, entreabre los ojos y observa a Desamparados. Luego pronuncia en sordina dos palabras que los presentes interpretan de origen francés.

—Fleurette... Joly...

Vuelve a cerrar los ojos, el movimiento de la pierna temblona cesa y ella se derrumba en brazos de su abuela.

—Ahora dormiré un buen rato. Si hacen el favor, ayúdenme a trasladarla hasta su cama.

En el tránsito, los cuatro escuchan un nuevo frémito; violento, seco, oscuro. Uno solo y sin réplica.

\* \* \*

Aunque la muchacha hubiese podido revolver sus ropas y presentarse con todo al aire, resulta imposible suponer que también es ella el origen de esos ruidos atronadores que no tienen reflejo en las paredes de la casa, libres de la más mínima reverberación. El *berro seco*.

—¿Son frecuentes episodios como éste? —pregunta Landín a Desamparados.

—Si se refiere a ataques que sufra la niña sin estar yo delante, no. Dos o tres desde el principio. Conmigo, bastantes más. Diez o doce.

—Esos nombres en francés, ¿se los ha escuchado en otras ocasiones?

—No sé. De verdad. Quizá los ha dicho y yo no me he enterado. Mientras está consciente, no, desde luego.

Acevedo hace un guiño a Petra Simona para prevenirla antes de preguntar a Desamparados la siguiente cuestión.

—Señora, ¿sabe lo que es la hipnosis?

—No.

—¿Su marido no le habló nunca de ella?

—No. De sus cosas nunca me habla. Pensaría que yo soy demasiado inepta para entenderlas y tenía razón.

—No pretendo asustarla. Solamente quiero que sepa que soy médico y que algunos de nosotros usamos la hipnosis para detectar ciertas enfermedades. Ese método consiste en dormir a una persona y escuchar lo que nos puede decir desde esa otra situación en la que se encuentra. Cuando acudimos a Anllóns para averiguar qué ocurre en su casa, traíamos en mente hacer una sesión aquí, dentro de ella. No estaba previsto que fuese hoy, el primer día de conocernos, pero ya que ha ocurrido ese ataque a Vicentiña, intuyo que el momento es muy propicio para el éxito de la prueba y por todo ello quisiera pedirle permiso para llevarla a cabo sin más demora.

—¿Y a quién pretende dormir? ¿A mí?

—No sería nada desdeñable, pero ignoramos cómo responde usted a la hipnosis y es preferible que sea Petra Simona, de cuyas facultades hemos tenido ya pruebas contrastadas.

—Lo agradezco, porque yo preferiría mantenerme al margen de sueños y visiones, que bastantes tengo sin necesidad de buscarlos a propósito.

—Lo comprendemos —acepta la muchacha.

—¿Necesitan algo? De lo contrario, es mejor que se queden solos. Voy a recoger las habas que tiré y luego me quedaré al lado de Vicentiña. Sufre pesadillas y si se levanta puede hacerse daño.

—Vaya tranquila. Tenemos de todo. Por lo que dice, intuyo que la niña es sonámbula.

—No lo era, pero las últimas semanas la he descubierto dos o tres veces caminando dormida.

—¿Hacia dónde se dirigía?

—A la puerta. Quería irse.

—Entiendo.

Cuando Desamparados abandona la habitación donde tiene lugar el último ataque, Landín se acerca a Acevedo preso de nerviosismo.

—¡Una sesión de espiritismo! ¡Qué emocionante!

—¡De hipnotismo, don Prudencio!

—¡Tiene razón! ¡Lo que daría Ramón por estar ahora aquí!

—A lo mejor, lo está.

Landín no entiende esa última frase, pero tampoco es cosa de interrumpirlo cada dos por tres, así que se calla, se arrellana en la cama y se dispone a observar las manipulaciones de Acevedo.

Este sienta a Petra Simona en la silla y extrae de su bolsillo el mismo reloj de leontina que usa la primera noche. Su voz cálida y perlada se desparrama por la habitación con la lentitud de un predicador y la dulzura de una madre que acuna a su hijo antes de que éste se entregue a Morfeo.

—Todo es muy sencillo, como sin duda te acuerdas. Fija la vista en el reloj y procura relajarte, tanto tus pesados músculos como tu mente. Han sido muchas emociones, pero ahora hemos llegado a esta silla y todo invita a descansar a pierna suelta; nada nos apremia, ni nos agobia. Atenderás a mi voz y sólo ella será importante para ti. Afuera la brisa acuna ligeramente los frutales y sus hojas marcan un tenue movimiento que ayuda a conciliar el sueño porque los párpados parecen adquirir el mismo vaivén de las ramas, la misma cadencia, el mismo ir y venir...

Un silencio y...

—¿Ya está? —pregunta Landín, asombrado de que en unos segundos Acevedo haya conducido a la chiquilla al estado requerido.

—Petra Simona, levanta la mano derecha y lleva el dedo índice a la punta de tu nariz.

La joven obedece y ejecuta la orden con exactitud.

—Puedes bajarla.

Y así lo hace.

—Sí —dice Acevedo—, ya está. Pero ahora viene lo complicado.

—Me callo.

—Vamos a intentarlo. Estamos en la habitación de Desamparados. ¿Ves a alguien que haya podido atacar a Vicentiña hace unos minutos? ¿Una persona de mal aspecto, un gorila?

—No —dice ella con los ojos cerrados.

—Aun así, ¿hay alguien más contigo?

—Sí, hay cuatro personas.

—¡Cuatro! Descríbemelas.

—Está Manuel Otero Acevedo, que me hace preguntas. Está el señor Landín, que es de Pontevedra. —Landín se ríe nervioso al escuchar la precisión geográfica con la que es citado—. Estoy yo, que contesto a Acevedo, y hay otro al que no conozco.

—Bien, es suficiente. ¿Podrías meterte en la mente de esa persona y hacer que me conteste a las preguntas a través de tu voz?

—Voy a intentarlo..., Sí, es muy fácil. Me saluda... Ya sabe que quieres hablar con él.

—Magnífico. Hola. ¿Me puede decir su nombre?

Un breve silencio separa la pregunta de Acevedo y la desconcertante respuesta que obtiene de labios de la hipnotizada.

—No. No lo sé. Tengo muchos y no tengo ninguno.

—Bien, no importa. Te llamaré Muerto. Porque estás muerto, ¿no es así?

—Estamos.

—¿Sois muchos?

—No sé lo que es muchos. ¿Cien mil millones son muchos?

—Sí, bastantes.

—Pues soy cien mil millones.

—¿Soy..., somos? ¿Cómo prefieres, o cómo preferís que os hable? ¿Singular o plural?

—No tengo respuesta, es lo mismo.

—Claro. Te llamaré Muerto.

—Bien.

—¿Has estado aquí cuando el ataque a Vicentiña?

—¿La muchacha es Vicentiña?

—Sí, la otra.

—No fue un ataque.

—¡Ah! ¿No?

—No. Ella se lo creyó, pero Joly no quiso atacarla. Es que es así.

—¿Joly está ahí?

—No. Tiene que estar la niña.

—Si no está Vicentiña, Joly no puede presentarse porque ella es el *corpo aberto*, ¿es así?

—Claro, cuando no viene a verla, está en Barcelona, en casa de Soler i Pujol.

—Entonces, el gorila está vivo.

—No. Joly murió hace un año, pero se encuentra en Barcelona. Cien mil millones no sabemos casi nada de los vivos. Sólo lo que ocurre en cada instante. Perdón, Muerto no sabe.

—Pero sí de los muertos.

—Claro. Somos muertos.

—Sabéis el pasado, pero no el futuro. ¿Es eso lo que me quieres decir?

—Muerto no quiere. Eres tú quien lo pregunta.

—Perdón. Es complicado. Ahora recuerdo que ya lo era con Pandolfini. Tendrías que ayudarme.

—La única ayuda existe dentro de ti. No culpes a nadie de tus carencias.

Acevedo teme que toda la preciosa conversación con Muerto se pierda en círculos a humo de pajas, aunque él sabe por su experiencia con estas entidades que jamás le mentirán. Lo que debe hacer es acertar con la pregunta adecuada. A encontrarla dedica unos minutos de silencio, hasta que es Muerto quien habla.

—Manuel Otero Acevedo. Tú sí tienes nombre.

—¿Lo conoces? —vuelve a preguntar sorprendido.

—Sí.

—Entonces también conoces a Pandolfini.

—Sí.

—Tú, uno de los cien mil millones.

—Sí, o todos.

—Trato de ayudarme, Muerto; pero tú sabes cosas que yo no. ¿Qué pasó en esta casa?

—Nada.

—No puede ser, Muerto. Tuvo que pasar algo para que ahora haya una batalla de fantasmas, de espíritus, o de muertos como tú.

—De muertos, no. Cien mil millones estamos muy tranquilos. Estoy. Soy. Estamos. Somos.

—Serán otros millones.

—No lo creo, pero no lo niego.

—No me ayudas nada, Muerto.

—No sé. Ya te dije que no soy ayuda. Ayuda eres tú.

—¿Podemos hablar otro día?

—¿Qué es día? ¿Día es como siempre?

—Seguramente sí. Para los vivos, otro día es más tarde.

—Quizá. No es seguro.

—¿Da igual el sitio, o tiene que ser esta habitación?

Muerto da la callada por respuesta. Acevedo lo llama dos o tres veces más, pero Petra Simona ya no está en su cabeza.

La experiencia, piensa Acevedo, ha sido agridulce. Han podido contactar con Muerto y les ha dicho que Joly está en Barcelona. Ese es el resumen de la charla. Eso y que en la casa no ha pasado nada. A saber cuál es la idea que tiene Muerto de la nada.

—¡Genial! ¡Qué viaje! —Prudencio lo devuelve a la actualidad.

—¿Tú crees? A mí me ha dejado peor que antes.

—¡Genial! ¡Ni lo dudes!

—Espera.

Petra Simona sigue en trance. Es posible que bajo el sueño hipnótico no sufra la más mínima alteración ni desgaste.

—Petra Simona, ¿estás cansada?

—No.

—¿Has salido de la cabeza de Muerto?

—Sí.

—¿Podrías ir hasta Santiago?

—¿De Compostela?

—Por supuesto —confirma Acevedo a punto de la carcajada por imaginar que la muchacha está dispuesta a ir hasta Santiago de León de Caracas, si se lo pide.

—Estoy frente al Obradoiro y pasa la gente a mi lado sin verme.

—¡No puede ser! —exclama Landín—. ¡Esto no es hipnosis! ¡Es magia!

—¡Chiss!

Cuando consigue el silencio, Acevedo le encarga una misión a la muchacha.

—Localiza a tu ama.

—¿A Presentación? Ya la veo.

—¿Qué hace? ¿Está tranquila?

—Mejor me voy. Está en las necesarias y hace esfuerzos. Seguramente no le guste saber que la observo. A mí no me gustaría.

A los dos hombres les cuesta trabajo contener la risa, pero Acevedo logra reponerse para dictar una nueva orden.

—Busca a Ramón del Valle-Inclán y dime lo que veas. Y Petra Simona, de inmediato, le responde:

—Está en el Casino. Juega al monte, de pie, a la derecha del banquero. Pierde las monedas que apuesta. Viste chaqueta y sombrero, felpudo de alas anchas. Sus compañeros son Ramón, Joaquín, Attallio, Lisardo y Rafael.

—¿No está René Ghil?

—No.

—De acuerdo. Te voy a despertar. Cuando diga tres, abrirás los ojos y no recordarás nada de lo visto y oído. Uno..., dos... y tres.

\* \* \*

## 4 días antes / Severiano Mesías Vilariño

Ha llegado la prensa a Ponteceso. Algunas cabeceras reproducen la carta de Combarro sobre los hechos. Un texto que ha pasado la correspondiente censura de Cruz y Coronel, que se ha erigido en máxima autoridad sobre el caso. Con todo y con eso, el doctoral advierte a los párrocos de Cospindo y de Corme que se hagan con todos los ejemplares si traen noticias de la casa, incluida la carta de Combarro, pues, pese a estar censurada, es la más peligrosa por la abundancia de detalles que contiene.

La orden no se cumple en toda su extensión, pues cuando los curas la ven publicada, muchos compradores ya se han adelantado y otros, al verse sin periódicos, encargan ejemplares a Carballo, a Coruña o al propio Santiago.

—Es igual —masculla el canónigo al enterarse—. Ninguno llegará a Anllóns.

Cruz y Coronel también fracasa, porque en la rectoral donde duerme ya se encuentran *El Eco de Santiago*, *La Mañana* y *El Díaño de Pontevedra* del 5 de junio, así como *El Regional* de Lugo del 7 del mismo mes de San Xoán con la carta correspondiente y sabrosas apostillas. Combarro los guarda entre sus recuerdos, pues tampoco él es partidario de que se aireen, especialmente mientras permanezcan en la parroquia el asesor jurídico de la curia y su orondo secretario.

Nadie informa un paso más allá de lo que cuenta Combarro, pero en una de las cabeceras menos condescendientes con la fantasmagoría, un simpático periodista se ha permitido añadir una gracieta que pone de relieve la poca fe que tienen, él y la opinión pública en general, en la veracidad de lo que el cura cuenta, atribuido a ignorantes campesinos, a creencias ancestrales que no borra la campaña de Martiño el Dumiese, o a alcoholismos descomunales, como se ha hecho siempre ante los relatos de aparecidos, de trasnos o de la Santa Compañía. Y no porque nadie se haya molestado en tirar de la manta, como hacen ahora laicos y eclesiásticos, sino porque la aldea gallega produce estas historias por antonomasia, y punto. El mar da sardinas y Galicia, aparecidos.

El chistoso de turno, un plumilla que se sienta en el banco corrido de la redacción porque todavía no alcanza el grado de redactor y silla propia en la mesa central, escribe al compás de las

volutas de humo que salen de su cigarro. Dice que la prensa —o sea, los diarios que no son el suyo—, atribuye los episodios de Anllóns a la intervención del diablo, como Desamparados. Y añade: «Yo siempre creí que ese pobre señor es tonto, nunca imaginé que, después de estar tantos siglos sin hacer nada, saliese ahora tirando patatas y molestando viejas». Todo un desafío al poder de Satanás, de cuya ira se libra porque el demonio no lee periódicos, los escribe.

El periodista finaliza con una súplica al director del manicomio más próximo a Anllóns para que prepare celdas, a causa del brote de chalados que allí se produce. Acevedo lo disculpa. «Diríamos lo mismo si nos hablan de muertos vivientes en Brasil. Pero habría que ir a Brasil antes de abrir la boca. Por eso nosotros hemos venido a Anllóns». Don Nicanor conoce el comentario del plumilla y le agrada sobremanera, no sólo porque toma el diablo a broma, sino porque a broma toma todo cuanto escucha en torno a esta parroquia.

\* \* \*

Don Severiano Mesías Vilariño, farmacéutico de Ponteceso, forma parte del exclusivo círculo de eruditos locales, a la violeta o *in profundis*, que de todo hay. Don Severiano es, por tanto, un hombre de vara alta en todo Bergantiños, aunque hoy no ejerza ningún cargo; pero ya en tiempos de Cesáreo Pondal —el hermano del cantor de la patria que acaba de fallecer—, ejercía como oráculo al que se le realizan las consultas de índole histórica, científica o literaria. Y eso que se declara versófono y prosaico vocacional. Comparten esa docta calidad de barbas honradas el médico Camilindo Facal de Aguiar; el profesor de la Escuela Pública, Manuel Lamas Fernández, que es un consumado calientalibros; los también maestros Fernando Soto Cousillas y Juan Couto; el doctor Castro, que no es médico, sino jurisconsulto; el juez Nespereira, pozo de las ciencias procesales; el administrador de Aduanas, Francisco Fraga, y Bernardino María Vidal y Folla, cuyo principal título es éste, el de ilustrado, sin que otro se le conozca, aparte de los muchos de Propiedad con los que llega a viejo sin dar palo al agua, aunque eso sí, con cientos de libros leídos. De Bernardino dicen en Lestimoño, donde reside, que se irá a la tumba habiendo gastado una única parte de su cuerpo, la yema del dedo índice, que ensalivada utiliza para pasar las hojas de cuanto lee. Bueno, y si somos generosos, penetre también en la nómina de sabios el albéitar Antonio Deza Pellicer, que durante años lucha contra su fama de mataburros que un fracaso le endilga, y finalmente alcanza la de curapollos.

Cruz y Coronel comprende que no es de recibo convocar a don Severiano Mesías en la rectoral de Anllóns, pues con el farmacéutico no encaja la solemnidad del tribunal interpuesto en el comedor de Combarro. En consecuencia, envía a don Bavavá de adelantado para establecer una cita en su propia oficina de farmacia de A Trabe, en la parroquia de Telia, al lado de la casa de Rosalía Alvarellos, pariente de don Severiano.

—Mire, don Nicanor —le dice el boticario Mesías a las primeras de cambio—, en esta vida hay tantas *estantigas* como quiera uno que haya, y lo digo por la experiencia que me da la farmacia.

El canónigo doctoral examina los curiosos nombres que figuran en los tarros que se alinean en la botica antes de sentarse donde Mesías le indica, y sin volver la vista, le contradice.

—¿De verdad cree usted eso? ¿No le llaman boticario por la cantidad de botes que acumula? Aquí, rodeado de tantos principios activos, de tantas fórmulas magistrales, analgésicos y



diuréticos, no parece usted la persona más indicada para dar pábulo a la creencia en fantasmas y ectoplasmas.

—Pues lo soy, por varias y numerosas razones de índole científica, no crea. Mi amigo Pondal —Eduardo, no Cesáreo—, me dice muchas veces tener miedo a todo lo que no se ve, y no a lo contrario. De hecho, Pondal era muy gracioso, porque a los pacientes sin diagnóstico los examina desde las Quimbambas, por miedo a que le contagien las bacterias de sus respectivas enfermedades. Pero si eran traumatismos o cosas así, no le importaba acercarse y palparlos sin peligro de esputos ni de flemas. ¿Quién le dice que los fantasmas son también los animáculos que no vemos? ¿Ha oído hablar del doctor Fleury, francés de nacimiento? —No.

—No importa, yo tampoco lo conocía hasta hace dos o tres semanas. Bueno, pues el doctor Fleury defiende en los foros más eminentes de su país que el amor es un microbio.

—De un francés se puede esperar cualquier cosa —se chufra el religioso.

—Yo no lo refuto tan alegremente, y usted, que es una autoridad jurídica, tampoco debería hacerlo. Esta botica ha curado desamores con preparados que eran placebos, y ha prendido amores con bebedizos de agua y azúcar.

—Más a mi favor. Los placebos funcionaron porque no había microbio.

—¡Al revés, don Nicanor; al revés! ¡Como sólo es un microbio..., funcionaron! A las dolencias les pasa lo mismo. Aquí vienen enfermos imaginarios que nada tienen, nada les doy y sanan. ¡Ja, ja, ja!

—Mal futuro le aguarda a la farmacia si de usted depende, confundiendo bálsamos con venenos.

—No se extrañe, su señoría; el envenenador romano o *veneficus* también es *beneficus* cuando usa sus conocimientos para curar. Vida y muerte están separadas por una be alta y una be baja.

—Tenemos diferentes puntos de vista.

—¡Claro, claro! ¡Y cuantos más tengamos, mejor! ¡Así no corremos peligro de que venga un loco pajaritero y quiera acabar con todos porque sólo le complace lo que él piensa!

El instructor de la causa no encuentra útil para sus fines lo que el farmacéutico le cuenta. Son chifladuras heréticas, visionarias y estrafalarias, impropias de una indagación eclesiástica. Así que se sienta y toma el toro por los cuernos.

—Supongo que su tiempo es tan precioso como el mío. Me espera mi secretario y debemos regresar a Anllóns, pero antes me gustaría que me expusiese cuál ha sido su experiencia en la casa de doña Desamparados.

—Aquí sí que tiene toda la razón, vamos al grano. A pesar de todo lo hablado, en Ponteceso me juzgan por persona poco dada a creer en fábulas, y salvo el microbio del amor y los de Pondal, si debo quedarme con un apóstol, sería con Tomás. Me gusta meter el dedo en la llaga antes de opinar, y así lo hice en Anllóns.

—Dígame, pues.

—Cuando voy a la casa de A Gándara acompañado de varios amigos, gente escéptica como yo, llevamos la firme intención de que no nos la pueden dar con queso. A nosotros, no. No somos unos pazguatos, ni unos gazmoños. Somos gente nacida al lado de la Pedra da Serpe, y ya sabe que la serpiente es símbolo del conocimiento.

—Y del pecado —apunta don Nicanor.

—Ya, ya; pero sólo del Original. Como le digo, nuestra impronta científica nos obliga a realizar un concienzudo examen de la casa, pared por pared, de los alrededores, de los cimientos, los armarios y todos los muebles susceptibles de guardar algo, de camuflar, de esconder mecanismos, ya sabe, como los magos en los teatros, que siempre tienen un resorte y un doble fondo. Y hará cosa de dos semanas en ese trabajo consumimos varias horas acompañados de mozos de la aldea. Ni Desamparados ni la joven Vicentiña opusieron el más mínimo inconveniente a que revolviésemos su hogar y dejásemos la casa patas arriba. Antes al contrario, nos sugerían nuevos rincones donde mirar, interesadas en que realmente diésemos con el nudo gordiano, con el bálsamo de Fierabrás o con la piedra de toque de las fantasmadas, y destruyéndolo, se acabasen sus padecimientos.

—Pero, nada.

—Eso es, nada. La casa está libre de truco y de dados plomados. Seguramente hay más paparruchas en los tarros de mis medicinas que en esa vivienda.

—¿Y qué más?

—Ya es noche cuando acabamos la revista y sopla un *friaxe* pelón que nos conduce sin otro requisito al fuego de la cocina, pero al cruzar esa puerta cae a nuestros pies una loseta de un palmo de largo. Es la baldosa que las dos mujeres utilizan para esconder la llave cuando ni una ni otra están en la casa. De esa manera, la primera que regrese la tiene a mano y abre. Las mujeres no se encuentran allí y a ninguno de nosotros se nos ocurre tocarla. Es el aviso de que ciertamente no estamos en una casa cualquiera. Nos sentamos a la lumbre y al rato cae una piedra del techo. Me vuelvo hacia los mozos y les increpo por gastar bromitas cuando estamos en pleno ejercicio de comprobación. Juran y perjuran que ellos no han hecho nada, y de sus rostros desencajados para lograr explicarse obtengo el convencimiento de que realmente ellos nada han movido. Como si se tratase de la confirmación a sus palabras, cae entonces una segunda piedra, o tercera, según hagamos la cuenta. Y tras ella, sucede una verdadera granizada repartida en intervalos. Yo las recojo y me cubro la cabeza para no ser objeto de aquellos disparos que nadie, absolutamente nadie de los presentes, podíamos causar, porque lo veríamos, y porque cada uno está más aterrado que el otro, a excepción de Desamparados y Vicentiña, que, por costumbre, son las que mantienen sus rostros sin aspavientos como los nuestros.

—¿Está con ustedes el cura Combarro?

—No, aquella noche, no. ¿Por qué lo dice?

—¡Oh! Por nada importante. He escuchado este mismo episodio con algunas variantes y quería constatar si él había sido testigo directo.

—Tenga presente que los hechos se cuentan repetidas veces, por lo que pueden modificarse en algunos extremos con gran rapidez. Yo no le narraré los de otros días en los que no estuve presente, pero esto va a misa, si me permite la expresión.

—Se la permito. ¡Qué remedio! ¡Ya la utilizó! Prosiga entonces.

—A continuación, observo que del montón que hago con las piedras faltan algunas que ya estaban recogidas.

Lo comento, todos lo confirman y a alguien se le ocurre marcarlas, haciéndoles una cruz con carbón. Es una señal sencilla, pero efectiva, porque pronto vemos que siguen cayendo, que algunas de las marcadas faltan ¡y vuelven a participar en aquella rueda diabólica! En ese ejercicio estamos hasta que amanece, y cuando el fenómeno cesa, sólo tenemos en nuestro poder trece

piedras de las docenas que están en pleno diluvio lítico. Cuando marchamos, muchos llevan chichones en la cabeza, fruto de los impactos más rotundos. Caminamos en silencio porque a todos se nos ha encogido el corazón en un puño.

—Debo reconocer que jamás he escuchado un relato semejante, y mucho menos, de labios de un hombre dedicado a la ciencia como usted.

—Mi relación con la ciencia baja muchos enteros desde esa visita a las mujeres de A Gándara. A partir de ese día dudo mucho que pueda considerarme una persona con conocimientos. En mí encaja mejor decir que soy un hombre de desconocimientos.

—¿Vuelve en alguna otra ocasión?

—Sí. Días después, y esta vez con luz solar. También nos juntamos unos cuantos, y para combatir las bajas temperaturas aprovechamos que el sol de poniente da en el *aira* de la casa. Charlábamos en círculo, cuando de repente, en medio de todos nosotros, aparece por los aires un cesto lleno de patatas. Fíjese bien de lo que le hablo. Un cesto de varias arrobas de peso al que nada ni nadie sostiene. Pero si eso le asombra, piense que el capacho permanece flotando y dado la vuelta, sin tapadera y sin que ni una sola patata se caiga al suelo.

\* \* \*

### **3 días antes / Saladino Sobrado Esmorís**

Cuando Basilio Bavavá ya ha pasado a limpio las palabras testimoniales de Carmucha y el resumen que don Nicanor le dicta de su entrevista con el farmacéutico Macías, aquel que llaman O Altixe, esto es, Saladino Sobrado Esmorís, acude a la rectoral arrastrándose en dos aparatosas muletas de caoba con apoyos de axila forrados en piel de cabrito, regalo de un cuñado que tiene en Vigo y que acaba de casar con la viuda de un tullido como él que ya no las necesita para nada.

Es el representante de los vecinos de A Gándara. Su pierna derecha la remolca sin movimiento de ninguna especie, y al verlo entrar, don Nicanor piensa que los vecinos no han sido nada caritativos a la hora de elegirlo para deponer. Lo primero por lo que se interesa Cruz y Coronel, tras comprobar las dificultades que salva para sentarse en la silla de declarantes, son los méritos contraídos para ser el portavoz vecinal.

—La gente está encogida de trabajo. Asfixiada. Los hijos que antes ayudaban en casa, se hacen ahora a la mar y no vuelven en meses. Otros se han largado a América, o peor todavía, a los del 79 y 80 se los llevan a cientos para las guerras. Unos a África, otros a Cuba o Filipinas, usted ya sabe. La tierra no se trabaja sola como los pescados. Los barcos llegan al caladero, sueltan las redes y atrapan los que pueden. Si muchos, muchos; si pocos, pocos. Para que dé algo, aunque sea lo más ruin, la tierra pide que estemos todo el santo año doblados sobre ella, así que cuando nos dicen que usted quiere hablar con los vecinos, alguien piensa, con buen criterio creo, que todos sabemos lo mismo y que con venir uno en nombre de los demás, será suficiente.

—Y usted es el que más sabe, ¿no es así? —le aprieta el canónigo instructor.

—Eso piensan. Como tengo la caña derecha machacada y he cumplido dos veces los años de Cristo, apenas trabajo.

—¿Cuál fue su desgracia?

—Le digo. Cuando regresamos de rozar para el estiércol, me caigo delante de un carro. Después de pasarme la rueda por encima de la pierna, lo paran; pero como la *corredoira* por donde venimos hace pendiente, el carro retrocede y me la tritura otra vez.

El doctoral y su secretario hacen un gesto de dolor.

—Vayamos a lo que nos ocupa. ¿Usted ha sido testigo de algún hecho extraño en la casa de Desamparados?

—Sí, señor. Varias veces.

—¿Podría relatarme en breve lo que ve?

—Era media tarde. Ya habíamos oído lo de los ruidos, pero no le dábamos importancia. O, mejor dicho, cada uno le daba la suya...

—¿Ve como tenían que venir todos? Ya pensaré si me conformo con su deposición.

—Lo que usted diga, pero los va a encontrar poco habladores.

—Continúe.

—Creo que apañábamos la *pataca* temprana. En realidad, yo sólo miraba, como se puede usted imaginar. Entonces nos damos cuenta de que Desamparados entra y sale de la casa sin dejar de *barullar* y con las manos en la cabeza. Vicentiña también, pero sin tantas madejas de nervios. Corremos y entonces vemos que algunas *patacas* que ella había recogido en su tierra vuelan.

—¿Como los pájaros?

—Como las *bolboretas*. Parecen suspendidas del aire, pero miras hacia arriba y nada hay, claro. Después pasa lo mismo con las piedras. Y poco más sabemos.

El canónigo y su secretario se miran para decirse en silencio que, en lo concerniente a patatas, el relato del farmacéutico Macías es incluso más sorprendente.

—¿A qué se atribuye en Telia que ocurran esos casos?

—¿A qué va a ser? *Ao demo!* Si Desamparados fuese meiga podríamos suponer que se debía a alguno de sus poderes. Pero todos dan fe de que es una buena feligresa. Eso sin contar que es ella la que sufre los ataques.

—¿Y Vicentiña?

—También los sufre la desgraciada, y para más inri, está enferma. No tiene fuerzas ni para lo suyo, ¿cómo las va a tener para centellas y piedras voladoras?

—¿Qué tiene la niña? ¿Usted lo sabe?

—Pues no, señor, que no soy médico. Pero si usted la ve con ese gorro de lana negro en la cabeza se da cuenta enseguida de que es desmedrada y que bien haría su abuela llevándola ofrecida al santo Ourente de Entíns, o al san Campio, porque eso no es normal. Como tiene muy poco pelo, pensamos que era tiña, pero tiña no puede ser porque también la tendría Desamparados, que anda con ella a todas partes, y la abraza y la besa. No, tiña no es.

—¿Y si Desamparados estuviese libre de contagios por alguna causa especial?

—¿Por magia? No, señor; tampoco, porque muchos de nosotros entramos en la casa y les ayudamos en trabajos comunes y nunca hubo nada.

—¿Y qué me dice de la casa de Desamparados como prostíbulo, como lugar donde mujeres de la aldea iban a encontrarse con jóvenes para el fornicio?

—Prostíbulo, no. Allí jamás hubo un prostíbulo. Sí se dijo, hace muchos años, veinte o más, que iban algunas mujeres casadas para encontrarse con hombres, pero ésas son cosas que han

pasado, pasan y pasarán en muchas casas sin que por eso se abran las calderas de Pedro Botero, usted ya entiende a cuáles me refiero.

—¿Conoce a las mujeres que iban?

—Se habló de unas cuantas, pero vaya usted a saber, con perdón; que usted no tiene por qué saber nada. Nunca me metí en lo que acuerda cada matrimonio, pero le puedo decir que desde hace más de quince años allí no entra nadie que no sean Desamparados y Vicentiña, o José, el tiempo de vida que le queda de fuerzas, que no es mucho, porque, a poco de regresar, el hombre se encama y no vuelve a pisar tierra salvo en horizontal.

—¿Cómo puede estar tan firme en eso?

—Porque sí. Somos *estremeiros* y desde mi casa veo la de Desamparados. Llevo quince años con la pierna rota. Durante los primeros meses padezco de dolores, sobre todo por la noche. Un dolor que despierta a las rocas. Me levanto a la ventana porque de pie, con la pata en alto, me duele menos. Así que me paso noches enteras mirando las estrellas y nada alarmante veo. Luego, cuando vuelve José, ya es imposible, porque él apenas se aleja de casa y, ya digo, cae enfermo pronto. Si lo hubo, tuvo que ser antes, y son tantos años que en nada puede relacionarse con lo de ahora. En eso coincidimos todos.

—Bien, don Saladino. Dígame por favor, para terminar, qué opinión tenía del tal José.

—¿La mía?

—Sí, claro.

—Buena. Yo, buena. Ya sé que muchos lo critican por haber dejado sola a Desamparados, pero fíjese, vuelve para morir con ella. Y si tuvo hijos allá, ¿qué delito es ése?

—Adulterio —le replica don Nicanor.

—Ya. ¿Y qué pena merece? ¿La muerte?

Cruz y Coronel interrumpe el interrogatorio. Las opiniones de Saladino, liberales y exculporias de todos, salvo para Luzbel, no le conducen a ningún puerto de su agrado. El desea encontrar a un bromista que ate los tubérculos a hilos invisibles, o a un pecador que se entretenga en molestar a las dos mujeres, para cerrar la instrucción y regresar cuanto antes a la tranquilidad compostelana. Tranquilidad relativa desde que el cardenal Payá localiza las reliquias del apóstol, pues ahora la ciudad bulle con peregrinos y autoridades de todo el orbe, que, si bueno es lo jacobeo por lo que tiene de notoriedad, a la vista está que incomoda al cornudo y se remueven las tumbas a cada paso.

Cuando despiden a Saladino, el doctoral hace una reflexión a la oreja del secretario.

—Sólo han pasado tres rústicos y ya estoy harto de tanta patata voladora. ¿No le parece? Hablemos con las fornicadoras para cubrir el expediente, pero ya sé qué dictaminar sobre esta banda corvina de visionarios sulfurinos.

—¿Y qué va a hacer?, si no es mucha impertinencia preguntarlo —le dice don Bavavá, relamiéndose de gusto por regresar a Santiago en breve y reanudar así sus pasiones más secretas de plato y cama, que tampoco lo son tanto.

—Aquí no cabe otra que achacar los fenómenos patateros a causas que la ciencia todavía no alcance a explicar. Imagínese, secretario, que aparezco yo, todo un canónigo doctoral de Santiago de Compostela, con una encíclica sobre la presencia de Astharot en Anllóns y digo que se ha entronizado con trompetas infernales muy cerca del finibusterre. O incluso, aunque lo dijese del mismísimo san José, o de santa Ana, que para el caso es lo mismo. Roma nos mandaría de

inmediato una legión de exorcistas, un tren de abogados del diablo y varios pelotones de la guardia suiza, que no sé cuál sería peor. El arzobispo nos destierra sin juicio, ahora que Santiago vuelve a sonar con fuerza. Y las autoridades civiles, ya ni le cuento, don Basilio. Así que, *vade retro* Satanás y siete llaves al sepulcro... de Anllóns.

—Cuenta conmigo para lo que precise. —Se amolda el secretario a los planes del doctoral, por lo bien que éstos coinciden con sus gustos.

—Eso iba a pedirle. Discreción.

—No es necesario, ya lo sabe. Pero permítame que le pregunte, ¿cómo piensa cerrar el caso?

—Estoy en ello, pero lo sustancial parece evidente. Ordenaremos que las dos mujeres sean realojadas en sendas casas, lejos de aquí, donde no se haya hablado de las apariciones. Y si los fenómenos persisten en torno a alguna de ellas, deberá actuar el poder temporal, ya que la Iglesia nada de sobrenatural ha podido constatar. ¿Qué opina usted?

—Por lo que a mí respecta, lo veo impecable. Nadie podrá decir que no le ha puesto remedio al caso tras su paso por Anllóns.

Cruz y Coronel revuelve en los papeles que guarda en su cartapacio, el mismo que hasta ahora ha permanecido sobre la mesa desde que convierten el salón en sala de testimonios.

—¿Qué busca? —se interesa don Bavavá.

—El expediente Quémener. El caso francés seguramente nos dará más de una pista para dictaminar sobre Anllóns.

—Lo tengo yo, don Nicanor. Acuérdesse que el último día me dijo que no lo olvidase y que estudiase su traducción.

—Ahora lo recuerdo. Si algún día se me va el santo al cielo, que le pregunten a usted.

—Muy amable, reverendísima.

Los dos sacerdotes se dirigen al dormitorio del canónigo, y una vez en él, éste ordena:

—Don Basilio, me haría un gran favor si al tiempo que reposo mi dolorida espalda en la cama, me leyese con calma la parte magra del expediente. Sé que su francés es soberbio y mis lumbares me han avisado con dos tirones que se resienten de ese sillón en el que Combarro me ha confinado estos días.

—Lo haré encantado, y espero que mi francés sea suficiente para ese cometido.

—Ni lo dudo. Sé que los *Meritissimus* recibidos en Teología Pastoral, Patrología y Francés no se los dan a título de inventario.

—Favor que usted me hace, aunque desde mi estancia en el Seminario ha llovido lo suyo.

—Eso es como persignarse, no se olvida nunca.

Don Nicanor exagera su dolor cuando se tumba en la cama a la espera de que su secretario le traduzca el expediente que le ha remitido un canónigo de Saint-Tugdual, en Treguier, y en el que piensa inspirarse para asombrar al Cabildo con dos latinajos bien colocados y dar carpetazo a los sucesos de Anllóns.

—Cuando quiera, don Basilio.

Este toma el manojo de papeles que lo contienen y lee.

—Localidad y comuna de Pleiber-Christ, también Pleiber-Krist en bretón. Región de Bretaña, departamento de Finisterre, distrito de Morlaix. Cantón de Saint Thégonnec.

—¡Finisterre! ¿Curioso, no?

—Sí, don Nicanor. Continúo. Hechos: Durante las noches de más de veinte años, en una granja existente entre Pleyber-Christ y Commana, se manifestaban los espíritus. La granja está arrendada por Olivier Quémener, de sesenta años. Con él viven su mujer, un hijo de veintiocho años, su nuera y un criado, así como cuatro hijos de ese matrimonio; el mayor, de seis años. Interpretaciones: Los vecinos hablan de brujas o de almas... ¿Cómo se dice? ¡Ah! Sí, errantes. Almas errantes que producen en ella un terrible alboroto.

Testimonios: Olivier Quémener: «Hace diecinueve años que vivo en la granja y todas las noches oigo ruidos. Una mano invisible bate las puertas de los armarios con estruendo. Alguna vez arrojé un zueco contra el mueble y cesa como por ensalmo para producirse de nuevo con el mismo estrépito. Varias veces encendí la vela, pero tan pronto como lo hago noto un soplo que la apaga. Cuando busco las cerillas no las encuentro. El espíritu me las ha quitado y el ruido empieza de nuevo. No es posible dormir».

Quémener (hijo): «Yo noto por la noche como si dos manos me oprimen el vientre impidiéndome la respiración. Extiendo los brazos y nada encuentro».

Quémener (nuera): «Desde que estoy en la casa he notado muchos chasquidos, sobre todo, de noche. Suenan golpes en la puerta como si fueran dados con un martillo. No tengo miedo. Mi marido y mis suegros, con frecuencia, no pueden dormir; pero yo no hago ningún caso. Ya pueden aporrear lo que quieran, que yo no he de perder el sueño».

Criado: «He oído a menudo estridencias en la casa; pero donde más se notan es en la cuadra, donde paso la noche al cuidado de las caballerías, produciéndome el efecto de grandes martillazos sobre madera. No he podido dormir mucho. He pasado a menudo muy malas noches; pero mi hermano, que ha trabajado conmigo en la granja y se ha acostado alguna vez solo en la cuadra, tuvo que marcharse, pues decía que no se podía estar aquí porque pasaban cosas que no eran naturales».

Olivier Quémener: «Nuestro vecino de la granja de Kergoat-Braz, que linda con la mía, vino a pasar una noche en mi compañía. Duerme solo en una habitación del piso principal. A la mañana siguiente bajó pálido, con la camisa empapada de sudor, y con la voz temblorosa por la emoción sufrida, me dijo: “Aunque me dierais todo el oro del mundo no pasaría aquí otra noche. Todavía tiemblo. Esto es horroroso”. Ahora es fuera donde se oyen los ruidos. Ha venido el vicario M. Mercet. Los exorcizó, rezó algunas oraciones y desde entonces no han vuelto».

Don Nicanor se amodorra con el relato y el calorcillo del lecho. Su eficiente secretario avanza cinco o seis hojas sin que el doctoral se cosque del texto ni del runrún que éste produce con cadencia leguleya.

De repente despierta y se hace el enterado con lo primero que se le ocurre.

—Repítame eso último, don Basilio.

—¿Las preguntas de las autoridades?

—Sí, eso.

—¿Por qué no llamáis al cura para que los expulse definitivamente?

—Olivier Quémener: ¿Para qué, si ya se han ido de la casa?

—¿No pensáis dejar la granja?

—Olivier Quémener: ¡Oh, no! Ahora ya nos hemos acostumbrado, pues si bien los espíritus son alborotadores, jamás nos lastimaron, excepción hecha de lo ocurrido a mi hijo, si es que puede considerarse daño haberle oprimido el vientre.

Diagnóstico: Espíritus de entidad maligna atrapados en un inmueble por un acontecimiento pasado sin relación con los actuales ocupantes. Reacción de rechazo al exorcismo, lo cual indica su naturaleza maligna, aunque con capacidad de perjuicio limitado. Eso es todo.

—¡Vaya! —exclama Cruz y Coronel molesto por la noticia—. Es una pena porque comienza a desaparecer el dolor.

—Si lo desea, se lo vuelvo a leer.

—No, no lo veo necesario. Es asaz prosaico, soso y sin fundamentos jurídicos dignos de mención. No obstante, algo nos puede valer. Aprovecharemos ese párrafo que dice: «Entidades atrapadas en el inmueble sin relación con los actuales ocupantes...», y tal. Y nada de llamarles malignas. Debe quedar bien manifiesto que a la Iglesia no le incumbe. Puede retirarse, y dígame a Combarro que no bajaré a cenar. Cuando me duele la espalda mi mejor alimento es un profundo descanso.

—Yo mismo puedo iniciar un borrador en el sentido que usted me indica e incluyo los testimonios recabados estos días.

—¡Oh! ¡Eso sería magnífico! Y más que borrador, mejor será que le dé ya las formalidades de rigor al documento. Tengo la plena seguridad de que sabrá recoger en él la misma intención que a mí me anima.

—Eso espero. Cualquier cosa que desee, haga sonar la campanilla.

—Sí, lo haré. Pero lo que más me reconforta es saber que ya no tendré que aguantar otra sucesión de absurdos testimonios. ¡Y pensar que hace unos días quería entrevistarlos a todos! ¡A veces me pierde mi rigor!

—Buenas noches, don Nicanor.

—Con Dios, don Basilio.

\* \* \*

—Mi amigo Pandolfini me asegura en la carta que las mujeres no han salido nunca de las tierras de Ponteceso..., que siempre permanecen en Telia, Anllóns..., en Corme, como muy lejos. No han visto jamás a un gorila, ni tienen información suficiente para distinguir entre ellos al macho espalda plateada. ¿Está de acuerdo con esa información?

El cura Combarro introduce su índice derecho en el cuello de la sotana para recorrerlo y aflojárselo en lo posible, no tanto porque la pregunta de Acevedo le incomode, sino por el tiempo que han dedicado a charlar del lado oscuro de la historia y ya no sabe qué más pueda aportar a estos contumaces investigadores.

—Cuando me relatan el tipo de aparición que sufre, yo mismo les ayudo a definir el animal que les ataca, pero no podría poner la mano en el fuego para asegurar que jamás lo hayan visto. Creo que Desamparados, no; desde luego. En el caso de Vicentiña es más difícil precisarlo. La niña habla poco y conmigo nunca se ha abierto. En realidad, no se relaciona con nadie, y no es de extrañar, con todo lo que le cae encima. ¿Ve dibujado a un espalda plateada? ¿Lo ve vivo? Si mi salvación depende del acierto de mi respuesta es probable que me condene.

Acevedo se alegra de las dudas.

—Me complace que no cierre la puerta a que la niña pueda haber visto un simio alguna vez. Es muy importante para establecer conclusiones, pues todavía no se descarta una alucinación o



una sugestión atávica.

—Si pudiese profundizar en ese último concepto, mi proverbial ignorancia se lo agradecería.

—Tranquilo, Combarro —le ayuda Landín—, la mía también.

—Y la mía —se apunta Petra Simona.

A la vista de que son mayoría los necesitados de información, a Acevedo no le importa invertir los papeles y ser él quien deponga.

—Los mecanismos a través de los cuales llega a producirse una sugestión atávica en una persona, o en varias, se encuentren o no en contacto directo, son todavía desconocidos, señor Combarro, aunque se estudian desde hace años. Se trata de una cuestión fundamental para poder determinar, por ejemplo, si la causa del fenómeno afecta a un individuo concreto, o se debe a circunstancias ajenas que sugestionan. El caso más típico son las alucinaciones sufridas por varios sujetos tras compartir todos la misma catástrofe; un incendio, un terremoto, un naufragio. Eso es fácil de entender. Yo no me esfuerzo en demostrar que en todo haya una lectura espiritista, ni mucho menos. Lo digo en el prólogo de mi libro para no llevar engaño a nadie. Mi interés es científico, y si podemos explicar lo que ocurre sin necesidad de mezclar ánimas de por medio, mejor que mejor. Pero para eso hay que meterse de hoz y coz en cada caso. No vale decir que es un misterio y acostarse.

—Estoy plenamente de acuerdo con usted —se alegra el párroco.

—Mire, le voy a contar una peripecia un poco más compleja que la del naufragio. Se refiere a la leyenda de los Siete Infantes de Lara, cuyo nombre le sonará. Allá por el año 1846, cuando era usted un niño...

—Sí, un mocito seminarista de diez.

—Pues bien, en ese año a los vecinos de Salas de los Infantes les da por decir que ellos conocen dónde se encuentran las cabezas de los siete jóvenes degollados, sin previa información sobre ello. Como si les hubiese venido a visitar el ángel de los secretos, uno tras otro coinciden en señalar tan emblemático y misterioso lugar, sin haberlo sabido antes. Cómo sería de amplia y fuerte aquella sugestión que la autoridad decide desplazar a Salas al jefe político de la provincia de Burgos, Mariano Muñoz y López, para que proceda a la búsqueda inmediata de los siete cráneos y calme así la frenética perturbación que sufre la ciudadanía, bien porque se desempolva a los decapitados, bien porque todo resulte ser una burda patraña de bébedos parlanchines. El caso es que todos los habitantes de Salas indican que, en la iglesia de Santa María, dentro de un nicho de la pared del presbiterio, al lado del Evangelio, se encuentran las siete cabezas. Y lo dicen con la clarividencia y la exactitud de quien sabe en qué mano tiene cada uno de sus dedos. Los sacerdotes Blas Molina y Atanasio Oyuelos son prevenidos de que Muñoz va a realizar las excavaciones de forma inmediata y se ponen a ello. Están presentes el alcalde constitucional, su secretario, celadores de protección, jueces, jefes militares, el comandante de la Guardia Civil y representantes de los vecinos. A indicaciones de éstos, a dos varas y doce dedos de altura sobre el nivel del presbiterio, se ordena a dos albañiles que extraigan una piedra de sillería que deja visible un nicho, y dentro de él, una caja de madera de pino carcomida y agujereada por la polilla. En su interior se encuentran restos de huesos de siete cráneos humanos que allí permanecen, levantándose acta de todo ello.

—Sugestión, sugestión... Eso es que alguien lo sabía —duda Combarro.

—¿Se refiere a que una persona conoce el secreto y persuade a los demás?

—Por ejemplo. Algo así.

—Si lo admitimos, tendremos que aceptar también que alguna de las dos mujeres conoce los gorilas y sugestión a los demás para que lo vean. ¿O es usted quien desempeña ese papel?

—Quite de ahí. ¿Cómo voy yo a desear tamaña suplantación?

—En eso estamos de acuerdo. Por lo tanto, voy a pensar a partir de ahora que Vicentiña sabe qué es un gorila espalda plateada, pues en algún momento de su vida contempla un ejemplar.

\* \* \*

## 2 días antes / Muerto

Valle regresa a la aldea entusiasmado, explosivo y verborreico. No admite una palabra entre todas las suyas. El caso de Anllóns se le ha borrado del cerebro y ahora todo lo ocupa René Ghil.

—¿No estarás celoso, Acevedito?

—No, no lo estoy, pero creo que la literatura podía esperar hasta que volvamos a Santiago. Llevamos un ritmo de descubrimientos magnífico y no es cuestión de estropearlo.

—¡Oh, no, querido amigo! ¿Acaso no estoy aquí? ¿Acaso no he vuelto en un vuelo de banderola desde que Ghil retoma el suyo, majestuoso y aguilucho?

—Sí, eso hay que reconocerlo.

—Ven a mis brazos, bella amiga, la de los viajes astrales. Tú no eres águila, sino maestra de las entidades arcangélicas, ave del paraíso invisible, mi inspiración, mi flor andaluza de aromas pachulí y almizcle. ¡Cuánto añoré no olerte cuando Ghil me hacía flotar con su *Traite du verbe*, que es el invento más trascendental en el mundo literario desde que los súmenos descubrieron los rasgos de la escritura! ¡La orquestación de la frase, Petrita! ¡La orquestación de la frase! ¡Ahí es donde voy a mojar mi batuta para componerte la *Sinfonía de las nubes*!

—Aquí también han pasado cosas —dice Acevedo, con envidia manifiesta de que Ramón haya estado en contacto con tantas maravillas.

—Perdonad por la barbolla, pero vengo lleno de palabras que se escapan de mi boca, porque al zarandeo de la diligencia se han agitado como guisantes en puchero.

—¿Has vuelto con el Tío Zocas?

—¡Ni hablar! Bastante tortura tuve en la ida. Vine a Carballo y allí logro que me trasladen a Malpica unos amables ropavejeros que van en carreta de pueblo en pueblo, donde compran barato para vender luego algo más caro. Lo que haríamos todos. Así que nada de monturas. Una buena tabla, por lisa y dura que esté, es preferible. Un tablón de roble aunque te aplaste el trasero y luego debas abombarlo de nuevo con patadas a las zarzas. Sobre uno de ellos vine en compañía de las esposas de los comerciantes, que son costureras y que me ilustran con mil y una historias dignas de ser escritas. ¡Cuánto mundo desconocemos, Acevedito! El camino ha sido más dilatado, pero con menor sufrimiento para mi rabadilla. En fin, ya les contaré alguna noche de tormenta. Pero díganme. ¿Qué novedades son ésas? ¿Se ha manifestado el Gran Espíritu de Manitú, el dios de las inmensas praderas americanas?

—Las sabrás poco a poco, pero te adelanto que el viajero llegado a Anllóns es Prudencio Landín, quien dice conocerte.

—¿Landín? ¡Y tanto! ¡Su padre, don Andrés, ha tenido la humorada de publicar mis *Femeninas*! Así que ya no abundo en más razones. ¿Y viene a lo mismo que nosotros el bueno de Prudencio?

—A lo mismo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué concurrencia de filibusteros!

Petra Simona no aguarda a que se lo diga Acevedo, y lanzándose a su cintura, se lo desvela con la vista puesta en los ojos cristalinos de Ramón.

—¡Y yo he vuelto a volar! ¡Ahora lo hice dentro de la casa de Desamparados! Acevedo está encantado de cómo sonambulizo. ¿Está bien dicho? ¿Ves que ha sido un acierto traerme?

—Sí, con creces.

—¡Mi pequeña! —exclama Valle, temeroso de que le hubiese pasado algo a la muchacha.

—Sí, y me metí dentro de Muerto, que no es un muerto, sino que dice que son cien mil millones, o sea, cien mil millones de muertos. ¡Como para perdérmelo!

—¡Alabada sea la virgen de Linarejo! —insiste Valle en una de sus invocaciones favoritas—. Como decís por el sur, ésa sí que es una *jartá* de muertos.

—He hecho los cálculos y creo que Muerto se refiere a la cantidad de hombres que han existido a lo largo de la humanidad. A todos. Es decir, todos los muertos son él.

—¡Me voy dos días y os dedicáis a tender puentes con el Más Allá! ¡Y no con el espíritu del holandés errante! ¡Con todos los que en la historia han sido!

—Muerto es lo mejor que ha podido pasamos. Cuando se entere Pandolfini, compra un billete de la Mala Real Inglesa y se viene. Con mi amigo he realizado vuelos nocturnos en cientos de ocasiones. De hecho, Muerto dice conocerme, pero nunca hasta ahora se presentó ante mí como cien mil millones. ¿Entiendes?

—Lo intento. ¡Estáis vulnerando las matemáticas! Comprende tú que yo sólo vengo de conocer a René Ghil, que ha sido muy importante para mis aspiraciones literarias, pero admito que es más trascendental charlar con todo muerto viviente ¡y desayunar mojicones con Dante, Petrarca y Boccaccio al mismo tiempo!

—Tú también estás en el desayuno. Ya verás.

—¿Ya estoy muerto? ¡No me había enterado!

—¡Qué va! —se ríe Acevedo—. Tú vas a dar mucha guerra todavía.

—Te lo agradezco. Tengo varios libros comenzados.

—Déjame que prosiga. También ha venido a diligenciar un instructor de Santiago, el canónigo doctoral Nicanor Cruz y Coronel.

—Me suena haber leído ese nombre tan sonoro. Si no me equivoco, se pronunció este invierno mezclado en gatuperios y cabildeos de la curia; vamos, lo propio del arzobispado compostelano.

—Y lo mejor —intriga de nuevo una sonriente Petra Simona—. Te he visto en Santiago.

—¿A qué te refieres? ¿De qué nueva brujería hablas, pequeña sibila andaluza?

El médico argentino-gallego pide calma a los dos para no desperdiciar la prueba de transportación hipnótica que realizan sin conocimiento de Valle. Cuando logra reposar los ánimos, se lo explica al escritor.

—Se trata de que nos digas con la mayor precisión posible qué hacías anteayer, entre las cuatro y veinte y las cuatro y media de la tarde, aproximadamente.

—Veamos. Déjame que recuerde. Sí, anteayer ya estaba en Santiago. Almuerzo con unos familiares de Ulloa que me ofrecen una opípara comida en su casa de la Rúa do Vilar. Luego bajo al Casino e intento llevarme al bolso algunos cobres en una partida de monte. Pero ni con bizcas ni con contrabizcas, ni con judías o contrajudías, soy capaz de ganarle a la banca ni una sola vez, por lo que desisto.

—¡Bien! Es suficiente. Ahora escucha otros detalles que te dirá Petra Simona y confirma si son ciertos o no.

—Espero acordarme. Ayer me ocupa la cabeza una escena para una pieza que pergeño, y estando en ésas, pierdo el hilo con facilidad.

—Confiemos en que no. Adelante, dile.

—En el Casino estabas de pie...

—Sí, no pude sentarme por no haber sitios libres.

—A la derecha de la banca...

—¿A la derecha? Sí, exacto.

—Vestías chaqueta y sombrero de alas anchas.

—Sí. ¡No era el mismo traje de la mañana! ¡Me fui a cambiar antes de comer! ¡Asombroso!

—Entre los que os encontráis a esa hora en el local está otro hombre llamado Ramón.

—¡Claro! ¡Ramón Candeso!

—Y Joaquín.

—¡El de la Romana! ¡Sí!

—Lisardo... Rafael... y Attallio...

—¡Attallio Pontanari! ¡El Hércules esgrimista! ¡Eso es! ¡No creo que hubiese en el Casino más personas de las que conozca su nombre! ¡Es maravilloso!

—¿Más o menos maravilloso que René Ghil? —se guasea Acevedo.

—Es distinto, Acevedito; muy distinto. Ghil es la excelencia de la escritura. Esto es el límite de la ciencia. ¡Y los dos juntos, la perfección!

Al comprobar que el experimento compostelano ha sido un éxito, la atención de Valle se reconduce hacia Telia y el caso de Anllóns para aparcar, en la medida de lo posible, sus divagaciones literarias en torné ao a Ghil, con el cual, es cierto, Acevedo mantiene una sorda rivalidad. Todos los celos que pueden darse cuando los estilos literarios luchan contra el espiritismo, es decir, no demasiados. Ramón se regodea de lo que podrá contar en tertulias sobre el viaje astral que protagoniza. «¡Patidifusa dejo a la concurrencia!».

El abogado Landín y el escritor se funden en un abrazo y luego, los cuatro reparan fuerzas en la bodega de Xuliana para aligerarla de queso, vino y embutidos. Con el fin de zanjar discusiones para centrar el estado de la cuestión, Acevedo organiza una nueva sesión con Muerto que pretende ser la gran inmersión en los secretos de la Casa do Demo, si es que se debe llamar así, o simplemente, casa de Desamparados.

Luego de almorzar, los tres hombres y la muchacha se encierran en el cuarto de ésta en Cesponzóns por ser el más amplio y mejor acondicionado. Allí Acevedo la vuelve a convertir en su médium y allí navegarán en busca de Muerto para penetrar de su mano en donde sólo lo hacen las aves de la sabiduría.

Como siempre, Petra Simona es una mente fácil de conducir y el mejor camino para llegar. Un trayecto corto.

—¿Eres Muerto?

—Podría decirse que sí.

—¿Me conoces?

—Claro. Tú todavía tienes nombre.

—¿Y tú no?

—No. No lo necesito. O para que me entiendas mejor. Tengo todos, menos los que tenéis vosotros, los vivos.

—¿Pero entre vosotros no os llamáis muertos? ¿O sí?

—No, nos llamamos porque no somos muchos, sino uno solo. ¿Te acuerdas?

—Sí, cien mil millones.

A Valle se le ocurre formular una pregunta enrevesada, para obligarlo a salir de ese bucle en el que parece enredarse para dar vueltas sobre sí mismo, o sobre ellos mismos, si son tan numerosos como él/ellos dice/dicen.

—Muerto, haznos un favor. Ponte en la piel de un vivo y dinos cómo deberías llamarte a ti mismo de una forma correcta sin dejar de ser Muerto.

El ejercicio al que es sometido no parece causarle un gran problema, porque al instante le oyen por boca de Petra Simona:

—Esfera alfa creciente.

Acevedo se queda en silencio, maravillado de la argucia de su amigo, hasta que insiste:

—¿Tú cómo prefieres ser llamado?

—No prefiero. No tengo nombre.

Valle le recrimina con la mirada que regrese al bucle, ahora que él ha conseguido llevarlo fuera de su rutina. Muerto les ha mostrado el camino para hablar con la Esfera o viceversa. No es un interlocutor como los que acostumbran a tener en las tertulias de las botillerías. Es otra cosa, casi como una máquina. Él lo ha dicho.

Por eso ahora Acevedo sigue las sugerencias de Valle y realiza a Petra Simona la siguiente pregunta, aquélla con la que pretende descerrajar las siete llaves del sepulcro de Anllóns.

—Nos dijiste que en la Casa do Demo no ha pasado nada, seguramente porque para Muerto es así. Pero si Esfera alfa creciente tuviese que relatar a un vivo lo sucedido, tú que lo sabes, porque Muerto lo ha vivido, ¿con qué palabras lo haría?

Mientras Landín, Valle y el propio Acevedo repasan en sus cabezas si la formulación de aquella enrevesada pregunta es la correcta, Petra Simona comienza una narración que va a prolongarse durante horas y que los mantendrá sin pestañear, atornillados a sus sillas, a sus lápices y a sus viejos carnés, pues arranca veinte años antes y contiene preciosas informaciones de Muerto a través de alguno de sus cien mil millones de miembros, como, por ejemplo, don Rosendo Abuín.

**Esperpento segundo que es primero**

# I Muerto habla

## 11 días, 2 meses y 19 años antes / Paquiña Toribio

**D**urante la misa, las mujeres de San Fins ocupan la bancada izquierda de la iglesia y los hombres, la derecha. Se repite así desde tiempos inmemoriales y nadie se pregunta por qué, salvo cuando hacen corrillo en el atrio y matan el tiempo con pullas de unos contra las otras. Don Rosendo tampoco. Los parroquianos intuyen que ha de ser para descartar contactos entre los sexos bajo sagrado, pero nada más. Cuando van a misa a otras parroquias, la costumbre se mantiene y sólo algunos que han asistido a funciones religiosas en Santiago o Coruña, o aquellos que regresan de América, cuentan que allí hay iglesias en las que ha desaparecido la división, lo cual ha de ser considerado signo del nuevo siglo que alborea.

Incluso cuando se celebra la novena de San Antonio, a la que no acude ningún varón por considerarse impropio de hombres, todas las mujeres se mantienen a ese lado de la iglesia y queda vacía la otra mitad, como en un pueblo de viudas. Tan de mujer es el santo antoniano que don Rosendo lo coloca todo rufo frente a ellas, de forma que en medio de los rezos las solteras puedan levantarse, y con la disculpa de besarle el hábito, escudriñan entre sus pliegues en busca de un alfiler clavado allí. Cuando lo localizan, se lo llevan y dejan otro en su lugar. Si completan el ritual se casarán dentro de ese año. De lo contrario, ni novio, ni boda, ni un mal pretendiente borrachín, de los que no dejan cortinas en los vasos y hablan de amor con la tranca puesta.

Ana de Granda, la que vive en Canasteves, así lo cumple, pero permanece soltera. Al año siguiente no sigue la novena y se casa. El suceso ha dado mucho que hablar entre el mocerío. «Le valió el alfiler del año pasado», se dicen entre ellas. Y es que hay unos alfileres de mayor carga magnética que otros.

Lo que más discuten y porfían los parroquianos de San Fins es dilucidar a qué parte de la nave del templo corresponde llamar con justicia la derecha, y cuál ha de ser la izquierda, pues de todos es sabido que la diestra representa lo recto y positivo, mientras lo zurdo es curvo, ruin, maligno y negativo.

—Si tomamos como referencia al oficiante que dice la misa, pongamos por caso a don Rosendo, cuando éste alza su brazo izquierdo, da al lugar de las mujeres, y el derecho, al nuestro. Y cuando entras en la iglesia, a la izquierda se van las casadas, las mozas y las niñas, y a la diestra, nosotros.

Así razona Lucho Oliveira, que está casado en Fonte de San Eleuterio con una vecina del Muíño de Pelamio, y besa a su mujer antes de separarse en la puerta de San Fins para que vaya a uno de sus bancos, se siente y se arrodille, mientras él toma la dirección opuesta. Es el mismo comportamiento que siguen en los años anteriores a la generosa donación de los Portela, que dota de mobiliario a la iglesia. Cuando no había bancos cada uno también iba a sus lugares

respectivos, como en los bailes de salón antes de arrancarse la orquesta con la música, o como en los que se organizan en O Petón, donde siempre hay puñetazos y cuchilladas, porque con ese sistema alguien le pide la pieza a una casada y ya está montada la bronca. En la iglesia también da lo mismo solteros que casados. La única excepción son los niños, que acompañan a sus madres mientras no gasten pantalones largos. Así sucede hasta que reciben la Primera Comunión. Se nota que luego ya son hombrecitos peligrosos y se van a la derecha, como los padres. A ese lado también está el baptisterio con la pila del agua bendita, y muchas mujeres, la Pekinesa entre ellas, se la llevan en botes medianos, de medio cuartillo o así, porque es buena contra los dolores de cabeza y apacigua las molestias del menstuo; pero, ojo, sólo surte efectos si se recoge después de que el cura alce la hostia y antes de que eleve el cáliz, por lo que, a veces, durante la consagración, hay cola delante de la pila, sobre todo en las misas dominicales. Alguna ya le ha dicho al párroco: «A ver si hoy deja la hostia más tiempo arriba, don Rosendo, porque el otro domingo no me dio tiempo a llenar el bote». Y el cura obedece, porque a bueno no le gana ni el Cristo de las Cinco Llagas. «Está bien, mujer; pero tú espabila, que no voy a estar consagrando una semana».

—¡Venga, Maruxa, que ya agarró el copón! —le grita su madre, una mujer que se crió en el Muíño da Condomiña y que tiene un ojo de cada color y una pierna más larga que la otra.

El eje de la iglesia da para mucho hablar.

—Si la pila está a la derecha querrá decir algo —sostiene Paco Cirolas, el ferreiro de A Abelleira—; no la van a poner ahí por nada.

—Lo importante de las iglesias es Dios. Si no está Dios, no hay iglesia; eso no lo podrá discutir nadie. Por lo tanto, si Dios está en el altar como las imágenes de san Fins, san Bieito, santa Catalina y santa Rosa de Lima, tiene que mirar a los fieles, de cara a ellos. ¿Cabal, no? Pues entonces el brazo derecho de Dios se coloca donde estamos las mujeres, y el izquierdo, donde estáis vosotros. ¿Y qué brazo es más importante, el de Dios, o el de don Rosendo? ¡Responda, responda!

Quien replica a Lucho Olveira en el atrio de la parroquia es Farruca de Riás, que obtiene las risas y los aplausos de las otras mujeres, aunque a algunas les parece una desconsideración ver a Dios así, de frente, como si fuese un cantista de una orquesta el día del baile, o el alcalde en el pleno municipal. Además, Dios no tiene brazos. O tiene muchos, o tiene todos, o yo qué sé.

Terminada la misa, Paca Toribio se acerca a Desamparados y la toma del ganchete.

—Déjalas con sus tontunas, Amparito, y acompáñame a casa, que te quiero regalar una docena de peras virgulosas que son todo agua.

—No te molestes, mujer —rechaza la esposa de José García.

—No es ninguna molestia. Lo cierto es que quería consultarte una cosa, y así, de camino, nadie nos interrumpe.

Desamparados abre oídos a Paca cuando ya enfilan el Camiño dos Xungales que lleva a su domicilio.

—Pues tú me cuentas.

La Toribio, que era de la familia de los Carballales antes de matrimoniarse, no suelta del brazo a Desamparados, que casi le dobla la edad. Ella se devana los sesos por dar con el motivo de tanto misterio por parte de Paquiña, a la cual, puesta en balanza, se le van y le vienen los pro y los



contra de la honradez y la seriedad. Dios la perdona de pensar así, pero sus entendederas no dan para otra cosa, y la Paca, tampoco.

—Mira, Amparito... —A Desemparados le irrita si le tronchan el nombre. Y si usan el diminuto del hipocorístico como ahora, mucho peor—. Ya sabes que durante las costeras mi Jesús pasa semanas fuera y, claro, te quedas muy sola porque la casa es muy grande. Aunque peor es tu costera, teniendo como tienes al tuyo en América. Qué te voy a contar que tú no sepas. No se les pueden enseñar las olas a los percebes, con perdón por la frase.

Desamparados la mira con repugnancia, para que no haya duda sobre el sentimiento que le inspira.

—Esta última campaña de la sardina coincide, como siempre, con la romería al San Xián de Brantuas, y allá que me voy con unas amigas, así como de broma, más que nada para quitarme las telarañas de los ojos y el frío de la barriga. Nada más que para eso. Pero una de las comadres se pone a bailar con un chico de aquí, y lo hacen tan bien, que a mí me da por mirarle a su pareja, y a uno de Niñóns, por mirarle las piernas a ella, y se ve que le gustan. Y así, el de aquí se queda sin mi amiga, el de Niñóns la agarra por la cintura, el de aquí se me acerca, el de Niñóns la aprieta y al de aquí le da por hablar conmigo mientras mi amiga se amartela tanto con el de Niñóns que en vez de dos parecen uno. Se ve que yo también le gusto al de aquí. Y de tanto hablar vamos al baile, y del baile, como ya anocheía y nadie había delante, vinieron unos apretones y unos besos...

—Y de los besos, vinisteis a hoy, que ya te conoce completa como la madre que te parió.

—Sí, carajo; más o menos. ¿Por qué lo sabes?

—Por vieja. Te entendí a la perfección, Paquiña. Lo que no comprendo es qué hago yo en medio de vuestro pecado, o como quieras llamarle.

—¡Tampoco es eso, creo yo! Que por unos besos no fusilaron a Torrijos. Te lo digo como lo siento y me vas a perdonar, pero el hombre quiere que estemos juntos y yo también lo quiero. Sólo por estar un rato, que yo no lo cambio por mi Jesús ni que me lo regalasen con casa en Carballo. Es por no estar sola y darnos unos abrazos cuando te aburres, te puedes imaginar, Amparito. Malicia no tiene ninguna. Lo que pasa es que él está un poco loco y lo quiere todo. Seguro que lo conoces porque es vecino, ya digo. Vive en Cruceiro da Garga. Se llama Elisardo y trae a las mozas alborotadas del todo, aunque él me prefiere a mí, porque dice que por ahí sólo hay chiquillas chifladas. Y las que van a las Brañas de Varela son putas como las coruñesas. Como las del puerto, se refiere. Vamos, que está ya muy cansado de picotear y quiere una amante estable, porque él también se embarca desde que era un carajuelo. Estuvo en Canarias, en tierra de moros, en las Azores y todo por ahí. Dice que en las islas tiran al agua la leche de una planta que le llaman vernasco y gordolobo, y de esa manera la embarbascan, o sea, según me dice, que duermen a los peces y después los cogen con la mano. ¿Te imaginas, Amparito? Él se trajo vernasco de las islas y me promete que un día va a dormir a todas las truchas, las lampreas y las bogas del Anllóns para que nos las comamos juntos. Y yo le digo que está loco y que no lo haga porque si alguien las come también se va a quedar dormido como los peces. Yo creo que me lo cuenta para que me ría y así llevarme a la cama, que es lo que nos gusta. Pero, claro, él en casa tiene a los padres y a una hermana; yo en la mía no puedo, porque si se presenta Jesús de repente, nos mata allí a los dos y se hace un gorro con lo que le cuelga al Elisardo. Y al ser yo casada, tampoco me aviene ir a las Brañas, ni al pradito que hay en Cercando, ya sabes, como las mocitas de culo

inquieto, porque me ven los otros allí tirada y pasa lo mismo, que me mata Jesús, mata al que esté conmigo y mata a las brañas. Y eso que Jesús es calmado, como cuando aquello del maestro de Cospindo. Seguro que algo llegó a tus oídos. Pensando yo en todo eso, me dije: «Paca, ¿no te das cuenta de que Desamparados tiene la casa para ella sola y, en fin, por lo que sé, no anda bien de cuartos? Entonces, a lo mejor, si se junta una necesidad con la otra; a ella qué más le da. Por unas perras, digo yo; eso, por unas perras, organizamos y los días que se pueda, los que pueda ella y pueda Elisardo y pueda yo; pues eso, a cambio de prácticamente nada, ella se lleva un dinero, que a eso nadie le va a hacer ascos. Y si es por amor, pienso, a ti ni te va ni te viene y te metes en el bolsillo algo sin esperar a vender cebollas ni tomates, ni miedo hay a que se estropeen, ni es trajinar en casa de otros, porque es trabajo sin salir de la tuya, y ni trabajo es, que el trabajo lo va a hacer el Elisardo, o eso espero, porque, a mayores de loco, es un poco tonto y vago a rabiar, todo hay que decirlo».

—No me tomes el pelo, Paquiña. Elisardo es el mozo más idiota de Anllóns. No se le cae el moco porque se empeñó don Rosendo en Catecismo. ¿Cómo pudiste...?

—¡Bo, bo, bo! ¡Eso dicen todas las que no lo tienen encima! ¡De tonto no tiene un pelo!

Paca permanece un suspiro en silencio para darse ánimos, y luego remata:

—Yo había pensado que una peseta por tarde no estaría mal, ni para ti por ganarla, ni para nosotros por darla. ¿Qué dices, Amparito?

Desamparados se calla todo lo que se le viene a la cabeza. Se lo come y mastica en silencio, del brazo de Paquiña, que la mira de vez en cuando con sonrisa preguntona y azorrada, pero dejándole sin palabras, para que la mujer lo triture, pues sabe que la propuesta es un sapo de piel rugosa y densa como el cuero revenido.

«Yo no soy tan buena como para darle lecciones a la Paca, pero me ha insultado», piensa la mujer de José García, a la que se le presenta el negocio de albergar la fornicación. «No por puta, celestina o cabra, sino por piojosa. Por pelanas, abandonada y miserable; tanto que me toma por alcahueta. Lástima que yo no sea tan buena como para escupirle en la cara y dar la vuelta cuanto antes a mi casa. La puta es ella, y el mozo, un cabrón majadero, porque las pesetas que me quieren dar, lo apuesto, salen de la costera del Jesús, como si lo viese. Pero yo no soy tan buena, que, si no, se iba a enterar esta rastrera jodedora y sus peras de agua. Un buen palo le metía yo por el culo».

—Dos pesetas sería lo conveniente para algo así. Cuenta que tendré que lavar algo de ropa — vomita Desamparados a la mayor velocidad de la que es capaz.

—De acuerdo —cierra la Paca el trato con la rapidez de quien no va a pagar el precio en liza y por lo tanto no se entretiene en el regateo.

—Y si me lo permites, me voy a casa.

—¿No recoges las peras?

—No, se ha hecho tarde. Llévamelas cuando vengas a chingar el primer día.

—¡Mujer! ¡Qué brusca!

—Sí, para merengue ya estás tú.

\* \* \*

### 3 días, 11 meses y 18 años antes / Carmucha de Liste

Carmucha de Liste se asoma a la ventana de su casa y ve pasar por el camino a Desamparados en compañía de Paquiña Toribio, una mujer mediana, pero entrada en carnes, dicen que al gusto de marineros y labradores.

Casó con Jesús, que ahora se hace a la mar en cada costera, cuando siempre fue más de tierra firme y poco amigo de mareas. La Paca ya le ha sacado unos cuartos al maestro de Cospindo cuando le hizo de ama de leche porque a la maestra no le subía ni a tiros. Ella había perdido el niño por saltar cercados en busca de alegrías, o eso cuentan las lenguas pinchonas. El enredo con el maestro se sabe con pruebas de juzgado porque la esposa le monta el escándalo en la escuela, delante de los infantes. Falta poco para que los niños vayan con los detalles a sus casas, pero largan lo suficiente y los entiende hasta Abundio. Jesús lo descubre, claro, pero ella lo camela con el cuento de que todo se debe a que el maestro la ve con la teta fuera y al mamón de su hijo dándose atracones de las dos. Vamos, que el padre no se contiene y se las toca justo cuando la mujer entra en la alcoba. Después él escapa a la escuela y ella lo persigue con la tremolina. Difícil de creer, pero a Jesús, que es de buen corazón, le llega para volver al barco como si tal cosa. Lo que cuentan quienes lo saben es que primero la Paquiña le daba la teta al niño, y luego a él. En otra se dudaría, pero en ella se cree todo. Al final acaba por comprar leche esterilizada, que se anuncia como inmejorable para el destete.

Carmucha de Liste se retira de los cristales para que las dos mujeres no detecten su presencia, pero permanece tras ellos, quieta como una lagartija al sol, para conocer sus movimientos.

Caminan despacio y charlan muy animadamente, pero Carmucha, que no es tonta, les pilla mucho fingimiento de ademanes, con las manos y los brazos por allí y por allá. Manos que nunca mueve tanto ni para *escorrenar* las moscas, se dice Carmucha. También le sorprenden porque escudriñan sus ventanas para descartar que nadie las ve, eso seguro, y las de las otras casas, por lo mismo. Ahora es Manuel de Penide quien baja del monte dos Preos con el machado al hombro. Lo saludan y ellas siguen camino al pinar. Manuel desaparece y vuelven las dos con la misma cháchara, como si no fuesen al bosque, sino a dar largas y volver. Creen que ya nadie sigue sus movimientos, pero Carmucha está allí, detrás de la ventana, como una *meiga asumcorda* de esas que vigilan para clavarte el mal de ojo en cuanto ven oportunidad.

Cuando llegan a la vega de Desamparados, la abren, rodean la casa y se meten dentro. A la mujer que las acecha le salta el corazón. Sabe que ha descubierto un importante secreto de la aldea. Algo de amoríos. O hay faldas, o deja de llamarse Carmucha, Carmiña, Carmela. Debe poner la cena a calentar, pero una fuerza irresistible la mantiene pegada a la hoja, con la casa de los García encuadrada en los cuarterones centrales de la ventana. Sólo pasan unos minutos antes de que haya movimientos. Se abre la puerta principal y asoma Desamparados con un cesto en la mano. La cierra y se va. ¿A comprar? A estas horas no se compra nada, y eso que Leuterio no cierra nunca. La mujer toma el camino del pueblo y desaparece del campo de observación de Carmucha. ¿Y la Paca? ¡La ha dejado dentro! Al poco, la escena se completa con el avance de Elisardo. El muy tonto camina haciéndose el despistado ¡por medio de la *chousa* de Desamparados! Como si con eso disimulase su presencia allí. Viene del fondo de la finca. Carmucha lo ha visto todo. Ella, como cualquier otro vecino de A Gándara, sabe explicar lo que

sucede. Desamparados les deja su casa para que Paca Toribio pueda acostarse con Elisardo. Mediará o no dinero, pero que imparta un rayo si no es verdad.

\* \* \*

## 8 días, 10 meses y 18 años antes / Dídica Manteiga Sollóns, señora de Portela; la Pekinesa

Agostiño de Tomasa sale por la cancela sur de Desamparados cuando la Pekinesa todavía no ha abandonado la cama. Ha sido un bravo combate de carnes entrechocadas hasta desfallecer, al gusto de la señora, que lo exige y lo reclama sin disculpas ni demoras. Ella le ha adiestrado durante semanas en cómo debe moverse y él tiene el brío requerido para cumplir las enseñanzas sin tacha.

Pero ahora que su invencible gladiador se retira para juntarse con los mozos de su edad en otras francachelas, la mujer se abandona al descanso en cama ajena sin reparar que por las mismas escaleras sube alguien con el que no cuenta en esta cita.

La señora de Portela sólo se apercibe cuando un hombre llega al aposento, abre la puerta y se da de bruces con ella, todavía desnuda en la cama.

—¡Elisardo! ¿Qué haces aquí?

—Disculpe la señora. Yo no sabía...

—No sabías, pero ya sabes todo.

—¡Así me sane Dios que mis labios están sellados! Nada vi, ni nada sé. La señora puede estar tranquila —dice azorado—. Elisardo será una tumba.

Dídica se incorpora de rodillas sobre la piltra y deja sus pechos a la vista del recién llegado. La mujer se ha erguido con las sábanas entre las manos para taparse el pubis; sin embargo, cuando el babieca oficial de Anllóns más embobado está con la visión, las suelta y la tela la descubre por completo.

—Así que tú también frecuentas la casa de Desamparados. ¿Y quién es la afortunada?

—Es Paquiña, señora. La Paca Toribio —dice Elisardo sin titubeos, atrapado por la desnudez de la Pekinesa, una imagen con la que ensueña para sus masturbaciones desde que las descubre.

—¡Vaya, vaya! ¡La rival de la maestra de Cospindo! Si tú te has llevado una sorpresa, yo me la llevo mayor. ¿Así que Paquiña te paga para que la achuches? ¿Eres bueno en la cama, Elisardo? ¿Eres buen jinete?

—Señora, nada diré. Y yo le ruego, si no es mucho pedir, ya sabe...

—Anda, ven; no seas tan lelo como dicen por ahí. Probemos en qué se entretiene la mosca muerta de Paquiña.

—Señora, la Paca va a llegar ahora y quizás a usted...

—No te inquietes, yo también sé acabar a mataballo. ¿Cómo decís vosotros? ¿Un mete-saca?

—Sí, señora. Eso dicen, que yo no.

La Pekinesa despliega sus armas de irresistible seducción y engulle al muchacho entre las sábanas sin que él se resista, antes al contrario, pronto está bien preparado para darse un festín que jamás podría haber imaginado. No son necesarios prolegómenos para que la señora saboree nuevas mieles, y casi sin tiempo de darse cuenta, salta de la cama y a toda prisa se viste su uniforme del amor y marcha a lomos de su fiel yegua Parda.

—Me gustas, Elisardo. Te llamaré alguna tarde.

—Sí, señora. Usted también me gusta.

—No seas idiota, gañán.

\* \* \*

## 2 días, 10 meses y 18 años antes / Modesta Barizo Pardines

El Pallarén cae agotado y sudoroso sobre la espalda de su amante, que lo recibe sin más ropa que la sábana. Desamparados la cambia puntualmente después de cada encuentro por indicación expresa de la mujer y porque Paquiña también es muy mirada para eso, aunque sólo la Pekinesa sabe que la casa sirve de refugio a dos parejas de fornicadores peripatéticos como ellos. La señora de Cesponzóns y, desde hace unos días, también Elisardo, que se muerde la lengua por las esquinas devorado por las ganas de gritarles a todos que él, el tonto de Elisardo, tiene a doña Dídica desnuda entre sus piernas cuando quiere. No lo hace, pues aun siendo notable su cortedad, no lo es tanto como para intuir que, si se va de la lengua, a la señora no le va a gustar y posiblemente no quiera volver a verlo, ni vestido, ni desnudo.

La muda limpia va incluida en el precio, así como un cuenco de leche rebosante de *tona* que encuentran todas las tardes en la mesilla y que el Pallarén engulle de un trago entre uno y otro embate carnal, espoleado para hacerlo por su amante. «Tómatela toda, que esta leche de Desamparados es de vaca rabona, y lo que le falta al animal va en el vaso para ti».

Al cabo de un tris, la mujer recobra el habla y lo hace runruneante, como gata petichona.

—Alguna tarde tendrías que dedicarme más atención, Pallarén. Ahora, en este sueño que lucha por vencerte, es el momento más dulce para iniciarlo de nuevo. ¡Venga, ánimo! Ya me tienes atrapada como un raposo a la gallina. Tú, mi raposo. Yo, tu gallina. Convierte este instante en un deleite de reinas, ¿lo harás por mí?

—De eso quería hablarle, doña Dídica.

Agostiño de Tomasa se pasea como quiere por el cuerpo de su rendida Pekinesa, pero no por ello pierde el tratamiento que todos le dedican a la bella señora de Cesponzóns, ni ella le consentiría apearse de formalismos que les permiten unirse piel con piel, sin dejar de estar separados.

—¿De qué quieres hablarme? ¿De la ventura de estar conmigo? ¡Ja, ja, ja! ¿De la frecuencia de nuestros encuentros?

—Sí, señora.

—Tiene gracia. Yo también había pensado en vernos más a menudo, así que tú dirás.

El hombre aprovecha que está sobre ella, que la inmoviliza con su corpachón de leñador y que sus miradas no se cruzan, para pronunciar esa frase que ha ensayado cientos de veces durante los últimos días y que ahora no se atreve a pronunciar, porque sabe que no será de su agrado y que la mujer puede convertirse en una serpiente peligrosa.

—Tengo que dejar de verla.

—¿Qué? —se encoleriza Dídica todavía incrédula.

Intenta voltearse para verle la cara al Pallarén sin conseguirlo.

—¿Con qué permiso dices eso?

Él la presiona boca abajo y le cubre las piernas con las suyas, para hacerse fuerte en sus muñecas. Su discurso no ha acabado y la prefiere así mientras esto no ocurre.

—Conocí a una muchacha y planeamos vivir juntos. Ella me quiere y yo a ella. Es una buena mujer. Hemos hablado de tener hijos.

La señora de la Casa Grande de Cesponzóns, la gran y todopoderosa Dídica Manteiga Sollóns, lo escucha aliviada. Sólo se trata de pequeños prejuicios que es imprescindible desterrar.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo eso? ¡También yo estoy casada y vivo con mi marido! Cásate con quien quieras. ¿Y qué? Luego nos veremos como hasta ahora. A tu mujer le darás una vida regalada con lo que ganas follándome. ¿Sabe lo nuestro?

—¡No! No sabe nada, doña Dídica.

—Mucho mejor. Y seguirá sin saberlo. Ya está decidido. Os doy trabajo a los dos como caseros. Así no tendremos que usar la vivienda de Desamparados y tú estarás siempre a su lado... y al mío. Lo que pago a Desamparados ya es tuyo. Y más.

—No puede ser, doña Dídica. Quiero besarla a ella sola sin necesidad de mentirle.

La mujer forcejea en la cama y Agostiño ya no tiene razones para mantenerla paralizada. La suelta, ella se vuelve, y nada más hacerlo, lo abofetea.

—Eres un miserable. Mira cómo me tienes, desnuda ante ti, suplicándote. ¡Yo! Tu señora, te llora y se arrastra. ¡Con todo lo que te he dado! ¡Ven, abrázame! ¡Hazme el amor y pensemos después en cómo organizar la boda! Va a ser una fiesta estupenda. Si queréis, la hacemos en la Casa Grande e invitamos a todo el pueblo, a los pobres y a los ricos. Que vengan de todas las familias porque ese mismo día les anunciamos que os quedáis a vivir en casa de los Portela. Que acudan los músicos y las charangas, que toquen juntos Os Gaiteiros, Os Cotelos y Os Torneos de Tallo. Que venga la orquesta de Corme con los requintos, los trombones y los fiscornos. Mataremos una ternera y mi marido traerá pescados frescos para tres días seguidos. Regaremos de vino la casona. ¿Cómo se llama esa ladronzuela de corazones?

—Modesta.

—¡Claro que la conozco! Honradísima mujer a carta cabal y gran persona al decir de la aldea. ¡Ah! ¡Y muy hermosa! Bien elegida, Agostiño. He oído a más de una familia, y al propio juez Octavio Nespereira, que en la cocina es canela en rama. Podrá trabajar en casa con los pucheros, ahora que Choncha va tan mayorcita y Herminia es todavía tan joven. Nos vendréis de perlas para...

Al Pallarén le repugna lo que oye, especialmente desde que la Pekinesa determina el futuro de Modesta como su cocinera.

—Yo no quiero que Modesta trabaje de esclava de nadie. Estará en su casa y hará la comida para nosotros dos —le dice, separándose del cuerpo de la mujer.

Pero Dídica no da la batalla por perdida.

—Haremos lo que yo te diga. Ahora te vas como siempre porque puede presentarse Desamparados. Demos tiempo al tiempo. Lo meditas hasta el lunes, cuando nos veamos de nuevo, y ese día lo volvemos a hablar con calma. Fíjate en todo lo que te ofrezco. Tu vida libre de preocupaciones. Y no creas que me voy a cansar de ti. Te lo aseguro, Agostiño. Te quiero, pero no como ésos que pierden la cabeza y dicen los imbéciles que «donde hay amor, hay celos». No, no, no. Celos, ninguno. Tú te casas y vivimos felices. Si os instaláis en Cesponzóns tendréis todo lo necesario a mesa y mantel. ¿No ves a Choncha? Nació en casa y se morirá en ella. Somos buena gente y contigo estoy absolutamente debida porque me has hecho muy feliz, aunque espero que haya sido recíproco. ¿A que sí? No todos los mozos de Bergantiños pueden tener a la Pekinesa en la cama, desnuda para ellos... Y sé que muchos lo desean.

Pallarán salta de la cama y comienza a vestirse. La señora de Portela repasa su cuerpo bien proporcionado y se considera incapaz de admitir que ese placer se evapore de hoy para siempre. Ella ha construido su entretenimiento y sólo ella decidirá cuándo le pone fin.

—El lunes no volveré, doña Dídica. No tengo nada que recapacitar. Vine con la decisión tomada y no pienso echarme atrás.

La Pekinesa desata la rabia acumulada en estos minutos y a gatas sobre la cama le lanza el vaso con la poca leche que le queda, alcanzándole en un hombro. El líquido discurre por su pecho hacia la piernas. Él se sacude y varias gotas pingan en el suelo.

—¡Con la decisión tomada, dices! ¡Por eso me chingaste hoy como cualquier otro día! ¡Dos veces, Agostiño! ¡Dos veces! ¡Esa es la decisión que traías! ¡No podrás olvidarme y te humillarás para volver cuando en invierno no tengas nada que llevarle al plato de tu Modesta! ¡Eres un cabrón! ¡Si no estás el lunes aquí, te destruyo! ¡Por Satanás que te destruyo!

Agostiño de Tomasa, recoge la cuerda que hoy trae como muletilla de disfraz. Abre la puerta y se vuelve para observar la desnudez de doña Dídica, que permanece de rodillas en el lecho.

—No soy su muñeco, señora.

Y cierra con suavidad la hoja sin evitar que los gritos de la mujer la traspasen nítidos.

—¡Mierda, Agostiño; mierda!

\* \* \*

## **7 días, 9 meses y 18 años antes / María Joana das Neves Melgaço**

Doña Dídica sale de Cesponzóns amparada por las últimas sombras de la noche. Ha dicho que va a encargar unos arreglos a la mujer que le cose en Ponteceso, pero a los pocos metros tira de la rienda a la Parda para que tuerza hacia la derecha, hacia Langueirón, el camino opuesto.

Ha dudado si debería comentar con Dámaso este desplazamiento, pero finalmente decide no hacerlo, de momento. Tiempo habrá si todo sale conforme a sus planes. Hace dos días que su marido está en Corme y lo previsto es que permanezca allí otros dos, pues es el fin de la costera y todo lo domina el bullicio de las salazones, que lo festejan con un atracón de arenques en la playa, o donde sea. Vayas donde vayas huele a xurelos asados y hay pendencias entre calvatruenos y metepatas. Los hombres de los faluchos traen cebo de caballa para el besugo, para los serafines de Vilaxoán y el *ollomol* de la próxima. Y si no lo traen, lo muestran en una taza como prueba para comprometerse a unos adarmes, a una calidad y a unas tarifas con el fin de que nadie negocie si no es con ellos. Los menos valorados son los cazonos y los *escarapotes*, que para algo tienen un veneno que revientan las plantas de los pies.

En estos días se arman muchas grescas de taberna, muchos dares y tomares por culpa de nimiedades, aunque su marido, ella lo sabe bien, no es de los que se rompen los forros de los bolsillos para que las monedas ganadas en la costera se caigan en el suelo de ningún *furancho* por culpa de cuatro vasos mal tragados. No caerán ni en el suelo, ni en el peto de su dueño. Jamás lo hicieron. Dámaso Portela disfruta con otros placeres más exclusivos y no todos bien vistos; como, por ejemplo, ser quien más engorda su patrimonio en cada costera sin salir de puerto, aunque para eso tenga que rodearse de dos o tres goliats traídos de Carballo que le ayudan a esquivar de su rostro los puñetazos que en estas fechas se disparan, pues, pese a ser de todos bien conocido, siempre puede colarse un novato borracho que se lo parta, por bruto, no por maldad.

Este año Dámaso marcha de Cesponzóns con el firme pensamiento de entrar en el negocio de los bochinches y de las furcias, pues ha calculado con su socio Souto de Neaño que en apimplarse y fornicar los marineros se gastan un tercio de lo que su compañía les da por la costera. ¡Un tercio! Si fuesen ellos los que ponen el vino chispón en las bandejas tintineantes de cada noche, y fuesen suyas las mancebitas de los jergones, ese tercio reingresaría a la bolsa societaria de donde sale. Incluso es posible que en esa operación encuentren ventaja los borrachines y puteros, pues los armadores están dispuestos a hacer precio para los tripulantes de sus barcos a cambio de un surtido de alcohol y la jodienda, con lo cual dejarán de ir a los garitos de la competencia. Eso les llevará tiempo, porque si el tabernero se muestra reacio a pactos o reventas, Portela y Souto de Neaño están dispuestos a que haya bronca sonada e incendios floridos con ojos a la funerala de por medio que disuadan al gremio de plantear negativas. El trabajo de matonería les lleva varias jornadas, durante las cuales Belarmino Souto de Neaño deja ver su perfil de cabo de varas por dos de los locales elegidos que mostraron su rechazo a ser comprados. Lo hace armado de un bastón-revólver y acompañado de los goliats contratados en Carballo, gente del bronce, que primero te rompen la crisma y luego, si el infeliz conserva el habla, preguntan filiaciones.

Dídica no sabe con certeza si el terrible lugar al que se dirige se encuentra en Os Melcos, o ha de seguir hasta A Carrasqueira, pero confía en que alguien o algo se lo señalará sin necesidad de preguntarlo.

La mujer se ha amendigado para la ocasión, mucho más de lo que acostumbra cuando utiliza su uniforme corsario para el amor, con botas altas, pelo recogido en cola, sombrero de los tercios flamencos y camisa masculina, sin bordados ni puntillas. Esta mañana, más que de humilde campesina o de amazona del amor, se viste como pordiosera de sacristía, lo cual es chocante y llamativo, tanto por su belleza, que no se oculta con cinco harapos jubilados, como por la yegua



Parda, cuya señorial estampa andaluza no casa con aquella pobreza impuesta, salvo que acabase de ser robada en un cortijo de toros y aceitunas.

Ella siempre se presenta pomposa y de punta en blanco, incluso cuando no ha de abandonar la casona, que ya bisbean los jornaleros que todos los santos días del año la Pekinesa espera la visita del rey, o lo parece con tanto perifollo. No lo espera, va. Hasta ahora iba ella en busca de su rey amado a la casa de las citas, pero hoy el viento sopla frío y cortante donde habitan las pasiones.

Esta mañana le ha instalado a la potra una jamuga apolillada que guardaba en las cuadras para montar a la amazona, y no a horcajadas, como los hombres y como le gusta a ella. Lo hace para que de lejos no se pueda identificar como doña Dídica de Cesponzóns. Y desde luego lo consigue. Con una albanega verdinegra que es pingajo de fregar y una albarda deshilachada que encuentra en el camaranchón de la casona, nadie la hace la mujer de fortuna que en todas las tierras de Bergantiños citan como la Señora por excelencia, aunque jamás le hayan echado el ojo encima. Quienes la aventajan en rango, las nobles de los pazos cercanos, no le ganan en dinero; ni en tierras, ni en barcos. Los títulos están bien para ser colgados, pero se empolvan y no dan ni un mal hueso de caldo, porque, como decía Calderón, los hay que atesoran treinta cajones de hidalguía y ayunan.

Cuando llega a Langueirón ya es completa la claridad del día. Dos mujeres avanzan hacia ella por su mismo camino. Llevan sendas guadañas al hombro y un pollino del ramal. Se cruzan las miradas y piensa que ésta es la ocasión para informarse.

—Busco a la Sota Portuguesa.

—No va mal. Y eso que nosotras de ésa no sabemos nada —le habla la mayor de las aparceras—, pero otras nos han dicho que si continúa hasta que vea varias casas a la derecha, puede tomar el camino que sube al monte y de allí no está lejos esa mujer por la que pregunta. ¡Si no nos engañaron a nosotras, claro!

—Gracias.

Una y otras prosiguen sin más palabras. Doña Dídica sabe que ahora hablarán de ella, murmurarán y harán mil suposiciones, pero está convencida de que, si algún día se vuelven a ver, no la reconocerán debajo de sus oropeles. La dicha será encontrar pronto el desvío y no cruzarse con nadie más, aunque al fondo de la vaguada se ve a varios hombres enfaenados. ¡Cuánto madrugan estos agrarios! La señora de los harapos espolea a la Parda para salvar cuanto antes a la cuadrilla, y por fortuna para ella, tras un *outeiro pequerrecho*, divisa las casas y la vereda hacia un segundo montecillo. Lo toma y asciende con la vista puesta a cada lado por si entre la maleza se escondiese la casa. Hasta que la ve ha transcurrido una eternidad. Así lo cree, porque sus nervios la traicionan y desea esconderse de la gente cuanto antes.

María Joana das Neves, de mal nombre la Sota Portuguesa, por no decir puta, que ya lo era su madre, y por nacer en el reino vecino, echa las cartas por unas perras, recita conjuros y sabe dejar intrigas en conductas de amoríos, porque así se asegura que volverán los ingenuos a por más noticias, sin darse cuenta los muy panolis que son ellos mismos quienes las llevan y las sueltan antes incluso de que ella baraje, una ventaja impagable para toda cartomante que desee fidelizar clientela.

—A mi Martiño le moscanea una moza de Bardaio que tiene andares de cuervo y que no me gusta nada —dice la consultante.

—Veamos lo que saben las cartas.

La Sota Portuguesa las extiende en cruz o en arco, según mejor le venga para la ocasión, y luego de junarlas brevemente, porque estas cosas que proceden del éter, o vienen de golpe o no vienen, emite un oráculo lo suficientemente oscuro para que sea diáfano.

—El siete de bastos invertido. Hay cambios. Atención. Alguien acecha. Es una joven, acaso una muchacha morena...

—¡Es ella! ¡La de Bardaio, que es morena la muy cabrona!

Aunque la Sota Portuguesa lleva auestas la misma fama de la madre, de bruja, de adivina y de darse a hombres a cambio de lo que sea, hoy sólo atiende a Fabián de Vilasuso, que eso sí, le regala algo de parné, piezas de cerdo después de la mata, y pescado siempre que lo tiene, pero sólo porque sabe que lo necesita, no por pagarle la jodienda. Como dice Fabián, casos de conducta no llaman trompetas, y si se acuestan o se dan banquetes de bacalao y cigalas, no es para dar razón a nadie. Echar las cartas donde Cristo perdió los clavos, no es lo mismo que hacerlo en la calle del Caballero de Gracia, donde Marineves sabe que una compatriota saca los cuartos a las señoronas de Madrid e incluso, si se estiran un poco en el bolsillo, las coloca delante de su difunto marido y hablan con el ánima del muerto como si tal cosa.

—¿Y no es el propio esposo amortajado quien se presenta?

—Unas veces sí, y otras es un tipo que hace de corista en el teatro del Príncipe, aunque nadie le ha visto abrir la boca ni para hacer un *sostenuto* de A.

Con todo y con eso, Fabián sólo sabe de Marineves lo que ella quiere, y su sorpresa sería grande si la oyese hablar en algunas sesiones. En la de hoy, por ejemplo.

La Pekinesa amarra la yegua a un madero y golpea por tres veces en la puerta sin obtener respuesta. Otras tres más y ahora sí escucha que algo se mueve en el interior del chamizo.

—¿Quién va a estas horas?

—Una mujer que la reclama —contesta la viajera.

—¡Mal de amores! —sigue Marineves desde dentro.

—Pudiera ser.

Y mientras abre el triple tablón que le sirve de puerta, Dídica descubre a una mujer todavía joven tras una sábana convertida en ropa de dormir y con los pelos alborotados como patas de cien arañas. Es la Sota Portuguesa, no cabe otra. Y para certificarlo le ofrece una primera muestra de sus capacidades para adelantarse a los acontecimientos.

—Nadie llama a esta puerta nada más salir el sol si no padece mal de amores. ¿Es así?

—Digamos que hay un hombre.

—Ya. Un hombre que te hace sufrir. ¡Pero si todavía eres una chiquilla! ¿Cómo puede ser que ese Caifás no te quiera?

—Soy casada.

—¡Vaya! Mal empezamos. Pasa, anda, pasa; que presiento dificultades. ¡Casada! ¿A qué edad lo hiciste?

—¿El casorio? A los quince.

—¡Será un hombre rico!

Marineves le ofrece asiento en la mesa central de una estancia que ocupa toda la planta de la choza, al tiempo que ella reaviva las brasas de una pequeña *lareira* y sopla sobre *toxos* secos para que vuelvan las llamas.

—Es un hombre con posibles, pero yo apporto casa y tierras para que los tenga.

—¡Sin prisas, que llego tarde! —se burla la cartomante—. Nunca sugerí que fueses de casa pobre. No hay más que quitarte esos trapos para darte cuenta. Incluso a varias leguas de Cesponzóns la gente sabe que cuando fuisteis al altar tú llevabas más plata que él.

—Quién sabe... —admite Dídica, segura ya de haber sido reconocida, aunque cuenta con ello. Mala meiga sería la Sota Portuguesa si la engañan cuatro pingajos mal puestos.

—Bien, y ahora, después de aquel día tan precioso, han pasado siete..., ocho años...

—Diez.

—... diez años y ha aparecido en tu vida otro hombre al que quieres con locura. Presiento cuál puede ser la historia...

—No —le frena el discurso a Marineves con brusquedad—. En efecto, hay otro hombre, pero no disputa el cariño que le tengo a mi marido, ni es mi intención dejarlo, ni podría pensar jamás que iba a estar mejor fuera de mi casa, con él al frente de nuestra hacienda y con él en la cama todas las noches, aunque cada uno de nosotros frecuentemos otras.

—Ya veo. Me traes una situación muy original por estos pagos. Unos esposos que no se sienten esposados. Razones habrá para que os mantengáis unidos. Razones de peso y plata, intuyo. Me dices que quieres a los dos, aunque para distintos cometidos; como hacen los agrarios, dos vacas de leche y otras dos para el arado... ¿Se puede expresar así?

—Me parece una grosería, aunque se diga en esta cabaña, pero sí, se puede, porque es así.

—Lo supuse. Los cuernos siempre van bien a estas historias.

—No me entretienen los detalles.

—Ya. Pero entonces no sé cómo te puedo ayudar con las cartas, simpática enamorada. Quieres a tu marido, pero te gusta revolearte con el otro y él te deja. Ya lo tienes todo, ¿o te intriga saber si alguno de los dos te miente, como tú haces con ellos?

—Yo no miento a ninguno. Ni ellos a mí.

Marineves deja caer su cabeza entre los brazos acodados a la mesa que les sirve para la consulta. Tiene el pelo ensortijado y magdalénico. Se lo recoge y le hace un nudo con un pañuelo que realza la finura de su cuello. Luego continúa:

—¿Ves? Peor me lo pones. Tendrás que abrirte y desmenuzar tu caso, porque quienes vienen a verme traen problemas más sencillos. O no las quieren, o quieren saber a quiénes quieren, o quieren que las quieran. Amarres, mal de ojo, embrujamientos, adivinanzas..., pequeños trucos para engañar la crueldad de la vida. A mí también me ha golpeado, no te creas. Mi madre decide irse de este mundo cuando soy una *neniña* de nueve años. Íbamos las dos a Inglaterra, de polizones, ya sabes, y al capitán se le ocurre echarnos del buque en Corme porque dice la tripulación que somos brujas y que se van a pique si seguimos toda la travesía. Son cosas de la vida. Si tanto poder tuviésemos, lo último que se nos ocurre es hundir el barco en el que viajamos. Por casualidad no nos tiran al mar y pisamos tierra sin pasar por agua, ni por fuego. Salimos adelante, o eso creía, porque antes de cortarse el cuello, mi madre me imbuye durante meses todo cuanto sé; las cartas, los amarres, la lectura de las manos... No es para reprochárselo. Si tuvo prisa en marcharse fue porque confiaba en encontrar algo mejor. Bien, ya sabes mi historia. Pero volvamos a la tuya.

—Amarres. Dijiste amarres.

—Sí, hago amarres. Ya sabes. Portugal, América, Galicia... Siempre se necesitan amarres, porque los hombres y las mujeres respiramos por las mismas heridas y en todas funcionan las mismas pomadas. Si te disparan al corazón, poco importa donde hayan fundido la bala. Pero me pregunto, ¿amarres en tu caso?

Dídica comprende que no se ha expresado con claridad, y se apresta a solucionarlo.

—Con el hombre que no es mi marido me acuesto desde hace más de dos años. Me deslumbra. Era el más bello ejemplar de macho que había visto. Me cuesta poco trabajo seducirlo, pero entonces descubro que es un zoquete, que es muy torpe en sus maneras, ya me entiendes. Es más, el bruto cree que las mujeres no disfrutamos, ni tenemos con qué hacerlo. El amor estaba hecho para el hombre y sólo para él, piensa aquella bella bestia. Lo tomo entre mis brazos como a un alumno de la escuela y le dedico semanas hasta moldearlo a mis apetencias, de modo que hoy pocos le ganan en destrezas, lo aseguro. Los encuentros se realizan en una casa a cuya dueña pago por acogernos, aunque bien es cierto que podría tenerlos en la mía, pues ya le digo que yo no les miento ni a uno ni a otro. Decido que nos veamos allí para ahorrarnos habladurías de la gente a mi servicio que acabarían por ver sospechosas las visitas del hombre. Sólo por eso. Al principio, cuando terminan las clases, le reclamo una cita a la semana, pero pronto le exijo dos días. Y tampoco son suficientes. Nada logra apaciguar las ansias de estar con él, ni siquiera él mismo, porque en el tiempo que media sin verlo, sufro las ausencias con dolor, con desesperación.

—Cariño, el destino te favorece —le dice la portuguesa—, pues de haber nacido siglos atrás, con esas ganas de hombre que te adornan, o te encierran en un convento para hacerte mística, o vas directamente a la hoguera. Las místicas pudieron disimularlo con visiones santificadas, pero a veces equivocan santos con incubos, elevan el tono de sus suspiros, alguien se va de la lengua y entonces tampoco se libran de arder en las llamas purificadoras. ¿Oíste hablar de Cristina de Stombelle? ¿No? Si me lo permites, diría que te pareces a ella. Antes de irse al otro barrio, Cristina de Stombelle declara que es poseída diariamente por incubos, precisamente desde los quince años a los cuarenta y seis. Después, tras treinta años de fandango conventual, la queman.

—¡Qué animales! Espero no parecerme a ella en su final. Sí, desde luego, yo agradezco el liberalismo del siglo XIX, pero no sé si mi caso y el de Cristina tienen el mismo origen, y espero que no. Yo, además de educar garañones, me refugio en estimulaciones solitarias. No será necesario que las describa.

—Tienes razón, cariño; no es necesario.

—Hace tres semanas, lo sé con exactitud, decido proponerle que venga a mi casa cada dos días. Le pagaré bien. Sabes que puedo hacerlo. Con eso dejaría de ofrecerse como destripaterrones a salto de mata y tendría a partir de entonces una vida relajada, como de príncipe a mesa puesta. Pero él me ha reservado otros planes. Meses atrás conoce a una muchacha de la que nada me dice y se enamora de ella, el muy mequetrefe. Así de sencillo. La novia no le exige lo que yo, claro, pero está dispuesta a darle hijos. Creo que ya se han visto desnudos y supongo que la mujer habrá conocido las siete maravillas que yo le enseñé. Todos mis esfuerzos arrojados por tierra para que los disfrute otra. No me lo ha dicho, pero es lo que corresponde. —Empiezo a entender la situación.

—Sí, el caso es que él renuncia al placer a cambio del trabajo, la miseria y los disgustos. Le suplico que podemos seguir viéndonos en la alcoba, que a mí no me importa compartirlo con la

zangolotina que se cruza en nuestro camino, que le pagaré para que los dos se hagan una casa en cualquiera de mis fincas, e incluso le prometo tierras que trabajar con tal de que permanezca a mi lado como hasta ese momento. Dos veces a la semana. No más, si no quiere. Pero a todo se niega el muy cabrón. Deja de venir a verme y sé que preparan el casorio para pronto, porque como no tienen dónde caerse muertos, vivirán con la madre de la entrometida y no necesitan más preparativos. ¡Ni vergüenza les da casar sin casa! ¿Y por qué no cambio de hombre si no es el amor lo que me une a él? Precisamente por eso. Porque no hay en Bergantiños un amante tan faraón, lo juro. Lo hice a mi medida y no puedo recorrer el mundo en busca de otro, ni atraerlo a mi lecho si no está a una legua de distancia, o al galope de mi Parda. Ese es el triunfo y la tragedia de mi riqueza.

María das Neves escucha embobada el relato de la mujer, pero, cuando vuelve en sí, se reconoce sin fuerzas para mediar en el sufrimiento de Dídica.

—Me llamo Maríajoana das Neves Melgaço. Quizá ni siquiera sea ése mi apellido. Sé que me dicen también la Sota Portuguesa, pues los canallas creen que una mujer que vive sola tiene que ser puta con todas las letras. Echo las cartas y me he ganado vitola de meiga y ensalmista, lo cual me ayuda para comer, porque las gentes no consultan sus cuitas con nadie a la que no le concedan ciertos poderes. O curas dentro de la iglesia, o meigas fuera de ella. También ganan terreno los médicos en estos últimos tiempos, pero ellos no pueden operar los males del amor, ni del dinero; al menos hasta ahora. Un buen hombre de Vilasuso me regala esta choza de pastores para que viva en ella. Hoy nos acostamos como esposos, pero yo nunca le voy a pedir que dé un paso más por mí. Si tuviese el amarre que me reclamas, a lo mejor ya lo habría utilizado con él, aunque lo quiero y no pretendo que se quede a mi lado a regañadientes. Esa es la verdad, y como es así, no voy a poder ayudarte. Prefiero ser sincera contigo. Sé que tienes repleta de monedas la faltriquera. Podría engañarte y sacarte unos buenos cuartos, pero hablarías mal de mí y no conviene a mi negocio.

La señora de Portela ha calculado la posibilidad de que María das Neves, la Sota Portuguesa, le responda con ésta, o con una perorata parecida, por lo que acude preparada.

—Te agradezco tus palabras y tus buenas intenciones, María das Neves. Sin embargo, no creo ninguno de tus argumentos, pues te falta por decir lo más importante, el motivo por el cual estoy ahora mismo en tu cabaña. Algunos te llaman la Sota Portuguesa, es cierto, pues creen que alquilas tu cuerpo a los hombres. Otros te reconocen como echadora de cartas y acuden a ti con sus pequeñas o grandes miserias. Pero hay otros, muchos menos por lo que sé, que te dan el título de Amiga do Diaño, y ésas son palabras mayores, pues nada tienen que ver con ocho cartas mal echadas, ni con los posos de una taza de café donde se escribe lo que tú quieras leer. Amiga do Diaño es un título mayor y la condición por la que recurro a ti. Si tú no valoras tus entretenimientos de baraja, yo tampoco. He venido a por lo máximo. Quiero que me sirvas de embajadora, de intermediaria y de amiga para que me proporciones un pacto con el Diablo.

La Sota se enfurece.

—¡No sabes lo que dices, mujer! ¡Eso es muy peligroso!

—¡Vaya! Pronto averiguo que mis informantes no estaban desencaminados. Es muy peligroso, lo sé yo y lo sabes tú, porque es muy poderoso. Con eso cuento desde que oigo de tu existencia, Amiga do Diaño. ¿Me crees estúpida? No voy a hacer este viaje de madrugada para que me llenes la cabeza de cuentos, ni de rabos de lagartija que a nada llevan. Quienes me envían a ti dicen que

dominas cuanto se necesita para un encuentro con él y estoy dispuesta a tenerlo. El resto no debe importarte, pues serán acuerdos entre él y yo. Como puedes suponer después de todo lo hablado, sabré recompensarte conforme a tus merecimientos.

—Hablaste con marineros de Corme. Otra no cabe.

—Hablé con gente del mar, sí. Gente que atraviesa a menudo el Atlántico y conoce a Mandinga, tanto en aquella orilla como en ésta. Que te conoce a ti y que ha experimentado hasta dónde llega su potestad. Pero no me pidas que te diga quiénes son, porque ni yo misma conozco sus nombres. Si te interesa, tienes poderes suficientes para averiguarlo.

María Joana das Neves se levanta y pasea frente a su pequeña *lareira*, cuando el fuego ya domina los troncos mayores. Se detiene frente a él y lo mira fijamente. Un viento llegado de donde nadie sabe le ha dado gran viveza a la llama, y aunque vuelve enseguida a arder como antes, la portuguesa se gira hacia Dídica y le dice:

—Está de acuerdo.

La Pekinesa también se levanta inquieta y nerviosa.

—¿Será ahora? ¿Lo haremos ahora?

—No. Eso es imposible. Debéis estar solos. Cuando te encuentres en condiciones de hablar con él, sin nadie que pueda ser testigo de vuestras palabras, ni haya viento, ni lluvia, ni nieve, ni tormenta que se deje oír y que interrumpa vuestra conversación, lo invocarás y esperarás a que se manifieste desnuda desde la cintura en señal de respeto y cuidando de que no haya a la vista ninguna cruz, ni otras imágenes religiosas. Por supuesto, tampoco debes llevarlas tú encima. A él no le producen especial tirria, pero dice el refrán que no conviene mentar la soga en casa del ahorcado, ni echar agua donde quieres fuego. En cuanto acuda, obedecerás a lo que te diga y le expondrás tu petición. Él dirá cuál es el precio. Nada más. Pero ten en cuenta que todo ha de pronunciarse con suma precisión, porque el incumplimiento de lo pactado conlleva por su parte furias desatadas. ¿Has oído hablar del *cariño loco*, tal como se dice en España?

—No, salvo que... No, es una tontería.

—Sí, lo que ibas a decir era una tontería. Cuando sabes qué es el *cariño loco*, no se duda si te lo preguntan. Eso es todo.

—Espera, espera. Necesito tener más información. ¿Cómo he de invocarle?

—Lo llamarás por su nombre. Ya que tú misma te has referido a Mandinga, ante ti se presentará con esa personalidad; como el hijo de la madre, como el que todo lo sabe, el brujo, el mago, el que se anticipa. Y no temas, pues su aspecto es impresionante para espíritus tímidos, pero en nada difiere del que hayas imaginado. Lo verás. Acaso, por ser tu historia tan carnal, lo encontrarás atractivo. No como en la mayoría de las representaciones que de él hacen los humanos, sino más cercano a nosotros. Eso es lo que hoy pienso yo.

—¿Y el pago?

—Él te dirá cuál es y cómo ha de realizarse. En cuanto a mí, el primer día en que observes complacida que tu deseo se cumple, volverás hasta aquí con un pollo muerto en cuyo cuerpo habrás introducido cincuenta duros de buena plata. No llames a la puerta. Deja el animal en el suelo y vete. Si no lo haces, o lo haces tarde, piensa que han comenzado a descontarse los cien últimos días de tu vida. Y no seré yo quien inicie la cuenta.

—No lo retrasaré ni el soplo de una vela. No te inquietes.

—Ni lo estoy, ni lo estaré. Quien debe inquietarse eres tú, pues eres tú quien ha querido pactar con el Señor de las Moscas.

\* \* \*

### 3 días, 9 meses y 18 años antes / Mandinga

La contratación con Desamparados es la habitual. Tal como sucede desde que no se acuesta con el Pallarén, sino con Elisardo, doña Dídica entra en la casa cuando su dueña ha marchado. Minutos más tarde lo hace el muchacho. La señora quiso realizar la invocación a Mandinga durante su anterior encuentro, pero una lluvia fina y persistente le hace desistir por miedo a que baste el *orbollo* para estropear el conjuro.

Hoy no hay nubes y tan sólo corre una brisa que ni ángeles ni demonios podrían tomar por viento. Mientras Elisardo brinca sobre ella para complacerla, como hace con la Paca y con otra mujer que le afloja la mosca en A Campara de Cores, doña Dídica vigila el cielo que se ve por la ventana. Elisardo redobla sus gaterías amorosas, extrañado de la escasa fogosidad con la que le responde hoy la señora de Cesponzóns.

Cuando el hombre derrama por segunda vez, tal como es lo acordado entre ambos, debe levantarse, vestirse, guardar las monedas que están preparadas sobre la mesilla y desaparecer lo más rápido posible, sin una despedida, sin un comentario, sin una pregunta. Elisardo sabe cuándo debe volver y todo lo demás sobra.

La señora de Portela se reprime por no apurarlo, pero, quién lo diría, hoy está más lento y torpón que nunca.

—¿No le ha gustado hoy a la señora?

—¡No! ¡No me ha gustado, tarugo! ¿Te quieres marchar? ¡Va a volver Desamparados y te verá en *cirolas* y con el culo al aire!

—¡Pero si es más temprano que nunca!

—¡Marcha, demonios!

La Pekinesa está a punto de atragantarse. «¿Le gustará al Diablo que diga demonios cuando estoy enfadada? ¿Cómo dice la Iglesia? Sí, eso. No tomarás el nombre de Dios en vano. Bueno, pero aquí al revés... El nombre del Diablo en vano..., ¿pero qué hace este estúpido?».

—¿Quieres que te eche yo?

Elisardo no entiende las prisas, pero escapa a medio componer a través de la finca de Desamparados en dirección a la cancela de abajo. Ni siquiera se molesta en mirar si viene alguien por el camino das Boias. No, no hay nadie alrededor, pero, aunque lo hubiese, él se deja caer por la cuesta a trompicones, como un saco lleno de gatos bufadores. Se ríe y bendice la dicha que disfruta con la señora de Cesponzóns a sus pies. ¡*Carallo*, lo que daría por poder decirlo!

Dídica se levanta y revisa la habitación en busca de estampas. No parece que las haya a la vista. Sabe que Desamparados las tiene donde duerme, pero escondidas. Su marido no es de misas y ella no quiere que vuelva de América y se encuentre toda la casa a capillas. Por ese lado puede estar tranquila. A putas es más fácil que la encuentre, pero lo que es a capillas...

La tarde sigue tranquila, pero no sabe si con ello cumple todo lo mandado. ¡Ah! ¡Las tetas! La mujer toma de la silla los faldones y prescinde de la blusa, el dengue, el manteo y el corpiño. Se mira sus pechos y le parecen hermosos, preguntándose si también pensará lo mismo quien venga.

—¡Mandinga! Yo te invoco.

¿Será suficiente?

Lo repite con mayor ímpetu.

—¡Mandinga! ¡Yo te invoco!

Cierra los ojos y cuando está a punto de insistir en su llamada, escucha una voz a sus desnudas espaldas.

—¿Me llamas, Dídica?

—¡Oh! ¡Sí..., sí, señor!

—Pues yo te respondo.

No se atreve a dar la vuelta, pero siente que quien está allí ha comenzado a andar. Entreabre los párpados sin alzar la mirada. Usa zapatos que hacen ruido al caminar como los de Dámaso para las fiestas. No es la suela, sino el cordobán al doblarse lo que suena. Ahora ya los tiene ante sus ojos. Son de brillante cuero negro y observa en ellos una curiosa circunstancia, pues, pese a ser nuevos, limpios y lustrosos, tienen también las formas de un calzado usado miles ¿millones? de veces. El traje que comienza a ver por el dobladillo de la pernera también es negro y elegante. Es curioso, apenas siente temor ante aquella presencia. Sube la vista sin prisa. La tensión del momento aflora en los pechos, que se mueven al compás de su respiración. Sabe que el cornudo rojo se los mira. Es imposible que no lo haga, piensa. La americana se cierra y deja ver una camisa de seda, también negra, que ajusta al cuello un corbatín vaquero, quizás argentino. Y luego, de un salto, va a su cara y su mirada queda prendida de la de aquel personaje que jamás podría identificar con uno de los cien generales de Satanás, sino con la de un rico propietario pampero, como alguno de esos indios trajeados que se pasean con ternos muy llamativos y caribeños en las barras de las romerías, cuando los muy vanipavos vienen a darse bombo con lo bien que les va en América, la tierra de los listos y de las oportunidades, porque la que aquí dejan sólo es para asnos y fracasados. Sí, eso parece. Es un macho triunfador en la emigración, tocado de elegante panameño, con el rostro bien curtido por el aire y el sol, pero sin menoscabo de un indudable atractivo, tal como María das Neves le advierte hace días.

Él la repasa de arriba abajo con especial detenimiento en su desnudez y en la higa de azabache que por descuido la preside. Dídica no puede apartar la vista de la cara, ni abrir la boca, hasta que el nerviosismo inicial cede y comienza a pensar, no sólo que no le teme, sino que se siente a gusto y complacida. Diría más, halagada por haber convocado a una presencia tan imponente.

La voz profunda y masculina que ha saludado se vuelve a oír ahora con gotas de dulzura y amabilidad que refuerzan la sensación de bienestar iniciada antes.

—¿Sorprendida?

—Mucho. Maravillada.

—Ser diablo redomado tiene grandes ventajas. Por ejemplo, los negocios como el que hoy me trae aquí se establecen con la voz, el aspecto y el rostro que cada uno de los... clientes se ha formado de mí. ¿Acaso no es cierto, doña Dídica, que ya estuve antes en su imaginación sin disgusto por su parte?



—¡Sí, ayer! Ayer lo tuve en mi mente, con su traje, con su corbatín..., pero, claro, nunca supuse que...

—Fue la advertencia y el anuncio de lo que pasaría hoy. Los buenos comerciantes ganan la primera batalla si agradan a la vista, pero no por ello conviene que olvides con quién hablas. Yo soy un conquistador de la Pampa. Ni tan siquiera una buena persona. Soy Mandinga, el Diablo, Satán, Satanás y mil nombres más que recibo de quienes me temen, de quienes me adoran e incluso de quienes me rechazan. Resulta gracioso que los hombres bauticen con tantos nombres a alguien en el que dicen no creer. A Dios le afecta una paradoja parecida, pero, al fin y a la postre, con menos nombres que yo. Algún día me dedicaré a contarlos para decirle que a eso también le gano. ¡Ja, ja, ja! ¿Pero cómo no vamos a existir si basta pronunciarme una sola vez para que así sea? Eso debes tenerlo muy presente, sobre todo a partir de hoy, porque si me has invocado para establecer un pacto entre nosotros dos, has de saber que jamás podrás deshacerlo y que mis tarifas son muy altas, pues sólo gano si le arrebató almas a mi enemigo.

—Lo sé.

—¿Te intimido?

—No.

—¿Quieres taparte?

—No.

—¿Te gustaría que te poseyese?

—¡Sí!

—¡Ja, ja, ja! Quién sabe. A lo mejor te cito una tarde en esta misma casa de Desamparados, donde tanto retozas.

—¿Me ves cuando lo hago?

—Siempre que lo deseo. Es una de mis distracciones favoritas. Fisgonear pecadores. Los otros no me interesan. Son demasiado vulgares para llamar mi atención. Compréndelo, con vosotros me aseguro mi futuro. Y en cuanto al adulterio, aunque tu caso es muy singular, he de decir que te distingues entre las grandes folladoras del mundo por un furor que ya había llamado la atención de mis afiladas orejas antes de que te decidieses a llamarme. Pero vayamos al nudo de la cuestión. Se hace tarde y la llegada de la mujer de la casa podría interrumpir para siempre esta simpática conversación. Aunque puedo presumir de saber lo que deseas, en los pactos prima la concreción, pues no sería la primera vez en la que los vendedores de almas se llevan grandísimos chascos. Es el abecé del comercio. Claridad y precisión en cada una de las partes que contratan. De modo que expresa tu petición de la forma más concisa y exacta de que seas capaz, querida Dídica.

—Quiero que Agostiño de Tomasa pierda la voluntad, conserve su vigor y me obedezca para siempre.

—¿Eso es todo?

—Sí, y que ocurra dentro de treinta y tres días.

—¿La cifra es una burla a mis poderes?

—No, en absoluto. ¿Cómo podría yo...?

Mandinga la mira en silencio de pies a cabeza y luego le ordena.

—Vístete.

—¿He de entregarte a cambio mi alma? ¿No es ése el precio de los pactos con Mandinga?

—No quiero tu alma. Con lo que acabas de hacer, tarde o temprano, serás mía sin mayor esfuerzo. Lo que me entregarás será el cuerpo y el alma de quien nazca de tu vientre engendrado por el espermatozoide de ese Agostiño que te regalo. Es lo justo. Si él te da placer, dame tú el fruto de ese placer. Cuando se cumpla el plazo que me pides, debes ponerle debajo de la lengua este papel. —Mandinga le ofrece una pequeña filacteria, no más grande que la yema de un dedo, donde figura la palabra *zna*—. Antes de que cumpla los dieciséis años acudirás de nuevo a Maríajoana das Neves, la *meiga dos Melcos*, y ella te indicará cómo debes comportarte entonces. Es demasiado pronto para que hoy entremos en detalles que podrías olvidar. Dos años más tarde regresaré para llevármelo. Será el día en que cumpla los dieciocho años, ni uno antes, ni uno después.

Dídica toma el papel y pregunta:

—¿Y si no tengo hijos?

—Los tendrás, te lo aseguro. Por tu bien los tendrás de cualquier forma, porque de lo contrario quedaría la deuda sin pagar y no suelo ser indulgente con quienes incumplen. Ni en esta vida, ni en la otra.

—Es un precio muy alto. Mayor que el de mi propia alma.

—Estás a tiempo de olvidarme.

—No, no pretendo discutirlo. Si ése es tu deseo, lo cumpliré. Únicamente, si es posible, me gustaría subir mi petición anterior. Creo que el precio exigido bien merece una mejora en la mercancía.

—Veamos si es posible.

—Tengo la seguridad de que sí. Se trata de ampliar mis poderes sobre todos los hombres que me interesen una vez que te entregue al hijo de Agostiño. Tal como has dicho, mi alma también la doy por perdida a partir de hoy.

—De acuerdo. Te lo concedo, siempre que lo utilices de uno en uno, no conviene que te atragantes. Ahora bien, ten presente que el pacto ha de cumplirse estrictamente en estas condiciones.

—Lo entiendo y lo acepto. ¿Debo besarle el trasero, majestad?

—No es preceptivo. Esperaremos a ese otro momento, ya que tan entusiasta te muestras. Y ahora, haz el favor de no volverte. Nunca me gustó ser observado cuando desaparezco. Manías de tiempos idos.

Un intenso hedor a azufre se apodera de la estancia, y al cabo de unos segundos, Dídica abre la ventana para que la suave brisa de aquella tarde se lo lleve antes de que Desamparados pueda sospechar la naturaleza de las visitas que acuden hoy a la llamada de la señora. Vuelve a leer el papel que Mandinga le ha dejado.

Si supiese que los rabinos utilizan la fórmula *emet* para dar vida al golem porque es la primera letra del abecedario hebreo, la central y la última, podría deducir que los golem del diablo cobran vida del mismo modo, pero con las letras del alfabeto al revés; la última, la central y la primera, ZNA.

\* \* \*

## 9 meses y 18 años antes / Elisardo Saleta Piñeiro

—¿Cómo son tus relaciones con Agostiño?

—¿Con el Pallarén? Nada hay que nos incomode.

—¿Y con Modesta?

—Se van a casar.

—Eso dicen. ¿No te gustaría que fuese para ti?

—¿Modesta? ¡Con la de mujeres que atiendo! No, no me atrae lo suficiente, y al ser la prometida de Agostiño, menos. Elisardo no necesita más novias.

—Quien dice rondarla, dice aparentarlo. Te pagaría una buena bolsa.

—¿Y para qué?

—Tú hazlo y después ven a buscar la recompensa. Lo que tengas que saber, si ha de ser algo, te lo diré con el tiempo.

Dídica y Elisardo acaban sudorosos lo que han venido a hacer en la cama de Desemparados, y tras satisfacerse, la mujer le sugiere alguno de los comportamientos que serían de su agrado y por los que estaría dispuesta a gratificarle.

—Ten presente que no quiero que ninguno de los dos sufra un verdadero daño.

—Si ya me tienen por tonto, ahora me tomarán por chalado.

—Por eso te pago.

Esa misma noche, Elisardo aguarda la salida del Pallarén de la casa familiar de Modesta Barizo en Agro da Costa. Sabe que no más tarde de las nueve el mozo la abandonará y ha elegido un pequeño bardal en la *corredoira* desde donde emboscarlo. Pero su sorpresa es que Modesta también le acompaña. Se ve que no aguardan a la boda para hacer vida de casados. Es igual.

Cuando los novios están a su altura, se deja caer frente a ellos. Agarra a Agostiño por las solapas y lo tumba en tierra.

—¿Qué haces, Elisardo? ¿Te has vuelto loco?

Con el Pallarén derribado entre sus piernas y la moza pegándole en su espalda, el agresor les descubre sus perversas intenciones.

—¡Modesta Barizo! ¡Sólo serás mía!

Zarandea al muchacho dos o tres veces, como quien lo hace con un saco de patatas para que entren todas, y de un brinco corre para perderse en la oscuridad de la noche.

—¿Era Elisardo! —grita Agostiño, sorprendido por el ataque—. ¿Tú sabías algo? ¡Ha dicho que te quiere!

Modesta niega haber tenido con él el más mínimo trato y lo jura con vehemencia hasta que al Pallarén se le muda el rostro y, convencido, dictamina:

—A éste nunca le rigió bien la terraza.

Al día siguiente Elisardo acecha a su imaginario rival cuando Agostiño abre un *regó* para que llegue el agua al prado de Somonte, de donde los Berizo obtienen la hierba para sus tres vacas *marelas*. Cuando se da cuenta, por detrás de él, Elisardo ha cerrado cada una de las vías abiertas al agua, que ahora es abundante y sigue en paralelo hacia otros pastos y hacia el Anllóns.

—¡Enloqueciste! ¡Te llevará la Diputación!

—¡Modesta será mía!

—¡Modesta no te ama! ¿Quieres que te lo diga ella a la cara?

Y así un día tras otro entre pequeñas escaramuzas, desafíos, apariciones y la amenaza constante de que Agostiño perderá a Modesta. Sin embargo, ninguno de los dos enamorados concede mayor importancia a los ataques de Elisardo, porque ha perdido la cabeza y cualquier día, cuando quede una plaza libre, la Diputación hará que lo encierren en el sanatorio de Conxo, ya que no parece ser otro su destino.

Llega la fecha de la boda. Los primos que viven en Pardiñas y A Bugalleira lo mantienen a distancia a pedradas y así pueden los novios disfrutar de la comida sin el acoso de Elisardo, convertido ya en el desquiciado de Anllóns a ojos de todos. En la aldea sólo una mujer podría atestiguar en contra de tal juicio. Ella sabe que cuando caiga el manto oscuro de la noche, Elisardo saldrá de sus escondites y se acercará a casa de Desamparados para cumplir con exactitud uno de sus encargos semanales.

\* \* \*

## 28 días, 8 meses y 18 años antes / Elena de Cons

La cuenta del pacto llega a su día treinta y tres cuando la Pekinesa recibe las últimas caricias de aquel botarate que entre sábanas sustituye al Pallarán y que la busca para estrecharla enérgico contra él. Elisardo, que es amante experimentado, no fue tan buen alumno de Dídica como Agostiño. Es un borrico que arrastra malas mañas, pero no importa, el apaño pronto quedará en el olvido. Mañana es una fecha importante para la señora de Portela, como se ha cansado de repetirle estos días. A las diez y cuarto, ni un minuto antes ni uno después, debe llevar a cabo un paso transcendental para la buena marcha del diabólico plan que ha diseñado en su cabeza.

A las diez de la mañana, como todos los días de la semana a excepción de los domingos, don Rosendo acaba de misar en San Fins. Dentro de la sacristía Elena de Cons le ayuda a despojarse de la casulla, el alba y la estola en un ritual repetido con exactitud ¡más de diez mil veces!, calcula la sacristana cuando hace balance de su oficio. Ella no es monago de altar por el qué dirán y por no saber ninguno de los dos si a las mujeres les está prohibido ayudar a misa. En realidad, lo dispuesto es que pueden serlo si no hay niños a mano que se encarguen, siempre y cuando el obispo o el propio párroco no pongan inconvenientes. Nunca lo han hablado, y por no enredar, Elena le coloca las vinajeras de tal forma que don Rosendo oficia sin otro auxilio durante la semana y listo. Los domingos, sí. Ese día se visten de monaguillos tres rapazolos que el párroco ha encarrilado para el seminario con el beneplácito de sus padres, porque son segundones y ya se sabe que de donde no hay, no se puede sacar. Aun así, las cosas ya no son como antaño y muchas vocaciones se tuercen antes de los catorce, que es la edad peligrosa, cuando comienzan a frecuentar las Brañas y don Rosendo se desespera. Hace años subía él con una vara y les ponía el culo morado, pero ahora, pobrecillos, son *bacoriños* que van como los verracos a la cerda, las preñan y a lo mejor los casan con quince, antes de que acabe por salirles el bigote. El padre los quiere para que *termen* del arado y para rozar el *mulime* que cubre los establos de los animales,

que es cuando más se resiente el espinazo. Después está la pesca, que se los lleva a puñados, y el Ejército, que produce muertos, lisiados y desertores en parecidas cantidades.

Lo que sí hace desde su banco Elena de Cons al alzar es tocar la campanilla con mucho disimulo. El cura se queda sin que nadie le levante la casulla en la consagración porque Elena no se atreve a tanto, y él opina que no ha de ser requisito tan grave para que no valga la misa a quien tenga que valerle. En la aldea corre más de un chiste sobre eso de que Elena no le levante la casulla a don Rosendo, pero claro, se cuentan sólo en la taberna y cuando a los borrachos ya no les tapan la boca ni dos parejas de la Guardia Civil. Y no porque los chistes sean especialmente groseros, que no lo son, sino porque al párroco, que lleva medio siglo en Anllóns, se le quiere y se le respeta, así sea más tridentino que el concilio allí celebrado.

En la puerta de entrada a la sacristía, siempre abierta por expreso deseo del párroco en caso de que estén dentro Elena y él, se enmarca ahora la figura de Elisardo, repleto de estampitas y rosarios. El cura y la apagaños se alarman. Hace tiempo que no lo ven, pero durante las últimas semanas no se habla de otro personaje en todo Anllóns.

—¡Elisardo! ¡Muchacho! ¡Qué alegría verte por la iglesia! Ya pensaba yo que no querías saber nada de Dios. ¡Con lo bueno que eras en Catecismo! —le saluda el sacerdote con la esperanza de que acuda para pedir confesión, consejo o auxilio.

—Quisiera hablarle.

—¡Cómo no! Elena ya se iba, ¿verdad? ¿O quieres que vayamos al confesionario?

—No, aquí está bien.

La mujer dobla el alba y la guarda en el cajón. Luego se despide y deja a los dos hombres solos.

—¡Ay, Elisardo! ¡Mucho das que hablar! ¿Tú te das cuenta de lo que haces, del mal que llevas a esa pareja que acaba de iniciar su vida de casados? ¡Ya nadie duda de que has enloquecido!

—Eso quería consultarle, don Rosendo. Necesito cambiar mi vida.

—¡Alabado sea el Señor! —se alegra el sacerdote—. Rezaba para vivir cuando lo dijeras. ¡Naturalmente que sí, Elisardo! Al fin y al cabo, no has hecho nada grave y todo tiene solución. Tú eres bueno, aunque un poco atolondrado. Yo te ayudaré en lo que quieras. Dime.

El zagal duda un *orapronobis*, como si le costase exponer sus deseos, y eso que la señora se lo hizo repetir veinte veces. Luego se decide y pregunta:

—¿Aquí hay lámpara del Santísimo?

—Sí, claro. Es la del aceite que arde al lado del altar. La has visto mil veces.

—Quería comprar el combustible para una lámpara entera. ¿Se puede?

—Sí, claro que se puede.

—He oído decir que concede todo lo que se le pide.

—¡Hombre, Elisardo! No es como la lluvia, que, si estás debajo, te mojas. Depende de lo que se pida, cómo se pida, quién lo pida... Si se hace con fe, ayuda. Eso no lo dudes, ayuda...

Don Rosendo recuerda de repente las prácticas que en varias parroquias coruñesas se han repetido sobre el poder del aceite de la lámpara y reacciona.

—¡Tienen que ser cosas buenas, que conste! ¡No se puede mezclar al Diablo en casa de Dios!

—Le juro que no tiene nada que ver con Modesta. Es por otra persona.

—Me reconfortas. ¿Se te resiste una moza? ¡A ti, que te perseguían todas! ¡No me lo creo!

—Pues ya ve, padre. Es una que me llama tonto. ¿Cómo he de proceder?

—Mira, ven conmigo. Vamos a llevar estas botellitas. Guardaremos el aceite que tiene ahora y la llenaremos con uno nuevo. Ese será el tuyo. Así sabrás exactamente lo que dura encendida, que suele ser unos quince días, más o menos. Si durante esos días lo acompañas de algún rezo, de alguna misa, mejor te irá en la petición. ¿Ves? Haremos eso.

Don Rosendo apaga la lámpara y efectúa el trasiego de los dos líquidos a la vista de Elisardo. Cuando acaba la manipulación, el joven se interesa por lo que debe pagar.

—Mira, el precio del aceite son unos ocho reales, pero la iglesia no tiene tarifas. Tiene obligaciones. Una es que la lámpara arda *coram*, delante del Tabernáculo. *Coram* quiere decir cara a cara, aunque aquí, ya ves, no la tenemos justo en el centro mientras no venga un obispo quisquilloso y me excomulgue. Ja, ja, ja. Todo puede ser. Debe arder con llama potente, no con un gusano de luz que ni ilumine ni destaque. Esto es lo que más me duele, porque la diferencia entre una llama y otra es que dure una semana o dure tres, y al cabo de los años, lo que podían ser doce de consumo se quedan en cuatro. ¡Pero si lo manda Roma, Roma lo coma!

Elisardo mira fijamente a los ojos del párroco sin entender por entero todo lo que le dice.

—Tampoco quiere la Iglesia que arda en ellas petróleo, ni ese aceite derivado al que llaman gasolina. Eso sí sería barato, aunque su humo es más oscuro y manchadizo. Piden de parte del Papa que sea el de oliva, aunque sabe que hay países que carecen de él, o es tan caro que permiten otros, siempre y cuando, ya digo, no sea el petróleo, sustancia maldita, sinónimo de incendios, de exterminio social, de sacrilegio y de destrucción.

Don Rosendo se muestra tan entusiasmado con la conversión del muchacho que no sabe poner fin a su perorata.

—¿Sabes que Pío Nono dijo que el petróleo es una sustancia que debía ser anatematizada? No, no lo sabes ni lo entiendes, y te explico. Anatematizada significa reprobada, condenada. Pues sí, lo dice, y añade: «Yo nunca la he permitido, ni la permitiré». ¡El petróleo, sí señor! Ahora que lo usan para los automóviles, ¡a ver cómo viaja el Papa! Dios me perdone. Claro que después a Pío Nono le cantan debajo de la ventana: «¡Viva el petróleo, muera el Papa!». ¿Lo sabías? Yo creo que aquello lo pagó alguna compañía americana de esas que andan por todo el mundo en busca de bolsas donde lo hay. ¿Te imaginas que hubiese una bolsa de esas en Anllóns? ¿Eh, Elisardo? No sé qué pasaría, ¡cómo está anatematizado!

Al enviado de Dídica se le echa el tiempo encima, y aunque no quiere contrariar al cura en su cháchara sobre la lámpara y las explotaciones petrolíferas, le apura para llegar a un acuerdo.

—¿Entonces qué le doy? Traje unos duros.

—La voluntad, hijo mío, la voluntad.

—¿Doce reales le parece bien?

—Sí, hijo, sí. Si ha de servir para que sientes la cabeza, me parece más que suficiente.

—Y ahora ¿qué he de hacer?

—Pues mira, arrodíllate ahí, en el primer banco, y con mucho fervor le pides al Señor tu deseo.

—Gracias, padre —le dice, al tiempo que le da las monedas.

—Bien, bien. Ahora te dejo solo para que ores.

—¿Habrán pasado quince minutos desde las diez?

El cura extrae su reloj del bolsillo interior de la sotana y le informa.

—Falta un minuto para el primer cuarto.

Sin otras palabras, Elisardo se va hacia el banco y sigue las instrucciones del párroco. Se arrodilla por primera vez en muchos años, aunque en ese tiempo no ha olvidado cómo persignarse. Días le cuesta a don Rosendo enseñárselo.

Si Petra Simona pudiese penetrar ahora en los pensamientos del papamoscas, oiría su torpe y terrible oración:

—Yo te pido con esta lámpara, Señor, que la vida de Agostiño de Tomasa se consuma y seque al mismo tiempo que lo hace el aceite que le he comprado a don Rosendo, como sé que ha ocurrido en Numide y en otras aldeas. Amén.

Elisardo no miente al sacerdote. En su súplica no menciona a Modesta.

\* \* \*

El nuevo matrimonio se ha instalado en Agro da Costa, donde se levanta la casa de la viuda de Barizo, Avelina Pardines, flaca, menuda, atacada de cataratas y con fama de cacharrear en ungüentos. Ella dejará de pagar a los jornaleros que le atienden la propiedad y ellos consiguen un techo donde cobijarse. Esas son las ventajas del acuerdo, pero, aunque todo pinta a pedir de boca, el trato carece de futuro. El Pallarén y la viuda se llevan mal, o dicho en plata, no se llevan. Avelina no quiere descubrir sus cartas para no poner a su hija sobre las parrillas de san Lorenzo, pero sabe de buena tinta que su marido arrugó sábanas con doña Dídica y eso es mala señal, porque o ella vuelve, o vuelve él. La señora de Portela, Avelina lo sabe bien, es como los perros de presa, y allí donde muerde deja la dentada. El Pallarén, tan inocente de apariencia, es un *carallo la vela* y si no, al tiempo. Dado que él sabe que ella sabe, ni la mira a los ojos y pasa a su lado como la estatua de san Fins cuando la sacan de procesión, que enfila hacia adelante y jamás ha torcido la vista, así venga de ceremonial el arzobispo de Compostela o el camarlengo del Papa.

«¡Dios no lo permita!», exclama la viuda dos o tres veces al día, como escapándosele la frase de la boca. Modesta no sabe a qué se refiere. Agostiño, sí. O lo sospecha con firmeza. «¿Qué querrá decir mi madre con eso?». «Yo qué sé. Cosas de viejas».

—Estamos sin leña.

—Hay tiempo.

—Los vecinos van a empezar con el *millo* y los de Agro da Costa siempre fuimos a todas las casas. Después las patatas. Falta *mulime*.

—¿Qué quieres? ¿Que la pique hoy? ¡Pues dilo!

Agostiño de Tomasa se hace con el hacha de la casa, la grande, la de abrir y rajar, y con ella se dirige al *cabozo* donde guardan los grandes troncos partidos a sierra, pero inútiles todavía para el fuego. Coloca el primero sobre el tocón, de pie, para golpearle en el sentido de las vetas, se escupe en las manos, levanta la herramienta y la deja caer sin que logre desgajar el madero. Se sorprende e intenta extraerla de donde se clava, sin conseguirlo. La mueve de un lado al otro. Quiere levantar el hacha con el tronco para golpear las dos piezas al mismo tiempo, pero no la sostiene en el aire. Se asusta. Este hombre no es él. Y si lo es, enferma a la velocidad de un nubarrón.

Suelta el machado y regresa a casa. Tampoco lo hace con facilidad. Las piernas son dos pesadas columnas de mármol que debe arrastrar con férrea voluntad. El pensamiento se le nubla y

el cansancio le domina. Aun así, consigue entrar en la *lareira* donde las dos mujeres, sorprendidas al verlo en ese estado, dejan sus actividades para interesarse por él.

—¿Qué te sucede?

—No sé. Desfallezco.

Apoyado en los hombros de ambas, el Pallarén logra tumbarse en el camastro bajo las escaleras que comparten desde su llegada hace pocos días a Agro da Costa.

—Descansa. Se te pasará —le dice su mujer—. ¿Quieres comer?

El hombre rechaza alimentarse con movimientos de su cabeza.

—Encenderé fuego con ramas verdes.

Avelina busca que ese combustible produzca suficiente humo para bañar todos los rincones de la casa con sus benéficas influencias, pues cree que la boira artificial de la *lareira* se llevará con ella las miasmas del mal que postran a su yerno en el lecho, como si fuese un saco de harina al que sólo se le cambia la postura a puñetazos, porque, de lo contrario, ni se mueve.

Agostiño se sume en una profunda modorra de la que no sale hasta el día siguiente, cuando inicia un temblor febril que Modesta apacigua con el sopicaldo que da una gallina sacrificada, paños empapados con agua del *regó* y el rezo de tres avemarías mientras él permanece con el rostro cubierto por una tela, remedio ancestral contra aires peligrosos, como el de gata parida, o el de perro enfermo, los que más teme Avelina, aunque de verdad no le da crédito a ninguno de los dos, pues sabe que sus víctimas sólo son los menores de siete años. Después de esa edad ha de ser otro el origen. ¿Un *meigallo*?

—¿Al Pallarén no le darían estos días una fruta pinchada con sangre de menstruo?

—¡Calle madre, que da *noxo*!

Avelina repasa la lista de males conocidos, de ojo o de parida; aires de *píntiga*, de *morto* o de *artesa*, el *ramo cativo*, los *meigallos*, espíritus *endiañados* y posesiones, que pudiesen haber tumbado al mozo. Piensa que por culpa de la persecución lanzada por Elisardo antes de la boda, el rapaz pudo haber bajado la guardia y quedar al alcance de algún hechizo infantil, de los que debería estar a salvo por su edad. O eso, o que merodee por la aldea una embarazada matapitos, de las que fijan la vista en un pájaro y lo dejan seco para que se caiga de la rama como manzana de septiembre. Y quien dice pitos, dice picaflores, como este Pallarén de altas camas.

—Es que se ha quedado hasta sin habla, madre; que sólo balbucea y *barulla* y da una pena mirarle a la cara, como al cabrito que matamos por fiestas, o más.

Y la viuda de Barizo, que realmente lo ve apagarse y enmudecer sin consuelo, recuerda un remedio de meigas indicado para casos desesperados como éste.

Si su hija no le hace ascos para llevarlo a cabo y acepta, aquella misma noche deben aplicárselo, porque en su juventud lo ha visto usar a una medicastra y es mano de santo. Bueno, o de meiga, que algo de magos tienen en común unos y otras. Un *nenó* de la parroquia que se queda sin voz la recupera de la noche a la mañana gracias a ese sortilegio. Y mejor que antes incluso, pues luego canta tan bien como ese otro del que ahora tanto se habla en Pontevedra, uno que tiene tres años y que gorjea *La favorita* mejor que Gayarre. Sí, sólo era un niño, pero ella sabe cómo adaptar el hechizo para que le sirva a Agostiño. Modesta acepta y dice a su madre que sí, que adelante.

Avelina y su hija recogen las gallinas algo antes que de costumbre. Pasean entre ellas por si hubiese algún huevo y luego esperan a que cada una ocupe su lugar en el palo. Cuando lo hace la



que tienen por ser la más vieja del gallinero, se tiran a ella y la envuelven en el mandil con la facilidad que lo haría el raposo. Las otras ni siquiera se han dado cuenta del rapto y la propia elegida sigue en silencio dentro de aquel envoltorio tan familiar para ella.

Salen con la gallina hacia el *cabozo* y Modesta le obliga a tumbar la cabeza sobre el mismo tocón donde corta madera el Pallarán dos días antes. Luego, Avelina sitúa el hacha a la altura del pico del ave y apunta al arranque de la cresta. Mantiene la respiración y baja el filo con todas sus fuerzas hacia ella. Ha conseguido su objetivo. Las dos partes quedan sobre la madera cuando Modesta suelta a la gallina, sangrante y conmocionada. Debe permanecer con vida mientras se ejecuta la ceremonia. Después será sacrificada sin miedo a que la neutralice. El animal corre aterrizado de un lado a otro. Sabe, o intuye, que sin esa parte de su cuerpo la muerte ronda cercana.

Salen del cobertizo y la joven recibe los dos picos de manos de Avelina.

—¿Necesitarás que te ayude?

—No, madre. Oí bien lo que debo hacer.

Llega al camastro donde reposa su hombre, le busca el ano, y uno tras otro, le introduce el pico y la mandíbula de la gallina, todavía ensangrentados por la cresta del ave que también sufre el corte. Agostiño no reacciona, aunque Modesta llega a escucharle una leve protesta.

—¡Hg!

Las manipulaciones que Avelina observa a la *menciñeira* durante su infancia se aplican a los niños que tardan en hablar, a los que lo hacen con dificultad, o a los que pierden la voz, pues a guisa de extraordinaria explicación se dice de ellos que les comió la lengua el gato, y al tiempo que la pierde la gallina, la recupera el infante con su dentario metido por el trasero. Agostiño lo recibe por esa vía para que antes de expulsarlo de modo natural, la magia invierta las potencias, y dote al enfermo de voz clara y cristalina, a cambio de sumir al animal en la mudez del humano. Al ser el Pallarán un adulto, piensa Avelina, lo propio es sustituir el pollo por una gallina vieja, más acorde con su edad, como hacen los farmacéuticos con el distingo de una mayor dosis para adultos que para infantes.

A las cinco o seis horas, Agostiño defeca y su mujer lo limpia como ocurre desde la fecha del ataque. Modesta revuelve el excremento y allí encuentra el pico partido del ave. Lo lava y lo guarda por si su madre le aconseja repetir el ejercicio.

—Ya los expulsó.

—¿Y qué?

—Nada. El *pobriño* no pronuncia. ¿Se los meto otra vez?

—Déjalo. Es inútil. Tu hombre ha sido víctima de meiga poderosa.

\* \* \*

**21 días, 8 meses y 18 años antes / Rosendo Abuín  
González**

Cumplido el segundo domingo sin que el matrimonio se deje ver en la misa, don Rosendo se encamina a casa de Avelina. Esa es una de sus invariables y sacrosantas costumbres desde que fue destinado a San Fins, la visita a sus enfermos las tardes dominicales, tan inexcusable como dormir la canónica todos los días de la semana y echar una partidita al ajedrez con el boticario Mesías sábado sí y sábado no.

Aunque no sabe a ciencia cierta cuál de los dos esposos está postrado desde la boda, le desazona que la nueva pareja de su parroquia pase por dificultades en estos primeros días de convivencia, máxime después de los padecimientos a los que el desquiciado de Elisardo los somete. Y si el tarumba parece haberse calmado tras la inevitable boda, el problema se traslada ahora a uno de los recién casados; o lo que es lo mismo, el niño que la aldea espera de la nueva pareja tardará en llegar, y eso siempre es una mala noticia para la comunidad.

Al comprobar que Modesta cazolea, el párroco comprende mejor la situación. Avelina, que lo ha visto acercarse a Agro da Costa, se ha ido a colar el agua, o a realizar cualquier otro trabajo de igual interés y parecida utilidad, porque sus relaciones con don Rosendo dejan bastante que desear. Según el cura, se debe a que ella maneja demasiados frascos de inciertos contenidos. Según la mujer, porque don Rosendo se cree lo que le dice el coro de santurronas que pululan a diario entre San Fins y la rectoral para comerle la oreja con falsas imputaciones. De todo hay.

—¿Qué ha pasado, Modesta? No os veo por misa.

—¡Una desgracia, don Rosendo! ¡El Pallarén se me ha quedado tonto!

—Pero, mujer, alguna explicación tiene que haber. Algún remedio encontraremos. ¿Diste aviso a don Camilisindo?

—No.

—¡Pero, claro! ¿Así cómo va a sanar?

—¿Y qué sabrá don Camilisindo de las causas que ocurrieron?

—¡Pues más que tú y yo juntos! —se enfada don Rosendo—. Anda, llévame a donde está Agostiño.

—Aquí mismo lo tengo.

Modesta retira la andrajosa cortina que separa la *lareira* de las cuadras y allí, debajo de las escaleras del piso, arrumbado contra los tablones que dan a la pocilga de la cerda y sobre una tierra negra, machacada por las pisadas, el clérigo ve un cuerpo que dormita, despreocupado de lo que ocurre a su alrededor y con un perceptible tembleque involuntario.

—¿Le puedes dar la vuelta para que le vea la cara?

—Si me ayuda, a lo mejor. Es como un saco de piedras.

Entre ambos arriman su rostro a la luz que entra desde la ventana. Don Rosendo comprueba su expresión idiotizada, perdida en ignotos pensamientos, e intenta que sus vistas coincidan, pero Agostiño ni siquiera da muestras de saber que el cura está allí, ni de que le mira, ni de nada.

—¡Agostiño! ¡Pallarán! ¿Me ves? ¿Sabes quién soy?

Silencio y moscas.

—¡Te vamos a sanar!

La segunda frase tiene más fortuna. El joven cambia la dirección de su mirada y se fija en el sacerdote, pero la novedad se torna en fracaso, porque al instante le escupe. O trata de hacerlo, pues sólo consigue que del garabato de sus labios cuelgue una lágrima de saliva, que Modesta retira al instante con la puñeta de su manga.

—¡Fíjese qué hombre me ha quedado!

La mujer y el sacerdote se levantan de aquel rincón inmundo, cuyo bravío a estiércol de cerda no se distingue del que el propio Agostiño expele, pues uno y otro se han hecho la misma pestilencia, y no se aprecia si el animal atufa al hombre, o es el hombre quien apaga la bufarada hedionda de la puerca.

—Ya veo —dice el párroco de San Fins—, pero alguna vez deberías lavarlo.

Avergonzada, Modesta se escuda en su peso y en la falta de ayuda. El religioso se ofrece para echarle una mano...

—... Si me prometes que llamas a don Camilisindo para que lo vea. Esta situación no puede prolongarse, porque, vamos a ver, ¿cuánto tiempo lleva así? Hace dos domingos que no vais por la iglesia.

—Pues eso, mañana también hará el segundo lunes desde la desgracia.

Don Rosendo se paraliza y una profunda congoja le recorre el espinazo y la garganta. ¿Todo empieza el lunes de hace dos semanas?

—¿Podrías precisar la hora en la que se inicia el mal?

—¡Claro que sí! Fue al poco de tomar un tazón de leche con castañas. Discutimos si había suficiente leña picada o no. Lo convenzo de que no andamos sobrados de tiempo porque en los próximos días vienen muchas obligaciones y mucho andar de casa en casa. Busca el machado más grande que tenemos y se va a cortarla. Al rato vuelve desfallecido. Lo acuesto y hasta hoy.

—¿Pasadas las diez?

—No lo sé, pero sí, por ahí sería.

Don Rosendo comprende sin necesidad de más averiguaciones que la mujer señala el momento preciso en el que él enciende la lámpara del Santísimo por encargo de Elisardo, y se estremece al suponer que ha podido ser la mano ejecutora de la fada que postra al Pallarén en el pórtico de la muerte.

—¿Elisardo ha dejado de molestaros?

—Sí —responde ella con seguridad—. Prácticamente desde el día anterior al ataque del Pallarén no lo hemos vuelto a ver. Pensé que se habría enterado de la tragedia y que nos deja tranquilos, ¿o cree usted que...?

Antes de que Modesta termine de expresar sus sospechas, que son las mismas a las que llega el sacerdote, Agostiño se yergue del camastrón y por primera vez en esos días pronuncia con voz clara y potente:

—¡Fue Elisardo! ¡Fue Elisardo!

—¡La lámpara! ¡Qué torpe he sido! —exclama el párroco a continuación.

Modesta lo abraza consciente de la importancia que tiene aquel grito, no por la acusación lanzada contra el desquiciado, sino por demostrar que el Pallarén conserva mucha vida en aquel cuerpo desmadejado.

—¡Dime lo que quieras, dime!

Pero la demanda de la mujer queda sin respuesta. Cuando vuelve la cabeza hacia atrás, sólo puede ver cómo desaparece tras la jamba la sotana de don Rosendo, que ha tomado carrera hacia su iglesia.

—¡Dios mío! ¿Cómo he podido ser tan torpe? —se critica en una sucesión de reproches para los que no encuentra consuelo.

Y luego reflexiona en silencio:

—He sido un insensato al poner en manos del trastornado Elisardo un instrumento tan poderoso como la lámpara, pero si realmente ésa es la causa de la enfermedad que paraliza al Pallarén, tienen razón quienes le conceden poderes sobre la vida de las personas. ¡Oh, Señor! ¡Mi ignorancia ha llevado el sufrimiento a esta familia y sobre mí recaerá la culpa eterna!

Antes de descender por completo Agro da Costa, el cura se cruza en el camino con doña Dídica, que cabalga sobre la Parda con intención de culminar su plan y ofrecer al matrimonio un caritativo acuerdo que no podrán rechazar, pues quiere contratarlos como caseros, sirvientes o simples paniaguados. Y si Avelina no pone inconveniente, también la incluye a ella en la cuadrilla. Aún vale para pastorear las vacas y echar un capote en la cocina, o para lo que sea. ¿Que por qué contrata a un hombre imposibilitado y a una anciana débil y próxima al ocaso?, le preguntarán. Primero, porque es rica y hace lo que le da la gana. Segundo, porque no hay nadie que cocine como Modesta. Eso dirá a los curiosos y entrometidos. Y si les parece poco, añadirá que ha sentido en su corazón el aldabonazo de la caridad. Ella tan rica, ellos tan desgraciados. Algo tenía que hacer y ésa ha sido su manera de cumplir con sus deberes como cristiana y como esposa. Caridad a manos llenas, a cambio de un marido que come mejor que nadie en todo Bergantiños. Dios premia las buenas acciones.

¿La Pekinesa caritativa?, malmeterán los vecinos. Pues sí. Nunca sabrás ni el día, ni la hora, como dice don Rosendo.

El cura baja a *chimpos* de peñasco en peñasco, con la sotana recogida por ambas manos para no pisarla, la cara cruzada por goterones de sudor y los ojos desorbitados. Eso sólo pueden ser malas noticias para ella.

—¡Don Rosendo! ¿Qué pasa? ¿Viene de la casa de Avelina?

—¡Una desgracia, doña Dídica, una auténtica desgracia! ¡El Pallarén se muere! ¡Perdóneme, pero tengo mucho que hacer!

El párroco alza de nuevo su ropa talar y reanuda la bajada. Dídica entiende que no es la ocasión más propicia para exponer su ofrecimiento en casa de Avelina, de modo que también da la vuelta con la yegua tras los pasos del asustado sacerdote.

En la empinada calzada de A Garga, la mujer se desvía, y en vez de seguirla hasta San Fins, trota a la casa de Elisardo, aun a costa de que quienes la vean murmuren sobre la presencia de la señora de Cesponzóns en aquellas tierras, a aquellas horas y con aquellas prisas.

A las puertas de su casa, indolente y dominical, el joven fuma un rotundo veguero de Vuelta Abajo, de los que algunos llaman brigadier y que él consigue en Corme o en Malpica a muy buen precio, porque siempre hay marineros que cruzan el Atlántico y trapichean con ellos. Su placer se interrumpe cuando la mujer descabalga y se le echa encima con graves preguntas.

—¿Tú qué solicitaste al Santísimo cuando lo del aceite, imbécil?

Elisardo se asusta por el tono que utiliza la señora. Cualquiera que se encuentre cerca puede oírla sin necesidad de aguzar el sentido.

—¡Señora! ¿Yo qué le he hecho? ¡Pase, pase y me lo cuenta!

Elisardo razona que es preferible pasar por amante de la señora, que por asesino del Pallarén. Y ella parece no entenderlo. El muchacho mira a la redonda y no ve a nadie que la comprometa por entrar en la casa. Ni sus padres están, por haber ido al lugar de Pedra Cuca del *esteiro*, para

pasar la tarde del domingo con unos parientes; ni tampoco su hermana, a la que un mozo entretiene con *parrafeos* para hacerle las *beiras* con todas las formalidades.

—¿Qué le pediste al Santísimo? ¡Contesta!

—Lo que usted me dijo. Lo que siempre se pide en estos casos.

—¡Dime! ¡Dime entonces lo que se pide siempre en estos casos!

—¡Pues que su vida se apague, así como arda el aceite! —grita Elisardo, cansado de tanto reproche y a punto de lagrimear—. ¡Lo saben todos!

—¡En eso no habíamos quedado, acémila! ¡No te hablé de muerte en ningún momento!

—No, no me lo dijo, pero todos saben que, si se pide a la lámpara por la puerta de atrás, es para desear una muerte. ¡Pregunte y verá! Compréndalo, señora. Elisardo no podría imaginar otra cosa. Si me hubiese hablado...

A la mujer le salen llamas por los ojos, pero poco a poco se calma en busca de una salida al embrollo donde los ha conducido la torpeza del muchacho, o la suya propia.

—Escucha, botarate. Si don Rosendo se entera de que el Pallarén se muere y sale como un gamo de Agro da Costa, ¿qué significa?

El joven responde lo primero que se le ocurre.

—Que va en busca de don Camilisindo.

—¿Asustado y nervioso? ¿Dando saltos por una torrentera de piedras con riesgo de descrismarse? No. Va a otro sitio.

—No sé.

—Eso es señal de que ha descubierto lo que has hecho. Seguramente le habrá preguntado a Modesta desde cuándo está enfermo su hombre y se ha dado cuenta de todo, por lo cual estamos perdidos.

—No lo entiendo.

—¡Porque eres un mostrenco! Atiende. Si lo sabe don Rosendo, lo sabrán las dos mujeres Barizo. Lo sabrá todo el pueblo y también la Guardia Civil. Acto seguido te interrogan duro, hasta que sueltes la gallina. Eso lo tengo yo tan cierto como que me llamo Dídica. Y estamos perdidos porque tú no les aguantas ni el primer bofetón que te arreen, carajo. ¿Entiendes ahora?

—Yo, doña Dídica.

—¡Calla, inútil! ¡Déjame pensar!

La mujer se va hacia la ventana desde donde se puede contemplar gran parte del valle. Fija la vista en un punto lejano e indeterminado mientras respira con la intensidad y el silencio de un felino antes de iniciar una caza.

Al poco se vuelve y le pide a Elisardo que la bese con fuerza. Él lo hace sin rechistar, y cuando cree que debe iniciar otros tocamientos, la Pekinesa lo separa bruscamente. El beso ha sido sólo la chiquita de aguardiente que se beben de un trago para darse fuerzas quienes flojean en agallas antes de emprender un asalto. Doña Dídica no bebe, besa.

—Así está bien. Ya sé lo que haremos.

\* \* \*

Anochece el domingo cuando Elisardo entra en el templo de San Fins. La nave está en semipenumbra, pero la llama de la lámpara del Santísimo basta para que las figuras de los santos, las columnas, el vía crucis y el sagrario, se reconozcan con nitidez. El sacerdote está arrodillado en el primer banco de los hombres, con la cabeza escondida entre los brazos.

—Don Rosendo... —susurra el muchacho tímidamente.

—¿Eres tú? —responde el párroco sin cambiar de postura y con el mismo volumen de voz, como si lo esperase, como si la presencia de Elisardo no fuese ninguna sorpresa, sino lo cotidiano a esas horas.

—Sí. He venido para arrepentirme.

—Siempre vienes para arrepentirte, pero no veo que nunca lo hagas, Elisardo. Me has mentido, me has utilizado para causar el mal, te has burlado de lo más sagrado haciéndome partícipe de tus ridículas fechorías. ¿Qué más pretendes importunarme?

—Que me perdone. Sé que ahora no me cree, pero vengo dispuesto a que lo haga. Tengo una explicación para lo que ocurre y quiero ofrecérsela en confesión.

—¿Una explicación? ¿Qué explicación puede haber para el crimen que planeaste realizar con mi colaboración? ¡No mientas más!

—¿No va a concederme el perdón de mis pecados?

El cura sigue de rodillas y sin querer ver qué ocurre a su alrededor. Tampoco quiere contestarle, porque no es de pecado de lo que hablan, sino de delito.

—¡El perdón, Señor, el perdón!

—Si ya sabe todo, ¿por qué no apaga la lámpara? —le pregunta Elisardo con inocencia, extrañado al ver viva su llama.

—Porque no puedo. No está en mis manos.

Elisardo avanza hacia ella y de un manotazo la hace caer al suelo para derramar el aceite que falta por arder. El fuego se apaga y la iglesia queda a oscuras.

—Ya lo hizo.

—Tengo que avisar a la autoridad, Elisardo. Debes comprenderme. Has atentado contra la vida de dos personas durante semanas y ahora una de ellas puede morir por nuestra torpeza. Nadie saldrá con bien de tan extraordinaria herejía, porque, aunque me perdonen los hombres, yo seré incapaz de hacerlo por muchos años que pasen.

—Estoy dispuesto a obedecerle en todo lo que usted me indique. Me entregaré a los guardias si eso es lo que quiere, pero antes debe escuchar a una persona que desea aclararle mi comportamiento, desde el primer ataque al Pallarén hasta hoy. Tiene que hacerlo, don Rosendo.

Por primera vez el sacerdote descubre su cabeza de entre los brazos para ver al muchacho, al que ahora, caída la lámpara, sólo puede distinguir recortado en la noche por el reflejo de la luna que se cuelga hasta el altar.

—¿De qué persona me hablas? Temo que intentas engañar a tu párroco una vez más. Ninguna treta me hará desistir de denunciarnos donde mi conciencia me indica. No puedo cometer un nuevo error por tus marrullerías de cabeza loca.

—Esta vez no lo son, se lo juro y amén.

—No jures, que agravas tu pena. Di quién podría mudar el rumbo de esta infamante historia y quizá te crea.

—Doña Dílica. Ella es la que quiere hablar con usted.

—¿La señora de Cesponzóns? Nos vemos esta tarde, cuando me dirijo a casa de Avelina, y nada me ha dicho. ¿Qué pinta ella en vuestras disputas de gañanes?

—Eso es lo que trata de explicarle. Me ha enviado con ese objetivo. ¿No hará por desairar a la señora?

—No, Elisardo; no. Que nadie diga de mí que no puse todo de mi parte para evitar daños. Aunque sea inútil, vayamos, pues, a Cesponzóns.

—Verá, don Rosendo. En realidad, doña Dídica nos espera en casa de Desamparados, en A Gándara.

—¿Por qué allí?

—Eso es lo que quiere contarle. La señora me ruega que no se lo adelante. Ya se imagina, no desea que se haga falsas conjeturas durante el camino. Y, además, ni yo sé qué secretos se trae entre manos.

Con la noche ya entrada, apenas bajan las temperaturas del día. Don Rosendo camina en silencio detrás de Elisardo. En su cabeza no cabe otra inquietud que no sea dar justo remate a una torpeza que él considera atentatoria contra el segundo y el quinto mandamiento, si no son más.

Cuando llegan a la casa de A Gándara, Elisardo cede el paso al sacerdote para que penetre hasta la cocina, donde hay un candil encendido y un barreño de regular tamaño en medio del suelo. Está completamente lleno de agua y don Rosendo quisiera preguntar cuál es el destino de aquella enorme jofaina. Finalmente no lo hace porque supone que el joven no lo sabrá.

—¿Dónde está doña Dídica..., o Desamparados?

No hay respuesta. Elisardo cae sobre sus espaldas con la fuerza de un oso. Le atrapa los brazos y de sendos golpes en las corvas consigue que el cura doble las rodillas en tierra.

—¡Auxilio! ¡Dios me valga!

Elisardo se mantiene detrás, obligándole ahora a inclinar la cabeza sobre el barreño. El párroco intenta revolverse, pero la diferencia de fuerzas entre ambos hombres hace imposible cualquier tipo de resistencia.

—¡Ayuda, Dios mío! ¡Me matan! —logra decir con escasa voz cuando ve que por delante se acerca la anunciada señora de Portela, que le toma la nuca con las dos manos y se la hunde en el agua preparada para ello.

Don Rosendo parece recobrar energías para escapar al verse sumergido en el agua y sin posibilidad de respirar, pero el muchacho ejerce ahora más presión para inmovilizarlo, de tal manera que el anciano sacerdote es un pelele en manos de sus asesinos. Sus esfuerzos por hacerse con aire sólo consiguen que el líquido penetre en su estómago y en sus pulmones. Las últimas burbujas acaban por desaparecer y el párroco de Anllóns cesa en cualquier oposición porque ya no está en el mundo de los vivos.

—Déjalo con la cabeza metida en el agua —ordena doña Dídica—. Que no haya dudas de que ha muerto ahogado.

—No creo que a nadie se le ocurra pensar otra cosa —se ríe el bobo enseñando los dientes.

Previamente Dídica le paga a Desamparados como si fuera uno de sus habituales encuentros carnales con el mozo, y ésta desaparece para refugiarse en la cocina de Celia Tellería, pero los dos hombres se han retrasado y la dueña de la casa puede volver en cualquier momento.

Elisardo arrastra el cadáver hasta la parte trasera de la vivienda, donde lo monta en una carretilla, mientras ella vacía el agua del barreño con un cubo hasta que puede manejarlo por sí

sola. Lo guarda y friega el suelo. Se le ha derramado el vaso de leche y ella ha tenido que limpiarlo. Eso dirá si Desamparados se asombra.

El hombre cubre al sacerdote con tres sacos de arpillera y toma camino del río Anllóns para galgpear por la Gandra de Gundar, la senda que pasa al lado del *cruceiro* do Regó Furado. Debe ir tan rápido como pueda, pero sin que los saltos de la rueda pongan en peligro la carga. Su corazón revienta con las pulsaciones. Cualquier encuentro con un vecino lo pondría en peligro y por eso mira constantemente atrás y delante. Confía en su experiencia nocturna a la hora de abandonar la casa de Desamparados. En los años que hace estas escapatorias jamás tuvo el mínimo encontronazo, porque su propia imbecilidad le hace ser precavido. Rodea los puntos más peligrosos y salta los caminos por atajos, como en As Milleiras. Hoy no va solo y la carretilla no permite que se desvíe de las pistas y veredas. Al meterse la rueda en una salta el brazo del cura y asoma su mano derecha por entre los sacos. Se detiene, la esconde y ajusta la arpillera al cuerpo como si fuese el embozo de una cama. Piensa que debería haberlo hecho antes, pero con el traqueteo vuelve a sobresalir y Elisardo se desespera cuando oye el ladrido de un *cadelo* a lo lejos, al que responde otro, mucho más cerca. Por fortuna, ahora ya es mayor el rumor del río y casi apaga el alboroto de los canes. Eso le tranquiliza. Observa si viene alguien. Atraviesa la carretera y en pocos metros llega a la orilla.

Está tras unos matorrales. Es un buen sitio para alijar el muermo eclesiástico de la carretilla, aunque no tan adecuado para arrojarlo después al río, pues allí hay una primera zona de agua remansada que ejerce de frontera con la orilla, y que dificulta llegar a su corriente. Aun así, lo tira donde se encuentra y el cuerpo no se mueve. Aleja la carretilla unos cuantos metros y remonta el cauce en busca de un palo lo suficientemente grande para llevar a cabo lo que parece ser el último paso del asesinato.

No ha de buscar mucho. Entre unos juncales ha quedado enganchada la rama de un abedul que parece adecuada por su grosor y longitud. Lo es, pues incluso le cuesta trabajo desenmarañarla de donde está. Vuelve con ella a rastras hasta donde deja el cadáver y la apoya en tierra para que su extremo más grueso choque con el sacerdote a la altura del pecho. Don Rosendo parece mirarle con los ojos abiertos, lo que le produce espanto. «¡Después de lo hecho y todavía con miedo!», se dice para sus adentros con el fin de envalentonarse.

Él también se sienta en tierra y pasa la rama por entre sus piernas. Allí donde se inician los nudos apoya sus zapatos de becerro y empuja. Ahora tiene miedo a perforar el cadáver, pero el palo es lo bastante ancho como para que no se clave y la gruesa sotana también ayuda. Lo empuja contra su esternón, aunque Dídica le ha dicho que no golpee al cadáver para que no le salgan cardenales. Él no puede andar con tantas finezas. ¡Habrà chocado cuando se arrastra por el fondo del río, antes de emerger putrefacto! ¡Cualquier cosa! Y en el mejor de los casos ni flota y el esqueleto se queda en el cauce para siempre.

Ha costado trabajo moverlo, pero ahora ya está en aguas más profundas y pesa menos. El segundo empujón lo deja en el disparadero del caudal y con el tercero consigue hacerlo desaparecer al socaire de la corriente. Don Rosendo viaja camino del mar hacia la eternidad.

También arroja la rama para que baje con las aguas, pero a diferencia del cadáver ensotanoado, a ésta sí la ve flotar unos cuantos metros hasta que se vuelve a trabar con otra melena de plantas. Mejor no podría cumplir lo ordenado por la Pekinesa. Los del pueblo dirán lo que quieran, pero pocos de ellos harían un trabajo tan perfecto como él.



Se mira a las manos y los pantalones. Está completamente cubierto de lodos y limos pegajosos. Ahora debe hacer el camino de vuelta y dejar la carretilla al lado del muro de Desamparados. Mañana se preguntará mil veces cuándo y para qué la sacó del cercado. Por qué le puso esos tres sacos de arpillera. Qué hizo con ella para tener las ruedas llenas de barro y en definitiva quién se la ha cogido sin permiso. Preguntas que ni Desamparados, ni ninguno de sus vecinos, sabrán responder. «Ja, que llamen otra vez tonto a Elisardo. Que se atrevan. Voy a ganar más dinero que el que hayan visto ellos en toda su vida».

\* \* \*

Cuando acaban sus respectivos cometidos, Dídica y su sorprendente sicario se citan en O Forno Vello, dentro de los terrenos inmediatos a la Casa Grande de Cesponzóns, donde todavía en tiempos de su padre se cuecen hogazas para varias casas.

La mujer lo tiene vívido en su memoria porque de niña corretea mezclada en medio de los tres panaderos que acuden las noches en que se cuece. Los hombres van de un lado a otro desnudos de cintura para arriba porque el calor aprieta. Deben arrimar con las palas los bollos que ocuparán la parte más alejada del horno, y eso significa someterse durante un tiempo a temperaturas de infierno, sin que decirlo sea una exageración. En realidad, tienen calor siempre, porque cuando cuecen, van de las llamas a las brasas, y se acompañan de vino. Si además coincide con una noche de verano en las que los muros arden como durante el día, lo último en que piensan los hombres es que revolotea entre ellos la hija de los señores, y mucho menos, que los observa sin perder detalle, a los que hacen el amasijo, a los que estiban, a los que reparten la levadura, cortan y arman, o a los que llevan los cuencos de la mesa al horno.

Esa imagen no la olvidará mientras viva porque es la que provoca en ella el pálpito de una sexualidad temprana, antes incluso de que descubra las transformaciones de su cuerpo. Tampoco escapan de su memoria aquellas horas que pasa allí con Nicolasiño años más tarde. Ella le pide que le enseñe lo que los mozos tienen de diferencia con las mujeres, y el chaval se lo deja ver diciéndole que es mágico, porque crece si se lo toca. Y ella toca. ¿Qué habrá sido de Nicolasiño?

Elisardo llega eufórico. Le faltan trompetas y tambores para acompañar su fanfarria. Se jacta ante la mujer de su habilidad para engañarlo, para darle muerte y para deshacerse del cuerpo. Dídica se resiste a reconocerlo, porque el plan es suyo, pero hoy al tonto no le puede hacer ni un reproche. Eso es así. Se ha revelado como un hábil matacuras.

Como consecuencia del éxito, el acuerdo es engorroso, o Dídica quiere que así parezca. No han hablado de monises y él ha obedecido al pie de la letra las indicaciones de la mujer. Sin embargo, ahora son muchos los conceptos por los que el mozo quiere cobrar. Dice no haber recibido ni un real por el episodio de la lámpara de hace dos semanas.

—Ahí está el peligro, porque me acusa de todo lo que pasa después. No diga que no. ¿Quién lo haría como yo? Pero Elisardo es muy listo. ¿No tendrá queja la señora?

—No la tendría si no hubieses sido tú mismo el causante de lo que ocurre, de modo que quítate varias medallas de fanfarrón.

Y luego de un husmeo, añade:

—¿Y por qué no te diste un agua? ¡Hueles a légamo estancado!

Tampoco le han pagado por los ataques a Agostiño y Modesta, que lo entretienen durante semanas. En ese tiempo sólo cobra por acostarse con ella, y para eso, no todo lo acordado, pues hubo noches en las que la mujer le pide candela hasta por tres veces, cuando nunca se habló de más de dos derrames. A eso hay que añadir el engaño a don Rosendo en la iglesia y su traslado a casa de Desamparados, una obra maestra en el arte de la mentira, algo que Elisardo comienza a dominar al servicio de la señora; única y exclusivamente en su beneficio, con riesgo de graves acusaciones. Pero no acaba ahí la lista de las deudas. El asesinato del cura en el barreño. Sin su fuerza para dominarlo por la espalda, Dídica hubiese tenido que emplear un cuchillo, o un hacha. Y si había cortes de arma blanca en el cadáver, adiós ahogamiento en el Anllóns y adiós suicidio.

Durante la conversación de O Forno Vello no sabe si lo mata él o la mujer. No vislumbra a quién le corresponde la autoría penal del crimen. Si la acusa de cometer el asesinato, se rebaja protagonismo y pierde argumentos para aumentar la bolsa. Y si admite toda la culpa, Dídica podría cargarle el muerto el día de mañana. Pero no. Él lo agarra por los brazos y ella le mete la cabeza en el barreño, por lo tanto, la mano criminal es la suya. ¡Inútiles precisiones!

Nadie descubrirá quién mata a don Rosendo porque lo ha hecho todo a las mil maravillas. Debe cobrar otra buena cantidad y punto.

El traslado al río tampoco es un trabajo sencillo. Cuando lo encuentren, si aparece, no habrá duda de que ha sido un suicidio. Esa es una labor suya y sólo suya.

—A mí me gustaría quedarme en la aldea. Es el sitio que conozco y me gusta.

Esa posibilidad no entra en las intenciones de Dídica y basta con oírla para que se encolerice como una Furia.

—¡Olvídate ya de eso! —le chilla.

Él no ceja.

—Sí, me mirarían con ojos de culebra y es posible que alguno me insultase por desearle el mal al Pallarán, pero sólo sería durante un tiempo.

Elisardo cree que, si don Rosendo es ante ellos un suicida y él les hace ver que se le pasa esa locura por Modesta, en un año todo se habrá olvidado.

—Así podríamos seguir viéndonos, señora; que bien sé lo mucho que disfruta conmigo a rienda suelta. Lo sé por los gemidos que se le escapan y porque me da dinero un día tras otro sin rechistar.

—¡Eres un cretino, Elisardo! ¡A rienda suelta! ¿Qué sabrás tú? ¡Si en algo estimas tu vida debes largarte cuanto antes!

—Para eso va a tener que llenarme los bolsillos hasta que rebosen de monedas. Seré tonto, pero no como para que me carguen con el muerto y me despidan con una mano delante y otra atrás. Sé muchas cosas y me cargo a quien haga falta.

—¡Calma, muchacho! Nadie más tiene por qué salir dañado.

—Yo, no; desde luego.

—Seguro que hiciste cuentas y has pensado ya en una cantidad —le tienta Dídica a que la confiese—. ¿Cuál será suficiente?

Elisardo no tarda ni un suspiro en soltarla porque sueña con este momento desde que acepta zurrar a los novios.

—Treinta mil reales, y mil más cada tres meses, en la forma que yo indique.

—¡Chico! ¡Me has tomado por un banco!

A Dídica no le sorprende la petición de aquel hombre; que se presta a ser el chivo expiatorio de su plan sin darse; cuenta de que a su alrededor la araña teje la tela mortal. Es más, dispone de cien veces ese dinero en los arcones escondidos de Cesponzóns, pero una vez que conoce la cifra se ha hecho con un arma poderosa, como bien saben todos los comerciantes, subasteros, regateadores, tratantes, o chamarileros que en el mundo han sido, son y serán.

Hace la cuenta de la vieja y contrataca.

—La mitad y quinientos reales cada dos meses los tres primeros años.

—La mitad no puede ser. Tiene que llegar a los veinte mil.

—¡Hecho!

Dídica cierra el trato sacándole diez mil reales a una, cantidad que desde el principio imagina más elevada. Además, no tiene sentido. No está en condiciones de prolongar el regateo, ni la presencia de Elisardo en Anllóns. Dámaso ajustará cuentas con él esta noche en las oficinas de Corme.

En el último instante, cuando Elisardo cruza el umbral semiderruido del Forno Vello, se vuelve reverencioso hacia su amante y se despide de la Pekinesa con un simple y protocolario:

—Señora.

—¡Límpiate antes de ir a Corme! Tal como vas te huelen por donde pases, aunque estén durmiendo.

El hombre corre hacia su casa. Se lava y se cambia de ropa. Todavía no ha acabado la dura jornada de hoy. En Corme le espera la parte más grata, cuando Dámaso Portela le haga la primera entrega de lo convenido. Y, lo que es más importante, establecer la forma de pago de los plazos. Ha pensado en abrir una cuenta en un banco allí donde la vida le lleve. Quizá pase a Portugal por Salvaterra. Ha oído que es muy fácil y que hay carabineros dispuestos a facilitar el salto de país por cuatro perras. Él es un hombre rico y puede permitirse ciertos lujos, como es sobornar al Real Cuerpo de Carabineros de Costas y Fronteras, creado por el recio general Rodil, que era gallego de A Fonsagrada y el último militar español en salir de América, como les dijo un día Nespereira a un grupo de rapaces. Bueno, él sólo pretende sobornar a uno de sus miembros, no vaya a ser que a Rodil le dé por resucitar. Lo estudiará sin prisas, y si puede ahorrarse las perras, mejor que mejor. ¿Quién le asegura que estos sorches mal pagados no cobran primero del prófugo y luego lo denuncian para aplicarle la ley de fugas? ¡Pum, pum! Dos tiros, ¡y a cobrar de Recompensas! De cualquier forma, antes permanecerá en Vigo una buena temporada. Se dejará caer por los bares de A Ferrería de los que tanto ha oído hablar. Van a saber las niñas del oficio lo que es un marinero de verdad; bien armado de trinquete y de mesanas. Y no esos gachupines que las visitan al volver de América con mucho blablablá y poco perendengue. Ahí puede surgir la oportunidad de un embarque. Siempre soñó con ir a América. A vengar a Rodil. También puede volver a las Canarias. América le atrae, pero alejarse de Anllóns es una invitación a que estos cabrones dejen de pagarle. Que no se atrevan, porque tanto a un lado del charco como al otro, de polizón, o de rico potentado, la Guardia Civil se va a hacer orejas con todo lo que piensa largar sobre la mojada muerte del cura don Rosendo de San Fins.

Y cuando llega a este punto de su discurso, a Elisardo le recorre el pellejo un espeluzno, porque cree que él también es un asesino. La temblona se le disipa al pensar que los señoritos de Cesponzóns no se van a ir jamás de la lengua. «Ja, ja, ja. Por la cuenta que les trae. Qué listo soy».

La oficina de don Dámaso y don Belarmino se encuentra entre las callejuelas que dan a la rúa del Crego Gago, de Corme y que Elisardo busca con miedo a equivocarse por la oscuridad que las cubre. Pero no, tiene que ser aquella ventana con la luz todavía encendida.

\* \* \*

## 20 días, 8 meses y 18 años antes / Benigno Araujo

Elena de Cons se sorprende al encontrar abierta la iglesia el lunes por la mañana. No es la primera vez que a don Rosendo se le olvida cerrarla, o incluso es él quien entra antes de que llegue la sacristana porque se ha desvelado y se levanta a rezar. También ocurre que una vecina sale de viaje muy temprano y le pide que deje la puerta entornada para dedicarle unos padrenuestros al Señor en petición de una buena andadura. Esas y otras razones se han dado a lo largo de los años, pero hoy la iglesia presenta otra novedad más inquietante, sobre todo si la sumamos a la primera. La lámpara del Santísimo está caída y su aceite derramado por el suelo.

Elena se dirige a la rectoral. Sabe que, al ser lunes, el ama del cura tampoco llega hasta media mañana, cuando regresa de la visita familiar a Rebordáns. Llama y nadie responde. Insiste por la parte de atrás, donde están los frutales y nada. Aporrea las dos puertas, grita y lanza pequeñas piedras a la ventana del dormitorio, pero el resultado es el mismo silencio. Desde que ayuda al párroco tiene llave de la iglesia, pero no de la rectoral. No hacía falta, le dijeron. O el cura o Concha estarían siempre por allí. ¡Ja! Siempre, menos hoy, puesto que no hay nadie. «Ya se lo he dicho varias veces: No está de más que yo tenga llave, por si ella pierde la suya, o pasa algo antes de que vuelva. Y él: “¿Y qué va a pasar, mujer?”. Bueno, pues ya pasó. Nadie puede entrar».

Hay que esperar la llegada de Concha, que lo hace sobre las once. Se alarma ante las noticias de la sacristana y juntas traspasan el portalón. Temen encontrárselo muerto en cualquier lugar, aunque el desorden de la iglesia tampoco encaja con esa solución. ¿Ladrones? Imposible. En la iglesia permanecen todos los objetos de valor.

Avanzan habitación tras habitación y las hallan sin un plato fuera de lugar. Nada denota la más mínima alteración de la vida habitual de don Rosendo. Al llegar al dormitorio se convencen de que el hombre no se encuentra allí. La cama está sin usar, aunque tampoco como se la deja Concha. Sólo la ha estirado. Es lo que hace todos los sábados y domingos.

Ha desaparecido y hay que dar aviso a la Guardia Civil porque las señales son inquietantes. Sobre todo ese aceitón de la lámpara arrojado al suelo.

La noticia se extiende por todo Anllóns y llega a Ponteceso antes del mediodía. La posibilidad de que haya sido víctima de un asesinato se baraja al mismo tiempo que la del suicidio. A doña Concha se le espeluznan los cabellos si oye hablar de que don Rosendo ha tomado la decisión de matarse. Lo mismo que a Elena de Cons.

—Don Rosendo no se ha suicidado. Ni tenía motivos, ni es una conducta propia de él por muy desesperado que estuviese. Quien diga eso es que no lo conoce.

El cabo comandante de la línea, Benigno Araujo, trata de explicarles a ambas que nadie afirma que el sacerdote se haya suicidado, sino que es una de las hipótesis con las que se debe contar.

Esa, la desaparición voluntaria, el asesinato, o la de haber sufrido un accidente. Aunque el óleo derramado...

—¿Quién nos dice que no está ahora mismo camino de Compostela, llamado con urgencia por algún asunto?

—¡Ojalá, señor cabo; ojalá! Pero don Rosendo habría dejado una nota, algo que lo explicase. Así que póngase en lo peor. Algún hombre de mal corazón lo ha matado el domingo por la tarde. Esa idea no se me va de la cabeza.

—Señoras, no se dejen llevar por conclusiones precipitadas. Vamos a ir paso a paso. Y primero tendremos que determinar quién ha visto al párroco la última vez.

—Yo marchó los sábados a Rebordáns —dice Concha.

Ahora la informante es Elena de Cons, la sacristana.

—Lo veo en misa de doce, como todo el pueblo. Bueno, ya sabe, los habituales. Y sobre la una me despido de él.

—¿De qué hablan?

—Nada de importancia. De lo normal. Si había vino suficiente. Y me preguntó por mis hijos, como hace casi todos los días. ¡Ah, sí! Me dijo que por la tarde tenía intención de ir hasta Agro da Costa, donde viven Agostiño de Tomasa y Modesta, una pareja que acaba de matrimoniar. Es la casa de la madre de la mujer, una tal Avelina, y ésta no pisa la iglesia; pero ellos sí vienen, por lo menos antes de la boda lo hacían. Ahora prácticamente no les ha dado tiempo.

—¿Por qué?

—Uno de los dos ha desfallecido a causa de una enfermedad ponzoñosa. Don Rosendo controla la salud de los parroquianos y a la segunda misa de domingo que no aparecen por la iglesia, se presenta en su casa para ver qué les ocurre, porque puede ser una enfermedad del cuerpo, o del alma. Las tardes de los domingos las dedica a visitar enfermos, como mandan las obras de misericordia.

—Excelente medida —opina Araujo—, si pudiésemos, el Cuerpo también debería visitar a los vecinos a la segunda falta. Seguramente se evitarían muchos delitos. Pero, en fin. Es suficiente. Pueden regresar a sus quehaceres.

El guardia ya tiene el hilo por donde tirar de la investigación. En sus años de carrera se ha distinguido por ser uno de los mejores sabuesos de la Guardia Civil de toda Galicia. En su haber cuenta con una docena de asesinatos resueltos gracias a su constancia, pues, aunque la autoridad los dé por archivados, él los mantiene vivos en su sesera hasta que explotan y derraman su secreto por algún lado, como granos repletos de pus que se contienen hasta reventar al mínimo pinchazo. Doce, sin contar otros muchos que se resuelven con rapidez por su intuición y su manera de olisquear criminales.

Araujo y Somoza se acercan a la casa de Avelina entre sudores y sofoco, pues no se mueve una hoja y hasta los tábanos se toman su tiempo antes de sacar el aguijón.

El cabo aplasta a uno que le ha picado en el moflete. Es lo que pierde a estos bichos. Su picadura duele más que la de mosquito, pero después tardan en alzar el vuelo y no advierten la llegada de la mano, con lo cual es fácil acabar con ellos como venganza a su osadía.

Avelina observa la llegada de los sudorosos tricornios cuando superan la curva de Por Maio y avisa a su hija.

—Algo ha pasado. Algo relacionado con el Pallarén.

—¿Por qué lo dice, madre?

—No necesitas faroles para iluminarlo. Ayer, el cura; hoy, la Guardia Civil.

Las dos mujeres salen a la era para recibir a Araujo y al número Somoza. Avelina lleva dos cazos de latón y una pequeña sella de agua fresca, que les ofrece incluso antes del saludo. El *cabozo* anterior a la casa proporciona la sombra imprescindible para charlar. El guardia lo aprecia y lo agradece.

—Hoy no es día para negarse al agua ni a la sombra. Esta tarde se asfixian hasta los álamos fríos.

Araujo ignora si madre e hija sabrán apreciar su metáfora, pero en el destino de donde viene, las tierras lucenses de Monforte y Quiroga, saben bien que de los álamos cuyas hojas se mueven constantemente aunque no haya viento se dice que son fríos porque aparentan tiritar.

El cabo de la Guardia Civil centra el motivo de su visita, aunque da un rodeo para llegar antes.

—Imagino que no estarán al tanto de la noticia.

—Delo por seguro —responde la mayor de las dos mujeres que residen en Agro da Costa.

—No hemos visto a nadie desde ayer a estas horas —añade Modesta.

La hija se expresa con más precisión de la que hubiese deseado su madre, inclinada por ancestrales razones a mostrarse reservada frente a la autoridad, y en todo caso, a desprenderse de información en goteo gradual y bien conquistado por quienes la interroguen, tanto si son representantes de los juzgados, abogados, jueces, actuarios, o forenses, como de las fuerzas del orden, policías, alguaciles, carabineros o guardias civiles, aunque unos y otros, por mucho que Avelina no lo crea, pertenecen al mismo estamento inquisidor. Bajo esos preceptos, haber asegurado en la primera frase y sin requerimiento del guardia que nadie las ha visitado desde esa misma hora del día anterior, no es actuar con tino, pues esa precisión debe darse más adelante, mucho más adelante.

Araujo conoce las dificultades de un buen interrogatorio y a su paciencia debe que los finalice cuando sus informantes han vaciado todo cuanto conocen de interés.

—Nos han comentado que su marido sufre un grave padecimiento desde hace unas semanas, desde la boda, prácticamente.

—Así es.

—¿Y no dan aviso al médico?

—No, señor.

—Pues deberían hacerlo cuanto antes.

—Sí, señor.

—¿Y el párroco don Rosendo no se ha interesado por el enfermo?

—Sí, señor.

—¿Vino a verlo?

—Vino.

—¿Cuándo?

—Ayer. Ya le decimos. Ayer a esta hora. Fue la última persona que se acercó por aquí.

—Bien. Eso me parecía. —Araujo solemniza lo que a continuación les dice con un gesto más serio y un tono de voz engolado—. Han de saber que don Rosendo no está localizado y que, hasta el momento, son ustedes las últimas personas que pueden dar referencia de haberlo visto.

Las dos mujeres se alarman al oír la noticia, más por la segunda parte que las implica, que por la desaparición en sí.

—¡Señor agente, nosotras lo vemos marchar de esta casa por su pie, tan rufo como había llegado!

—Nada he dicho contra ustedes, ni que el sacerdote no esté sano y salvo, ni que se busquen responsables. Su párroco ha desaparecido y deseamos averiguar dónde se encuentra. Nada más. Siendo así, de ustedes necesito que me digan cómo se desarrolla la visita de ayer, de principio a fin y sin olvidar ningún detalle, por mínimo que les parezca.

Araujo intuye que serán muchos los extremos que las mujeres se dejen en el tintero, pero confía que al menos las habrá asustado y que de ellas saldrá el siguiente paso a dar. Cuesta, pero lo consigue. Después de describirle las características del mal de su marido y de la persecución de la que son víctimas antes de la boda, Modesta recuerda:

—El párroco se asusta al escuchar algo que le decimos y le cambia la cara. Entonces me pregunta por la hora en la que le viene el arrechucho a Agostiño y mi hombre se incorpora para gritar: «¡Fue Elisardo! ¡Fue Elisardo!». Don Rosendo habla de una lámpara y se lamenta de haber sido un torpe.

Araujo recapitula.

—Cuando el Pallarén acusa al tal Elisardo, el sacerdote reconoce que él también ha tenido culpa de la desgracia, ¿es eso lo que sucede?

—Sí, señor. Tal como lo expresa usted.

—¿Y qué más?

—Nada más. Yo abrazo a Agostiño para tranquilizarlo y cuando me doy la vuelta, don Rosendo ya no está con nosotros. Sale escopetado a toda velocidad cuesta abajo. ¡Con la edad que tiene y dando brincos por las rocas! Me asomo, lo veo y me digo: «Este hombre se va a matar». Ahí acaba la visita.

Oído el relato, los guardias se despiden de las Barizo. No han querido ver al Pallarén en el convencimiento de que nada va a aportarles, y en todo caso, parece un testigo de fácil localización, difícil interrogatorio e imposible fuga. No así Elisardo.

Desde la casa de Avelina descienden el camino empedrado por las torrenceras de la lluvia y lo hacen con especial atención a las zonas de maleza que existen a cada lado, por si don Rosendo hubiese resbalado y golpeándose en la cabeza se encuentre oculto detrás de un zarzal, muerto o sin sentido. Habría sido un cúmulo de casualidades, pero para un hombre que ha rebasado los ochenta años, el hecho de bajar a saltos aquel pedregal como un arrapiezo robaperas es una apuesta segura para descalabrarse.

Llegan al final de la cuesta convencidos de que el párroco logra hacer ese recorrido sin percances y que su cuerpo, vivo o muerto, ha de estar en otro lado. Araujo decide volver a San Fins, donde Elena de Cons charla con un buen número de vecinos interesados en nuevas sobre el cura. La separan de la patulea y entran con ella en el templo. Cuando van a interrogarle sobre la información que reciben en Agro da Costa, Araujo advierte que, en el suelo, a la derecha del altar, hay una lámpara tirada y un líquido alrededor que bien podría ser aceitón.

Entonces le pregunta sobre aquello.

—Es la lámpara del Santísimo. No sé qué hacer, si retirarla o dejarla como está. Espero a que vuelva don Rosendo y él decidirá qué es lo correcto. En mis años de sacristana jamás se nos

habían derramado los santos óleos y desconozco si hay sacrilegio en ello, porque cuando por descuido se le cae una hostia consagrada, después me manda fregar el suelo de rodillas y con cepillo. ¡Imagínese un líquido!

—En realidad, veníamos a preguntarle sobre lo mismo. Explíqueme qué es eso de la lámpara del Santísimo.

La sacristana se sorprende del interés que la Guardia Civil muestra por ese objeto sagrado, pero les ilustra de acuerdo con sus conocimientos.

—Por lo que sé, y sabe don Rosendo, la lámpara arde al lado del altar en las iglesias y éstas han de contar con reservas para que no se apague nunca. Él sostiene que viene de muy antiguo y que siempre fue un grave problema disponer de fondos para costear el aceite. Los señores más importantes, e incluso los reyes, hacen donaciones para que nunca falte el alimento de la llama en los templos de su influencia.

—Bien, pero ¿existe alguna tradición especial en torno a la lámpara para que todo el mundo hable de ella como del *sursum corda*?

—Bueno, sí. Siempre hay quien le concede poderes extraordinarios. En parroquias de las cercanías hubo sacerdotes que quisieron garantizarse el suministro y permitieron que sus feligreses creyesen en la petenera de que la lámpara hacía poco menos que milagros. Otros llegan a decir que causa la muerte de quien se desea a medida que se consume el aceite. Bobadas. La gente es muy crédula y no le importa mezclar al Santísimo con crímenes, pero es que además muy cerca de Anllóns se han dado casos de muertes. Un disparate.

—¿Y sabe si el que está aquí tirado lo ofrece alguien?

—Sí, señor. Lo ofrece un vecino que se llama Elisardo, un chico un poco tarambana.

—Ya me han hablado del personaje. ¿Por casualidad sabe usted qué le pide Elisardo a la lámpara?

—Pues sí, porque se lo comenta a don Rosendo. Quiere que el Señor le ayude a vencer la resistencia de una moza a la que pretende.

—¿Modesta?

—¡No, señor! Modesta se casa, y aunque antes de la boda Elisardo la importuna más que dos perros en misa, don Rosendo está muy contento porque por fin se olvida de ella y sienta cabeza.

—Eso quisiéramos saber, dónde la sienta.

Elena sigue preocupada por lo que le atañe de cerca.

—¿Qué hago con el aceite, cabo?

—No soy una autoridad en asuntos litúrgicos —responde Araujo limpiándose el sudor que le cae de la frente hacia los ojos, con el tricornio en la mano—, pero creo que don Rosendo estaría de acuerdo en que lo oportuno es recogerlo. Aunque de momento no se digan misas, la gente vendrá y la visión del candelabro tirado sólo puede fomentar falsas especulaciones. Por cierto, ¿usted ve capaz a don Rosendo de tirar la lámpara al suelo? No sé, ¿enfadado por algo?

La mujer demora un segundo la respuesta.

—Si lo hizo, estaba fuera de sí.

—Bien. Eso quería saber.

Al terminar la frase, Elena de Cons advierte que en la puerta de la iglesia se recorta la inconfundible imagen de la Pekinesa, la señora de Portela, que ni avanza ni retrocede a la espera de que la sacristana y el cabo finalicen su charla.



La asistente del cura va hacia ella. Dídica le pregunta si el hombre con quien habla es el agente al mando de la investigación sobre don Rosendo y le pide que se lo presente, que desea comentarle algo relacionado con el caso.

Araujo, muy ceremonioso con la dama, le besa la mano que ésta le ofrece, mientras se identifica:

—Dídica Manteiga Sollóns, señora de Portela. Tenemos una casona a la entrada del pueblo, en Cesponzóns, que a partir de hoy también es la suya. Gente de la Benemérita la frecuenta cuando el servicio los lleva hasta allí, pues en Cesponzóns son siempre bien recibidos.

—Lo sé y le agradezco el trato que dispensa al Cuerpo. Son muy amables. Y bien, usted dirá qué desea comentarme.

—Acabo de conocer la desaparición de don Rosendo. ¡Qué horror! Nada más saberlo me ha parecido inexcusable informarles de un hecho que tuvo lugar ayer.

Araujo y Dídica se acercan al último de los bancos de hombres, mientras el número Somoza permanece a su lado, de pie. El cabo no lo sabe, pero es la primera vez que Dídica se sienta en uno de ellos, y al darse cuenta, la señora de Portela siente un agradable estremecimiento que le recorre el espinazo.

—Ayer por la tarde salí de casa con intención de acercarme a Agro da Costa. Quiero ofrecerles trabajo. Le parecerá disparatado contratar a un inválido, pero siento por ellos una especial ternura. Aunque no todo es caridad, no se crea. Sé que Modesta guisa a gusto de reyes y esas habilidades son muy apreciadas en Cesponzóns.

—Aunque sea así, su gesto le honra.

—Por los negocios familiares y por las propiedades recibidas, en casa hay recursos, de modo que si se puede ayudar...

—Lo dicho. Mi enhorabuena.

—Entonces inicio el camino de subida hacia la casa de Avelina cuando veo a don Rosendo que baja en dirección contraria a grandes zancadas y con la sotana recogida. Lo paro y me cuenta sus tribulaciones. Viene de descubrir algo terrible y se apresura a ponerle remedio.

—¿Sabe qué descubre?

—Sí, me lo comenta. Dice que Elisardo ha encendido una lámpara al Santísimo con la petición de matar a Agostiño, pues se ha enamorado de Modesta, a la que importuna durante días.

—¿Algo más?

—No. Salvo lo que yo deduzco, pues intuyo que al bueno de don Rosendo le domina un auténtico galimatías.

Araujo se siente irremediabilmente atraído por la belleza de la Pekinesa, a la que ve iluminada por el reflejo del sol, que se proyecta al otro lado de la nave. Quizá por esa razón le participa confidencias que el propio guardia Somoza escucha un tanto asombrado.

—Hasta este momento teníamos a las Barizo, a Modesta y a su madre, como las últimas personas que ven al párroco antes de desaparecer, pero ahora es usted quien ocupa ese papel. Su testimonio es ciertamente muy valioso, y de ahí que me atreva a preguntarle qué hace tras el encuentro con el párroco.

—¿Yo? Nada. Regreso a mi casa. Me doy cuenta de que no es el momento más oportuno para hablarles de trabajo a las dos mujeres y lo dejo para mejor ocasión.

—Según su criterio, ahora que se confirma la desaparición del sacerdote, ¿cuáles cree que fueron sus pasos el resto de la tarde?

—No quisiera parecer agorera, ni desearle mal alguno a nuestro querido párroco, pero tal como yo lo veo en ese momento, sudoroso y desencajado, creo que se dirigía hacia aquí, a la iglesia, para apagar la lámpara, y luego..., bueno, luego se encerraría a rezar para redimir culpas por la enfermedad del Pallarán. Conociéndolo, eso es lo que haría. Y si no ha sido capaz de perdonarse...

Dídica deja colgado un silencio en el aire que resuena a tragedia en la nave del templo.

—O sea, en su opinión, don Rosendo pudo...

—Sí. Creo que sí. Eso es lo que barrunto. Muchos le dirán que es imposible, que su manera de pensar rechaza ese comportamiento, y yo estaría de acuerdo con ellos, pero sólo hasta ayer. El don Rosendo que veo bajar por esas piedras no es el párroco tranquilo y bonachón de siempre. Por eso estoy plenamente convencida de que lo encontrarán muerto en cualquier sitio, y que el responsable habrá sido él mismo.

A Araujo no le quedan preguntas por hacer. Frente a la opinión de Concha y Elena en contra del suicidio, apunta ahora el determinante diagnóstico de doña Dídica a favor. Las dos primeras conocen mejor al personaje. Han estado a su lado durante muchos años, pero la señora de Portela se ha encontrado de bruces con ese otro don Rosendo, el inmediato a su desaparición, o quizá, a su muerte.

El resto de ese largo lunes, Araujo lo consume tras la pista de Elisardo. Sus padres no lo han visto cuando regresan de su excursión a Pedra Cuca, ni su hermana desde que deja a su enamorado. Con él son dos los desaparecidos de Anllóns. Y si el primero lo hubiera hecho por decisión propia, ¿por qué escapa el segundo? La situación le aviene más a un asesinato, que a un suicidio. ¿Asesinato, por qué? Elisardo ha dado muestras de haber enloquecido, y si además es escaso de luces, reúne más opciones que nadie para ser sospechoso. El cadáver del primero está escondido en los alrededores y el segundo marcha para escapar de la justicia. Rompecabezas completado.

Araujo finaliza el día con la orden de que se añada el nombre de Elisardo Saleta Piñeiro a la lista de desaparecidos, aunque en su caso lo sea en busca y captura y con especial advertencia a las autoridades portuarias de Vigo y A Coruña, pues intentaría emprender el camino de América, como hacen homicidas, estafadores y sospechosos.

\* \* \*

## **19 días, 8 meses y 18 años antes / Don Camilisindo Facal de Aguiar**

Araujo duerme mal. Su amplia experiencia en la solución de enigmas le alerta sobre piezas que no encajan. Y en sus sueños se entrecruza la imagen de la bella Dídica. Nunca se ha visto

frente a una mujer tan atractiva y fascinante como ella, lo cual no es de gran ayuda para la investigación, sino al contrario, porque la mente se le embota.

Por eso, cuando despierta, lo hace obsesionado con ir a la casona de los Portela para interrogar una segunda vez a la señora. ¿Porque es imprescindible, o porque desea volver a verla? Araujo no quiere contestarse, pero reconoce el poderoso influjo del personaje.

Cuando los dos guardias llegan al caserón, doña Dídica ya está en la parte de atrás, con el moño rehecho, una pañoleta al cuello, una blusa gris y falda larga de rayas azules y blancas que la hace más juvenil que el negro bajo el que se presenta el día anterior en San Fins.

—¿Les puedo ofrecer algo?

—No —responde enérgico el cabo—. Nuestro deseo es entretenerla lo mínimo posible.

—No es molestia colaborar con la justicia. Es el deber de todos. Vengan, sentémonos bajo la pérgola.

Con un leve movimiento de mano, Araujo indica a Somoza que no les acompañe, que vigile el camino, o que haga lo que le venga en gana. Al menos eso es lo que interpreta el guardia. Y lo hace con acierto, pues lo último que el cabo desea ahora es tenerlo a su lado.

Un sencillo merendero da sombra a una mesa y cuatro bancos que la rodean. En su entorno hay abedules que ordena plantar ella misma, pues lo considera el árbol más apropiado para ahuyentar a los malos espíritus. El fondo lo forman sendas higueras desparramadas, patria de todas las supersticiones. En septiembre brotan alrededor grupetes floreados con docenas de *Amarilys belladonna* o azucenas de Santa Paula, que ellos llaman varitas de San Xosé y que a punto están de matar a Choncha hace años cuando las toma en infusión porque el anciano don Norberto le dice que son buenas contra un dolor de huesos. Sí, acaban con el dolor, porque acaban también con la vida de quien lo padece. De haber conocido el episodio, el farmacéutico Mesías lo habría recordado delante de don Nicanor para ilustrar las semejanzas entre veneno y benéfico, pero no es el caso.

Este es el escenario de cientos de tardes de percebes y de caciqueos interminables donde su padre, don Teótimo Manteiga, recibe a los correligionarios de Anllóns, a los curas trabucaires de la bisbarra y al rico propietario Pedro Portela, al que a veces acompaña su hijo Dámaso, el cual, todavía un pipiolo, cae engatusado por la única moza de la casa, la bella Dídica, tan ávida de hombres que se come a Dámaso de un bocado una fría tarde de octubre, tres días después de Difuntos. Y eso que el chaval desconoce incluso qué es una teta desabrochada, y para colmo, ni la aprecia. Todas esas circunstancias —ser rico, pipiolo y falto de interés en las redondeces—, acaban por ser las dotes que Dídica estima como las mejores en el hombre destinado a ser su marido. Ninguna otra podría mejorarlas.

—¡Qué rincón tan agradable! —dice Araujo con afán de complacer a la dama.

—Tiene que volver alguna tarde sin uniforme y sin casos que investigar. Así no se disfruta. Haríamos una merienda con percebes, que es una tradición de la casa.

—Lo tendré en cuenta.

Tras los cristales traseros de la mansión, sin que Araujo lo aprecie, Dámaso espía a los conversadores. Conoce al guardia y sabe que su fama de sabueso le precede, lo cual sólo puede ser causa de desgracias. Pero mientras Dídica sonría y lo embriague sin alcohol, ningún peligro les acecha.

—Y mientras eso no ocurre y nos citamos para pasar una tarde de charla intrascendente, ¿en qué puedo serle de utilidad hoy, además de lo ya hablado en San Fins?

—He de confesarle que ayer me sorprende la seguridad con la que usted defiende el suicidio de don Rosendo.

—Don Benigno, créame; usted también la tendría si lo ve como yo lo vi. Tan desencajado, tan fuera de sí. Un hombre con la razón perdida, o mata, o se mata él. Y don Rosendo, se lo aseguro, no es un criminal.

—Sí, eso tiene sentido. Pero en ese momento no se sabe que Elisardo también ha desaparecido de Anllóns.

—No, pero sin embargo es lo esperado.

—¿Tan natural le parece? Ahora sí que me desconcierta. Si don Rosendo se suicida y Elisardo no tiene por qué responder ante la justicia de su muerte, ¿por qué huye con las orejas gachas? ¿No es más lógico pensar que ha cometido un asesinato y que escapa a la acción de la justicia?

—No necesariamente, y por ello me decepciona, señor Araujo. Piense un poco. ¿Qué otra novedad se conoce ayer?

Dídica juega con el investigador hasta el extremo de hacerle creer que está en el secreto de las cosas, mientras él ignora todo lo que ocurre.

—Lo siento. Desconozco a qué se refiere.

—Pues es evidente, mi querido cabo. Desde ayer todos los habitantes de Anllóns, del Río Cesso y de Corme sabemos que el responsable de la enfermedad de Agostiño de Tomasa es Elisardo, por mucho que don Rosendo se eche encima culpas que no son suyas y que le llevan al suicidio, Dios no lo quiera. Téngalo por seguro. ¿Sería usted capaz de vivir en una aldea de cinco casas después de dejar inútil a su vecino más fuerte, saludable y admirado? ¡Nada menos que a un recién casado, al que además pretende arrebatarse la mujer! ¿Desconoce las leyes de la aldea a favor de las nuevas parejas? El tarambana marcha de Anllóns y difícilmente se volverá a saber de él. Piense, ¿de qué se le acusa?, ¿de encender una lámpara de aceite en contra de un rival de amores? Corto cargo me parece ése como para que la Benemérita se lance a por él. El único que lo haría con motivos es el Pallarén, y ya ve cómo se encuentra. ¡Como para perseguirlo Portugal abajo! El delito de Elisardo es mayor. ¡Ha causado el suicidio de un cura respetado por todos y la muerte en vida del vecino más bizarro y apuesto de cualquier romería! No puede quedarse para ser felicitado cuando llegue el San Roque, compréndalo.

—Permítame mantener las sospechas. Mientras no se desmienta, hay dos desaparecidos y uno de ellos reúne todos los requisitos para ser reo de asesinato.

—Está en su derecho.

Desde la pérgola donde se encuentran se escuchan los cascos de una gran galopada que finaliza frente a la fachada, al otro lado de la casa. Alguien descabalga en el portal balaustrado de Cesponzóns y el agente Somoza charla con el jinete. Luego regresa a la carrera hasta el jardín.

—¡Mi cabo! ¡Es un vecino de Cabana que viene con la noticia! ¡Han encontrado en el río el cadáver de don Rosendo!

Doña Dídica esboza una ligera, pero perceptible sonrisa.

—¿Lo ve, don Benigno?

—Debo marchar. Salude de mi parte a su marido. Otra tarde regresaré, como usted dice, libre de servicio.

—En Cesponzóns siempre será bien recibido.

\* \* \*

El cuerpo del sacerdote reposa ya en un prado cercano al lugar donde lo encuentra de madrugada un pescador de Cabana. Emerge de espaldas y todo lo que de él se ve es parte de la sotana. El pescador no tiene dudas de que se trata de don Rosendo. El juez Nespereira ya ha dispuesto el levantamiento y que lo trasladen a Ponteceso para la autopsia. La practicará don Camilisindo Facal, como todas las realizadas en el partido durante los últimos treinta años. Octavio Nespereira y Benigno Araujo estarán también presentes. Es lo preceptivo. La diligencia se juzga de capital importancia para la marcha de las investigaciones, pues determinará hacia qué lado se inclina el fiel de la balanza; si suicidio, si asesinato. El accidente parece descartado.

Luego de hora y media de silencioso examen y con el cadáver del sacerdote todavía abierto por el pecho, don Camilisindo les anuncia:

—Cuando el hombre cae al río está vivo. Su muerte se produce a causa de la asfixia provocada por sumersión en el agua que encharca los pulmones mediante disnea posterior a apnea. No hay signos de violencia en el cuello, ni en ninguna otra parte del cuerpo, salvo ligeros hematomas en el brazo derecho y en el abdomen que incluso podrían haberse producido *post mortem*. Por lo que se aprecia, el individuo no lucha ante la inminencia de la muerte y el cuerpo permanece en el agua entre treinta y cuarenta horas, lo que sitúa el momento del deceso al final de la tarde del domingo, coincidente con la información del estómago, pues la digestión está completamente finalizada. Mi impresión es que muere en torno a las diez, cuando le corresponde volver a alimentarse. Eso es todo cuanto nos revela la autopsia. ¡Ah! Sí, también que en las últimas veinticuatro horas no ingiere ningún tipo de sustancia tóxica, ni narcóticos o medicinas.

Durante la diligencia, el juez Nespereira deja que se apague su inseparable cachimba por respeto al muerto, pero ahora vuelve a encenderla y busca en don Camilisindo la confirmación definitiva para calificar la muerte.

—A su juicio, doctor...

—Todo induce a pensar que se trata de un suicidio. Así lo reflejaré en mi informe.

—¿Cerraré entonces el caso? —se interesa Araujo.

—No me queda más remedio. Un hombre alterado, sin enemigos conocidos, con un informe forense que rechaza el homicidio, sólo puede ser un suicida. Mis años de experiencia no me permiten pensar otra cosa. ¿O es que usted no lo cree? Por hache o por be, de existir una mano airada, el criminal acaba metiendo la pata y se le nota. Si don Rosendo realmente se ahoga en el Anllóns, si no presenta contusiones, ni tiene una rueda de molino atada a una pierna, hace falta ser un asesino muy inteligente y tener varios colaboradores. No hay sobre mi mesa nada de ello, y aunque me cueste recibir los improperios de sus feligreses, sólo puedo apostar por la muerte voluntaria de su cura.

Araujo no aparta de sus pensamientos a doña Dídica. Está persuadido de que la muerte se cierra en falso, pues no basta decir que el cura se obsesiona con su culpa y decide castigarse. Pero, aunque la idea le vuelve recurrente, acaba por convencerse de que todo se debe a una fantasía suya para propiciar un nuevo encuentro, lo cual no es disparatado, dado el subyugante hechizo que la Pekinesa ejerce sobre él.

Los parroquianos de San Fins piensan como Araujo. Don Rosendo no habría seguido nunca el camino del suicidio. Sin embargo, han de aceptar el dictado del forense, el testimonio de la señora y la decisión del juez, según el cual aquella tarde de domingo su párroco no era el cura de siempre, sino que se había transformado en un hombre deseoso de quitarse de en medio.

\* \* \*

## 17 días, 8 meses y 18 años antes / Concha

A los funerales de don Rosendo acuden todos. Y no es exageración de la feligresía, sino fiel descripción del número de asistentes. Unos vecinos vigilan la presencia de los otros y todos coinciden en señalar tres únicas ausencias: Agostiño de Tomasa, incapacitado; Avelina, que se escuda en sus obligaciones para con el anterior, ya que Modesta no quiere faltar a la ceremonia, y Elisardo, en paradero desconocido. El resto, incluidos los no bautizados, ha ido a San Fins para despedir a un hombre virtuoso que no se perdona la torpeza de ser engañado por un pobre demente. Concha preside el duelo familiar, pues nadie más cercano se le conoce.

Hasta seis curas se han reunido para los misereres. Son los párrocos Jesús Villar, de San Tirso de Cospindo; Cándido Maseda, de San Xoán de Xornes; Manuel Baneira, de San Xián de Brantuas; Benito Rodríguez Noya, de San Martiño de Cores, y José Iglesias Reguera, de San Xián de Langueirón, además de Juan Antonio Combarro, de quien dicen que pronto ocupará la rectoral de Anllóns. Doce plañideras que lo lloran todo, ocho lamparones negros con los que don Rosendo despedía a los vecinos pudientes sin llegar nunca a encenderlos, un coro de quince niños que cantan el *Ave Verum Corpus*, de Mozart, sin destrozarlo demasiado, y una calavera de ignoto propietario que reposa sobre una colcha deshilachada, rodean el catafalco y ayudan a teatralizar la muerte, por si ella misma no fuese imponente y sobrecogedora.

Dídica y Dámaso se han separado hacia sus bancos respectivos, como las demás parejas. A la salida, antes del responso y el traslado del cuerpo para recibir sepultura en el pórtico, la señora de Portela se acerca a Modesta y se interesa por la salud de su bienamado marido.

—Es increíble. Se lo juro a la señora, pero en estos dos días le ha venido vida, no sé de dónde. Sigue como hasta ahora, sin pronunciar palabra, pero se ha puesto de pie y le he podido lavar sus partes. Nadie me quitará de la cabeza el daño que le hacía la lámpara o lo que fuese, *pobreciño meu*.

—Te creo. Has tenido que sufrir los siete sufrires y por eso te quiero ayudar. Si me lo permites, mañana me acerco a casa de tu madre y te expongo mis pretensiones.

—Lo que usted determine, señora. Faltaría más.

\* \* \*

## 16 días, 8 meses y 18 años antes / Agostiño de Tomasa, el Pallarén

Y así es. Pasados los rigores del mediodía, doña Dídica repite el paseo que le lleva hasta la casa de Avelina, a la que saluda con toda la intención concentrada en seis palabras aceradas:

—No te vi en la iglesia.

Que tienen rápida respuesta, como si las esperase oír.

—Ni usted, ni yo pegamos en la iglesia, aunque nos enfunden en hábitos de san Francisco. Usted por puta, y yo, por meiga.

—¡Ja, ja, ja! —se ríe Dídica con ganas.

Avelina no puede olvidar que el bobalicón de su yerno ha sido hasta hace unos días el entretenido fornicador de la señora de Portela, y si ahora viene a su casa, es que algo feo se trae entre manos. Por eso, y porque sabe que le queda poco de vida, no se anda con remilgos de boca.

—¡Qué mala baba has tenido siempre, Avelina! ¡Es una gran pena que no te haga efecto tu propio veneno!

—Mala baba la del Pallarén, que el pobre se ha quedado como una uva pasa desde que frecuente ciertas compañías. ¡A saber quién le habrá echado el *meigallo*!

Le basta escuchar el nombre del muchacho para que a la Pekinesa se le ponga alegre la cintura. Tanto que teme ser traicionada por los nervios y los deseos. Por eso reacciona, tose y pregunta:

—¿Está tu hija Modesta en casa? Ayer nos citamos para tratar ciertos negocios.

—Pase, si quiere. Está arreglándole la cama a su amigo. Como el tullido espabiló, se mueve más y se destapa. Pero no se haga ilusiones, hay combates para los que ya no lo llamarán de soldado. Se le ha quedado el fusil sin munición.

—Quizá sea como dice, pero no vengo a tratar asuntos militares.

—Más le vale.

—¿No les molestaré?

—¿A quiénes? Aunque quisiera...

Dídica sigue el ruido que origina Modesta en el piso superior. Al Pallarén lo han trasladado a la cama desde que mejora, como si hubiese recuperado parte de su condición humana y ya no mereciese el castigo de dormir con la cerda. Ahora puede estar de pie y todo resulta más cómodo que en las dos primeras semanas. Dios lo quiera, piensa Modesta; si sigue así quizá recupere lo perdido.

La señora de Portela empuja suavemente la puerta entreabierta y sus ojos se clavan en Agostiño, que con el pecho al aire espera sentado a que su mujer acabe los arreglos. El hombre sonríe al verla y ella le devuelve el gesto. Modesta es la primera vez que lo observa reaccionar de esa forma desde el episodio y se vuelve hacia quien lo provoca.

—¡Doña Dídica! ¡Es usted! ¡Nada le ha hecho tan feliz en estos días como verla ahora!

La mujer busca una explicación que no la delate.

—Será porque contempla una cara nueva, y si dices que ha mejorado, el hombre querrá expresarse. Al fin y al cabo, ¿quiénes lo visitan?

—Nadie, por supuesto; pero resulta sorprendente verlo sonreír.

—¿Tú no te alegras?

—Sí, claro; también me alegro. Tome asiento mientras termino. Después bajamos a la cocina.

—Aquí estamos bien para lo que vengo a exponerte.

La visita se sienta en una silla espartera a los pies de la cama que ocupa Agostiño. Él la sigue con la mirada sin perder un movimiento. La habitación se impregna con el aroma que propala doña Dídica, unas gotas del *Extracto del Congo*, que el perfumista parisino Víctor Vaissier ha creado para Leopoldo II, el rey belga que administra aquel territorio como ellos hacen con las tierras de Cesponzóns. Dámaso lo ha encargado fuera de España para obsequiárselo a su esposa en el quinto aniversario de boda, hace algunos meses, y sólo lo usa en ocasiones muy especiales, como ésta.

—Modesta, no quisiera que me malinterpretes. Piensa que no es caridad lo que te ofrezco, sino un trabajo del que yo también me beneficiaré.

—No entiendo, señora.

—Y con razón, porque he empezado por el final. Lo que intento decir es que vengo a ofreceros el puesto de caseros en Cesponzóns. Esto es, que os trasladéis a vivir con mi marido y conmigo.

—¿Está usted de broma? ¿Casero mi Agostiño? ¡Pero si hoy por hoy no puede ni con una aguillada!

—Lo sé. No pretendo que are nuestros campos, ni que haga de capataz. Ni siquiera que lleve el ganado a pastar. Quiero ayudaros porque habéis sufrido mucho y porque estamos sin cocinera. Tú eres la mejor. Se van a abrir unos negocios y te necesito. Como ves, no todo es caridad por mi parte. Sé que nadie escogería a un matrimonio como vosotros, pero la verdad es que ya estuve tentada cuando supe lo de vuestra boda. Luego, claro, vino lo que vino y no lo hice, pero ahora que las aguas han remansado, pensé que me debía a mi palabra y la mantengo. También pienso en Avelina. Si tu madre quiere, que se venga a la Casa Grande porque aún está para romper unas mangas. Allí siempre hay cosas que hacer, ropa que zurcir, tintes de añil, la huerta, ayudarte en la cocina...

—No querrá. No dejará su casa.

—Ella no, ¿y vosotros?

Modesta desvía la mirada hacia el Pallarán y constata su entusiasmo por la idea. Mantiene los ojos abiertos como nunca y una expresión alegre que no deja lugar a dudas.

—¿Tú quieres que vayamos? —le pregunta.

Los ojos responden con un resplandor de vida, aunque de su boca sólo emerge un tenue sonido que desde entonces se convierte en el único lenguaje del Pallarán.

—¡Hggg!

—Ya lo ves, Modesta. Tu marido cree que es la mejor solución para vosotros. ¡No serás tú quien se lo niegue!

—Yo también se lo agradezco. En nuestras circunstancias esta casa no nos va a dar para comer, pero me retrae Avelina. Esta noche hablaré con ella.

Doña Dídica da por bueno aplazar la decisión hasta que se pronuncie su enemiga, pero cuando se dispone a marchar, es Modesta quien le interroga.

—Ahora que está aquí, quisiera hacerle una consulta.

—Adelante.



—Usted, que es gente de mundo y sabe más que nosotros, ¿cree que debería avisar a don Camilindo para que examinase a Agostiño?

La señora no se anda por las ramas en su consejo.

—Don Camilindo no ha conocido un caso parecido en su vida. Yo no lo llamaría. Es perder el tiempo. Otra cosa es que lo viese alguno de esos médicos americanos de tanta fama. Pero, claro, está el dinero de por medio.

—Yo pensaba lo mismo, pero ahora, al oírla a usted, me da más fuerzas para ahorrarme la consulta.

\* \* \*

—¿Qué quería la señora puta?

Avelina Pardines aborda a su hija en cuanto ambas quedan solas.

—Doña Dídica es muy buena, madre. Debería agradecerle lo que se desvive por nosotros.

—¡Ah! ¿Le angustiamos? ¿Pues qué ofrece entonces?

—Quiere que le sirva de cocinera y que vayamos los tres a vivir a Cesponzóns.

—¿Qué generosa! Pues dile que no estamos para servir a zorras sin títulos.

—Agostiño quiere.

—¿Te lo ha dicho?

—Con los ojos.

—¡Menudo putero!

—¿Por qué lo insulta?

—Porque las huele.

—¡Madre!

—Pues ya puedes ir mañana a contestarle que nos sobran las perras para vivir con dignidad.

\* \* \*

Modesta prefiere actuar sin conocimiento del Pallarán. Si no le comenta palabra, pasará el tiempo y se olvidará. Tiene razón Avelina. Algo oscuro trama la Pekinesa con ese ofrecimiento inverosímil y lo mejor será acabar cuanto antes la intriga.

—No ha sido posible, doña Dídica. Mi madre se niega y a mí me da coraje dejarla sola, por lo mayor que va, ya sabe. Quizá cuando ella no esté...

No debería haber dicho esa última frase sobre la vida eterna de su madre, porque tal como a la señora de Portela le crece la ira verde en su interior al conocer la negativa, así se le reduce al instante toda la bilis al escuchar la puerta que dicha frase le abre.

Luego se disculpa con voz amable y dulzona:

—Olvidalo, Modesta. Yo tenía que decíroslo porque de lo contrario no me quedaría tranquila, pero ya veo que os condicionan otras prioridades, y me parece bien. Sólo te pido un favor, ya que no podemos llegar a otro acuerdo.

—Lo que usted mande, señora.

—Es muy sencillo. El martes debo ir a Corme para recibir a unos industriales que don Dámaso quiere agasajar como haría el rajá de Kapurthala. Te puedes imaginar, cosas de negocios. Ventrán a cenar a Cesponzóns y se me ocurre mandar a Farruco da Bouza y a sus hijos para que

pinchen al vuelo unas perdices pechugonas. La contrariedad es que Herminia no tiene ni idea de cómo preparar las aves. Sé que la fama de las tuyas traspasa fronteras. Octavio Nespereira me ha hablado tantas maravillas de tus perdices, que muero de envidia malsana cada vez que lo oigo. ¡Las perdices de Modesta! Es como un salmo en las letanías de las excelencias culinarias. Si nos las cocinas ese día, y de paso le enseñas a Herminia, te lo pagaría con creces.

—Eso no tiene ningún problema. ¿Cómo prefiere las perdices? ¿Con cebollitas de Barizo, patatas y ese punto de vinagre que ablandan en la boca?

—¡Las mismas!

—Pues ésas sólo es cuestión de tiempo.

—Y de fuego. Tómame toda la tarde y pídemelo lo que quieras.

—Yo se las hago encantada. Ya que no he podido complacerla, lo que a usted le parezca justo me lo parecerá a mí. Allí estaré.

Y es que la parroquia de San Pedro de Barizo, en Malpica, no sólo da apellido al padre de Modesta, sino los mejores ajos y cebollas de Bergantiños, tan buenas que hasta las cantan las coplas. Pero los hombres no hablan hoy de ellas, sino de vino. Los industriales de Ponteceso, como ya hicieron antes todos los de Carballo, Laxe o Coristanco, discuten si se van a unir a la Cámara de Comercio coruñesa contra la ley de Alcoholes. Tal como estaba previsto, al final votan que sí y amenazan al alcalde con darse de baja en la contribución industrial si entra en vigor dicha ley. Dámaso sólo se juega unos cobres en el envite, pero apoya el boicot, porque de esa manera obedece a su máxima de que sólo moneda a moneda se consigue el arca llena. Es cierto que ese día se reunirá en Corme con muchos de ellos para unificar posturas y bajar algunas botellas, pero jamás se le ha pasado por la cabeza invitarlos a cenar perdices en Cesponzóns. Sería la contradicción absoluta al precepto anterior, pues ningún negocio mantiene con los convocados, salvo el de la buena vecindad. Pagarán la comida a escote y, si se tercia, por estar en su tierra, pondrá luego sobre la mesa una o dos botellas de blanca y otras tantas de hierbas a su cuenta.

\* \* \*

## **10 días, 8 meses y 18 años antes / Avelina Pardines, viuda de Barizo**

Acabada la colación, Herminia y Modesta ya están enfaenadas en el desplume de las cuatro parejas de perdices que Farruco da Bouza y sus dos hijos mayores le traen a Cesponzóns el día anterior. Tres caen cerca de donde el Couso da sus aguas al Anllóns y las otras, en el alto de Vilaseco y en la Revolta de Canduas. Por ellas cobra el mejor precio a la pieza que Farruco haya visto desde que caza para don Teótimo, lo mismo que su padre lo hacía para don Norberto. Ahora él lo sigue haciendo para doña Dídica, porque al señor de Portela, cosa rara en un rico, eso de la caza de pluma ni le va, ni le viene.

Su esposa se despide de las mujeres con dos recomendaciones.

—No regatees en tiempo, Modesta; el caso es que salgan bien. Y tú, Herminia, no pierdas ripio de todo cuanto te diga Modesta, porque en fiestas serás tú quien las haga.

—Que tenga un buen viaje la señora.

—Gracias. Espero regresar a tiempo de Corme para disponer la mesa.

Miente con intención jurídica. Va camino de O Castro, aunque se detendrá antes, bastante antes. Para ser exactos lo hace en la casa de la madre de Modesta, Avelina Pardines de Agro da Costa, a donde llega a lomos de la Parda, vestida como es habitual en ella, con galas coloristas y ciudadanas, salvo cuando se disfraza de pordiosera mendicante para consultas infernales, o de amazona varonil para revolcones de pago.

Ata el animal frente al pilón de agua y entra en la casa a voces cuarteleras en busca de Avelina.

—¿Qué pasa? ¿Quién pregunta por mí? —Y al ver que se trata de Dídica, la mujer sonríe—. ¡Vaya! ¡Pero si es la puta! ¡Mala centella la coma! ¿No le basta con explotar a mi hija en sus banquetes de caciquillos? ¿A qué viene ahora? ¿También me quiere explotar a mí?

—No se altere, doña Avelina. Es su propia hija quien me manda.

—¡Caramba! ¡La historia al revés! ¡Ahora disparan pájaros contra las escopetas! ¿Y qué le ordena mi Modesta?

—Necesita una zaranda mediana que utiliza para las salsas.

—¿Para las salsas? No sé cuál es. Jamás hizo salsas estando conmigo. Sería de cuando sirve en casa del juez Nespereira y la habrá dejado allí. ¿No le dice más?

—Sí, que está medio escondida, pero que usted la encontraría porque sabe dónde la deja.

—¡Ah! Voy a ver. Quizá la ha guardado ella entre los trastos viejos.

—¿Puedo saludar al Pallarén?

Salude a quien le dé gana. ¡Para el caso que le va a hacer! ¡Una zaranda para salsas! Jamás le oí nada de eso. A ver si la puso entre estos chirimbolos. ¡Esta hija mía!

—Ahí será. Ya sabe cómo son, redondas y con un colador de rejilla.

—Sé, sé.

Dídica sube a la habitación donde el hombre dormita como manda el libro. Se acerca al lecho y lo despierta llevando su mano hasta el inicio de las piernas. Agostiño la mira y hace intención de ir hacia ella para responder a la excitación. El recuerdo de lo que hacían juntos no parece haberse olvidado, o tal vez sea algo nuevo. Pero la mujer lo detiene.

—No, todavía no.

Le abre la boca y bajo su lengua coloca la filacteria que Mandinga le da para este momento, donde se ha escrito *zna*. No es papel, sino una fina pasta que al instante se diluye en la saliva.

—Escúchame bien. Tú no estás enfermo. Tú eres el mozo más garrido de Anllóns, el más fuerte y bigardo, como siempre lo fuiste. Ahora me vas a obedecer sin rechistar, porque así te lo manda tu dueña. ¡Levántate y sígueme!

Y aquella persona que hace un mes ha dejado sus potencias colgadas en el filo de un hacha, salta de la cama con la vitalidad del pescador que jala de una red cargada y la decisión de un alabardero llamado a formar por un sargento de mostacho bien poblado. ¡El pacto luciferino se cumple con asombrosa exactitud!

La mujer desciende las empinadas escaleras mientras el Pallarén la sigue descalzo y apenas cubierto por una camisa de lino que le llega hasta las rodillas. Bajados los primeros escalones,

ella se vuelve y le cuchichea cuatro frases al oído del golem renacido. El joven, antes dueño torpón de miembros inservibles y escarolados, inclina la cabeza en señal de conformidad para seguir a la mujer en silencio cartujo.

Al entrar en la cocina, encuentran a Avelina de rodillas. Trastea en una alacena inferior, donde acumulan pucheros y cacerolas fuera de uso, rotos o con agujeros que los vuelven inútiles.

—¡Nada! No encuentro nada que pueda responder a lo que me pide. Así que dígame que se arregle con lo que tengan en Cesponzóns, que seguramente no es menguado. O que venga ella y lo... ¡Agostiño! ¿Qué haces levantado?

Mal que bien a causa de sus cataratas, Avelina ve a su robusto yerno de pie, al lado de Dídica, tan estirado como antes del *lóstrego* fatal, y no sabe qué pensar. Esta mujer viene a entrometerse donde no le han dado vela. Pero el muchacho avanza hacia ella sin dar muestras de ninguna parálisis, ni de padecer las atrofas o el muermo como hasta ahora.

—¿Qué haces, Pallarén? ¿A dónde vas?

Avelina repite la pregunta sin obtener respuesta. O sí, porque Agostiño ya está frente a ella y con enorme facilidad la agarra de la espalda para hacer presa con sus ropas de forma que le sirvan de asa. La zarandea tal como está, sin darle la cara. Con la mano derecha la sujeta de un tobillo. Es poco peso para él. Así la alza al aire, en paralelo al suelo, sin zuecas ya y con el pelo alborotado. Avelina se revuelve con los brazos y la pierna que le queda libre, pero el Pallarén ha recuperado toda la vitalidad perdida hace semanas, y maneja a la mujer a su antojo, como si de un saco de paja se tratase.

—¡Maldito cabrón! ¡Suéltame! ¡Nos has engañado a todos, hijo de Satanás! ¡Yo te maldigo!

Los desesperados gritos de la anciana ameigada no hacen mella en su yerno, que camina con su suegra en volandas para acercarse al fuego de la *lareira*.

Dídica contempla la tortura con ojos de entusiasmo.

—¡Suéltame, mal nacido! ¡Hijo de puta, suéltame!

No es ésa la intención del resucitado. Muy al contrario, la deja en suspensión, con el rostro sobre las brasas que servirán para prender la siguiente hoguera. A la tortura que el calor le produce, se une la asfixia de un aire irrespirable y las quemaduras que rompen la piel en ronchas cada vez más extensas. Su cara se transforma, los cabellos chisporrotean y comienzan a arder. Las protestas de Avelina se reducen a un desgarró monocorde que es lamento de pasión y certeza de la muerte cercana. Con las manos trata de apartarse, pero sólo consigue que las quemaduras se extiendan también a ellas.

La tortura es más breve de lo que Dídica hubiese deseado, porque de repente todo cesa y su cabeza cede para tocar con su frente chamuscada las brasas encendidas. Entonces Agostiño la suelta y al cabo de unos segundos, pelos, pañuelo y toquilla arden con llama viva. Casi todo el cuerpo de la mujer ha quedado encima de la *lareira*, tal como era el deseo de la señora. Ahora ella toma un taburete en el otro extremo de la cocina y lo tira debajo del pie izquierdo del cadáver, que cuelga fuera del lar embutido en unas medias negras de lana con dos grandes tomates producidos por el uso. También recoge las dos zuecas de donde caen y las distribuye donde más oportuno le parece. Su intención es presentar el escenario de un accidente. Avelina tropieza con el taburete, resbala y cae sobre el fuego, sin poder reaccionar a tiempo, por lo que muere asfixiada antes que quemada. Y quizá, si lo buscan, también aparezca un fallo cardíaco, porque la mujer da unos hipidos sospechosos antes de espicharla.

Busca por la estancia y encuentra un cacharro con tres patatas peladas en agua. Esto servirá. Se sitúa detrás de la muerta y lo arroja frente a ella, en la parte posterior de la hoguera. El barro se rompe y las tres patatas toman direcciones diferentes. Las llamas ceden cuando el pelo ha desaparecido por completo convertido en tufo estomagante. Está bien así, se dice. O no. Falta una última manipulación.

—Rómpele una pierna contra la piedra —ordena a Agostiño—. La derecha.

El golem de carne se la agarra con ambas manos, y tal como está, le troncha la canilla contra el borde de la *lareira*. Se oye el chasquido del hueso y la propia Dídica se encoge del supuesto dolor ajeno. «¡Qué bruto el Pallarán! ¡Qué bruta yo! Quizás haya sido demasiada violencia para una anciana que simplemente tropieza y cae contra el bordillo». Comprueba la herida bajándole las medias y lo que ve le complace.

—A esta edad los huesos son como cristales —comenta mientras le recompone la media—. Has hecho un buen trabajo y te mereces un premio.

El Pallarán ríe y le contesta con perfecta dicción.

—Lo que el ama ordene.

Sólo ha consumido unos minutos en deshacerse de Avelina. Todo sucede tal como ha previsto, sin embargo el éxito criminal también supone un cálculo temporal erróneo, pues no puede regresar de Corme tan pronto. De esa forma la Pekinesa dispone de toda la tarde por delante para disfrutar de lo que más añora, Agostiño.

—Ven, subiremos.

Dídica lo toma de la mano y lo conduce hasta su lecho. Una vez allí, alza lentamente el camisón bajo el que vive el mozo y se arrodilla ante él para iniciar un ritual por el que suspira desde una eternidad de casi dos meses, aunque el botarate de Elisardo le ayude a sobrellevarla con notables sucedáneos.

Cuando ya acaricia con su boca al joven, Dídica se asombra de haber convertido a sus amantes en dos asesinos mataviejos. Ja, ja, ja. ¡Asesinos mataviejos, y ella, una súbdita de Satán! No había alternativa. Ahora tiene el camino despejado para disfrutar por entero de su bien ganado *cariño loco*.

Cuando finaliza de saborear las mieles de sus nuevos poderes, la dama le ordena a Agostiño:

—Vuelve a tu muerte detenida y espera que te despierte de nuevo.

Y el muchacho, transformado por lo que oye, responde con su refunfuño.

—Hggg.

\* \* \*

Las luces tardías que el sol del verano proporciona no han desaparecido cuando Dídica regresa a Cesponzóns con fingida pesadumbre. Su cena se ha suspendido, los invitados no acudirán a la cita e incluso don Dámaso dormirá esta noche en Corme, en casa de su socio Souto de Neaño. Está desolada, por ella y por el trabajo que realizaron toda la tarde Herminia y Modesta.

—Hay una solución. Comeremos las perdices nosotras tres. ¿Qué os parece?

—Avelina estará esperándome para cenar —aduce Modesta.

—No lo creo. Se habrá dado cuenta de que es mucho trabajo y ya dispondría lo oportuno. Vas a llevarles tres perdices de mi parte. Aquí tenemos en abundancia para nosotras. ¡Venga, Modesta! ¡Sírvenos y comprobemos tu maestría con los pajaritos!

Despachan las perdices y ríen sin tasa gracias al vino que Dídica sirve generosa a las dos cocineras. Ellas lo beben y se despachan procaces con chismes de grandes vergas y calentaculos, los mismos que oyen a los hombres en la taberna y que son los más valorados cuando la risa brujulea fácil gracias al alcohol. El de Elena levantándole la casulla a don Rosendo, no. Ese no se cuenta por respeto al muerto.

Pero es hora de que Modesta emprenda camino de regreso. No siempre consigue que la marcha sea recta y uniforme, ya que el aguardiente de caña y el vino hacen de las suyas.

Herminia, por el contrario, cae rendida en su catre tras cinco trompicones. Dídica, que apenas ha bebido en previsión de sus deberes, se viste de amazona y ensilla a la Parda para que la lleve hasta Os Melcos. Ha de dejar ante la puerta de María Joana das Neves el pollo que acaba de matar, bien trufado con cincuenta duros de plata, que no de calamina, como la de los duros sevillanos. Es el pago por los servicios prestados ante Mandinga el día en que comprueba el exacto cumplimiento del pacto; esto es, el que está a punto de finalizar.

\* \* \*

Modesta llega a medianoche a casa de su madre. No hay luces y todo permanece en silencio. Se habrá acostado, imagina con el criterio que le deja libre la caña ingerida. La puerta no está atrancada. Entra, arroja sobre la mesa la tartera con las perdices y le domina una peste nauseabunda. La reconoce como el olor a pelo quemado, como si hubiesen puesto un conejo al espeto sin desollar, o algo peor. Qué brutalidad. Piensa en su esposo y se sobresalta. ¿Habrá sucedido alguna desgracia? Sube para verlo en su lecho. Allí está, dormido profundamente. Eso la tranquiliza, aunque a continuación comprueba que su madre no está acostada.

Baja y entra de nuevo en la cocina. De aquí procede la pestilencia, no hay duda. Como no ve llamas en el lar, opta por encender una vela en vez del candil, y ahora, desde el otro extremo observa que han tirado algo sobre la piedra, algo grande, como un animal. Dos pasos más y ya no especula. Es el cuerpo de Avelina que yace cadáver sobre las cenizas de un fuego extinto.

Se acerca, lo toca, la llama. No se atreve a darle la vuelta. Observa la banquetta, las patatas, las zuecas desperdigadas. Ha tropezado y una vez caída sobre las brasas, no es capaz de levantarse. ¿Qué otra explicación, si no? ¿Quién iba a tener interés en acabar con la pobre Avelina?

Modesta hace por llorar, pero el cuerpo lo rechaza. Si hubiese alguien delante, lo haría; pero así, ella sola y borracha, no le sale. ¿Significa que no quiero a madre? Sí la quiero, a mi manera la quiero. O la quería, no sé cómo expresarlo. Era mayor y son tantos golpes que a una ya no le quedan lágrimas. El Pallarén; luego don Rosendo; ahora Avelina. Alguien la pone a prueba y ella está desconcertada.

Cierra la puerta y se acuesta. Mañana será otro día y ya habrá dormido la mona.

\* \* \*

## 9 días, 8 meses y 18 años antes / Octavio Nespereira

Modesta ha servido siete años en casa del juez don Octavio Nespereira, desde que era una retaca, y es a él a quien manda aviso a través de un vecino, cuando despierta y toma conciencia de que su madre ha muerto. Ahora sí se le vienen hacia los labios lágrimas pelonas de sal y sangre.

Ninguna otra diligencia se necesita, porque don Camilisindo Facal vendrá con él, como hace siempre. También acudirá el actuario López Rodríguez y, por otra parte, el cabo Benigno Araujo con un número. Modesta no es ajena a las prácticas judiciales, porque, en siete años, o las ve, o las escucha punto por punto.

Ha dormido de un tirón. Agostiño ni siquiera le reclama la cena, ni un vaso de agua, ni una *codia* de pan. Si le preguntan por qué no da aviso ayer, no tiene respuesta. Estoy muy cansada y pierdo el ritmo de las horas. Me echo a llorar y me derrota el sueño. Ya me dirá. No puedo dejar solo a mi marido. ¿Saben cómo está, el pobre?

Cuando los tiene delante, les cuenta que Avelina tropieza y se rompe la pierna antes de quemarse. Ella trabaja toda la tarde y su marido es un pasmarote que no se mueve del lecho si no es con ayudas seráficas, como las que auxilian a san Cidre con el arado, o incluso mayores, como el coro angélico de las Potestades, que son las indicadas para contrarrestar demonios y basiliscos.

Las autoridades la aceptan como la hipótesis más plausible. Sin embargo, a Benigno Araujo le escaman coincidencias y contradicciones que hace saber al juez Nespereira.

—Lo que más llama la atención es que don Rosendo también salga de esta misma casa para morir. Son dos fallecimientos tan cercanos que parece imposible no relacionarlos. En Anllóns ocurre una muerte violenta cada década. Y ahora, en cinco días, dos. Un accidente y un suicidio. El agua y el fuego.

A Octavio Nespereira le encantan las palabras del guardia.

—¿Usted también se ha dado cuenta? Son muertes ocasionadas por dos de las Elementales, eso es cierto; es decir, los espíritus de los cuatro elementos, agua, fuego, aire y tierra. Si hubiese otro asesinato en los próximos días, yo apuesto que veremos un estrangulado, un degollado, un emparedado vivo; alguien al que le falta el aire y muere. Esté atento, Araujo. Me llamará supersticioso, pero las viejas claves esotéricas se repiten con cadencia matemática todos y cada uno de los días, lo que pasa es que no siempre sabemos interpretar las señales ni los mensajes que llevan dentro. A veces los leo diáfanos, y en otras, por el contrario, todo se nubla y carece de sentido. Lo de ahora es de cajón, querido amigo.

Araujo sigue las pautas de la investigación tradicional, la que le ha dado tanta fama en el cuerpo, pero no echa en saco roto la advertencia del veterano juez, que algo sabrá de lo que habla para ocupar la judicatura y no ser depuesto.

—Señor Nespereira, con todos los respetos que su criterio me merece, no se olvide de añadir la omnipresente señora de Portela a la lista de coincidencias que sean de su agrado. Recuerde que es la última que ve con vida a don Rosendo, la única que visita Agro da Costa entre un suceso y otro, y también la última en hablar con Avelina, a excepción de sus familiares. Y para más inri, en su casa se encuentra cocinando su hija cuando la mujer muere achicharrada. ¿Qué quiere que le diga? Mi mosqueo con esta mujer es solemne.

Nespereira tira de cachimba, limpia los restos de la última pipada y, mientras la carga de nuevo, aprovecha para pararle los pies al agente, cuyas conclusiones estima precipitadas por ser vos quien sois.

—Está en su derecho de sospechar lo que le venga en gana, pero si pretende que actúe contra la familia más poderosa de Anllóns y de la que depende la subsistencia del mayor número de familias, tendrá que poner encima de mi mesa algo más que conjeturas, cabo Araujo. Reconozco que se puede pensar mal de doña Dídica por la concurrencia de indicios, pero no dejan de ser indicios. Los médicos certifican que la muerte de don Rosendo fue un suicidio, y la de Avelina, un accidente. Y aunque no fuera así, responde, ¿cuál sería el móvil de tanta masacre?

—Al parecer está empeñada en contratar a Modesta como cocinera.

—¡Araujo! ¿Quiere que detenga a doña Dídica porque aspira a comer bien? Yo he gozado de Modesta como cocinera los últimos siete años y le aseguro que tiene la mejor mano para los guisos, los *puddings* y los asados de los alrededores, y quién sabe si de toda Galicia, ¡pero por el amor de Dios, no veo a la señora de Portela matando a medio pueblo para zamparse un pollo al chilindrón!

—Sólo una persona ha confirmado la presencia de doña Dídica en Corme la tarde del accidente de Avelina —insiste Araujo.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Belarmino Souto de Neaño, el socio de don Dámaso.

—Era de esperar. Muchos de Corme ni la conocerán.

Araujo promete no perderla de vista, y no lo haría tan pronto de no ser avisado con timbales y trompetas desde la comandancia de la capital, donde lo requieren para ponerse al frente de una singular investigación. Un doble crimen en la calle de San Andrés que se les resiste hasta ahora. Las muertes de Melchora, estrangulada mediante cordel que atan para hacer trinquete con una trébede de la cocina; y de su marido Gregorio, acuchillado. Llevan semanas detrás de los autores y no llenan un cubo con el agua de todas las fuentes. Y lo que es peor, han quedado secas y no hay de dónde sacar una gota que riegue esperanzas de aclarar quién se ha llevado por delante al matrimonio, ni por qué. Alguien ordena: «Llamad a Araujo». «¿A Araujo?

¿El de los crímenes rurales?». «Sí, a ése». ¿Qué sabrá él de la calle San Andrés y de los coruñeses? Celos de policías. Con todo, a Araujo no le quitan de la cabeza que han movido influencias cerca del gobernador civil para apartarlo de Anllóns. Quién sabe. Los de Cesponzóns son poderosos, ¿pero tanto?

\* \* \*

## **2 días, 7 meses y 18 años antes / Dámaso Portela Mancebo-Cospindo**

Ahora es Modesta quien llama a la puerta de la Casa Grande. Como el calor aprieta, la señora de Portela la recibe en la solana posterior, cerca de la pérgola de los percebes, y frente al Forno



Vello que se distingue más allá. Viste de luto de pies a cabeza, como una corneja, y su actitud es más sumisa que de costumbre, ella que siempre fue mitad ufana, mitad arrogante.

—¿Déjame que te abrace, muchacha! ¿Cómo es que no le hiciste funeral? Estaba deseando darte el pésame.

—Ya sabe cómo era mi madre. Me lo había dicho muchas veces. Cuando muera, déjate de misas y compra pescado. Y, en fin, como de momento tampoco hay cura en la parroquia..., ya se lo haré.

—¿Cómo estás tú? Eso es lo que me tiene en vilo.

Modesta baja la mirada y juega con la cinta de la saya entre las manos.

—Bien.

—Tú me quieres decir algo. ¿Verdad?

—Vengo a pedirle perdón por negarme a aceptarlo cuando me ofrece trabajo. Tiene que comprender que no fue mi intención desairarla. La situación era la que era; pero ahora, ya ve, nada me lo prohíbe.

—No tengo nada que perdonarte. Te debías a tu madre y ya está. Seguramente desde el cielo ella aprueba tu decisión. —Doña Dídica evoca el anticlericalismo de Avelina y rectifica—. Desde el cielo, o desde dondequiera que esté...

—Entonces ¿nos acepta?

—¿Pues claro, muchacha! Lo deseo tanto como entonces. Y don Dámaso, también. Se lleva un gran disgusto al saber que no vendrías. Ya verás qué sorpresa le damos ahora.

—Gracias, señora. Es usted muy buena.

Las dos mujeres se acercan a la pérgola, cuyo techo está repleto de hojarasca, y toman asiento una frente a la otra, sin el protocolo que una cocinera debería guardar frente a la señora de Cesponzóns.

—Poco a poco conocerás nuestras costumbres y nuestros gustos, que no son nada engorrosos para tus habilidades. Ocuparéis una de las habitaciones de la planta baja que da a la cocina. Agostiño puede estar contigo en el banco de la *lareira* mientras preparas las comidas. Herminia, de momento, se quedará con nosotros para ayudarte. No tengo corazón para echarla y además es una buena chica; algo burra sin desbastar, pero cariñosa y de buen fondo.

—Lo que usted ordene.

—Hay una cosa muy importante que quiero encomendarte. Creo que te lo avancé en la anterior ocasión, y es que don Dámaso y su socio van a abrir varias casas de comidas en los principales puertos. No sé, tres o cuatro; e incluso podrían instalarse en Coruña si las ganancias dan para ello. Van a bautizarlas como El Hogar del Marinero y quieren que se coma tan bien en unas como en otras. La primera iba a ser en Corme Porto, pero lo he convencido para que se abra en Ponteceso y que tú estés al frente de todas las cocineras.

—¿Yo, señora? ¿Con el trabajo de la casa? ¿Con Agostiño?

—No te agobies. Ya he pensado en todo.

—Pues si me lo explica...

—A ello voy. En Cesponzóns cocinarás una sola vez para todo el día. Será por las noches. Tú y Herminia marcharéis por la mañana a Ponteceso. El mercado lo hará ella bajo tus órdenes y regresaréis a media tarde. Una carreta estará a vuestra disposición para trasladaros a cada lugar.

—¿Y el Pallarén? ¿Quién cuidará de él durante ese tiempo?

—Yo lo haré, y si por cualquier razón tuviera que ausentarme, estarás dispensada de ir a Ponteceso y sólo lo hará Herminia. ¿Qué te parece?

—No lo esperaba.

—Don Dámaso te pagará con sueldos de Madrid. Y yo también. En unos años ahorras para los médicos de América, para arreglar Agro da Costa, o para lo que gustéis. Ya verás.

Nada que añadir, porque quiere el negocio que todo se avenga. Se aviene la mujer, el marido, la cocinera y la marmitona. La carreta las transporta a Ponteceso cuando ya se ha formado una cola de aspirantes a aprendices, de sollastres, de pinches y de consumadas maestras en guisotes, asados y potajes que a Modesta acuden por si las contrata don Dámaso y salir así de la ruina en la que navegan. El horizonte es negro. Sin maridos, con los hijos colgados de las faldas y la regente María Cristina de Habsburgo sin poder celebrar santos ni cumpleaños porque los jóvenes de España se desangran en cientos de batallas. Hasta veinte de ellas se encuentra Modesta en fogones el primer día, cuando todavía hay que fregar y pintar, faltan platos y abunda la nada.

Aquello es un desbarajuste. Unas son expertas, pero difíciles de doblegar; otras nada saben, pero se las ve muy dispuestas. «Don Dámaso, ¿con cuántas nos quedamos?».

Señala a seis, siete son torbellino. Y seis se quedan. Las más obedientes, las más entusiastas, las menos ceñudas y alguna pinche. La protesta era esperada. «¿Qué se habrá creído esa que tiene el marido más tieso que la mojama? Se da aires de sabionda, pero toca de oído. ¡Que le caiga la maldición de santa Serpentina!».

Aquellas que vienen con armas probadas en pazos, o las que han batido el cobre en cantinas, en ambigús, o incluso en hoteles de baños y balnearios de postín, se revuelven contra la negativa y acuden a don Dámaso. Esa mujer que ha puesto ahí no pasa de verdulera. Escoge lo peor de cada casa. Y el señor, que ya está engatusado por su *pudding* Victoria —herencia de la difunta señora de Nespereira—, los pastelillos de perdiz, los huevos a la reina, la merluza a la holandesa, o el solomillo con salsa *périgeux*, les dice con alzamiento de pestaña derecha: «Son cosas de mi mujer. Yo no puedo hacer nada. Vuelvan ustedes dentro de un año, por si hubiera bajas, y dejen razón donde poder avisarlas, queridas mías».

\* \* \*

## 4 días, 6 meses y 18 años antes / Desamparados Rodríguez Ferreiro

Poco antes de habilitar en Corme Porto el segundo figón, Dídica descubre su estado a Dámaso:

—Espero un hijo.

El señor de Cesponzóns, que no es el padre de lo que venga, ni sueña con serlo por tener en mayor aprecio otros placeres, permanece en silencio hasta que concentra con exactitud el menor número de palabras con el que reaccionar a la noticia de su mujer. Son cuatro.

—¿Qué vas a hacer?

—Tenerlo y luego darlo en adopción.

—¿Pero cómo vas a disimular la barriga? ¡Todo Anllóns sabrá que es tuyo! —razona el hombre con su discurrir cartesiano.

—Siempre hay remedio para pequeños contratiempos. Dentro de un mes me voy a Madrid y no volveré hasta haberla perdido. El niño llegará por otra parte y será hospiciano. Diremos que emprendo un largo viaje con unos parientes lejanos, los Sollóns de Cabrucedo, a los que hace años que no veo y con los que recorreré Europa. ¿Satisfecho?

Dámaso no responde, salvo con una nueva pregunta. —¿Ya has decidido quién se lo queda?

—Sí, Desamparados. Hablé con ella y está de acuerdo. Habrá que pagarle, claro. Lo hará pasar por el nieto de una hermana ya fallecida, cuya madre muere en el parto. Nada tiene que relacionarnos.

Al hombre le pierde la curiosidad.

—¿Quién es el padre?

—¿Para qué quieres saberlo? Déjalo así y mejor nos irá a todos.

Dámaso Portela se da la vuelta en la cama y se duerme. Le espera una larga temporada que podrá dedicar por entero a sus íntimas aficiones.

\* \* \*

## 18 años antes / Vicentiña de Dios Rodríguez

A la niña, porque niña es la criatura que Dídica alumbra en Madrid, le da el nombre de Vicenta, pues lo siente ajeno y poco valorado. Al repasar la nómina de familiares, a nadie encuentra que lo lleve. Y lo que más pesa, no es de su gusto. Le parece vulgar, impropio de ella y de su clase. Si de verdad quisiese a esa niña, dudaría entre Cristina, Alejandra o María de las Mercedes, que son nombres de reinas y princesas. ¿Qué reina se llama Vicenta, Modesta, o Desamparados? Ninguna, son nombres sin clase, como el de su madre, Angustias, con el que tuvo que apenar durante la infancia. Es cierto que los hay incluso peores, pero éste de Vicenta es tan anodino, superficial y portugués que nadie podrá relacionarlo con ella. Tampoco le costará desprenderse de ese trozo de carne que hoy es la llave para abrir las puertas de todos sus caprichos. No huele a Dídica. No huele a Cesponzóns. No conoce a ninguna santa Vicenta de peana y eso será del agrado del cornudo. La niña será Vicenta y tendrá una madre de nombre Virtudes. Sí, Virtudes teologales. Ja, ja, ja. Se lo dice a la comadrona Eulalia Pedriza, que la atiende en un piso de la calle Carretas donde acuden señoritas de la alta sociedad que han tenido un desliz para quitarse barrigas y volver a casa sin nada, o para tener al niño sin un recibimiento de formalidades palaciegas, cual es su caso. Ella quiere esa criatura. Es más. La tiene comprometida.

La última noche duerme en casa de Eulalia y antes de las señales, le ha puesto en el bolsillo a la Pedriza un billete de veinticinco pesetas con Quevedo de personaje facial, que es el doble de la tarifa palanganera. Por eso la comadrona firma el papelito con un plumín *esgallado*, y sin más miramientos ni requilorios, lo lleva al mostrador que llaman Registro Civil, de reciente creación

para el control de españoles, que eso de contar ciudadanos es cosa moderna y de países bien organizados.

El asiento se realiza con esa fecha dos días después del parto, y en el lugar reservado para consignar el nombre del padre, Dídica pretende que figure la indicación de Desconocido, que a nadie compromete, ni exige papel alguno. Sin embargo, cuando Eulalia se presenta ante el Registro para la formalidad, el funcionario que la atiende, conocido de anteriores trámites, la sorprende con una sugerencia de ilegalidad manifiesta.

—Como comprenderás, a mí me da igual, pero yo te aconsejo que mientas en el nombre del padre y te inventes uno. No te creas, nos lo dicen los de arriba. La criatura tendrá menos dificultades el día de mañana. Ponemos un nombre cualquiera y un apellido de los usuales en hijos del soltera, Expósito, Iglesias, de Dios, Dedeu o Deulofeu, si fuese catalán. ¿Qué sabes de la madre?

—Nada, que se llama Virtudes Rodríguez, o eso dice.

—Entonces bien podría ponerle de Dios, que a todo abarca y a todos atiende.

—Tendría que consultarlo con ella.

—Me jeringas el asiento en el libro, Eulalia. Mejor es que lo hagamos así, y si la mujer se pone pejiquera, que venga a verme y remendamos.

—Por mí, de acuerdo.

Y así es como la niña pasa a llamarse Vicenta de Dios Rodríguez y a tener un padre que en el papel figura como Vicente de Dios Madrid, en paradero desconocido. Tal como le explica el funcionario registral a la comadrona Eulalia, la ley prefiere tener padres sin localizar, que madres que no recuerdan con quiénes fornican.

La señora de Portela casi se atraganta la tráquea del pasmo que le da al enterarse del nuevo apellido que invalida todas sus previsiones. ¡De Dios! ¡De Dios y del Diablo! Piensa en acudir cuando se reponga de las secundinas para rectificarlo, pero horas después desiste. ¡Qué más da!

Debe encontrarse con Desamparados en la estación coruñesa. Ése es el plan que telegrafía. La mujer pasa a tener una sobrina llamada Virtudes que hace la mueca poco después del parto de una hija de soltera a la que bautiza como Vicenta de Dios Rodríguez. El padre ha huido a América antes de formalizar, aunque a nadie podrá explicar por qué figura en el documento y por qué, de ser así, le ponen Dios. ¡Ah! ¡Es Dios porque el padre ya lo era! Dios padre, Dios hija y Dios, Espíritu Santo. Ésa ha de ser la filiación de la niña. La madre aporta papeles.

Al enterarse de la desgracia, Desamparados la reclama y la Guardia Civil, antes de entregarla en un hospicio, se la envía a Coruña en brazos de una nodriza pagada al efecto. Para completar la mentira, su verdadera madre añade que la criatura recibe en Madrid las aguas del bautismo, pues así no tendrá que rendir cuentas a Juan Antonio Combarro, el nuevo párroco de San Fins de Anllóns, nombrado en su ausencia.

¿Qué ha hecho ella en Madrid tanto tiempo? Para hablar en propiedad, sólo ha residido el último mes en la capital. Antes ha ido a París, con escalas en Toulouse y otras poblaciones. También pasa varias semanas en una casa del puerto de El Serrallo, cerca de Tarragona, siempre con miedo a que un marinero de Bergantiños la reconozca con el bombo a cuestas. Se hace amar cuanto puede y mientras puede. No le resulta difícil, por su juventud, por su bolsa y porque realiza su atractivo merced a una sabia utilización de afeites franceses y picardía, de la que siempre ha gozado con largura. Ciertamente que una vez está tentada a deshacerse del feto que lleva dentro, por

miedo a que una circunstancia le impida cumplir el pacto, pero cruza los dedos y sigue adelante. Cuanto antes realice la entrega, antes podrá ejercer sus maravillosos poderes que la conviertan en la mayor seductora de la historia, tal como pretende ser recordada.

La entrega de la niña le proporciona un gran alivio. Con ella termina un largo peregrinaje llevando auestas ese indeseable papel de madre, una barriga que detesta y esa ridícula sonrisilla con la que corresponde a las damas que se interesan por los meses que le faltan. «Me faltan todos porque jamás seré madre de nadie, ¿se entera, caratrigo? Este hijo que llevo tiene otro dueño y no voy a decir quién es porque se caería aquí mismo, despatarrada, con el grave peligro de partirse la crisma contra una mesa. Y aunque nada se perdería con su muerte, no estoy para malgastar tiempo en el fregado de su mísera sangre de pinchaúvas». Jamás ha pronunciado esa retahíla de maldiciones, pero sí las piensa.

Estando en la Rambla Vella de Tarragona se cruza con un par de comerciantes, conocidos de Dámaso. Se los topa de frente, no tiene escapatoria. Cierra los ojos y pasan de largo. ¿Le habrá ayudado su amigo de las zahúrdas de Plutón? Dídica se siente feliz porque dentro de tres o cuatro días, los que se demore en la ciudad para que su llegada a Anllóns no coincida con la de Desamparados, podrá hacerse amar en brazos de su añorado Agostiño.

\* \* \*

## 5 días, 6 meses y 2 años antes / Cara de Gocho

Vicentiña crece en el convencimiento de que Virtudes, su madre, muere a los días de nacer ella, y que su tía abuela, Desamparados, la quiere desde el primer momento como hija de su sangre. Lo primero es falso, pero lo segundo, para su fortuna, no.

Tres veces más de lo que su auténtica madre le pagaba antes a Desamparados por utilizar su cama y brincar con sus amantes, lo recibe ahora para atender a la muchacha. Eso le evita ejercer de alcahueta, y que su casa sirva de mancebía, aunque Paquiña de Toribio, sin amante a mano, le pregunta una y otra vez si conoce a algún mozo dispuesto a complacerla. Desamparados siempre le contesta del mismo o parecido modo:

—De éstos ya no quedan, Paca. ¡Tiempos aquellos de Elisardo y Agostiño! ¡Cómo los disfrutabais las distraídas como tú!

A la Paca no le importaría aguantar el insulto si a cambio le diese una respuesta afirmativa, pero aun así no se apea de indagar sobre las pesquisas cuando se la encuentra en las ferias, o a la salida de misa.

—De aquello que tú sabes, ¿nada?

—Nada, Paquiña. Folla con tu marido.

Durante los últimos tres lustros, la tranquilidad, la rutina y hasta el aburrimiento han sustituido a las muertes, a las intrigas y al trajín sexual en los que se sume la aldea aquellos meses, conocidos hoy como los de «antes de la muerte de don Rosendo».

Hubo una excepción en medio de la placidez. Fue cuando los hermanos Manuel y Basilio le choricéan 2500 pesetas a Teresa Vidal Eirós, poco después de que Manuel matrimonee con una

hija de Teresa, pinche de cocina a las órdenes de Modesta en el primer figón de don Dámaso. Una tarde entran los dos zangolotinos en casa de la suegra del primero para reclamar las ropas de la hija, pero ambos lo hacen hacha en mano, que es argumento de poco discutir. Como Teresa se encierra en su habitación, los hermanos danzan a sus anchas por la casa y arramplan con los ahorros del Banco de España. La Guardia Civil los detiene y encarcela. Se habla mucho del suceso, por la boda que les une y por falta de mejores bocados que llevarse a las tertulias. Ese episodio, la resaca de las guerras coloniales y las idas y venidas desde Coristanco y A Coruña de los ingenieros de Obras Públicas que supervisan la construcción de la fábrica de electricidad en el Anllóns, dominan todas las conversaciones. Y no es poco, porque 1898 vino repleto.

Vicentiña cumple los quince años dos días antes del que figura en la cédula del Registro. No es la única de la aldea, antes al contrario, nadie le da aprecio a que las fechas coincidan porque eso del Registro suena a chino. Ella llega a esa edad como niña obediente, de regular aprovechamiento en las clases de don Manuel Lamas, tímida y atractiva a los hombres como ninguna de sus compañeras, huella indudable de su madre, que, si en otras competiciones fracasa, cuando juega a guapa siempre gana.

Dídica se acerca una tarde a donde se reúnen las mozas, por ver si le da el pálpito de la sangre con la imagen de la niña crecidita, y ni así. Ya se dice ella misma que es más fría y siesa de corazón, que acalorada de entrepierna. Y eso es mucho decir. La mira con absoluta indiferencia y desprecio por los farrapos que la niña lleva encima. ¿Qué hará Desamparados con la paga que le doy? No sabe la señora de Portela que buey suelto bien se lame, pero con dos a la mesa se multiplican los gastos, porque a la niña no le puedes poner en el plato migajas y morralla.

—Yo te daría más, Desamparados, pero tengo miedo de que se note y que la gente comience a sospechar.

—Lo que usted diga, señora; pero hay semanas que la niña y yo nos quedamos a la luna de Valencia.

—No te pongas trágica. Pensaré en algo para subirte las dietas sin que peligre.

—¿Su marido lo sabe?

—¡Claro que lo sabe!

—¡Pues qué poca vergüenza!

Una tarde se aleja con la vaca hasta la Revolta de Canduas porque ha observado que en las lindes de las propiedades crece una hierba muy alta a la que nadie da aprecio. Ya con la que hay en el límite del camino el animal se relame.

Allí donde encuentra un lugar atopadizo, la deja suelta y se sienta contra un árbol a descansar las piernas. Tiene la cabeza repleta de dudas. Algunas amigas de su edad ya se han casado porque les han hecho un bombo. Eso de casar es irse a vivir con un hombre. Unas lo comentan muy nerviosas, otras dicen que su mozo va a su casa por la noche y se besan. Sus padres les dejan, para que se conozcan, pero el mozo tiene que marcharse antes de que salga el sol por el qué dirán. Después ella retira unos sacos llenos de paja que hacen de colchón y se acuesta de nuevo hasta que se levanta la familia. Nadie dice nada. Ojalá a ella le dejase hacer lo mismo la abuela Desamparados. Pero no va a ser así. Qué va. Tampoco tengo mozo con el que jugar a casados, ni siquiera con las piernas atadas como le hicieron a Loliña, que se emperró con uno de Mourente al que llaman Cara de Gocho, y los padres, para que no la empañase y luego si te he visto, no me acuerdo, la enrollan de cintura para abajo con una cuerda antes de que llegue el mozo por la

noche. Así hacen hasta que un día Cara de Gocho se cansa de las maromas, lleva una navaja y se las corta para poder separarle las piernas y metérsela, el muy majadero. Al día siguiente el padre ve la soga rota y se entera de todo. «Voy a por Cara de Gocho y en una semana os casa el cura Combarro», le dice a la papona de Loliña. Y ella llorando como dos fuentes: «No, padre; que yo con Cara de Gocho no me caso, que es un bicho y me hizo sangre». El hombre dicta jurisprudencia nupcial: «Eso hay que pensarlo antes y juntar las rodillas». Hoy tienen un niño al que le ponen Lino y en la aldea dicen que ha salido al padre, porque es feo como un pecado. «¿Cómo será eso de metérsela? Si Desamparados me deja, que sea sin cuerdas. Si no, mejor nada, no me vaya a pasar lo que a Loliña y tener un niño con cara de *cocerello*».

La brisa sopla del mar y es más cálida que la propia tarde. Los sueños de Vicentiña la enroscan bajo el árbol y algo bulle entre sus piernas. Se acurruca y ya no sabe si duerme o no, porque ahora el aire, tórrida calima costeña, le lleva varios pelos de sus greñas hasta la frontera de los labios. Van y vienen al tiempo que le acarician las comisuras. Entonces uno entra en contacto con la saliva y la moza lo atrapa. Se ayuda de la mano, va hasta su raíz y lo arranca. Es largo, y cuando todo él está en la boca le provoca otras sensaciones. Es un sosiego ante la intranquilidad. Es la paz y la calma.

## II El circo

### 15 días y 2 años antes / Pahrís

«**A**ntes de que cumpla los dieciséis años acudirás a María Joana das Neves». Ese había sido el mandato a Dídica y las cuentas dicen que el momento se acerca. Si Mandinga responde con exactitud su parte del trato, ella no puede desviarse de él ni tanto así.

Esta vez hace el viaje hacia Os Melcos al anochecer, cuando las sombras son aliadas para disimular un recorrido *non sancto*. La primera vez era demasiado joven y demasiado atrevida. Han pasado más de dieciséis años desde entonces y todo permanece igual. Casi todo, porque ni ella, ni Marineves tienen veintitantos, sino cerca de cuarenta, y las dos saben muy bien cuáles son sus papeles durante la visita.

—Te harás mil preguntas después de escucharme —le dice la Sota Portuguesa—, pero te advierto que no responderé a ninguna. Él no quiere que sepas ni una palabra más de lo que te voy a decir y, de hecho, yo lo desconozco. Así que te abstendrás de hacerlas por absurdas. ¿Has entendido?

—Creo que sí.

—Pues atiende. El día 23 de este mes se celebrará en el Circo Coruñés de la capital una sesión de artistas. Algunos de ellos pertenecen a la compañía que llaman Pahrís. Tendrá lugar a media tarde. Deberás asistir al espectáculo con tu hija desde la tercera fila de pista, acompañadas, o no, de más personas, las que desees. Esa información será suficiente para cumplir sus requisitos. No lo olvides, el día 23.

Dídica se sorprende más de lo que había imaginado, pero en obediencia a las prevenciones se limita a insistir en algo que podría haberse ahorrado:

—¿Eso es todo?

Marineves ni responde. Se levanta de la mesa en la que se encuentran y desaparece antes que la señora de Portela haga lo propio.

\* \* \*

### 2 años antes / Fleurette y Joly

—¿Quién es esa señora de la que me hablas, abuela? —pregunta Vicentiña, sorprendida de que alguien se interese por ella cuando llega a los dieciséis años de edad.



—Es una mujer muy buena, que quiere hacerte ese regalo —le dice Desamparados sin gran entusiasmo.

—¿Y por qué a mí?

—Puesss no sé —dice la mujer ganando tiempo con la ese prolongada en el silencio de la habitación superior de la casa, donde se hallan, mientras su marido José, que ha vuelto de América cansado y enfermo, lee en la de abajo, al sol de la tarde—. Conoce a tu madre y le promete que haría algo por ti si ella falta. A veces ya me ha dado dinero para ayudarnos. ¿Pero qué digo? Si estás cansada de verla. Es la señora de la casa grande de los Portela... ¡Doña Dídica!

—¿La que llaman la Pekinesa? ¡Qué raro que se acuerde de mí! La gente habla muy mal de ella. No les gusta y a mí, tampoco.

Vicentiña no se explica por qué aquella mujer con la que jamás tuvo media palabra y contra la que todos echan pestes, quiere invitarla a ese Circo Pahrís, que ni sabe lo que es. A alguien oye que entras en un local donde hay un maestro de ceremonias, y ella, que no conoce más ceremonias que la misa, piensa que el circo será algo parecido, con un cura y gente que canta salmodias profanas.

La compañía Pahrís es una burda falsificación de la fundada por William Parish mediante un simple baile de letra con el fin de aprovechar la extraordinaria fama que alcanzan los otros artistas en su teatro estable de Madrid, donde anuncian a diario un programa escogido, o sea, sin ordinariíces. Con todo y con eso, en sus buenos tiempos varios números del Pahrís actual dejan a media Europa con la boca abierta. Todo pasa muy deprisa y el despiadado público no perdona la vejez, porque ellos se renuevan sin darse cuenta.

La *troupe* espuria de volatineros y escupefuegos va a estar unos días en el anfiteatro del puerto coruñés que regenta Jenaro Rivas, antes de subir a Ferrol y seguir luego por Betanzos, Lugo, Monforte, Santiago..., o al menos eso es lo que anuncian. En el Circo Coruñés, y al precio acostumbrado de dos reales, darán cinco funciones extraordinarias, porque el espectáculo se refuerza con aportaciones siempre atractivas, como son el cómico local de a propósito Xan *Parrulo* y la *écuyére* Nava.

—Iremos por la mañana, la niña conocerá el mar, comeremos en nuestra cantina de Riazor y por la tarde, a la sesión circense, como unos marqueses —le anuncia doña Dídica a Desamparados, para que ésta se lo avance a Vicentiña.

—Ya sé lo que es el mar. Me has llevado a Corme más de tres veces, y a la Barra, y a Esteiro y a la Tiñosa...

—Este es otro mar, el mar de A Coruña. Ya verás qué bonito.

Vicentiña, apagada y triste, con su permanente gorro de lana negra encasquetado en la cabeza, no quiere saber nada de la capital, y mucho menos, de ir allí sin la abuela Desamparados, o lo que es peor, en compañía de esa doña Dídica.

—¿No puedes decirle que me duele la barriga?

—¡Qué desagradable eres! ¡Una persona que se interesa por ti y mira cómo la tratas!

—¡Una persona que se interesa por mí y mira quién es! Y además, es que me duele la barriga de verdad.

Y es cierto. Desde semanas atrás se le ha formado un nudo en el estómago que la maltrata y le quita el apetito.

El viaje se consuma, aunque Vicentiña no abre la boca durante todo el recorrido en la carrilana de la Compañía Bergantiños; salvo en una ocasión, precisamente cuando no debería haberlo hecho. Le intimidan las personas con las que va. No sólo por doña Dídica y su marido don Dámaso Portela, sino también por su socio, don Belarmino Souto de Neaño, y muy especialmente, por Cristino Portela, un sobrino del matrimonio algo mayor que ella y que la mira con cierto repelús por el gorro y por sus ropas de aldeana, aunque la moza cree que le gusta, porque ya le ha dicho la abuela Desamparados que tiene el talle que atrae a los hombres, unos ojos que enamoran y labios para hacerles perder sus cabezas de chorlitos. Y Cristino, aunque ponga cara de asco por ser cursi y gomista, la empieza a perder cuando la mira. Por san Lourenzo de Berdillo que la pierde.

Su abuela le ha prevenido: «Te presentarán a personas, que eso es decir su nombre y tú el tuyo. Si ves que quieren besarte, les acercas la mejilla, y si no, les das la mano. Y si nada, nada».

El desagrado de Vicentiña se acrecienta por someter su cuerpo muy temprano al traqueteo de la diligencia, pues al poco de montar, a la chiquilla le sube una basca insoportable y pide a su madre el puesto de la ventanilla, porque se le va a ir por la boca todo lo que tiene en el estómago, como así sucede.

—¡Qué tufarada, muchacha! ¡Hueles peor que una cerda parida!

Cuando logra reponerse, vació el estómago de todo alimento, Vicentiña regresa avergonzada a su asiento.

—Creí que me venía toda la tripada a la garganta.

Su sinceridad causa la risa a los otros cuatro pasajeros, y Cristino aprovecha la chanza para zaherirla nuevamente.

—¡Tía, deberías haberle comprado pasaje de cupé y no de berlina! ¡Así ella iría aireada y nosotros sin este tufo!

«¡Qué cabrón el sobrinito! ¡Se muere por tocarme las tetas, pero me manda a cupé por si se le nota!». Vicentiña se defiende con pensamientos que la fortalezcan, porque el sonrojo la arrumba en su asiento, sin tierra que la trague.

Las plazas de cupé van encima de la carrilana, por supuesto, y son más baratas. En caso de lluvia, viento o frío, sus ocupantes suelen maldecir la hora en la que quisieron ahorrarse unas perras. Súmese que cada año hay un pasajero que cae muerto redondo con la cabeza destrozada por una rama con la que no se cuenta, sobre todo si la diligencia debe hacer algún desvío, o si el viajero sube con más alcohol del aconsejado por el propio cuerpo y sale en vuelo libre tras algún bache inesperado. Ya ha ocurrido más de una vez que si el borracho va solo arriba y se cae, el conductor no se apercibe hasta la próxima parada y han de regresar a por el cadáver, estampillado contra un árbol, o contra la calzada, descerebrado o con las tripas fuera.

—Si ustedes quieren —dice Vicentiña con tanta mansedumbre como es capaz de expresar—, me monto en ese cupé y les dejo tranquilos, que yo parezco enferma, pero soy fuerte como la piedra de un batán.

—Quédate donde estás, muchacha —ordena Dámaso—. Las ráfagas se llevarán pronto el perfume que has dejado.

La ciudad le gusta mucho más de lo que imagina. Todo le llama la atención, y lo que más, los vestidos de las mujeres. Los que ve por las calles y los de los escaparates. Se asombra de los

precios a los que los venden, y si alguno no tiene una tarjeta a su lado que lo indique, se lo pregunta a la señora de Portela.

—¿Y éste? ¡Este vale lo que dos vacas por lo menos!

—¿Para qué quieres saber lo que cuestan si no vas a poder comprarlos nunca? Y no digas su precio en vacas, que podrían oírnos y tomarnos por gente de aldea —argumenta doña Dídica para mortificarla, consciente de que lo hace, o no.

—¡Ah! ¿Y acaso no somos de aldea? —le replica con descaro la muchacha.

—Tú sí, desde luego.

—A mí no me importa no poder comprarlos. No es mío el mar y me gusta. Tampoco es mío el valle y la vista se me pierde en él de lo bonito que es cuando voy con las vacas.

—¡Y venga con las vacas! Mira, chica; si eso te hace feliz, ahora viene una joyería y de ella no podrás comprar ni los estuches.

Dídica desprecia a su hija y hace esfuerzos por humillarla, quizá para acostumbrar sus sentimientos llegado el momento de entregarla, porque aquella carne de su carne sólo es moneda de cambio con la que comerciar.

En Real 82 hay un cartel que anuncia la pomada y el elixir genital de Rodríguez de los Ríos contra la impotencia, «productos que siempre han de hallarse en un tocador secreto».

—¿Qué es un tocador secreto? —pregunta la chiquilla.

—El lugar donde las señoras guardan sus cosas.

—¿Usted lo tiene?

—Sí.

—¡Ah!

Camas. La casa que más barato vende. Saldo de pianos. 25 pesetas de entrada. Carne líquida del doctor Valdés García de Montevideo. Hospedaje 2.º piso. Se vende. Seminuevo. Almoneda. Lámparas, espejos, chineros. Recibimos de Gijón rico chorizo en manteca. Un kilo a 3,75. Academia Ejército y Armada. Se admiten internos...

—Señora.

—Dime, rapaza.

—¿Por qué me invita a esto?

La pregunta le pillaba desprevenida. ¿Que por qué la invita al circo?

—Porque cumples dieciséis años.

—¿A todas las chicas de Anllóns que cumplen dieciséis años les hace regalos?

—No, a todas no. Sólo a las huérfanas.

—A mí un día me llamaron Pekinesa.

—Sí, tienes un aire oriental.

—A usted también se lo llaman.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad!

Vicentiña no indaga más. No le intranquiliza lo que esta señora puede pensar de ella, especialmente ahora, cuando ha descubierto que venir a la ciudad es muy divertido, pues además de examinar las ropas, no le quita el ojo de encima a los mozos. A sus dieciséis años aún no se ha estrenado en una romería y le da vergüenza comentarlo a Desamparados. Seguro que no le deja. O le dice que es muy joven y que los hombres son unos malandrines, o que es pecado. Pero no quita

para que ella ya sepa de eso más que las de su edad. Más que casi todas, porque la Reme se aficionó a las brañas y a las gándaras desde antes de venirle la sangre.

¡Cuántos hay y qué elegantes visten! Alguno la mira y se ríe. Vicentiña es una muchacha muy guapa, ya lo dice su abuela, pero con el gorro de lana y esos farrapos que le ha puesto Desamparados, los tonos oscuros, la talla de señorona y las hechuras de hace un siglo, parece un adefesio. Ella descubre que va vestida de Entroido al lado de las finas telas que lucen las jovencitas. Enrojece y de repente se echa a llorar cuando atraviesan la plazuela del Orzán y los tres varones caminan hacia el puerto adelantados unos metros.

—¿Qué pasa? ¿Tan fea es Coruña?

—No, señora. La fea soy yo.

—Desde luego. No sé en qué piensa tu abuela. Quítate ese pucho piojoso, que pareces un grumete de la sardina.

—¡Ay no, señora, que es peor!

—¿Cómo que peor? Ven, déjame ver.

Doña Dídica toma por el brazo a la joven y de un manotazo la despoja de la gorra sin que ella pueda zafarse. Vicentiña se lleva las dos manos a la cabeza, pero no le dan para taparse. La señora de Portela se horroriza de lo que ve. Todo lo que tapa el gorro es una sucesión de calvas y matojos de pelos en completo desorden de tamaños y longitudes.

—¡Pero tú tienes la tiña! —le grita su madre sin darse cuenta de que otros peatones, ante la visión de la moza, se alejan a la carrera tras oírla.

Ella aprovecha el desconcierto para arrebatárle el gorro y encasquetárselo sin pausa, mientras se defiende de la acusación que la señala con la enfermedad infamante.

—¡No soy una tiñosa! ¡Me lo arranco!

La madre permanece paralizada. Le aterra haber estado toda la mañana al lado de una tiñosa, pero al escuchar la causa que explica aquel aspecto repugnante, su sorpresa es todavía mayor.

—¿Te arrancas el pelo? ¿Así, como si fueran alas de mosca? —dice mientras imita con los dedos el acto.

Dámaso, Belarmino y el chico Cristino han vuelto sobre sus pasos y oyen por la mitad la conversación entre las dos mujeres.

—¿Qué os han hecho las alas de las moscas?

—Nada. La niña, que está como un cencerro —le contesta su esposa.

—Pues ya se curará en casa con su abuela. Daos prisa, que es hora de la función y tendría gracia que después del viaje que has organizado nos la fuésemos a perder por culpa de las moscas y de la mocosa.

Caminan, pero las dos mujeres hacen por quedarse atrás, de modo que Dídica puede insistir en sus averiguaciones sin ser oída por los tres hombres.

—¿Me quieres explicar qué pendejada urdes con el pelo y por qué? Jamás oí una estupidez semejante.

—Me lo arranco, ya le dije.

—No vas a gustar a los hombres.

«Ni al diablo», piensa su madre para sus adentros.

—Pues que se busquen a otra.

—¿Pero por qué te maltratas así?

—No lo sé. Lo hago y no puedo impedirlo. Me gusta.

—¿Cuándo?

—Siempre que puedo. Cuando estoy sola y en la cama.

—¿Y qué haces con él?

—Me lo como. Bueno, no todos. Si vienen con la raicita me los paso por los dientes, los mastico y los trago. Esos son los mejores. Si se rompen y no traen raicita, no los muerdo. Los chupo y los envuelvo de saliva hasta que los mando adentro. Hay otros que vienen muy pequeñitos. Esos a lo mejor los tiro, o se quedan horas en la boca hasta que los paso.

—¡Pelos! Yo los odio. Si se me cuele uno mientras como, tengo que beber agua hasta que desaparece.

—¡No! Son ricos.

\* \* \*

Los últimos pasos hacia el Circo Coruñés los dan en silencio. A Dídica le horroriza el relato de su hija, tanto o más como su aspecto. Si dejas un pelo de mujer en un cuenco con agua, al cabo de nueve días se convertirá en una serpiente. Eso le enseña su abuelo y pese a ser ella crédula de amuletos y talismanes por influencia del propio Norberto Manteiga, jamás le da aprecio a la fórmula de la palangana que él lee en un ejemplar de *El Libro Negro* escondido entre misales. Luego, en las caballerizas, ya mocita, oye a un criado que corrige a don Norberto. «Tu abuelo está equivocado. No es de mujer. Debes cortar un manojito de la cola de un caballo y echarlo en agua. De ellos nacerá una serpiente con tantas cabezas como pelos hayas cortado». Si lo primero es una prueba para fes de carbonero, lo segundo es de papanatas. Pero lo de comerse los pelos, ¿de qué es? ¿Nigromancia o locura?

El Circo Coruñés está a barlovento del Puerto, y desde algunos puntos de la Avenida de la Marina, la cúpula que lo corona parece un mercante perfilado contra el mar. Eso ayuda a que lo sitúen allí con términos marineros impropios del edificio donde acaba de celebrarse la exhibición de un invento al que llaman cinematógrafo. Unos le conceden mucho futuro, y otros se ríen por la banalidad que supone ver reflejados sobre una sábana a unos necios que no paran de hacer muecas y se mueven como lagartijas aceleradas y menos sandungueras que Parrulo, o que Brasa, *el Tonto*, dos cómicos que no necesitan lámparas para provocar carcajadas.

La gente acude en masa al Circo Coruñés porque es barato, porque no tiene cosa mejor que hacer y porque cree que verá al verdadero Parish, cuyo nombre ha leído tantas veces en las páginas de los periódicos. Pero Pahrís no es ni Parish, ni París.

Vicentiña y los Portela se sientan en los palcos de la segunda línea de sillas, las localidades más caras de la función, pues dicen que las de la primera están tan cerca de la pista que se pierde perspectiva. A la muchacha le da lo mismo porque ahora está definitivamente entusiasmada con el viaje. Qué trajes, qué luces, qué lentejuelas. ¿Esto es el circo? Esto es una maravilla, juzga ella después de comprobar que no se trata de una variante de la misa, como llega a pensar cuando Desamparados le habla del maestro de ceremonias, de las luces y de los vestidos brillantes que ella sólo puede imaginar como casullas de misar, como las del cura Combarro. Bien podría pasarse días enteros con los ojos puestos en aquel desfile de seres curiosos y coloristas, a pesar de que los trapeceistas mexicanos, obligados a abrir el espectáculo porque así tienen ya sus

aparatos dispuestos, son también una familia de equilibristas egipcios cuatro actuaciones más tarde. Y la *écuyère* a la que presentan como *Miss Nava* está semioculta después bajo un antifaz rutilante y sirve para que el hombre de los cuchillos pruebe su destreza clavándoselos a su costado sin perforarle el abdomen, ni hacer blanco en uno de sus pechos semicubiertos por sendas copas bordadas de garmbainas, que es lo que muchos espectadores desean ver por el atractivo que ejercen sobre ellos los accidentes morbosos que el propio circo fomenta.

—¡Si Alexander falla, la mujer morirá!

Vicentiña grita y se emociona cada vez que el cuchillo sale de las manos del hombre, y al ver que el arma también sirve para perfilar a la chica y no la ensarta como a una trucha del Anllóns pillada a tridente, ríe, aplaude y observa a Dídica por si ella también lo hace, que sí, perdida su hierática compostura entre aquel mar de emociones que provocan los artistas y de las risas que arrancan los torpes farandules.

Quienes no se repiten en números porque tienen nombre y han sido grandes en Europa son *Miss Erminia Vitalit* y el trío de anillistas *Nandroux*, prólogo de la verdadera sensación del espectáculo, según dicen los que ya han venido, el domador *Mister Bull*. «Mira, mejor será que no te cuente nada, porque te chafó los dos reales. Tú vete a *Mister Bull* y después hablamos». ¿Qué mejor propaganda puede esperar un circo?

\* \* \*

El número fuerte del domador viene precedido de la fama alcanzada en el *Cirque d'Été*, de París, en ese caso, sin hache ni antes ni después, pues hablamos de la capital francesa sin otro artificio. En ese momento parisino lo ejecuta un domador llamado *Mister Bull*, y aunque quien hoy actúa en la *soirée* coruñesa también se anuncia con ese nombre, nadie asegura que sea el mismo artista. ¿Un hijo? ¿Un discípulo? ¿Un suplantador? En esta errática compañía todo puede ser y no ser al mismo tiempo. Quien sí es la misma que asombra a damas y caballeros de las cortes europeas y en los mejores palacios estables del espectáculo es *Fleurette*, una gorila hembra de notable envergadura que hoy ronda el medio siglo de edad y que deja pasmados a los públicos ante los que actúa, pese a que su cimbreo y desparpajo simiesco ya no es el mismo con el que salta a la pista treinta años atrás, cuando los circos se la rifan y las ciudades compiten entre ellas con el marchamo y la diferencia de saber si en sus plazas ha actuado o no *Fleurette*, más famosa que muchas estrellas humanas de nombres escritos con bombillas.

Como es de menor tamaño, dicen que nace de un cruce de gorila y chimpancé, en el caso de que ambas especies den mulas de primates, o todo sea fruto de la fantasía del público, que también la tiene, porque *Fleurette*, sencillamente, es hembra.

Después de trece números, entre la amazona y el payaso *Parrulo*, le toca por fin su turno. *Fleurette* actúa sola en la pista y el llamado *Mister Bull*, de impecable frac rojo, botas, sombrero de copa y pantalones blancos, se mantiene en un discreto segundo plano, cerca de la portezuela de la jaula donde se desarrolla su espectáculo.

El domador se la abre y la deja a su aire. Están ella y su público. El animal viste un tutú rosa de vuelo y un corpiño transparente de los mismos tonos que le confieren un aspecto realmente grotesco. Vicentiña, como el resto de los presentes, no se pierde un detalle de cuanto hace el

animal al que muchos tratan simplemente de mona, por no entrar en detalles más precisos, si orangután o gorila.

En el centro de la pista han instalado un tocador femenino con varios instrumentos para afeites y coloretos. La mona Fleurette avanza con el balanceo propio de su naturaleza y se sienta en una banqueta adaptada a su tamaño que colocan delante del espejo. Una vez allí, toma el peine y se lo pasa por los cuatro pelos que sobresalen bajo un sombrero Pompadour de lana afiebrada, también rosa. Luego deja el peine y lo cambia por un grueso lápiz de punta anacarada que pasea por la boca y sus alrededores, donde deja el rastro carmesí de una supuesta barra de labios femenina. El público ríe cuando la ve tan mal pintada, y ella enseña los dientes como muestra de aceptar la gracia que causa, o como burla a esos cretinos petimetres que se creen lumbreras de Salamanca. O como ambas cosas.

*Lady* Eva, la gorila congoleña de Walter *el Mulato* que también trabajó el número, añadía en este momento de la representación un beso al público llevándose los dedos a la boca y lanzándolo a continuación, como una diva en eclosión de aplausos. Fleurette no lo hace porque nunca le salió bien el movimiento del brazo. No parece beso, sino golpe de guadaña contra el heno y el público ni lo entiende, ni lo premia, con lo cual *Míster Bull* prescinde de los besos y añade algo que siempre ejecuta a la perfección, cual es espolvorearse la cara de talco y mirarse a continuación en el espejo para reír satisfecha de los resultados. ¡Oh, sí! Nadie escatima aplausos cuando ella se reboza.

Ahora está lista para el baile y el rigodón. La humilde orquestina del circo ataca la habanera *El arreglito* de Iradier, aunque en esos momentos ya es más conocida como *Carmen*, que Bizet plagia inmisericorde creyéndola popular, según se defiende el gachó gabacho. *Míster Bull* entra en rejas y la toma por la cintura. Ella se deja llevar en círculo para que la vean por un igual todos los espectadores, y al final de la pieza, en el sostenido, se separa de su domador y queda inmóvil, mientras él mantiene en alto su mano derecha. El circo se viene abajo y *Vicentiña* con él. ¿Cómo podría haber rechazado una invitación así? ¡Una mona que baila esa música que suena como nunca ha escuchado antes! ¿Y la elegancia del domador? ¿Cómo habrá hecho para enseñarle a bailar al bicho? Ella piensa en poner a su alano *Sil* en dos patas y darle clases de danza cuando vayan con las vacas. O que silbe con ladridos esta música tan bonita de la que teme no acordarse cuando llegue de regreso a Anllóns.

Fleurette vuelve a quedar sola en la pista. Ahora la mona se fija en un hombre muy elegante que se sienta en la segunda fila y del que el animal parece haberse prendado. Lo mira y lo remira en la distancia, se ruboriza y por fin, descarada, le hace señales para que la siga al interior del circo, donde podrán estar solos y besarse.

Sin que ni ella, por animal, ni el señor, por vergüenza, digan una palabra, todos los espectadores comparten el bochorno que está pasando el pobre hombre de la segunda fila, que no sabe dónde meterse, ni qué hacer para que Fleurette lo deje tranquilo. La mujer que está a su lado, piensa *Vicentiña*, parece su amante y comienza a molestarse. Con razón. *Dídica*, *Dámaso*, *Cristino* y *Belarmino* se miran sorprendidos. ¡Qué situación más pavera! ¡La mona enamorada de un coruñés!

De repente, Fleurette se cansa de que el hombre la desprecie, se cansa de su acompañante y de que se remueva airada en la silla. En definitiva, se cansa de sentirse una gorila no querida. Tal como está, con el sombrero Pompadour ladeado y el tutú rosa casi a la altura del pecho, se lanza

a la puerta de la jaula. Mister Bull trata de mantenerla cerrada, pero el simio es muy hábil. Si sabe pintarse los labios, ¿no va a saber levantar un simple pestillo? Y tanto. El domador cae hacia atrás y Fleurette sale de la jaula con una sola idea en su pensamiento. El asombro de los espectadores es fenomenal. A Vicentiña no le llega el aire a los pulmones, quiere escapar, se levanta, pero se siente paralizada con un nudo que aprieta la garganta y le acelera el corazón hasta hacer que note sus pulsaciones como cuando ve al lobo y deja atrás el ganado en el monte.

Fleurette actúa con rapidez. En una breve carrera llega hasta donde se sienta el hombre que viste frac negro con pecherín, chaleco crema muy distinguido, y pajarita. Como no es muy alto, lo toma al vuelo por la cintura y huye con su presa hacia el interior del circo. ¡Fantástico! ¡El rapto se ha completado! Unos gritan, otros buscan con la vista al domador, que ha desaparecido en la operación, los mozos del circo miran a un lado y a otro, pero no hacen nada efectivo... ¡Qué barahúnda!

Dos segundos más de desazón y entonces aparecen el hombre del frac y Mister Bull que flanquean de la mano a Fleurette, en el centro. Se meten en la jaula y al lado del tocador de la dama saludan al respetable, que a su vez rompe en vítores, silbidos y aplausos completamente fuera de sí. Todo ha sido una comedia planeada al pelo por los artistas. Vicentiña ríe histérica y aliviada. ¡Cuando se lo cuente a Desamparados...! ¡Y a las mozas! ¡Esto lo va a recordar toda la vida!

El raptado abraza a Fleurette y juntos salen a disfrutar de su merecida luna de miel. Sólo queda en pista Mister Bull, que pide silencio porque la gente todavía arrecia en sus gritos y palmadas hacia él, hacia la mona y hacia el hombre del frac.

—¡Bravo, genial, sorprendente!

Cuando logra apaciguar a la concurrencia, entra en la jaula el jefe de pista. Lleva también sombrero de copa, pero su frac imita una guerrera prusiana bien enmedallada y se remata con unos ridículos pantalones sarabaras de odalisca, que seguramente aprovecha de otra indumentaria a falta de los adecuados para representar su oficio con dignidad, pues compone un conjunto que movería a la carcajada, si no fuese porque los estómagos del público todavía no están estables. Seguramente el domador desconoce el castellano y de ahí que sea el maestro de ceremonias quien les hable, eso sí, con dejes franceses.

—Querido público del puerto, la ciudad y la provincia coruñesa. Fleurette ha encontrado el amor en esta ciudad y está muy contenta. Pero como ocurre en tantas historias románticas, hay alguien que sufre por su culpa.

El público se lamenta de la desgracia:

—¡Oooh!

Y el hombre continúa:

—¡Quien padece el mal de amores es Joly! ¡Su pretendiente y rendido gorila enamorado!

Y entonces, desde el pasillo formado por la prolongación de la jaula, se oye el avance de un animal que ruge y hace chocar los hierros con gran estrépito. Nuevo sobrecogimiento. ¿Qué susto nos reservan ahora?

Joly llega al redondel y se lanza hacia la posición que ocupa Vicentiña y los Portela. Es un ejemplar de espalda plateada que casi dobla en tamaño a Fleurette. De hecho, la jaula se instala por él, ya que Mister Bull está convencido de que con su edad y su experiencia, Fleurette no supone ningún peligro. De Joly, por el contrario, no podría decir lo mismo.



Cuando el gorila topa con la jaula frente a la familia de Anllóns, se eleva sobre sus dos patas traseras y gruñe con fuerza golpeándose los pechos como es propio de la especie antes de atacar, o después de una victoria como demostración de poder. La desnudez de Joly y su carácter de macho queda de manifiesto frente a los ojos desorbitados de Vicentiña. Se le acelera el corazón y su vista se clava en los genitales del bicho, colgados ante ella, siendo más grande el escroto que su pene. Es la prueba de que los espaldas plateadas no tienen rival a la hora de copular con todas las hembras desde que son reconocidos como dominantes. Cuando logra apartar la mirada del pubis y la alza, comprueba que el mono sólo tiene ojos para ella y se azora.

Dámaso, su socio y su sobrino, no ahorran asombros de lo que tienen delante. Dídica abre la boca fascinada. Era cierto todo cuanto le habían contado del Pahrís y disfruta de ello con la mente puesta en el reencuentro con el Pallarán. Mira hacia Vicentiña. Está absorta con Joly. Ella no puede por menos que sentirse satisfecha de sus hombres, el que la colma de dinero, sentado a su lado con la barbilla batiente, y el que la posee todas las tardes con la furia de un gorila del Congo y la pericia de un guardia de Corps.

Ahora lo entiende. Si Mandinga le ordena venir a este espectáculo es por Joly. Desconoce para qué, pero el diablo quiere que Vicentiña conozca a Joly. ¡No puede ser por el payaso *Parrulo!*

\* \* \*

Joly sólo actúa una vez más tras la gira gallega del Pahrís, pues de Santiago la compañía salta a Asturias. Lo hace en Navia ante un público aterrorizado primero por el secuestro de Fleurette, y más adelante, por su salvaje presencia. Como siempre ha sucedido. Acabada la función, los artistas recogen los bártulos y se dirigen, unos a sus cuarteles de invierno, otros, a seguir giras contratadas para esos meses con circos europeos de medio pelo. El lanzador de cuchillos se va a América. Ya pasa allí otras campañas y malo será que no encuentre una gachupina con la que hacer el número.

Desde que vuelve a la jaula, Joly pierde su fuerza. Se amuerma. Sabe que no es el fin de la temporada, sino el de sus días. Alguien se ha encargado de decírselo y Fleurette, en la jaula contigua, llora porque también lo intuye. El gorila muere cuando la caravana cruza Zaragoza. El director quiere dejarlo allí. Mister Bull lo convence para acelerar el paso, llegar a Barcelona y entregarlo al taxidermista Lluís Soler i Pujol de la calle Raurich, al que conoce. Él conseguirá que Joly venza la muerte y permanezca a la vista de tanto público como el que lo contempla en vida.

Y en efecto, Soler lo transforma en objeto de exposición una semana antes de su primera visita a la Casa do Demo. El taxidermista hace un buen trabajo con Joly. Los gorilas son animales difíciles de disecar, pero muy agradecidos. Cuando Soler piensa en la postura con la que lo hará inmortal se decide por la que hizo famosa a su enamorada, aunque ahora será con los papeles cambiados, puesto que es Joly y no Fleurette quien lleva bajo el brazo a una indígena secuestrada que se horroriza ante lo que está pasando.

\* \* \*

## Un mes y 4 días antes / José García

José vuelve de América hace dos años y muere hace uno. Desamparados no le pide que rinda cuentas. ¿Cuentas de qué? Han sido treinta y seis sanjuanés, ocho meses y dos semanas. ¿Cómo va a contarle todo cuanto ha hecho? Ni siquiera por lo gordo. Lo que ella no se explica es por qué ha vuelto. Sí, para morir, se dice; pero morir muere uno en cualquier lado. El día que llega le entrega una bolsa de plata, un amoscador de plumas verdes quetzal y un beso en la frente.

—¿Quién es esta niña tan guapa y rechula?

—Es tu sobrina nieta Vicentiña.

—Pobrecilla. ¿Es huérfana?

—Sí. De nacimiento.

—Eres muy buena, Desamparados. Ya ves que nunca te escribí. Jamás pensé que necesitaría volver, y aquí estoy.

José derrama unos lagrimones silenciosos que conmueven a su mujer y llora con él, aunque a distancia, sin tocarse. Han sido tantos años separados que les da vergüenza hacerlo, como cuando empezaron, que estuvieron meses a más de un metro.

Después enferma enseguida, unas semanas de cama y hay que enterrarlo. «Venía enfermo, Desamparados —le dice alguna vecina de hiel en la sangre—. Venía a morir». «¡Así te mueras tú, desgraciada!».

Ya ha pasado un año de eso y la bolsa de plata está sin fondos. El amoscador de plumas lleva camino de ser la última herencia de José y se enorgullece de ello. Nadie hay en la aldea que espante las moscas con la elegancia que lo hace ella. Lástima que no las mate.

Por la noche oye un tintineo que la despierta cuando ha logrado el sueño. Son dos platos, o dos cuneas que chocan con ritmo pausado pero constante. El viento no puede causarlo, porque ni hoy lo hace, ni sería posible mantener siempre la misma cadencia entre uno y otro. Es como el primer toque a muerto de mujer, con dos volteos cada doce. Espera a oír otra serie y lo confirma. Eso sólo lo puede lograr una mano humana. Desamparados se levanta y persigue con el oído el origen de los golpes.

Tin tan, tin tan...

Proceden de la alacena de la cocina. No cabe duda. A medida que se acerca es más evidente. Pero qué puede haber ahí dentro. ¿Agua que se le haya caído a Vicentiña desde arriba? Sólo algo así es concebible.

La alacena se cierra con dos hojas de madera. Cuando la tiene a mano, decide abrirlas, y antes de soltarlas, uno de los *pucheiros* de Buño que allí guarda sale disparado de su interior como una exhalación, para romperse en mil pedazos contra la pared de enfrente.

¡Crashhh!

El cacharro reposa en el estante superior y le sobrevuela la cabeza como un murciélago, sin causarle ningún daño, pero Desamparados grita horrorizada por no saber explicarlo. Abandona la cocina a la carrera y atranca la puerta, con idea de dejar en cierres al supuesto enemigo. Pronto comprueba que no es así, porque ahora el ruido proviene de todas las habitaciones, de todas las paredes, de todas las jambas y crujías. Ya no es un golpeteo de repiques, sino un sonido mantenido como el ulular de un lobo en una eterna noche de invierno y a la mujer se le hiela el gazonate.

Sale al exterior, pero también allí lo oye. Se le ocurre ir a pedir ayuda, pero dejaría sola a Vicentiña. Vuelve a entrar y cuando sube las escaleras, el ruido cesa. La muchacha no se ha despertado. Se tumba junto a ella por si se repite el aullido culebresco, y tras larga espera, se queda dormida a los pies de Vicentiña.

Por la mañana la abuela se interesa:

—¿No lo oíste?

—No oí nada.

Mejor será no contárselo. ¿Para qué? Sólo conseguiría inquietarla. Bastante tiene ella con ese dolor que le estremece y que sube del estómago para arruinarle la salud, secarle el apetito y sembrarle de calvas la cabellera. «Ese dolor he de arrancárselo donde lo hacen quienes tienen poder, en el san Campio, en santa Xusta o en O Corpiño».

Y así vive la mujer otras dos noches, antes de que los vecinos sean testigos del ir y venir de las piedras, del vuelo de las patatas y de otras maravillas que la naturaleza o las fuerzas de Averno podrían haberse ahorrado.

—Yo he oído hablar de estas cosas —le cuchichea su *estremeira* Carmucha de Liste—. El padre del padre de mi madre, que no se muere hasta un siglo después de haber nacido, nos junta a los niños las tardes de invierno, y mientras se trabaja en lo que toque, él repasa lo ocurrido en las casas de Bergantiños. Al llegar a la de Rebuxendo siempre comienza el cuento con estas palabras: «Sé que no creeréis lo que os digo, pero cuando yo no esté, volveréis la vista y se os erizarán los pelos, porque detrás de alguno de vosotros irá la sombra de la cola del diablo, la que sólo verá el que contigo va». Como tú no puedes saber si llevas la sombra del rabo, siempre hay alguien dispuesto a decir que te la ha visto, y entonces todos gritarán que sí, que la llevas en el culo, porque de esa manera se libran ellos. Por eso hay que estar muy atento durante las caminatas con los amigos para ser el primero en acusar que alguien lleva detrás la sombra de la cola del diablo. Si es otro, no lo serás tú.

—Pero eso es un juego de niños, Carmucha —protesta Desamparados.

—Sí, un juego; pero todo empezó en la casa de Rebuxendo, endemoniada por una promesa que su dueño, don Sisenando, había incumplido.

—¿Y qué pasaba?

—Lo que a ti —contesta Carmucha con rotundidad—. Ruidos, piedras voladoras, esputos y lenguas de fuego.

—¡Lenguas! ¡Como en Pentecostés!

—Sí, pero allí nadie habla francés; ni del derecho, ni del revés.

—¿Y tú crees que lo mío también es de eso? —pregunta Desamparados con temor.

—No lo sé. ¿Tú dejas de cumplir alguna promesa?

—¡Al Diablo ninguna, porque tampoco se la hice!

—¿Te burlas de un pacto? ¿Contravienes, quebrantas, vulneras?

—¡Qué va!

—¿Y a Dios?

—A Dios..., es más probable. Tú ya sabes que José no era de misas, y cuando se muere, le pago una por mi cuenta. Pero ahora, en el aniversario, me salté la fecha porque ando apretada. ¿A ti qué te parece?

Carmucha de Liste se calla entristecida por no saber qué aconsejar a su vecina, con lo que ella disfruta al largar. Aun así, al cabo de unos segundos se rehace y se empodera de la doctrina.

—Quizá no prometes a tu marido una misa de *cabodano*. No lo haces con formalidad y rituales rigurosos, pero acaso, y digo acaso para no pillarme los dedos, cabe que tú, aun sin darle cercioro, tuvieses en algún momento intención de hacerlo, por el fas o por el nefas, por el frente o por el perfil. Pasa el tiempo, se te va el santo al cielo y la misa, al infierno. Y mientras, tu José permanece en el purgatorio a verlas venir. ¿Cuándo se te muere?

—El 12 de febrero.

—¿Y cuándo te viene ahora el primer zarandeo?

—El 14 de febrero.

—¡Ahí lo tienes! ¡El aniversario! Dos días de espera, por si la encargas o no la encargas. Resulta que no y, ¡zas!, te mandan un aullido desde la nigromancia, que él era mucho de la nigromancia, y se te funde la epístola con el ofertorio. Lo de la nigromancia no lo digo yo, que lo dice todo el pueblo a banderas desplegadas, ya lo sabes.

—Precisamente por eso. ¿Cómo me va a lanzar las tazas mi José si no era de misas...?

—El no, pero Dios sí.

—¿Pero tú crees que Dios se va a molestar por estas cosas? ¡Si yo soy de misa y de rosario; de novena, cirio y comunión! ¡No me falta ni la epifanía, Carmucha!

—Pues mira lo que te digo, Desamparados. Dios es posible que no lo lleve tan a rajatabla, pero a su lado siempre hay mucho santo de sacristía, mucho monje de llevar las cuentas como los ángeles en sus conventos; a tanto el pecado y a tanto el padrenuestro, que así pasan años y comen una sardina entre todos. Más que de Dios, yo lo veo trabajo para uno de éstos que ponen en las iglesias con una pluma entre las manos y un libro abierto. ¡Pues en esos libros es donde apuntan las cuentas de las promesas y los débitos!

—¡Jesús! ¿Y después mandan a unos lobos para que me aúllen?

—Míralo por el lado bueno. Se ve que tú les preocupas y quieren avisarte antes de que te lleguen las postrimerías y te lleve el de los cuernos. Yo no le daría más vueltas, Desamparados. Te vas al cura Combarro, le pagas una misa por José, y a esperar. Mal no le va a hacer al pobrecillo, y quién sabe si tú duermes a pierna suelta desde mañana.

—No es la solución y todos los saben, porque el párroco no sólo se pasa media tarde del sábado con el hisopo en la mano, sino que el domingo anuncia que la misa del lunes será ofrecida por el alma de José García en su aniversario.

Y en San Fins el lunes se juntan todos los de A Gándara, los cumplidores del precepto y los que no lo son tanto. De nada sirve, porque esa misma noche se quedan en compañía y vigilancia para ver si han rezado en conforme, pero ven, oyen y sienten un centenar de diablos en danza. Los hay defecadores, escupidores, salivadores, vomitadores, gritadores, blasfemadores, silbadores, saltadores, moqueadores, lanzadores y empujadores. Diablos feroces, ululantes y rechinantes; diablos sucios y groseros hasta el punto de que el padre de Cara de Gocho, el abuelo de Lino, sale de la casa pringado de baba y espumajos que le cuelgan de los codos y las orejas, y no se detiene hasta que tropieza con una duerna repleta de agua para arrojarla a ella y liberarse de la babaza infecta que le ha caído durante la batalla.

Caso curioso el de Secundina, que asiste como todos a la vigilia y niega que a ella le alcance una gota de aquel cargamento ensalivado. Y quienes la conocen alegan que Secundina, de apodo la Melindres, es muy mirada para la suciedad, y entonces, una de dos, o se moja y miente; o no se moja y hace excepción; porque Luis, Carmucha, Xesús de Gamallos, el aludido Cara de Gocho, Rosalinda, Pepe Ferreiro, Vicentiña y la propia Desamparados, todos, salen de allí con chorretones de limo fangoso que se tocan unos a otros y se lo quitan con las ropas hasta quedar desnudos, al menos así ven a Luis y a Rosalinda en la parte de atrás de la vivienda que será llamada desde ese día la Casa do Demo.

Cuando lo cuentan a padres o hermanos, a todos les llega el espanto, pero si alguien pide que le muestren las ropas impregnadas de aquella lama viscosa que describen como clara de huevo de olor hediondo y pestilente, aseguran que se la han quitado unos a otros con la mano, arrastrándose por la hierba, o en la *maseira*, como el padre de Cara de Gocho, que tenía que haberlo visto, pingando y frotándose los pantalones contra la piedra, la madre que lo parió, con qué furia lo haría, que o rompe la tela, o rompe la piedra. Y Rosalinda con las tetas al aire, que muchos ya ni se limpiaban mirándoselas. Como decía Carmucha, a estos hombres que acaban de tropezarse con Satán se les olvidan sus diabluras con que les pongas delante dos *mamadeiras* de humana.

Así se cuenta la noche, trufada de chascarrillos que en nada ayudan a Desamparados ni a Vicentiña, porque ningún vecino vuelve a la vigilia por el temor que les entra y porque los descreídos tienen motivos para dudar si aquello fue cierto, o es que entre todos se han comido los hongos de la *feiticeira*. Y luego lo de Rosalinda, que da mucho jugo y mucha tertulia. ¿Dices que se le ve todo? Bueno, lo de arriba. ¿Y cómo las tiene? Vamos, que no hay derecho. Los humos se llevan a Desamparados cuando se entera. Aguantar por la noche la furia satánica y por la mañana la gente se pregunta cómo tenía las tetas Rosalinda. Asco de vecinos. Que se vayan a la mierda.

Nunca Desamparados diría nada contra sus vecinos. Ella, porque es de buen fondo, y ellos, porque no tienen maldad. Qué más quisieran que ayudarla, pero no saben. Si el cura Combarro es impotente con misas y bendiciones, ¿qué puede esperar de su parte? El que más atesora son dos escapularios del Carmen y un rosario de pétalos. En una casa hay una *Imitación de Cristo* olvidada por un sacerdote que pasa allí la noche camino de Malpica antes de colgar los hábitos porque se prenda de una ferrolana. Todo lo demás es laico y no da la talla para espantar al Demo. Si de ladrones se tratase, vaya si los liquidaban. En A Gándara se juntan veinte escopetas sin escarbar *palleiros*, ni desenclavar tablones, que entonces hay más de cien.

La mitad están carentes de licencia, pero ¿qué hacemos con ellas? ¿Le ponemos la casa a Desamparados como un *trueiro* de camarones?

La noche cae de nuevo y las dos mujeres se van temerosas a la cama, sabedoras de que será complicado conciliar y llegar al día siguiente sin pasar por el horror, que ésa es otra. Te cueces de espanto, pero siempre amanece. Tú ya sabes, a la primera que notes traqueteo, te vienes a mi cama y por lo menos lo pasamos juntas.

Vicentiña prefiere intentarlo ella sola. Así tiene tiempo y espacio para arrancarse la pelambre y comérsela, porque Desamparados todavía no sabe si se le caen, se los corta, los arranca con deleite, o se los come sin gana, como hacen en Cádiz con el pirulí de La Habana. Cada día está más cerca de pensar que lo de Vicentiña es como las uñas, que siempre hay gente dispuesta a llevarlas al diente. Comerse los pelos es de trastornados.

La nieta se cubre el mentón con el embozo y dirige su mano en busca de los pelos más largos que todavía queden en su cuero cabelludo. Siempre se comporta así con la esperanza de encontrar los que formaron aquellas magníficas crines de hace meses, cuando todo se resume en un simple gesto de avanzar, llegar a la raíz, atrapararlo con la uña sobre la carne y tirar, ni muy fuerte que se eche a perder la operación, ni tan despacio que sea insuficiente. Lo correcto es llegar con la uña lo más cerca posible de la piel, atenazar ahí el cabello y tirar hasta que se desprenda sin peligro para que no se rompa antes de que toda la raíz esté fuera, porque en el folículo y en el bulbo piloso radica el primer placer del buen comedor de pelos y la guinda del experto tricófago, cuando es capaz de distinguir el tamaño abultado de la parte que permaneció oculta en la dermis. Luego se aprecia con dientes, labios y lengua, y si es posible, se le aplica un pequeño mordisquito allí donde más grueso ha crecido. Cuando el abultamiento pasa por la prensa lingual y palatal, poco a poco, se lleva todo él al interior de la boca, donde el comepelos toma conciencia de sus auténticas magnitudes. Allí es la saliva la que se encarga de prepararlo para el dulce descenso, donde se encontrará con cientos de porciones, más largas o más cortas, que han caído antes y que se reúnen en irremediable compañía, porque lo que Vicentiña ignora es que estos almacenes pilosos de queratina, a los que ella sólo llama pelos, no pueden ser digeridos por su organismo y de ahí que se acumulen meses y años en el estómago o en los intestinos, y crezcan de tamaño como un tumor vivo, como un feto, como un bezoar.

Y si esta operación calma y satisface, cómo no habrá de hacerlo comer o ser comida por otra persona. Un hombre, o una mujer de larga caballera que duerma a tu lado y se acurruque cerca de tus labios para hacer de ellos un chupamieles. Eso ha de ser el amor. Pelos y labios.

Antes de los acontecimientos, Vicentiña es capaz de repetir este prólogo del sueño tres o cuatro veces cada noche. Después cae dormida. Hoy lo hace diez o más. Sólo la interrumpe la algazada de leviatanes. En esta ocasión la dejan llegar al límite del cansancio y ya no es capaz de dar órdenes ni a sus párpados.

No sabría precisar si han sido dos segundos o dos horas, pero ha cerrado los ojos y cuando vuelve a abrirlos tiene ante ella a Joly. Lo reconoce sin lugar a dudas, no sólo porque es el único gorila que ha visto en su vida, si hacemos excepción de Fleurette, que es híbrida, hembra y hazmerreír, sino porque se solemniza en la misma postura en que lo hizo, descarado y sinvergüenza, apoyado en las patas posteriores ligeramente abiertas y arqueadas para que tenga una perfecta visión de sus distintivos de macho, se nubla, se confunde y se maree, que es lo que ocurre cuando el bicho se adelanta y la despedaza como si se comiese una perdiz de Modesta con cuchara, aplastando el ave desde su escápula para que patas y alas se desmiembren cada una por su lado y pueda ser devorada en cuatro dentelladas. Así la trata el bicho. Así la come, la mata y la posee.

Vicentiña revolotea por los aires y el animal peludo se recrea en sus partes más sensibles. Ciertamente la engulle como ella había imaginado momentos antes. Sufre y disfruta al mismo tiempo en manos de aquel enorme animal que la maneja a su antojo, a veces agarrada de una sola pierna, cabeza abajo, y otras, de las dos, para dar libertad a su enorme cabezota que husmea, lame y chupetea. Si no lo ha hecho antes fue por tener la garganta paralizada, pero ahora grita y Desamparados se presenta como una exhalación.

—¿Qué pasa?

—¡Joly! ¿No ves al mono?

La ha tirado en la cama y se enseñorea de su fortaleza en medio de la habitación, siempre tan orgulloso de su condición sexual, tan procaz e insolente. Vicentiña es arrojada en su camastro y Desamparados permanece paralizada frente al bicho.

—¡Me soba, abuela!

—¡Tranquila! ¡Ahora estoy yo!

La joven no aparta la vista del pene de Joly, como si en él radicase la fiereza del monstruo, pero ahora ve que cobra vida e independencia. No es un pene, sino una babosa que se desplaza lentamente por la pierna del gorila hasta llegar al suelo, donde logra moverse a mayor velocidad. De allí, a los pies de Desamparados y desde ellos emprende de nuevo la ascensión a los muslos de la mujer y a su vulva.

—¡Abuela! ¡La babosa!

No da tiempo a más. El limaco realiza un potente salto desde la pierna de la abuela gracias a que estira sus arrugas. En su caída se cuelga en la boca de Vicentiña, y de ahí a su estómago, como un buche de caldo grasiento, como un pelo sabroso de los suyos.

## **Esperpento tercero**



# I El plazo

## El día / Bernardino María Vidal y Folla

—**N**o es zozobra exclusiva de los intelectuales diletantes. El hombre más apegado a la carne que pueda existir hoy es un boxeador, pues vive de machacar la de sus contrarios para descartar que le muelan la suya, y en ese campo, quien hoy reluce como un astro es Robert James Fitzsimmons, ya sabéis, Bob, el campeón de las tres categorías y de todos los pesos, el luchador más extraordinario desde Milón de Crotona. Pues bien, sabed que Bob se entrega al espiritismo hace años y por su práctica explica los buenos resultados que obtiene sobre el cuadrilátero. Él es la reencarnación de Hércules, de Sansón o de Goliat, y basta con creerlo para ganar por *knock out*.

En las horas muertas Acevedo practica didactismo con diferentes resultados frente a Valle, pues, aunque ya está ganado para la causa desde que Petra Simona revolotea sobre él en el Casino de Santiago, se resiste a caer por completo en las redes de su amigo.

—¡Ja! ¡Pues a ver cómo explica la ciclópea paliza que le ha arreado Jeffries para quitarle el campeonato! ¿Lo atribuyes a que Jeffries es el Bernardo del Carpió revivido?

—No. Fitzsimmons se traga la tunda como Goliat al verse derribado por David —le dice sin dar tiempo a que saboree su momentánea victoria—, pero el campeón ha jurado que volverá para derrotarlo después de darse una vuelta por el mundo astral, como Petra Simona.

Valle se ríe con ganas cuando imagina a Bob Fitzsimmons en el éter, mientras aspira átomos vitamínicos para cruzarle la jeta con suficiencia al petulante Jeffries.

—Ese combate no me lo pierdo —le dice después al tiempo que se enjuga con el borde de la mano la lágrima salida a causa de las risotadas—. ¡Carne y espíritu frente a frente! ¡Como nosotros y el canónigo doctoral!

Ignora Valle que tal combate está a punto de producirse.

\* \* \*

El cura Combarro envía para la supervisión del arzobispado su informe sobre los «Sucesos de origen extraordinario ocurridos en la Casa do Demo del lugar de A Gándara de Telia, en Anllóns A Garga de Ponteceso», titulado finalmente como «Sucesos naturales de origen desconocido ocurridos en Santo Eleuterio de Telia / San Fins de Anllóns. Ponteceso». La extensión del escrito también sufre una merma importante, pues de las veinte páginas remitidas por el cura Combarro, sólo doce acaban en las redacciones de los periódicos. Manuel Acevedo cuenta también con las addendas que desde Rosario recibe por vía marítima de su amigo Pandolfini y que en parte suplen lo censurado por Compostela. Sin embargo, a día de hoy, tanto ellos como don Nicanor Cruz y

Coronel, están en condiciones de ampliar el informe un centenar de páginas más. Prudencio Landín ha tenido que reponer varias veces las resmas de papel destinadas al caso porque su viejo carné ya no acoge más información, y aunque Acevedo confía casi todo a la memoria y su interés en los detalles es menor que el del periodista, al cabo de estos días se ha hecho con un volumen importante de anotaciones. Quien no escribe ninguna es Ramón María del Valle-Inclán, quien, en su condición de literato, reivindica otros poderes.

—Las impresiones deben decantarse en la cabeza, no en los folios. Las anotaciones son propias de abogados, espiritistas y periodistas —dice para burlarse de Acevedo y de Landín—. Los escritores no hacemos anotaciones, sino belleza. Sí, sí. Ya sé, no se alteren mis compadres. La belleza es sólo la aspiración. Después, a muy pocos les sale del caletre. Y, por si fuera poco, los he visto a ustedes tan afanados en la escritura que probablemente me abstenga de hacer novela con esta bonita historia de Anllóns A Garga. Creo que por sí sola supera las astracanas que pudiese enviarme el fértil estro de los inclanes.

—Pero, Ramón, como bien dices, lo nuestro es trabajo de oficinista. Tú eres quien puede transformarlo en grandioso. ¡Para eso viniste!

—Nada, nada. ¡Os lo dejo! ¿O acaso queréis que construya castillos con despojos?

Los vecinos de Anllóns conocen el signo de los trabajos que llevan a cabo Cruz y Coronel por un lado, y los de Acevedo por otro. Imaginan que la indagatoria del canónigo doctoral responde con mayor precisión a la ortodoxia judicial, sea civil o eclesiástica, y que el grupo de Acevedo, por lo que se chismorrea, está llegando a averiguaciones de gran interés y valía, aunque su método no es un modelo procesal, sino espectral.

Tras el regreso de Valle, al día siguiente de presenciar la última visita de Joly a Vicentiña, laicos y eclesiásticos coinciden a la hora del almuerzo en casa de Xuliana. Ambos grupos se saludan desde la distancia, y aunque Combarro se habría acercado para cruzar con ellos frases de cortesía, no lo hace para no desairar las indicaciones del instructor.

El local está atiborrado, como sucede todos los lunes, máxime desde que Anllóns concita la llegada de investigadores de toda laya. Los de ropas talaras encuentran mesa en una esquina y los cuatro de Acevedo, como ya son conocidos, comparten con otros comensales la del banco corrido que existe al lado de la puerta. Cuando todos se acomodan, Bernardino María Vidal y Folla, que almuerza a medio camino de ambos, se levanta y golpea su vaso con el cuchillo hasta que logra imponer el silencio absoluto en el comedor. Incluso calla a Xulio o Tiñoso, que dispara incontenencias por la curda permanente en la que habita y de la que jamás espabila. Dígase que Xulio no recibe el mote a causa de la infamante, sino por caer su padre al mar cuando enfila el estuario en barca y debe refugiarse una noche en la isla Tiñosa, frente a las dunas de Barra. De eso hace ya setenta años.

—¡Calla, Tiñoso, que habla una persona inteligente!

El piropo dedicado a Bernardino viene de boca de Tito *Xameladrou*, llamado así porque..., bueno, dejémoslo sin descubrir, pues sería un no parar.

—Quiso el Señor —arranca Bernardino—, o don Eduardo Pondal quiso desde las alturas, que hoy coincidiésemos todos aquí. Por una parte, nuestro amado párroco, don Juan Antonio Combarro Díaz, a quien acompañan dos ilustres clérigos compostelanos, don Nicanor Cruz y su secretario. Y por otra, los señores Acevedo, Valle, Landín y una gentil acompañante.

—¡Tiene nombre! ¡Petra Simona, se llama! —grita Valle, molesto por el silencio que se le hace a la muchacha.

—Tiene razón el señor Valle —continúa Bernardino—. No debemos sustraer la identidad de la jovencita, ya que, por confidencias escuchadas, desenvuelve un importante papel en todo este embrollo...

—¡Confidencias escuchadas! —exclama de nuevo Valle, esta vez sólo para ser oído por Acevedo y el cuello de su chaqueta.

—... y puesto que se ha dado tan maravillosa circunstancia, pensaba yo, como pensaréis muchos de vosotros, que bien podríamos saber qué piensan ellos de lo que ocurre en la Casa do Demo. Se oyen muchos comentarios mordaces, cuentos macabros de torturas y canibalismos, demoníacos y procaces, que nos fuerzan a pensar que son pura patraña, ya que el clima no puede ser seco y lluvioso al mismo tiempo. Como vecinos de Anllóns, de Telia, de Ponteceso y de sus alrededores, nos merecemos algo de luz y tranquilidad sobre nuestros atribulados corazones y ésta parece ser una ocasión propicia. No pedimos más, pero no nos conformamos con menos, porque el rumor y la maledicencia son como la yedra, que destruye universidades si se la deja crecer.

Los presentes rompen en aplausos tras las palabras de Bernardino para certificar que las comparten.

Entonces, a una señal de don Nicanor, se levanta el secretario Bavavá y dice:

—Aunque yo tampoco he sido nombrado, diré que me llamo Basilio Valiña Varela y que ejerzo en efecto como secretario del canónigo doctoral don Nicanor Cruz y Coronel. En tal condición les aseguro que Su Señoría no puede adelantar ningún resultado de su inquisitoria hasta haberla finalizado, tal como es preceptivo en el procedimiento.

Y a continuación se sienta sin que ningún aplauso lo acompañe, pues nada ha dicho que los suscite.

Acevedo sí recoge el guante lanzado por Bernardino, y ante la expectación causada, se pone en pie y habla:

—Todos conocemos la lentitud de los procesos eclesiásticos y aplaudimos que no se precipiten en la toma de decisiones, sobre todo si con ellas se juega algún cristiano la cabeza...

Las risotadas de los presentes suenan como un triunfal refrendo para Acevedo y una absoluta censura para Bavavá y su jefe.

—Pero lo que nos ha pedido el docto representante de los vecinos de Anllóns no es el sentido del fallo que ha de tomar ese informe que ahora redacta por las noches el canónigo Cruz y Coronel, o el que escribimos nosotros sobre las causas que originan los sucesos por todos conocidos. Lo que reclama don Bernardino es más sencillo. Nos pide que os tranquilicemos, o que os alarmemos, si con ello vais a estar más y mejor protegidos. Nos pide que no guardemos nuestras cartas sólo para la superioridad —quienes estén debidos a ella—, porque desde hace unas fechas vivís en el temor y la incertidumbre. ¿Cree el canónigo doctoral que es justo comer al lado de quien más puede ayudarles, espiritual y materialmente, y no recibir ni una sola palabra de información, de consuelo o de prevención? Yo creo que no es ése el mandamiento de la Iglesia, porque, aunque el canónigo Cruz y Cardenal navegue por aguas de la ignorancia en cuanto a lo que sucede en casa de Desamparados, siempre queda la posibilidad de dirigir a los parroquianos del buen cura Combarro unas palabras que les sirvan de alivio y confianza para afrontar las dificultades, sean éstas del tipo que sean.

Aplausos breves, intensos y sin acompañamiento de gritos.

—Pero ¿sabéis por qué no lo hace? Porque el canónigo y su secretario llevan cinco días en Anllóns, ¡y ni siquiera se han dignado a visitar el lugar de la ocurrencia! Ni siquiera han hablado con las dos mujeres protagonistas de los fenómenos, ni han dado el más mínimo paso conducente a averiguarlo, limitándose a charlar con algunos testigos más o menos cercanos. «¡Hablaré con todo el pueblo!», dijo Cruz al llegar. Ya se ve lo que ha hecho. ¡Tomarse unas vacaciones en la campiña a costa del párroco y de los vecinos!

Ahora los aplausos se mezclan con pitos, insultos y gritos que corroboran: «¡Eso! ¡Eso es lo que hacen!».

El cura Combarro menea la cabeza, apesadumbrado por lo que escucha, cuando los comensales observan a sus dos acompañantes de Santiago con ademanes de reproche. En apariencia, la razón le asiste a Acevedo, y si esto se queda así, no habrá en toda la parroquia quien lave el nombre, ni devuelva la honra a Cruz y Coronel.

El canónigo es consciente que la invitación inicial a hablar se ha convertido en una moción contra él, y si quiere salir victorioso, debe tomar la palabra y apabullar a los presentes, incluidos Acevedo y los suyos.

De modo que lo hace. Después de todo, en cuestión de prédicas nadie de los que allí almuerzan ha lanzado al viento tantas como él.

—Dice san Marcos en 9:35: «Si alguien quiere ser el primero, deberá ser el último de todos, y servirlos a todos». Resulta evidente que el señor Acevedo no lee al evangelista y, si lo hace, no sigue sus preceptos. Él ha querido poner el carro delante de los bueyes, y en consecuencia no hay manera de avanzar, porque los bueyes tropiezan con el carro y todo se atropella. Ni la Iglesia, ni yo tendríamos que dar explicaciones de cómo se instruye una indagatoria según los principios del Derecho Eclesiástico, de los cánones, y de la Congregación para la Doctrina de la Fe, máxime si quienes las reclama son, como él y sus amigos, unos descreídos, alejados desde hace tiempo del edificio protector que los ampara, el Vaticano. Pero al menos hay que reconocerle una loable intención en sus razonamientos. Quiere que ustedes, los vecinos de Anllóns, vivan más tranquilos, y ya que él no es capaz de pronunciar una palabra más alta que otra, recurre a la Iglesia para que sus representantes hagan lo que siempre hicieron, permanecer al lado de los necesitados. Está bien. Aun a costa de conculcar el artículo de *primus informando*, estoy seguro de que el arzobispo Herrera dará por bien empleado este pequeño pecado de su humilde cura. En efecto, ni he visitado la casa de los hechos, ni me he entrevistado con las mujeres que la ocupan. ¿Y saben por qué? Porque he finalizado la investigación y el informe...

Un murmullo de sorpresa recorre el comedor. Los que no han dejado de zampar, lo hacen ahora para volver la mirada hacia Cruz y Coronel. El propio Acevedo abandona la sonrisilla con la que sigue las palabras del clérigo y se enfunda en un gesto de curiosidad y atención, que es similar al de sus amigos.

—... por lo tanto, hoy mismo, o a más tardar, al mediodía de mañana, mi secretario y yo abandonaremos su preciosa parroquia para atender otros asuntos que nos reclaman en Compostela, o donde la necesidad lo exija. Pero lo prometido es deuda, y si desean conocer lo que el arzobispo leerá mañana, aquí lo tienen.

La curiosidad es enorme. Hasta el propio Bavavá contiene la respiración para no perderse ni un sonido de la boca del doctoral. Su intervención no estaba preparada, ni él fue informado de que

se produciría. Por no saber, tampoco le ha dicho que la instrucción ha finalizado, ni en qué sentido lo hace.

—Hoy se puede afirmar, sin espacio para la duda, que los acontecimientos de A Gándara son todos y cada uno de ellos de origen natural, sin intervención de espíritus malignos, ni diablos, ni brujas. No me corresponde emitir un dictamen sobre todas y cada una de las leyes físicas o médicas que se alteran para producir los fenómenos de Desamparados, pero sí para descartar que sea necesaria la presencia de un exorcista, ni de ninguno de los especialistas que la Iglesia tiene para las verdaderas posesiones, o para los endemoniados privados de voluntad por intervención del Príncipe del Mal. La gente de Anllóns puede dormir tranquila, pues nada de eso sucede aquí. Que tengan ustedes un buen día y que Dios les bendiga.

Las palabras de don Nicanor son recibidas con silencio y algún tímido aplauso. ¿Son tranquilizadoras? Sí. Descarta la intervención del demonio y eso ayuda a conciliar el sueño, ¿pero es creíble lo que dice?

Cuando Cruz y Coronel se sienta, Valle fija su mirada aguileña en Acevedo y le incita con gesto breve, pero enérgico, a que se levante y le replique. Es una bajada de cejas y un impulso con el mentón que Acevedo acepta. Tampoco ellos están preparados para descubrir las cartas, pero el canónigo lo ha hecho con mayor o menor pábulo, y eso no puede tener como respuesta el silencio, porque entonces es don Nicanor quien se lleva la partida.

La indecisión acaba cuando es Bernardino María Vidal quien realiza en público el mismo razonamiento.

—¿Qué tiene que contestar a las palabras de don Nicanor Cruz, señor Acevedo? En el fondo de todo nuestro desasosiego, quienes conocemos alguno de sus libros nos sentiríamos muy defraudados si las dos partes diesen el caso por cerrado. ¿Qué le ha parecido la explicación eclesial?

Petra Simona le dedica una amplia sonrisa de ánimo. Los cuatro están convencidos de que Cruz y Coronel no sabe de qué habla, que ha dicho aquella monserga para escudarse en ella y que podría haber hecho cualquier otro dictamen con el mismo fundamento. Tampoco olvidan que buena parte de sus informaciones se deben a Muerto, y ¿cómo transmitirlo sin ser enviados directamente a la hoguera?

Acevedo no se hace esperar más. Separa su silla de la mesa para dejar espacio y adopta la pose de orador en mitin.

—Dicen los filósofos más reputados que la verdad absoluta no existe porque cada uno de nosotros vemos la vida desde posiciones distintas, con distintos conocimientos e incluso con distintas calidades de visión. Una manzana ha comenzado la putrefacción por uno de sus lados y es observada por cien personas situadas alrededor. Si nos preguntan nuestra opinión sobre la fruta, diremos que es de un verde intenso que invita a morderla. Quien se encuentre al otro lado y vea la cara que permanece oculta a nuestros ojos, dirá que se ha echado a perder y que no merece la pena. Algo así ha sucedido en casa de Desamparados. Ella, Vicentiña, vosotros —sus vecinos—, el cura Combarro, el farmacéutico Mesías, don Nicanor, nosotros mismos, nos hemos acercado a esa casa como los observadores de la manzana. Cada uno desde un ángulo distinto, con una distancia, unos conocimientos y unos prejuicios diferentes; todos válidos, pero todos incompletos. Ni siquiera Desamparados, que ha vivido los acontecimientos a dos palmos de sus narices, es capaz de explicarlos en su totalidad. Sencillamente, los ha sufrido, pero los desconoce; como el

enfermo que cae fulminado por unas fiebres demoledoras. Las padece, pero no sabría señalar si la causa una bacteria, la ponzoña venenosa de una serpiente, o la pócima preparada por una *meiga chuchona*. Don Nicanor ni siquiera conoce de qué color son las paredes de la casa. Si Desamparados es manca o si Vicentiña es una niña gruesa, pecosa y con acentuado estrabismo. Si es, como dicen sus vecinos, un *corpo aberto*, o si sufre las yagas de sor Patrocinio. Lo ignora, pero ha cerrado su informe encantado de haber llegado tan pronto al final. ¿Qué final? El que él ha querido. Fenómenos naturales sin intervención de espíritus malignos. ¿Y qué dirá don Nicanor cuando sepa que nuestros descubrimientos van exactamente en la dirección opuesta?

Cuchicheos de inquietud entre los presentes. El encontronazo es frontal, como el de dos gamos en berrea.

—Que nadie se alarme, pero todo indica que en las inmediaciones de Anllóns se ha establecido un contacto demoníaco y por alguna razón hay fuerzas negativas que se están manifestando...

Los cuchicheos son ahora sonoras exclamaciones que devienen en un gran alboroto.

—¿Qué zarandajas son ésas? —exclama Cruz y Coronel con una altura de voz hasta ahora desusada en él—. ¿Cómo se atreve a hablar del diablo con esa ligereza?

Acevedo se revuelve raudo.

—¿Acaso es patrimonio suyo, monseñor Cruz? Si hay Dios, y no seré yo quien lo niegue por mucho que a usted le interese colgarme la cartela de ateo, nada se opone a que exista también su contrario, el personaje tan omnipresente como él en todas las religiones. Y si Dios se mezcla a veces con los hombres para bendecirlos, para dejarse adorar por ellos, o para permitir las apariciones y los milagros, ¿por qué no habría de imitarle Belcebú? Fíjese qué paradójico, don Nicanor. Usted, que es hombre de Iglesia, de espíritus santos y de vida eterna; usted, que pertenece al grupo de quienes tienen constantemente al Leviatán en la boca para hablar del pecado, es quien niega la espiritualidad a los sucesos de Anllóns. Y yo, que me tengo por hombre de ciencia, escéptico y descreído hasta que las pruebas me derrumban, definiendo que uno de esos espíritus mefistofélicos ha venido a visitarnos. Parece contradictorio. ¿No opina lo mismo?

Don Nicanor se ha puesto el sombrero de teja y con ese gesto sus dos acólitos comprenden que no va a hablar ni una palabra más, ni va a permanecer en el local dos segundos, como así sucede. Uno tras otro, los tres clérigos abandonan la casa de Xuliana. El último, el cura Combarro, se vuelve a la dueña para despedirse con voz templada:

—Ya arreglaremos cuentas, Xuliana.

—¡Pierda cuidado, donjuán Antonio..., y dígalas a sus amigos que vuelvan cuando quieran!

Ciertamente, la comida ha estado animada. Y continúa, porque Acevedo apenas puede descifrar ni una frase de entre la zapatista formada por quienes desean hacerle preguntas sobre lo escuchado, aunque todas son imaginables. ¿Es peligroso Satán? ¿Deben salir con su familia «como alma que lleva el diablo» fuera de Anllóns? ¿A cuántos metros de A Gándara comienza el riesgo? ¿Qué aspecto tiene el demonio? ¿Huele a azufre? ¿Corren peligro las jovencitas? ¿Cómo se puede proteger una casa contra su presencia? ¿Son eficaces las cruces? ¿Cuándo acabará tan repugnante amenaza?

Hay uno, Xenxo Cornide, que se ha hecho con el conjuro del padre Tomatera, un carmelita arrancado en vuelo de su convento por las brujas de Alcantarilla para ser postrado ante Satanás. Una vez en su presencia, lo declama y lo sueltan.

—No se crea, don Acevedo; el tal Tomatera da nombre a un pueblo de Murcia al que llaman Llano de Brujas. Aquí tengo el conjuro —dice Xenxo mientras desdobra tembloroso una octavilla azafranada—. Que lo apunte quien *se tenga por temeroso de Dios: «Vade infernalis, draco te. Dei et Beatissimae Virginies Carmelitana...»*.

Aunque nadie lo hace, Acevedo comprende que ha destapado la caja de los truenos y que, si antes le piden palabras de sosiego, lo único que ha conseguido es espantar la bandada y tener ahora a todas las aves volando, como las brujas de Alcantarilla. Algo tiene que añadir y sólo se le ocurre escapar por terrenos etnográficos.

—Señores, nada hay que temer. Nada distinto al resto de los días. ¿Quién se ha asustado en Galicia por la existencia del Diablo? ¿Acaso no lo tenemos constantemente en nuestras frases...? «*Léveme o demo*», «*cousa do demo*», «*xa está o demo de predicador*»... Lo repetimos a diario y no por eso nos alarma. Esto que ha ocurrido aquí sucede constantemente en todas las partes del mundo y nadie abandona sus casas. Yo os aseguro que en dos días habrá pasado y será leyenda.

Acevedo se refiere sin nombrarla a la fecha del cumpleaños de Vicentiña. Por Muerto sabe que será decisivo lo que ocurra entonces y que las rarezas cesarán porque son fenómenos con plazo de caducidad.

\* \* \*

Si el canónigo doctoral Cruz y Coronel prepara realmente las maletas para dejar su investigación en el punto donde la tiene, sólo puede deberse a dos razones, o a la suma de ambas, piensa Acevedo. O no quiere adentrarse en terrenos demoníacos para preservar el Arzobispado de Compostela de un caso de auténtica presencia del Maligno, o a quien realmente defiende es a doña Dídica, gracias a cuyas donaciones, San Fins dispone de bancos, confesionarios y un tejado en inmejorables condiciones para afrontar las lluvias de los inviernos venideros. Valle cree que en su ánimo pesa más el miedo a la presencia de Mandinga, porque ni siquiera conoce las implicaciones de la señora de Portela en el caso. También opina así Petra Simona. Y Landín, llevado por su condición de jurista, no arriesga a decantarse por ninguna de las dos interpretaciones, pues incluso podría haber una tercera que ellos ignoran.

—*In dubio pro reo*, amigos míos. Todo hay que probar antes de condenar. Usted mismo lo dijo. A la manzana se la puede ver desde tantos lados que sólo al sumarlos nos acercamos a la verdad.

—En efecto. Por eso iremos en busca de las pruebas, antes de que los acontecimientos nos lleven por delante.

—Intuyo —dice Petra Simona— que voy a dormirme una vez más.

—Estás en lo cierto.

—¿Qué habría sido de ustedes si finalmente no me dejan venir, recluyéndome en el aburrimiento de Santiago?

—Yo lo sé —dice Valle—. El canónigo habría hecho salsa bechamel de nuestros huesos.

\* \* \*

La señora de Portela desciende desde su dormitorio hasta el banco de madera donde dormita Agostiño, como repite casi a diario en los últimos dieciocho años. Lo hace poco después de que la carreta conduzca a las cocineras hasta Corme o Ponteceso, de acuerdo con las necesidades de los figones abiertos por la sociedad de Dámaso y Belarmino.

E igual que cada tarde, el Pallarén la observa sorprendido, ignorante de qué va a ocurrir a continuación, en cuanto ella diga:

—Agostiño, despierta y acompáñame.

Porque entonces aquel saco de músculos desmañados, de mirada estúpida y labio inferior pendulante, recupera la lozanía de años atrás y se desprende de la cretinez en la que se sume cuando la señora se lo ordena.

Ella le extiende la mano para ayudarle en los primeros movimientos de su renacer y sin soltarlo abandonan la cocina para ascender de nuevo al dormitorio del matrimonio, que ocupa una quinta parte del ala izquierda de Cesponzóns. Hay una jofaina, un armario, una mesa, un sofá y dos mesillas. Sin embargo, sólo dispone de una puerta de entrada, la que da a un pasillo y a las escaleras de la cocina por donde acceden. La pared del fondo está cubierta de lo que parece ser una sucesión de tablones independientes con un pequeño espacio entre cada uno, y en el centro, una cama metálica en cuya cabecera destacan dos columnas doradas a ambos lados que se rematan en bola. Aunque parecen formar parte del cabecero, un simple examen confirma que son dos elementos independientes, situados entre éste y el panel de madera.

Cuando llegan al final del pasillo que forma la cama, la mujer le indica que atraiga hacia sí la bola izquierda de aquella columna. Agostiño la toma con las dos manos y la mueve, consiguiendo que el panel de la pared se desplace con suavidad para enrollarse en cilindro al otro extremo. Un sistema combinado de cadenas y ruedas dentadas lo hace posible y el resultado es que el paso queda expedito a otra enorme estancia detrás del dormitorio. Esta sí ocupa por completo una abigarrada galería contrapuesta al resto del casal y donde la vista se pierde entre la gran cantidad de objetos que sorprenden por su belleza y opulencia. Agostiño se asombra de lo que ve, aunque ha entrado en ella miles de tardes durante estos años. Dídica podría hacer la cuenta exacta de todas ellas, pues cada vez que no logra subir con su subyugado sirviente a su templo de lujuria, se graba a fuego una muesca cabriterera en su historial de amante por la que sangra y no olvida.

Los ojos se van en primer lugar hacia una inmensa alfombra armenia de Karabaj, de más de treinta varas de largo que se extiende por el salón sin abarcarlo. Se ha tejido para dibujar dos dragones invertidos en la parte que queda visible y un sinfín de laberintos en los que destacan medallones y las fortalezas propias de Karabaj con sus portezuelas de entrada. Es una alfombra muy apreciada porque es la más difícil de conseguir, pues en la fecha de su fabricación, ninguna de ellas se destina al comercio, sino a la protección de los hogares, a favorecer la fertilidad de las mujeres y a velar por los intereses de cada estirpe representada por los símbolos y blasones propios. Por el tamaño y la riqueza de sus colores se sabe que la familia propietaria de ésta, los Darch'in, fue una de las principales de Karabaj. Su presencia en Cesponzóns sólo se explica por medio de una rapiña pirata que la lleva hasta un palacio corso y, luego, mediante un vulgar robo, cuando Dídica descubre que Darch'in en armenio es tanto como decir Portela, y concibe que si el objeto protege durante siglos a los Darch'in, ha de hacerlo por igual motivo a los Portela.

Pero la pieza no es lo más valioso del salón. Una vez traspasado el umbral que forma el raíl por donde se mueven los largueros, Dídica le señala a su amante otra palanca similar a la de la



cama, con la cual se despliegan de nuevo los tablones y la sala queda aislada y a salvo de cualquier indiscreto que desconozca el mecanismo. A la izquierda, cerca de la corredera, hay una chimenea inglesa, con cuatro cornucopias de una vara de alto por media de ancho, cuya parte central, allí donde la campana sobresale de la pared para tragar los humos, se encuentran sendos retratos ovalados de Dídica y Dámaso con el aspecto y las ropas de su boda, ella con quince años y él cerca de los veinte. Están bordados en oro sobre tela de seda, que a su vez flanquean otros cuatro mecheros de bronce, con marco de plata, con cartelas y arandelas del mismo material, y dos arracadas de oro de cinco kilos cada una sobre una panoplia de mármol. Ese mismo mármol se desparrama también a ambos lados de la chimenea con filigranas imposibles de volutas, animales y cuerpos desnudos con largas cabelleras que salpican toda la estructura, desde que parte del suelo hasta que se pierde en el techo, de donde cuelga la primera de las cuatro grandes arañas que allí existen, dos de cristal de Venecia y otras dos de cristal de Alemania. Pintados en el techo, entre las lámparas, dominan la sala dos grandes escudos nobiliarios, el de los Portela Mancebo-Caspindo y el de los Manteiga-Sollóns.

En el cenicero del hogar hay carbones que indican un uso reciente y varios troncos dispuestos para arder.

—Enciéndela —ordena ella cuando la han superado—. No hay cosa más triste que una chimenea apagada con madera a medio consumir. Siempre te lo digo, pero tú, pobre botarate, careces de memoria y de inteligencia. Debería haber pedido que fueses peor dotado para el amor y mejor para la conversación, aunque es un poco tarde para hablar de lo que pudo haber sido y no fue. Y precisamente ahora, cuando el Señor de las Moscas anuncia su llegada para reclamar su regalo. Es natural que arme tanto alboroto. Se relame de gusto, como yo hago con lo que voy a recibir a cambio.

—Sí, señora.

—Y a saber entonces qué será de ti, mi bella marioneta.

Dídica recrea la vista en Agostiño, que a pesar del tiempo transcurrido conserva intactas sus trazas juveniles.

Luego desaparece detrás de un biombo de doce hojas de charol para desnudarse amparada en él. En cada uno de los paneles se desarrolla una escena de culto a otras tantas divinidades protectoras de la religión tradicional china, y a la señora, que siente por los amuletos una querencia familiar, le llama la atención que sean doce, como los apóstoles y como las horas del día. Son Guan Yu, el dios de la verdad; Baosheng Dadi, el Gran Emperador de la vida; Cai Shen, el de la salud; Mazu, la patrona de los marineros; Sun Wukong, el Rey Mono; Zao Shen, el de la cocina; Zhusheng Niangniang, la diosa de la fertilidad. Esta última aparece con un lápiz y un cuaderno en la mano. Con ellos lleva la cuenta de todos los nacimientos. La Pekinesa le acaricia el lápiz cuando se desviste, pues la tiene como guardiana, no de nacimientos, sino de sus ahorros, y nadie podrá negarle que en su vida los ingresos siempre sobrepasan a los gastos.

Al salir del biombo por el lado contrario hay una mesa de pizarra de Granada sobre la que ha colocado una gran piedra bezoar guarnecida en oro sobre una estructura de cristal de Bohemia realizada en Svor con tal fin. La tiene por medicinal y alguna vez la desencastra para que Modesta cueza agua con ella. Luego la bebe o se la aplica en la zona del cuerpo donde siente molestias, tal como le enseña su madre. La rodean seis estatuas doradas de cuerpo entero y regular tamaño, también de oro y repujadas de piedras preciosas, ámbar gris, porcelana, cristal de roca, coral,

nácar y filigrana de plata y oro, que representan a Daphne, Apolo, Pan, Siringa, Narciso y Morpheo, procedentes de un naufragio en los molinos de A Ribeira, donde hace semanas ha sucedido otra tragedia, con la muerte del patrón del *David* y de sus tres hijos. Doña Dídica se siente protegida por cada uno de los dioses, pues, así como su familia los salva de permanecer para siempre en el fondo del mar, así ellos le devuelven el favor con su amparo.

Frente a las estatuas y el bezoar se han dispuesto dos escritorios de caoba con los pies torneados y embutidos, así como dos papeleras charoladas de la India, en aderezo de nácar y marfil y un buró de cedro que guarda la reliquia de un retazo de la piel de camello que vestía san Juan Bautista, robado por los franceses en el monasterio de Santa María la Real de Gradefes, en León, y llegado a Cesponzóns por las malas artes de don Norberto. Sobre los escritorios, sendos espejos, o cuadros de Venecia, con motivos del rapto de las Sabinas, y ebúrneas cornucopias compañeras.

La parte final de la sala está reservada para albergar una cama imperial de sándalo rojizo y rimbombantes moldurones, obra de ebanistas hindús que la trabajan en su país con doseles de terciopelo chinés y columnas esculpidas de frutas, floripondios y alegorías, así como colgaduras de cama de tafetán italiano que sobresalen de las cortinas de Damasco. Estas cubren todo el frente y la parte final de los laterales, bordeadas con cenefas doradas a la romana y pasamanería, con semicorona central del supuesto señorío de Cesponzóns, de la que parten nuevas blondas que hacen de capa. Tras ella, disimuladas con mantones y cortinas, están las dos arcas que el matrimonio utiliza para su tesoro, y que a veces, si la noche no la ocupan otras distracciones, abren para contemplar el brillo de los caudales.

La cama está vestida con tres colchones de plumón de ganso y veinte almohadas del mismo relleno, colchas bordadas de Holanda y sábanas de la Casa de la Moneda de Xuvia con encajes belgas.

Este mueble y la alfombra son las únicas piezas que incorpora Dídica a su santuario. La exige de sándalo de la India para que se derramen sobre ella todas sus virtudes afrodisíacas y apotropaicas de esta madera.

El acopio de riquezas que realiza en el ala izquierda de Cesponzóns es su talismán y el templo que la mujer erige para disfrutar con el mejor y más hábil amador que descubre en sus correrías, Agostiño de Tomasa, a quien un día le derriba la ternura por otra mujer y desencadena la furia de los infiernos.

Desnuda y empolvada, la señora se deja caer en la cama de sándalo entre plumas y gansos, que la acogen con la suavidad que requiere su breve cuerpo.

—¡Ven y ámame, palurdo!

Agostiño no rechista. En la mínima libertad que le queda para decidir sobre sus actos no cabe desobedecer, ni acordarse de que un día tras otro ha repetido el mismo camino hacia los brazos de la señora, sumiso y complaciente, con una vitalidad extraordinaria a una edad a la que otros se tienen por ancianos. Ella lo requiere retorcida de deseo en aquel mar de plumas y almohadones.

El golem se baja las calzas y va hacia Dídica, que lo besa donde le alcanza como feliz recibimiento. Se abrazan y ella se dispone para recibirlo sin más avíos. Tiempo habrá de gozar en lento. El hombre responde con movimientos de vaivén que provocan los primeros suspiros, hasta que escuchan el ruido que produce la corredera al plegarse de nuevo. Al desaparecer los maderos, ambos observan la entrada de don Dámaso.

—¿Cómo se te ocurre interrumpirme, imbécil? ¿Acaso olvidaste que son mis horas con Agostiño? ¿O tanta prisa tienes de que te posea Belarmino? —le espeta la mujer, interrumpida en su búsqueda del placer e indignada como la Hidra de Lerna por ello.

—¡Calla! ¡No hay tiempo para que te monte el imbécil! —se impone Dámaso a su mujer—. ¡Huyo de Corme!

¡Araujo y dos de sus hombres han entrado en la oficina y revuelven Roma con Santiago! Me ha mandado aviso Belarmino y vengo para embalar el dinero que podamos y escapar cuanto antes.

Dídica no da crédito al pavor de su marido.

—¿Pero qué buscan? ¿Papeles? ¿Qué te inquieta de lo que puedan encontrar? Creo que exageras. ¿Cómo vamos a abandonar Cesponzóns?

Agostiño, desnudo sobre la cama como también lo está la mujer, mira con asombro al recién llegado, pues no parece reconocerlo.

—¡Primero duerme al mentecato que tienes por amante! ¡Soy incapaz de razonar si el estúpido pollatraste me mira con esos ojos abesugados que no has podido borrarle por mucho que lo domines!

—¡Despreocúpate de él y de tus celos! ¡En unos minutos no sabrá si estuvo aquí o en Cuba!

—¡No buscan papeles, sino algo mucho peor!

—No te entiendo.

—Jamás te lo comenté por mantenerte al margen y no acrecentar temores, pero la oficina guarda un secreto terrible.

Dídica ordena a Agostiño que se vista, como ella misma hace al vuelo.

—Dámaso, ahora sí que me intranquilizas de verdad. ¿No tendrá nada que ver con Elisardo?

—Sí.

—¿Qué hiciste?

—Acuérdate. La noche que matáis a don Rosendo me lo envías a la oficina para que le pague la primera entrega, y tal como habíamos quedado, negocio las condiciones de las siguientes cantidades con el fin de entretenerlo...

—... y degollarlo. ¡No puedo creer que no lo hayas matado!

—No, no. Lo mato como a un cerdo. Le rebano el pescuezo cuando me coloco a sus espaldas en el primer descuido que tiene, pero el muy imbécil conserva arrestos para levantarse y salpicar toda la habitación de sangre antes de caer como un fardo con las manos agarradas a su herida. Luego arquea en busca de un aire que no le llega a los pulmones tras el escabeche.

—¿Lo sacarías de allí? —pregunta angustiada su mujer.

—No podía. Yo sólo no podía. En aquel momento era muy peligroso. Comenzaba a amanecer... Yo desconozco si ha aparecido el cadáver de don Rosendo... Mientras lo mantuviese allí no habría peligro, pero el despacho estaba inutilizado...

—Comprendo. Es cuando decides hacer reformas y unir las dos habitaciones...

—Sí, se me ocurre derribar la pared que está manchada y disimular con los escombros los charcos del suelo. Luego les pido a los albañiles que hagan un doble fondo con el pretexto de empotrar la caja de caudales. Como compruebo que Elisardo cabe en el arcón de los embarques, lo vacío y lo meto allí en calzas y jubón, con el resto de su propia ropa enrollada al cuello. En dos jornadas podría estar preparada la obra. Dejo la caja fuerte sin encajar de un día para otro. Tengo

que guardar unos papeles, les digo, y por la noche introduzco el cadáver por el hueco de la caja. Ellos cierran el agujero a la mañana siguiente y allí queda para siempre Elisardo.

—¿Y entonces no fue así? ¿Elisardo no está emparedado?

—¡Claro! Allí permanece su cuerpo todos estos años, pero ahora... ¿Qué otra cosa puede buscar en las oficinas el sargento Araujo? Posiblemente los alarifes comentan algo... No sé. Lo cierto es que estamos perdidos si nos quedamos un minuto más en Cesponzóns.

—¡Eres un burro! ¡Deberías habérmelo dicho! Yo sabría qué hacer con él en este tiempo y sin embargo ahora está ahí, señalándonos con el dedo después de tantos años. Pero tranquilízate. Estamos protegidos por cientos de amuletos. De eso me ocupé a conciencia como hace mi abuelo desde el ataque carlista. Tú ya lo sabes. ¿Acaso te ha salido mal uno solo de tus negocios? ¿Desconoces por ventura con quién pacto y me codeo? ¡Ni él, ni la alfombra que pisas, ni cientos de talismanes permitirían que nos pase nada malo! Además, nuestra huida sería tanto como un certificado de culpabilidad. Déjame pensar.

—¡La alfombra! ¡Dices la alfombra! ¡Estás loca, Dídica! Ahora creo que siempre lo estuviste. ¡Y yo otro tanto, por seguirte!

Dámaso observa de nuevo a Agostiño, que permanece en medio de ambos, sin saber su papel en este drama porque Dídica nada le ordena.

—¡Y duerme ya a ese estafermo, que no deja de mirarme! —grita a borde del llanto.

—Está bien —acepta Dídica—. Ven, anda; por hoy se acabaron las caricias.

La mujer y Agostiño bajan a la cocina, y una vez allí, lo devuelve por orden imperativa a su estado vegetal. Cuando regresa al piso superior, ve a Dámaso acurrucado sobre la cama, con la cabeza entre las manos para arrebujarse entre débiles e irrefrenables gimoteos. La mujer constata que ha convertido en asesinos a los tres hombres de su vida y que los tres se encuentran en igual postración, doblados sobre sí mismos, como fetos sin desarrollar. Uno de ellos muerto, otro parásito y un tercero, tan acobardado que ni caso le hace. A los tres los ha reducido hasta convertirlos en crisálidas con el único fin de satisfacerla, precisamente cuando está a punto de alcanzar el último escalón de su ascenso, el que le llevará al dominio absoluto sobre todos ellos. El resto será un vago recuerdo en su camino.

—Dámaso, no te puedes derrumbar... Dentro de dos días, sólo dos días, cumpliré mi compromiso con el pacto y entonces dispondré para siempre del arma más poderosa. ¡Podré seducir al hombre que desee y eliminarlo de nuestras vidas!

—Es muy tarde, Dídica; muy tarde... —El hombre calla al descubrir algo en las palabras de su mujer que le sorprende—. ¿Por qué dices dentro de dos días?

—Así son los plazos. El día 6 Vicentiña cumple los dieciocho años. En ese momento Mandinga vendrá para llevársela y a partir de entonces ya nada podrá impedir nuestro poder. Ni Araujo. El pobrecito sigue enamorado de mí, pero caerá a mis pies con sólo chascar los dedos.

—¡Estás equivocada, Dídica! Recuerda. Me comentas que la comadrona la inscribe dos días después del parto, y si fuese así, habría nacido el día 4. ¡Hoy se cumplen los dieciocho desde entonces!

La mujer se sobresalta. Los cálculos de su marido son correctos. Es el día del plazo y el diablo será puntual para cumplir con exactitud los términos pactados. Recuerda que el alumbramiento sobreviene aproximadamente a esta hora y por lo tanto Mandinga está a punto de manifestarse.

—Tengo que ir a casa de Desamparados. La suerte sigue de nuestro lado. Ni siquiera hará falta esperar esos dos días. ¡Hoy seré la mujer más poderosa del mundo! ¡Nada podrá detenernos!

A Dámaso le gustaría creer los delirios de su esposa, por lo que ha dejado de gimotear y la escucha esperanzado. Es una locura, pero en estos años Dídica ha demostrado que saca del caldo tajadas y ara el mar si se lo propone. ¿Lo logrará también ahora?

—Tú espérame aquí y destierra el miedo. Cesponzóns seguirá siendo nuestra casa durante mucho tiempo.

Dídica termina de enfundarse las prendas de montar y ensilla a la Parda para galopar hasta Telia. Una posibilidad le aterra y le hace sudar gotas de sangre cada vez que se apodera de su pensamiento. Si las visitas de Joly a la Casa do Demo no son el prólogo victorioso del rapto nupcial, como ella cree desde que se inician, sino el castigo por el incumplimiento de algún requisito, su pacto peligrará. Y motivos hay para temerlo.

\* \* \*

Petra Simona navega en ese momento por espacios sidéreos que la ciencia no define porque no reconoce. Acevedo le pide que intente comunicarse con Muerto, pero la facilidad habitual para penetrar en el magnetismo de la esfera alfa creciente ha desaparecido y hoy el diálogo se ve imposibilitado por obstáculos inusuales.

—¿Qué ves? ¿Cuáles son tus sensaciones? ¿Quieres que te despierte y regresar?

Acevedo se lo pregunta a su hipnotizada, que le responde lánguida y pausada.

—Estoy en el medio de una tormenta y el viento deja a su paso el dibujo de su recorrido para deformar el paisaje, los objetos y las personas. Ondulaciones en azules y grises que parecen provenir de la paleta de un pintor parisino. No es desagradable, pero no existe horizonte más allá.

Ahora también hay verdes y ondas que son agua, o rojas, que son sangre. Es un torbellino en donde las líneas dan vueltas alrededor de mi vista, pero también arriba y abajo. No tengo miedo, ni me aflige el ánimo.

—Lo describes muy bien. Te seguimos.

—Es una imagen muy diáfana. No hay duda de que sucede, porque estoy despierta. Lo sé y nada perturba mi mente. Un momento. Ahora todas las líneas tienden a ser rectas y horizontales. La tormenta cede.

Todo se detiene. Acevedo les ordena que no hagan ruido ni al respirar. Más adelante, la muchacha prosigue.

—Puedo hablar en La Habana de 1806 con una negra mandinga de dieciocho años, libre de viruelas, que se ofrece como buena cocinera y lavandera al precio de 450 pesos. Hay un comprador que vive en la calle Desamparados y que se queda con ella porque está viudo y le arregla necesidades que busca. Una mujer las aterroriza. Lleva la cabeza repleta de serpientes. Creo que los espíritus se han visto entremezclados, desordenados... El viento lo azota.

—Concéntrate en Muerto. No te dejes engañar por los burlones o las turbulencias de los equívocos. Algo los ha alterado, pero sólo son percepciones erróneas de tus sentidos que luchan por dominarte. Alguna fuerza trata de llevarte a la confusión para que no aciertes. Con lo que sabemos de Mandinga es probable que sea él.

—¡Sí, ahora hablo con Muerto! Sabe lo que ocurre y quiere ponerse de nuestro lado.

—El enemigo es muy poderoso y ha desatado sus fuerzas por algún motivo que le contraría.

—¿Cien mil millones no lo saben? —le pregunta Acevedo.

—No, no lo saben. No es nada que esté relacionado con uno de los cien mil millones. Es un secreto de un vivo.

—Dices que quieres ayudarnos. ¿Cómo puedes hacerlo?

—No me habéis preguntado por algunos de los cien mil millones.

—¿Por quién debemos hacerlo?

—Por el que se llamó Elisardo.

—¿Está muerto?

—Sí, lo mata Dámaso.

—Buena información para Araujo. ¿Y el otro?

—Al otro lo conoces. Es Mahatir bin Tampawan Pisang Goreng, jefe de familia que fue de la tribu de los senoi. Hace años te advierte sobre la conveniencia de enfrentarse a los monstruos que se presentan en los sueños porque son agujeros del mundo oscuro y de los infiernos espectrales. Si los encaras, los derrotas y los doblegas, conseguirás que estén a tu lado en los próximos combates, como saben los senoi desde niños. Eso debería bastaros.

—¡Vicentiña! ¡Creo que se refiere a Joly y a Vicentiña! —interpreta Acevedo—. Es cierto que hablé con el senoi Mahatir cuando era un muchacho y pasaba las noches de viaje en viaje con Pandolfini. ¿Cómo podría suponer que se adelantaba diez años a mi propia vida?

—No te zahieras —le consuela Valle—, los hombres repetimos nuestros errores hasta la muerte. Tú tienes la oportunidad de enmendarte.

—Escúchame —Acevedo habla a la médium—. Te vas a despertar, lentamente, muy lentamente. Dejas atrás a Muerto, estás a punto de hacerlo. Contaré desde tres y te despertarás. Tres..., dos..., uno.

Petra Simona abre los ojos y de inmediato pregunta:

—¿Cómo fue el viaje?

—Magnífico. ¡Debemos ir cuanto antes a la Casa do Demo! Creo que el día que esperábamos se ha adelantado.

Valle le corrige:

—Es más probable que nos hayamos retrasado nosotros.

Landín se ofrece para ir en busca del sargento Benigno Araujo. El agente debe saber que Elisardo fue asesinado y por quién.

\* \* \*

Joly ha atrapado a Vicentiña y la zarandea como en ataques precedentes. La maneja como a una muñeca de trapo mientras Desamparados se tapa la cabeza y reza un páter noster, convencida de que no tiene a mano arma mejor. Cuando Mandiga bajo las formas de Joly se golpea el pecho en señal de victoria, la muchacha ya se ha desmayado y deja hacer con su *corpo aberto* lo que el gorila desea, colgada de una pierna sin resistencia alguna.

La señora de Cesponzóns llega a la casa y sube las escaleras a uña de caballo para abrir la puerta de un golpe rechinante. Cuando se sitúa frente a Joly, lo anima para celebrar juntos su

victoria.

—¡Ya tienes lo que querías! ¡Llévatela a los infiernos y dame mi parte del trato!

Desamparados la mira horrorizada al comprobar que doña Dídica es cómplice de las monstruosas torturas que ha padecido en sus carnes los últimos cuatro meses. Ella es quien le entrega a su propia hija, pero sólo lo hace para que la críe como a un animal que después ofrecerá al Diablo en sacrificio. No más allá de un cordero.

—¡Abraham quiso entregar su hijo muerto a Dios! ¡Yo te la doy viva, Señor! ¡Te la regalo a tu antojo en cumplimiento del pacto!

Desamparados se lanza contra Dídica en un intento de emprenderla a puñetazos, pero antes de que llegue a tocarla, ésta la empuja y da con la anciana en el suelo.

—¡Déjame en paz, estúpida! ¡No sabes contra quién luchas!

El gorila también deja caer a Vicentiña cerca de la mujer que se viene comportando como su abuela, pero sin apartar la vista de Dídica. Con el topetazo la muchacha recupera la conciencia y puede escuchar las terribles palabras de quien en ese momento descubre que es su madre.

—¡Venga, llévate a mi hija y dame el poder que me prometiste para dominar a los hombres que desee! ¡No puedes negarte! ¡Es el pacto! ¡Llévala y piérdete con ella en tus hogueras!

Joly, el espalda plateada reconvertido en la visión fantasmal de Mandinga, reduce poco a poco su tamaño y modifica sus formas hasta adoptar las del indiano con las que se presenta en ese mismo lugar dieciocho años atrás para establecer el acuerdo con la señora de Portela.

Y cuando la metamorfosis finaliza, la mira al centro de sus ojos para decirle:

—Tú eres quien mejor sabe que no puedo llevarme a la niña. Ni a ti tampoco, de momento. Has tratado de engañarme durante todo este tiempo y he permitido que así fuese porque me divertía y porque ansiaba la llegada de este día. Deja que lo saboree. ¡Estás acabada, señora de Cesponzóns! ¡Estás acabada para siempre!

Dídica se hace la sorprendida y gesticula entre grandes gritos.

—¡No sé a qué viene esto! ¡He cumplido el pacto en todos sus extremos! ¡Ni he pretendido traicionarte, ni tendría medios con que hacerlo!

—Es inútil que disimules. Te acusan los hechos y las faltas por ti cometidos. En mi grandiosa naturaleza no me está permitido pensar una idea u otra a mi gusto o interés, aunque tú, en tu insignificancia mortal, creíste que sí.

—¡Es imposible! ¡No lo hice! ¡He vivido estos años ansiando este encuentro! ¡Volver a verte y hacerte entrega de mi precioso regalo, la carne de mi carne!

—¡Mientes! ¡Has disfrutado de unos poderes que no te correspondían porque desde que la albergas en tu vientre supiste que no era hija del hombre que pactamos, sino de Elisardo, un botarate al que ordenas matar pensando que yo iba a ser tan tonto como él y que pasaría por alto el embuste como quien paga por purpurina creyéndola oro! ¡Deberías haberte deshecho de ella, pero eliges engañarme para que este día llegue cuanto antes! ¡Claro que no podré llevarme mi regalo, pero tampoco será de ningún otro!

Dídica ha caído de rodillas, inmovilizada por el espanto que le produce saber que su plan se desbarata a cada instante sin que sus miles de amuletos, ni su *bolsa dos atavíos* coleccionados desde niña, ni la vela a Dios, ni el cirio al diablo puedan remediarlo.

Mandiga emprende entonces el camino inverso al de la ocasión anterior, y desde aquellas formas de trajeado terrateniente recupera las de Joly, su fuerza, su altura y esa babosa negra que le

cuelga entre las piernas. Completada la transformación, toma a Vicentiña y comienza a arrancarle las prendas, entre gritos desesperados de impotencia.

Acevedo y sus dos amigos entran ahora en tropel. Petra Simona es la primera en aleccionar a la joven:

—¡Atiéndeme, muchacha! ¡Puedes vencer al gorila! ¡Es tan sólo un sueño! ¡Puedes hacer que desaparezca de tu vida para siempre!

Acevedo insiste y precisa:

—Sólo tienes que negarlo. ¡Enfréntate a él! ¡Insúltalo! ¡Demuéstrale que no le tienes miedo!

Valle también colabora en la arenga:

—¡Créenos! ¡Tú eres mucho más poderosa que él! ¡Sólo es necesario que te convenzas!

Dídica es consciente de su derrota y se abandona sin fuerzas contra el suelo. Por el contrario, Desamparados ha dejado lloros y rezos para prestarles ahora toda su atención.

—¡Hazles caso, Vicentiña! ¡Estos hombres hablan por tu bien!

Joly está indeciso. Resopla por su hocico y es visible el vaho que exhala con impaciencia, como si esperase una decisión que le afecta. La muchacha ha perdido el gorro de lana y tiene la falda hecha jirones. Respira con ansiedad para asegurarse el máximo de oxígeno en cada bocanada.

—¡Dile fuera! —se desgañita Valle—. ¡Fuera, fuera!

Ella parece entender por fin lo que se le pide. Mira por primera vez a los ojos de Joly y repite un tímido «¡fuera!» que el mono escucha con sorpresa. Luego, cada vez con mayor intensidad, le chilla una letanía continua...

—¡Fuera fuera fuera fuera...!

Joly reacciona y se empequeñece sin que Vicentiña cese en sus exclamaciones. Ahora no es la forma del animal, sino la intensidad de sus colores, el negro de la piel, la plata de su espalda, el brillo de su hocico, los que se apagan hasta desaparecer por completo.

La niña está en medio de la habitación, contraída y sudorosa, pero a medida que su voz cede, ella recupera la tranquilidad y la calma.

—¡Lo has vencido! —escucha decir a Valle.

Desamparados se levanta y la abraza.

Dídica no es capaz de alzar la cabeza para ver la escena. En el exterior crece un murmullo de voces. Es Araujo con varios de sus agentes y el propio Landín, que traen detenidos a los socios Belarmino Souto de Neaño y a Dámaso Portela, sospechosos de haber cortado el cogote al más badulaque de la aldea.

En todo este tiempo, Araujo mantiene abierta la investigación sin grandes resultados, pero esta mañana todas las piezas que mantenía sueltas en su cabeza de sabueso encajan a la perfección, cuando descubre que don Dámaso ordena unas obras en su oficina el mismo día en que desaparece Elisardo. Al llegar Landín, el sargento ya sabe lo ocurrido, como si todos los amuletos que hasta entonces protegían al matrimonio se desmoronasen de repente y se volviesen contra ellos.

El jefe de la cuadrilla de alarifes recuerda ante Araujo la obra que le solicita el señor de Cesponzóns. Derribar una medianera y hacer un doble fondo en la habitación resultante. Después de oírlo, el sargento manda arrancar la caja fuerte y tras ella aparece el cadáver momificado de quien supone es Elisardo. Las ropas que se conservan al lado bastan para que su familia lo identifique sin lugar a dudas.



## II La saga

### 5 meses después / Manuel Roca

**E**n la causa que instruye el juzgado de Carballo por los sucesos de Telia, Anllóns y Corme figuran cuatro procesados. Dídica Manteiga de Portela, de cuarenta y un años de edad, casada, residente en el lugar de Cesponzóns, como instigadora y cómplice de tres asesinatos en las personas de Rosendo Abuín González, cura párroco de San Fins de Anllóns, Avelina Pardines, y Elisardo Saleta Piñeiro; y como autora en el primero de ellos, así como otro delito de abandono en la persona de Vicenta de Dios Rodríguez, cuyo expediente de paternidad se encuentra iniciado. Dámaso Portela Mancebo-Caspindo, de cuarenta y dos años, industrial y propietario con residencia en el lugar de Cesponzóns, es acusado de un delito de asesinato en la persona de Elisardo Saleta Piñeiro y como encubridor de los otros dos. Agostiño Xestoso Cotelo, llamado Agostiño de Tomasa, llamado el Pallarén, de treinta y nueve años, casado, jornalero y vecino de Anllóns, como autor de un delito de asesinato en la persona de su madre política, Avelina Pardines. Y Belarmino Souto de Neaño, de cuarenta y ocho años, industrial y comerciante, vecino de Corme, como autor de dos delitos de encubrimiento de los asesinatos de Avelina y Elisardo.

Para Dídica, Dámaso y Agostiño, el fiscal López de Rendueles solicita la pena de muerte, mientras que para Belarmino, la de once años y un día de prisión mayor. Las respectivas defensas piden la absolución de sus patrocinados por no haberse probado su participación en los hechos.

Entre los testigos propuestos por el fiscal figuran Manuel Otero Acevedo, Ramón María del Valle Peña, Prudencio Landín Tobío y Petra Simona Carabantes-Blasco de Hüe.

Después de varios aplazamientos a causa de los recursos presentados por los letrados del matrimonio, el fiscal retira los cargos contra Agostiño Xestoso Cotelo, por quedar probado que, durante la época de la comisión del delito, el procesado vivía privado del libre albedrío a causa de una afección frenopática sin diagnóstico médico que le exime de toda responsabilidad legal en ese acto, aunque se reconoce su autoría.

El fiscal rebaja a tres años de prisión menor la petición en contra de Belarmino y mantiene la de pena de muerte para los otros dos procesados. El jurado popular los considera culpables y el de Derecho los condena de acuerdo con la petición fiscal. Cuatro meses más tarde, con motivo de la festividad de la Adoración de la Cruz, S.M. la Reina aprueba sendos expedientes de indulto para Dídica y Dámaso remitidos por el Gobierno, de acuerdo con los cuales se les conmuta la última pena por la inmediata inferior, es decir, la de reclusión perpetua, que ella cumplirá en el penal de Madrid y él, en el de Ceuta.

En paralelo a estas actuaciones, es aprobado el expediente según el cual se reconoce a Vicenta de Dios Rodríguez como hija legítima de doña Dídica, usufructuaria y heredera de Cesponzóns y de determinados porcentajes en cada uno de los negocios en los que su madre participa. También

se le reconoce el derecho a utilizar los apellidos de Manteiga Sollóns, a lo que renuncia. Seguirá siendo De Dios.

Cuando sale en los periódicos que su madre parte de Coruña con destino a Madrid, un cronista de *El Imparcial* resume la historia de España en dos gallegas, sor Patrocinio, la loca de los altares, y doña Dídica, la loca de los lupanares. Estaría bien traído si la segunda no hubiera sido mucho más.

\* \* \*

Vicentiña y Desamparados han dejado la Casa do Demo y residen en Cesponzóns, a cuyo servicio trabajan Agostiño, Modesta y Herminia.

Es esta última la que entra en confidencias con Desamparados sobre los dolores que atormentan a la joven desde meses atrás.

—En nuestra aldea hubo hace tiempo una moza que sufre los mismos padecimientos que su nieta. Hoy está casada y vive feliz en una parroquia cercana sin recuerdo de aquellas torturas.

—¿La llevan a los médicos?

—No, nada de médicos.

—¿A menciñeiros?

—Tampoco. Sus padres acuden con ella a la santa Eufemia de Arteixo. Hablan con el cura, y cuando vuelven de allí, su hija ya está curada.

—¿Se come el pelo la niña?

—Peor. No sólo el suyo, sino también el de algunos animales de la casa, hilos que encontraba, lanas de labores... La muchacha está a las puertas de la muerte, y ya le digo, hoy es una madre de cuatro niños que trabaja, baila y ríe como las demás.

—Pero ¿qué se dice? ¿Fue un milagro de la santa? ¿Fueron las aguas de Arteixo? ¿Esas que tienen fama contra el reuma y la gota?

—Yo eso sí que no lo sé, porque los padres sólo cuentan que van allí con mucha fe, pero nada dicen de lo que ocurre. Cuando me entero de que Vicentiña; bueno, de que la señora...

—Llámale Vicentiña. No le gusta lo de señora. Le trae malos recuerdos.

—Bueno, cuando ayer me entero de que se come el pelo y de que por eso tiene el cuerpo como lo tiene, la *pobriña*, se me viene a la cabeza ese otro caso y me pregunto si podría pasarle lo mismo. De ahí que se lo comente, doña Desamparados.

—¡Coño! ¡A mí tampoco me llames de doña, que trae *meigallo*!

Días después de la conversación con Herminia, la mujer se hace conducir a Arteixo, cuarenta kilómetros al noreste de Cesponzóns. Habla con el párroco Manuel Roca y concierta que volverá en compañía de Vicentiña el jueves de la siguiente semana. Como así sucede.

El párroco las recibe en la propia iglesia, cerrada entonces al culto. Roca ha preparado un brebaje que da a la muchacha cuando acaba de removerlo con una gruesa cuchara de palo.

—Ven, siéntate en el suelo. Vas a beber esta taza sin dejar ni una gota —le dice con dulzura.

Ella lo intenta en pequeños sorbos, pues lo encuentra de un sabor repugnante, pero de repente el sacerdote cambia radicalmente de actitud y la increpa de forma despiadada desde la posición dominante en la que se encuentra.

—¡Te lo vas a tragar todo, estúpida! ¿O prefieres que yo te abra la boca y te meta la cuchara hasta la barriga?

Vicentiña se asusta de oír cómo es tratada y mira a Desamparados en busca de auxilio. Su abuela la sujeta por detrás cubriéndole la espalda, pero no da muestras de atender sus súplicas.

—Anda, haz lo que el señor cura te dice —le susurra al oído.

—¡Pero, abuela...!

—Lo que te dice.

En esa pausa, Roca ha cerrado la puerta de la capilla y tapado las luces del templo con pequeñas ventanuelas, a derecha e izquierda, de tal forma que toda la nave se queda en semipenumbra, lo que acrecienta el temor de la muchacha.

—¡¡¡Bebe!!!

Chilla el cura sin la mínima compasión.

—¡No quiero ver una gota en esa taza!

Vicentiña se esfuerza, pero la repugnancia le vence. Comienza a llorar porque imagina que aquel hombre volverá a vociferar contra ella, como así sucede.

—¡Me parece que no me has entendido! ¡No estamos aquí de fiesta, ni para pasarlo bien! ¡Bébela ya! ¡Si te comías los pelos sin importarte lo que eran, te puedes tomar esta taza por muy mal que huela! ¿Te tapo las narices, o te tragas todo de una puñetera vez?

Con lágrimas, hipidos y convulsiones, la muchacha hace lo imposible por acabar aquel líquido nauseabundo que le estremece. Teme que Roca vuelva con sus gritos, la insulte, o quién sabe si llegará a pegarle. De Desamparados no puede esperar auxilios. Sólo ayudará al sacerdote, tal como ha comprobado. De modo que traga una y otra vez hasta acabar la pócima.

Baja la mano sofocada, la taza le resbala y choca contra el suelo para estallar en mil pedazos.

—¡Eres una descuidada! ¿Cómo has permitido que se rompiera? ¿No te han medido nunca las espaldas con una vara? ¿Será hoy el primer día? ¡Si no me obedeces, lo será!

¡Horror! La tortura no ha desaparecido al acabar la bebida. El estómago se le encoge. Le gustaría levantarse y emprenderla a puñetazos con aquel despiadado sacerdote, sacarle los ojos y luego quemar su iglesia, pero no puede hacer nada, ni fuerzas tiene, ni le dejaría moverse aquel hombrón con hechuras de... simio.

—¡Ya hablaremos después de la taza y de cómo vas a pagarle a la iglesia por lo que has hecho, gandula!

El hombre disparata contra lo divino y despótica contra lo humano sin respeto al lugar, ni a las dos mujeres que asisten al desbarro zamarreadas por la contundencia de tamaña sarta de bravatas, más propias de una estiba nocturna que de la casa de Dios.

—¡Putá zorra! ¿Dónde pasas las tardes de invierno? ¿Quién te calienta las piernas?

Vicentiña se encoje, se aprieta consigo misma y reduce el estómago al mínimo posible como respuesta al líquido infame que acaba de ingerir, como si al empequeñecerse hubiese menos posibilidades de asimilar ese bebistrajo que inunda con su fetidez la garganta, las narices y el aire del templo. Algo le afecta en su interior, porque le sube una basca imposible de controlar y con ella unas náuseas que arrancan desde lo más profundo de su cuerpo.

Manuel Roca advierte las arcadas de la torturada y torna sus órdenes:

—*Ai vén! Bótao fóra! Bótao fóra, rapaza!*

Desamparados también la anima.

—*Fai forza, Vicentiña!*

Ella se deja llevar mientras el cura redobla la pasión en sus gestos e invocaciones. Los ojos se le encharcan de sangre y su rostro, también encarnizado por los capilares que amenazan con romperse, adquiere el aspecto de un conejo desollado.

—*Quen cho meteu? Quen che meteu este meigallo endiañado? Pídelle á santa Eufemia que cho quite! rapaza! Bótao fóra!*

Roca no ahorra salivazos entre sus bramidos, y cuando el líquido es demasiado abundante, o lo escupe sin respeto sobre el empedrado, o se pasa la manga de la sotana por sus morros para limpiarse las babas.

Las arcadas cobran intensidad en la chiquilla y algo se remueve en sus tripas que pide ser liberado. Roca parece saberlo desde fuera.

—*Aí vén o diaño! Ai ven ese mollo de peus que che fai tanto daño! Bótao fóra, que tes a santa de lado! Santa Eufemia bieita, axuda a esta moza que te chama! Chama á santa, rapaza!*

—*¡Santa Eufemia!* —grita Vicentiña con la garra que le queda.

Y es entonces cuando sobreviene un gran espasmo. Se le escapa un caldurrio por la boca. Es parte del mejunje que le han dado, y la náusea vuelve a ser insoportable. Lucha contra el asco y contra lo que se le queda atrancado a medio camino y le ahoga.

Eso también lo sabe Roca.

—*Bótao, bótao fóra!*

La joven se inclina hacia delante en busca de una posición que facilite la salida de lo que le molesta. Desamparados la coge casi en vuelo por las caderas para que repita el vómito, agitándola una, y otra, y otra vez. Al cuarto empujón, el suelo le devuelve el sonido característico del chocar una piedra contra otra. ¿Una piedra? ¿Eso es lo que ha vomitado Vicentiña?

—*Vade retro, Sathana; escandalum mihi es!* —dice ahora el sacerdote, agotado y sudoroso.

Allí está, en medio de un charco blanquecino del potingue, una oscura piedra bezoar del tamaño de una nuez de la que brotan algunos pelos. Es el resultado de haberse acumulado los miles de cabellos comidos desde el primer día, pues su cuerpo es incapaz de digerirlos. Así es que los bezoares crecen arriñonados en el estómago hasta matar a quien los padece, si nadie es capaz de interrumpir el proceso. Para los médicos es un caso de tricofagia, pero el párroco de Santa Eufemia sabe que se trata de algo más, una de esas artimañas en las que siempre anda enredado el rabudo a quien dedica su última frase del ritual.

Tanto Roca como las dos mujeres yacen ahora sobre el granito de la iglesia. El desgaste sufrido los ha dejado exhaustos, y sólo al cabo de una prolongada pausa recobran el hálito para ponerse en pie. Vicentiña se apoya en su abuela, que es la primera en levantarse ayudándose de la pared. Durante la operación, la joven se hace con la piedra que ha expulsado y la guarda con disimulo. Sabe que su madre, Dídica, tiene otro bezoar en el dormitorio del biombo, como ellas denominan ahora la cámara secreta. Era uno de sus amuletos favoritos, aunque aquél, crecido en un estómago de cabra montesa, lo había obtenido de un chamarilero de ferias y el suyo es humano, infinitamente más poderoso en cualquier práctica mágica.

—Que Dios me dispense, chiquilla —le dice Roca—, pero si el diablo toma las formas de un *mollo de peus*, es muy difícil de arrancar. Ahora ya eres una moza y debes pensar en novios de verdad. Deja tranquilos tus pelos y búscate un buen hombre que te quiera. Eso borrará todos los

recuerdos del mal que padeciste. Cuando reces, pide por este padre cura y discúlpalo tú también por lo que hoy te hizo sufrir.

—Nada que perdonar, don Manuel. Calle la boca. Todo lo contrario. Usted le ha salvado la vida a esta mujer y Dios se lo pagará tanto como nosotros se lo agradecemos... Y mientras...

Desamparados introduce un billete en el limosnero de la iglesia. Ahora son ricas y pueden permitirse generosidad.

El párroco ya ha comenzado a descorrer las discretas contraventanas de los tragaluces, porque tiene misa de siete y antes ha de fregar los vómitos. Hace meses, el orondo propietario del pazo de Anzobre, don Manuel María Puga y Parga, el que se hace llamar Picadillo para escribir de tarteras, le cuenta a Manuel Roca que los *kiküyûs* de Kenia practican un rito que llaman el *potahikio*. Cuando el brujo detecta la presencia de un demonio en algún miembro de la tribu, lo encierran en una choza mal iluminada y le dan de beber un brebaje realizado con polvo, agua e intestinos de cabra. Luego de ser increpado e insultado como Vicentiña, el endemoniado consigue el *potahikio*, es decir, vomitar los pecados. En ocasiones, tras el ritual, alguna muchacha regurgita una piedra bezoar y su vida cambia.

Roca le contesta:

—Desengáñese, don Manuel María; si eso lo hacen los *kiküyûs* de los que me habla, es señal de que por allí pasó algún misionero de Arteixo. Aquí sacamos demonios por ese método desde el pecado original.

\* \* \*

## 8 meses después / Cristino Manteiga

En Vicentiña ya no hay rastro de calvas, y aunque todavía corto, muestra un pelo que realza toda su belleza pekinesa, oculta antes bajo sus miserias. Ahora ya entra y sale de Cesponzóns sin el gorro de lana y se ha comprado ropa nueva en la feria de los sábados. No son más que mandilones y alguna chaqueta con flores de las que calcetan una mujer de Nemeño y sus dos hijas. Pero al menos se ha desprendido de los harapos. Cualquiera día, cuando descubra por fin quién es ahora, irá con Desamparados a las tiendas coruñesas que un día le asombraron y donde quiere abastecerse de faldas, trajes satén, chaquetas largas y cortas, corpiños, camisas de pecho, lazos de terciopelo, cintas bordadas, medias, zapatos, encajes, cinturones drapeados, gargantillas y alguna túnica moderna, por qué no. Y cuando pasen algunos meses más, organizará bailes en Cesponzóns y lucirá ella como la más elegante. Es la casa de su familia y quiere que vuelva a tener el esplendor de antes. Así lo jura.

Tampoco a Agostiño de Tomasa le queda rastro de la posesión que lo mantiene amuerzado tanto tiempo a las órdenes de la señora. A Modesta no le acaba de convencer la historia y debe esforzarse por mirarle a la cara a quien ella considera el asesino de su madre y el amante de doña Dídica. A nadie le extraña que a la mujer le cueste tragar el sapo. El cura Combarro va todas las tardes a charlar con los dos por ver si ablanda durezas. «¡Es que han sido dieciocho años, Herminia; dieciocho años de no enterarme!», argumenta Modesta a su compañera.

El canónigo doctoral Nicanor Cruz y Coronel ha presentado al arzobispo Martín de Herrera un completo informe del caso, en el que defiende que todo fue debido a una sucesión de fenómenos propios de mentes enfermas, espíritus crédulos y criminales que no dudaron en recurrir al asesinato para alcanzar sus perversos deseos. Como realmente hay mentes enfermas, crédulos y asesinos, la gente da por buena la explicación, pero el arzobispo ha ordenado que se guarde bajo siete llaves aquella otra documentación remitida semanas antes por el cura Combarro, donde se habla de diablos, de gorilas y de penes con aspecto de babosa que conviene mantener alejada de curiosos.

Manuel Otero Acevedo va a remitir otro informe a la Sociedad Dialéctica de Londres donde incide en presentar las invenciones de la mente, los fantasmas, los espíritus, Dios, el diablo y Muerto dentro de un mismo pañuelo de imperceptibles fronteras. ¿Cómo explicar, si no, el mundo? ¿Cómo hablar de santa Eufemia, si no se puede hablar de Muerto?

Pronto se irá al Instituto Quirúrgico de la Moncloa, en Madrid. Su director, Federico Rubio y Galí, ya ha remitido a Chipault la memoria sobre la neurocirugía en la península escrita por ambos. Ahora lo reclama para que en breve destaque como el primer especialista español de la historia en ese campo; bueno, hispano-argentino, el primero que opera el sistema nervioso simpático cervical.

Valle también irá a Madrid, donde pronto alcanza la fama como Ramón María del Valle-Inclán, uno de los más grandes escritores de todos los tiempos. Poco que añadir a ese título.

Prudencio Landín ya ha iniciado una magnífica carrera como abogado criminalista en Pontevedra, con protagonismo absoluto en todos los grandes casos de la provincia y con éxitos sonados en cada una de sus intervenciones. También publicará varios libros sobre sus recuerdos de Pontevedra, en los que incluye los sucesos de Anllóns. «De mi viejo carné», los ha llamado.

Petra Simona regresa a Zahara de los Atunes, sin que su tío, el obispo de Tui, Fernando Hñe Gutiérrez, sepa nunca qué hizo aquella semana de estancia en Santiago, que en realidad dedica a charlar con Muerto. Tres años más tarde, acaba sus estudios musicales en Roma y se casa con un conde de palacio, jardines y pianos que muere tísico poco después. Ella vende sus propiedades, pasa por Madrid, localiza a Valle, cenan una noche y luego se embarca hacia Nueva York.

Desamparados se ve por fin libre de penurias para pasar los últimos días de su vida junto a su nieta, que sin haberlo sido nunca, por tal la tuvo siempre.

\* \* \*

La tarde se desparrama en verdes por la huerta, la pérgola y el Forno Vello de Cesponzóns. Cristino Manteiga, su prometida Casilda Rellán, y sus padres, Pepe y Ramona, han acudido a la Casa Grande invitados por doña Vicenta, como ya todos la reconocen. Son los únicos parientes de Dídica, y a pesar de todo lo ocurrido, la muchacha quiere demostrarles que la casona seguirá abierta para ellos.

Cristino pasea con su amada Casilda después de comer y Vicenta los observa tras los cristales. En su mano tiene el bezoar que construye en su cuerpo. Lo aprieta con fuerza y en un instante sus ojos se cruzan y se prenden en los de Cristino. Ambos esbozan una leve sonrisa que anuncia futuros encuentros.

A su lado, sentados en el saloncito, los padres del muchacho toman café. Doña Ramona charla con su marido para ser escuchada por Vicenta:

—¡Es sorprendente el parecido que tiene con su madre! ¿Verdad, Pepe?

## **Epílogo a manera de coda**



## Breve noticia de Otero Acevedo

### 13 días, 2 meses y 20 años después

**E**l salón de actos de la Asociación Médica Argentina de Rosario se ha llenado una hora antes de la señalada para la conferencia, pero en ese tiempo sigue entrando gente que se acomoda como puede. Primero, en sillas que los ujieres traen de los despachos. Después, de pie, en los pasillos, o sentados cerca del estrado que va a ocupar el conferenciante, el doctor Mario Federico Pandolfini.

En el portal que da a la calle, la directiva local de la Asociación organizadora del acto ha instalado la imagen de Manuel Otero Acevedo, sentado en actitud de meditar. A su lado flota en el aire su espíritu cubierto por una sábana. Con una mano señala su corazón abierto. Es su profecía sobre las causas que le llevarán a la tumba.

A la hora indicada, Pedro Escudero, presidente de la AMA, que se ha trasladado desde Buenos Aires con ese objeto, presenta al conferenciante y Pandolfini comienza su intervención:

—Hace doce días recibo de España un escueto telegrama que dice: «Fallecido Manuel Otero Acevedo. Pontecesures<sup>[2]</sup> 19 junio 1920». Lo leo, me entristezco y pienso: «Este texto está equivocado. Otero Acevedo no puede estar muerto nunca».

Una salva de aplausos inunda la sala e interrumpe a Pandolfini.

—Acevedo me distingue con su amistad desde que él es un muchachuelo y yo casi un adulto. Siempre tuve la impresión de que sería un hombre importante y no quisiera que, al decirlo ahora, cuando todas las pruebas de que así ocurre están encima de la mesa, suene a vanagloria por mi parte. Lo siento a flor de piel, como una realidad imposible de negar porque ya lo es en esos años.

Un médico recién licenciado como era yo traba amistad con un menguado bachiller como era él, y juntos volamos a las regiones más inaccesibles de la mente humana, a los pastos del espíritu y a dimensiones que ni siquiera hoy somos capaces de nombrar, pese a haberlas transitado.

Otero Acevedo nace aquí, en Rosario de Santa Fe, el 17 de abril de 1865. Sus padres son el gallego de Pontecesures Manuel Otero Moar, y Narcisa Acevedo, aunque pronto marcha a Galicia con su hermano José, por deseo expreso de su padre, para recibir allí educación y compaginarla con estancias en Madrid, en otras capitales europeas y en Rosario, donde coincidimos. Estos datos obran en mi poder a través de la recapitulación realizada por su colega de Pontecesures, el médico Víctor García,<sup>[3]</sup> que en compañía del doctor Julio Larramendi, atienden a Acevedo en los últimos días de su vida.

El bachillerato lo solventa en Santiago y en esa misma ciudad estudia Medicina con un expediente impecable, pues logra trece matrículas de honor, ocho sobresalientes y un único notable en Patología Médica. Años antes, el 18 de marzo de 1884, cuando cuenta por tanto diecinueve de edad, ya es quien de dar lecciones a algunos de sus maestros, y aunque huye de toda

presunción, pronuncia una conferencia donde expone por primera vez en España consideraciones científicas, y descubrimientos médicos de los que nadie ha oído mencionar. Esto le vale la persecución por parte de los profesores y los alumnos más chapados a la antigua, y aquí nace la leyenda de Otero como coleccionista de heterodoxias. Masón, espiritista, hipnotizador, apóstata, ateo, nudista, librepensador, ácrata, iconoclasta, mesmerista y otras.

No de todas hace honor a lo largo de su vida; pues, por ejemplo, de su bolsillo sale el dinero que costea la construcción de una torre de la nueva iglesia parroquial de Pontecesures, en la que solicita instalar una cruz como remate, prueba de que su ateísmo sólo existe según y para qué tipo de dioses.

Ese mismo año ya es todo un personaje de la vida cultural compostelana y figura en la primera línea de oradores durante multitud de actos del Liceo Americano, como el banquete de Leopoldo Ojea-Torres. En su papel de tesorero y presidente de la Tuna Compostela recorre Galicia y Portugal, donde sus miembros reciben varios homenajes y en donde emprende una nueva polémica con los estudiantes gallegos al afirmar que la universidad de Coimbra es superior a todas las de la península. Aun cuando no es su intención, nuestro amigo levanta controversias con sus opiniones. Así también, durante la presencia de los tunos en el Casino de Lugo que preside el señor Iglesias Camino,<sup>[4]</sup> Otero Acevedo vitorea el librepensamiento y la República, lo que da lugar a un sonoro enfrentamiento con un socio en desacuerdo, que lo manda ¡fuera!

La indumentaria de Acevedo en estos actos es de gasa y moaré rosa con encaje bretón, o lo que es lo mismo, el más elegante del conjunto, como él se encarga de dar testimonio, pues la tuna es asunto serio.

Se casa con Joaquina García González, natural de Vilagarcía de Arousa, que le da un hijo, Manuel, que será cónsul argentino en A Coruña. En un segundo matrimonio con Balbanera Lamas Rey, tiene una hija, María Luisa.

En los *Dominicales del Libre Pensamiento* publica un poema dedicado a lo que reivindica el título del semanario, el libre pensamiento, que comienza así: «Dios, que es poder sin segundo, / hizo al Sol, con su luz clara / para que al mundo alumbrara; / y sigue alumbrando al mundo. / Cuando salió de su mano / la Tierra, dijo: hacia Oriente / que gires constantemente, / te ordena tu soberano. / Y la Tierra en cumplimiento / de aquella divina voz / sigue su marcha veloz / sin detenerse un momento». Bastan esos versos para comprender su concepción teosófica de Dios que entronca luego con toda la teoría espiritista.

En 1887 publica los *Estudios de Mr. Pasteur* sobre la rabia, de Gerardo F. Jeremías y Devesa, redactados por el profesor Francisco Piñeiro y por él, a partir de los apuntes del catedrático Jeremías, cuya muerte es presentada por Acevedo años después mediante un viaje de hipnosis.

Funda y dirige el seminario satírico *Grullo*, en Santiago, y colabora en la lamosa publicación pontevedresa *Gotas de tinta*. De esa época data su amistad con Valle-Inclán. En el primero de los casos va a originar nuevas polémicas, principalmente con la Iglesia, y en concreto, con el vicario capitular, Victoriano Guisasaola Menéndez, que lo trata de «desventurado joven argentino» y prohíbe a los párrocos de la archidiócesis leer *Pero Grullo*. El motivo del principal encontronazo radica en la publicación que éste hace de la historia de una jovencita orensana obligada por sus padres a ingresar en un convento en contra de su voluntad. En diciembre de 1888 se anuncia la

marcha de Otero Acevedo a Madrid, motivo por el cual dejará de publicarse el semanario satírico.

Humanista militante, le conmueve el espíritu y corretea en busca de los fantasmas que ilustran sus libros, la embarazada que avisa al médico sin moverse de la cama, la madre que visita a su hija nada más morir, el hipnotizado que le detalla la muerte del doctor Jeremías, el espionaje que realiza a Valle-Inclán por las calles de Santiago y todas las experiencias vividas al lado de los grandes investigadores, médium y espiritistas que tuvieron la dicha de conocerlo, y él a ellos.

En el primer tomo de *Los fantasmas* afirma ser un escéptico convertido, pues si un tiempo él niega la realidad de ciertos fenómenos —como un velador suspendido en el aire sin apoyo alguno—, la experiencia le demuestra que no hay nada tan propio de la ciencia positiva como ese velador ingrátido.

Habiéndose negado Cesare Lombroso a aceptar el reto de Ércole Chiaia, de Nápoles, que invitaba al célebre antropólogo a estudiar los fenómenos espiritistas, Otero Acevedo escribe a Chiaia proponiéndose para asistir a las experiencias en cuestión, siempre que la médium se sujete a condiciones de rigurosa vigilancia. Chiaia responde afirmativamente y diez días después Acevedo llega a Nápoles.

Y allí tiene lugar su viaje al lado oscuro. Allí el apóstol de la ciencia positiva se convierte en defensor de ambas, o por decirlo con mayor certidumbre, en apóstol de una única ciencia que engloba los fenómenos espiritistas hasta entonces negados, en un intento, no por imponerlos a través de la fe, sino para darles explicación a través de la ciencia.

Otero Acevedo no pretende convencer de nada, sino que se interroga sobre el origen de esos casos, sin descartar el fraude en alguno de ellos, como los que él mismo desenmascara. Muertos y fantasmas contra santos y demonios. No parece que existan grandes diferencias entre ambos bandos y sí grandes semejanzas, porque todos son espíritus. Capítulo aparte en sus libros será el dedicado a examinar las posibilidades de interactuar de los dos mundos, el de los espíritus y el que llamamos tangible, o de los vivos. Junto a él, el otro pionero español en el afán por desentrañar los misterios de esta necromanía científica es el catedrático de Psicología y Lógica de la Universidad Central, su tocayo Manuel Sanz Benito, que en 1890 publica *La ciencia espiritista*. El gallego-americano también da a la luz *El hipnotismo prodigioso*, donde narra sus experiencias en varias capitales europeas, la prueba realizada con su amigo Valle-Inclán, premoniciones, presencia de fantasmas y viajes astrales.

Tras la experiencia con Valle,<sup>[5]</sup> el escritor le envía una carta en la que le expone: «Excuso decirte que me tienes a tus órdenes, y más si piensas continuar en tus *brujerías*, porque, aparte de lo que me divierten, ¿quién sabe si tendré que recurrir a ellas para saber lo que pasa en cierto *castillo encantado!*... Tuyo, Ramón». Estamos en 1891. Todo hace pensar que Valle se refiere en sus últimas palabras a alguna aventura amorosa que se le resiste.

Sus títulos en este campo son *Los fantasmas*, *Fakirismo y ciencia* o *Los espíritus*. En el ámbito médico, *Etiología y tratamiento del lupus tuberculoso*, (De Willan), 1891, su tesis doctoral; *Resección total y bilateral del simpático del cuello*, 1898, y *La cirugía del sistema nervioso en España antes de la época actual*, 1900.

En 1889 ya es considerado un destacado especialista en enfermedades nerviosas, y en junio de 1910 es nombrado director del Hospital General de Pontevedra con un sueldo de 5000 pesetas,

cantidad que dona al centro para adquirir en Nueva York cien camas, aunque finalmente cuestan 6000 y se compran en Londres.

Reclamado por el doctor Rubio y Galí tras colaborar con él en la elaboración del citado informe sobre el estado actual de la cirugía nerviosa en España (1901), se hace cargo de esa especialidad en el Instituto Quirúrgico de la Moncloa y se convierte en el primer neurocirujano español, después de una intervención con éxito sobre el sistema nervioso simpático cervical.

Pero todo cuanto pudiese decir yo de este singular personaje quedaría menguado ante su propia dimensión humana. En los dominios nebulosos de la realidad y la fantasía, donde habitan los espíritus, los fantasmas y los muertos que él trató de desentrañar, queda para la historia una carta que bien puede haberle escrito desde Rosario y en la que le informo de los sucesos ocurridos en la Casa do Demo<sup>61</sup>. De ser así, Acevedo no habría detenido su investigación hasta alcanzar los pliegues más íntimos de los protagonistas y descubrir las motivaciones de sus sistemas nerviosos y de sus almas, motivo por el cual nuestro paisano fue un investigador distinto a todos.

Muchas gracias por su atención. Si están de acuerdo conmigo, me gustaría que nos retirásemos en silencio de esta sala para que de ese modo podamos escuchar desde alguna parte los susurros de Acevedo, convertido hoy en uno más, pero no en uno cualquiera, de los cien mil millones de entidades que forman Muerto.

Y el público se levanta sin aplausos para obedecer la sugerencia.



JOSÉ DE CORA, escritor y periodista; Lugo, 1951. Ha desarrollado su trabajo en todos los medios: agencias de noticias, periódicos, revistas, radio, cine y televisión, principalmente en *El Progreso de Lugo*. Su actividad como humorista en prensa mereció La Codorniz de Plata en el año 2000. Desde 1976 ha escrito multitud de ensayos, tanto en castellano como en gallego, principalmente históricos, como *Ideologías para un rey* (Aguaribay), *Manual del Perfecto Político* (Espasa Calpe) o *Barreiro contra Barreiro* (Xerais). Como cineasta, guioniza, dirige y produce multitud de series y documentales. También cultiva la narrativa, con *Secuestro y fonda de Cela en Contamina* (Tris-Tram), *La verdadera historia del último inquisidor y el maravilloso Oráculo de la Vida* (Edaf) o *Pecados Manuais* (Xerais). *La Navaja Inglesa* es su última y esperada novela en castellano.

## **Notas**

[1] Casa do Demo: en castellano, Casa del Demonio. (*N. del E.*) <<

[2] En todos los casos se utiliza la toponimia gallega vigente, no la utilizada en el momento de suceder los hechos. <<



[3] Víctor García es el padre del escritor y periodista Raimundo García Domínguez, Borobó, autor de la mejor y más documentada biografía de Manuel Otero Acevedo hasta la fecha, publicada como libro de memorias en la colección *Papeles de Borobó* /, bajo el título general *El fantasma de Valle-Inclán* (Documentos para a historia contemporánea de Galicia, Edición do Castro. A Coruña, 1986), al que remitimos para abundar en datos del personaje. Asimismo, *La ciencia del médium (Las investigaciones psíquicas en España 1888-1931)*, tesis doctoral de Andrea Graus Ferrer, dirigida por Annette Mülberger Rogele. (Historia de la Ciencia. U. Autónoma. Barcelona, 2014). <<

[4] Abuelo de la pintora lucense Julia Minguillón. <<

[5] Similar a la que se describe en la novela. <<

[6] En 1925, Ricardo Sánchez Várela, pionero investigador de fenómenos paranormales, recoge los sucesos de Anllóns en el libro *María. Fenómenos diabólicos y milagros que demuestran el cumplimiento de la promesa hecha en el Paraíso*. Se reprodujeron relatos posteriores en 1955 y 1973, entre otros, por parte de José María Castroviejo en *El pálido visitante* (1960). La casa pasa a ser propiedad de Magdalena Ventura, que es testigo de nuevos episodios inexplicables. También se afirma que sirve de refugio a maquis durante la posguerra de 1936-39, pues creen que su mala fama es un seguro contra sus perseguidores. En épocas recientes la adquiere el biólogo Javier Nogueira, que la restaura y la dedica a turismo rural. Nada hemos encontrado que vincule a Manuel Otero Acevedo con la investigación de los sucesos de la Casa do Demo. Tampoco en el caso de Valle-Inclán. El abogado y periodista Prudencio Landín sí mantiene contacto epistolar con Juan Antonio Combarro Díaz y publica su versión de los hechos tanto en diarios de 1900 como posteriormente en el libro recopilatorio *De mi viejo carnet* (Pontevedra, 1949, y Diputación Provincial de Pontevedra, 1984). <<